COZY MYSTERY

CHRISTINA ROMERIL

UNA NAVIDAD ENVENENADA



Se acerca la Navidad en Harriston, en las Montañas Rocosas, y las gemelas Alex y Hanna han decidido añadir un toque dulce a su librería Murder and Mayhem con la venta de los llamados «Bombones de Muerte»: deliciosos dulces inspirados en nombres de venenos que aparecen en novelas de asesinatos. Este año venderán un surtido especial que incluye el de bastón de caramelo a la cicutina, el de pan de jengibre a la gelsemina, el de pastel de frutas con flúor o el de nuez a la nicotina, bayas a la belladona o delicias de rosa a la ricina.

Con esta novela de crímenes y venenos comienza una serie tan adictiva como el chocolate…, un placer que puede ser mortal…

Christina Romeril

Una navidad envenenada

Bombones mortales
1

Título original: *A Christmas Candy Killing*
Christina Romeril, 2022
Traducción: Laura Rins Calahorra, 2025

Revisión: 1.0



05/11/2025

Dedico este libro con mucho amor a Jordan, Josh, Spencer y Justin. Sois mi equipo de animadores. Creísteis en mí desde mucho antes de que terminara el libro. Me queréis a pesar de todos los errores que he cometido. ¡Y yo os quiero a todos más que a nada en el mundo!

CAPÍTULO UNO

¿Qué palabra creaba una aliteración con «cicuta»? Habían usado ciruela al cianuro. ¿Había algo que quedara bien con «arsénico»? El único placer mayor que poner nombre a los Bombones de Muerte de Murder and Mayhem era comérselos. Cuando a Alex se le ocurrió la idea de bautizar sus bombones con nombres de venenos que aparecían en novelas de asesinatos, no tenía ni idea del éxito que llegarían a tener. Todos los meses, la librería especializada en el género de misterio lanzaba una de sus variedades de Bombones de Muerte junto con una novela. En diciembre habían presentado todos los de la temporada navideña.

Alex Wright volvió a centrar la atención en la mujer que estaba hablándole al grupo y puso todo el empeño en contener sus pensamientos dispersos. La conferenciante era bien conocida por su mirada perspicaz y su lengua afilada, así que ¡pobre del que pillara soñando despierto!

—Dicen que cualquier persona sería capaz de matar si se dieran las circunstancias apropiadas, pero yo no estoy de acuerdo. Para matar a alguien, ocultar el crimen y seguir adelante tan alegremente, como si no pasara nada, hace falta tener una personalidad concreta. Cuando la personalidad de un individuo tiende a la debilidad o a la maldad, es posible que muestre un claro desprecio por las normas sociales.

La afirmación quedó suspendida en el aire unos instantes. Era

como si los ocupantes de aquella acogedora sala necesitaran tiempo para asimilarla. Alex paseó la mirada por el pequeño espacio y reparó en que más de una persona se removía con incomodidad en la silla. Tenía que reconocer que ella misma desafiaba los límites alguna vez cuando le parecía que las normas no tenían sentido.

Poco después, Alex perdió la concentración casi por completo. El libro que Jane Burrows estaba presentando —el seleccionado para la sesión del club de lectura de ese mes— era interesante, pero faltaban once días para Navidad y ella tenía la cabeza en los bombones, no en los crímenes. Una vaharada con olor a vainilla y canela procedente de una vela, mezclada con el tentador aroma del chocolate macerado con frutos secos, frutas y especias, le hizo evocar sueños nostálgicos de las Navidades, por mucho que estuvieran alejados de la realidad.

La mayoría de las ensoñaciones de Alex giraban en torno a sus dos temas favoritos: el veneno y los crímenes. Bueno, tres contando el chocolate, algo que resultaba imprescindible. Dos años atrás, Jane había pedido que la reunión mensual del club de lectura Los Sabuesos se celebrara en Murder and Mayhem: Librería y Bombones de Muerte. El club se dedicaba a diseccionar los móviles, las pistas y los métodos utilizados en las novelas de asesinatos. Ese mes estaban comentando *The Wizard of Evesham*, de M. C. Beaton. Alex se sentó un poco más erguida y trató de concentrarse en la explicación de Jane.

La novela es entretenida, sin duda; y me encanta Agatha Raisin. ¡Qué combativa! Ojalá dejara de fumar. La mayoría de las novelas de misterio se centran en el móvil, los medios y la oportunidad, y todo eso tiene su lugar, pero no debería pasarse por alto la personalidad del asesino. En *The Wizard of Evesham*, el móvil del crimen son los celos, pero la envidia, la codicia, En venganza o incluso querer proteger un secreto son móviles posibles. De momento no he matado a nadie, pero antes tenía fama de dirigir miradas asesinas a los alumnos a los que pillara soñando despiertos.

Jane miró deliberadamente a Alex, que tenía un aire distraído, y

todos los presentes rieron.

—Para ser sincera, no me imagino ninguna circunstancia que pudiera inducirme a matar a una persona —prosiguió—, pero me atrevería a afirmar que todos conocemos a alguien de quien no puede decirse lo mismo.

—Creo que la mayoría de los hombres casados estarán de acuerdo en que hay alguien que a menudo los mira como si quisiera matarlos.

Drew Fletcher, un farmacéutico retirado, se estremeció ante la expresión de su esposa tras el comentario.

Alex se fijó en la pareja, y, en efecto, Maggie estaba mirando a Drew con ojos asesinos. Pero en una cosa estaba de acuerdo: los hombres parecían sacar lo peor de algunas mujeres. Su propio matrimonio, que empezó nada más acabar la universidad y que duró poco, había terminado, en parte, porque su exmarido tenía más interés en las juergas que en fomentar una relación duradera con su esposa. A su vez, ella se había convertido en la peor versión de sí misma y se quejaba continuamente. Menos de un año después de pronunciar los votos, habían finiquitado la relación.

Captó una pausa en el ritmo del debate y, como quería ceñirse al tiempo establecido, se puso de pie.

—Gracias por la presentación, Jane. Seguro que a partir de ahora sospecharemos más los unos de los otros. Gracias a los demás por atreveros a retar al frío en esta gélida tarde de lunes. Vuelvo a disculparme por haber cambiado el día de la reunión del club de lectura y por haber creado un problema para algunos al hacerla coincidir con la de la Asociación de Horticultores.

»Si no me equivoco, he visto que algunos asistentes estaban husmeando el ambiente; seguro que han captado el olor del chocolate. Hanna ha preparado más bombones especiales de diciembre, incluido el de bastón de caramelo a la cicutina, un *ganache* de chocolate blanco con un toque de menta y trocitos de bastón de caramelo, todo ello recubierto por una capa de chocolate blanco. Encontrarán muestras de cortesía en el mostrador de la

tienda junto con otras especialidades.

La librería y bombonería se hallaba en un pintoresco pueblo llamado Harriston cuyo enclave bordeaba la orilla suroeste del lago Echo, en las Montañas Rocosas de Montana. Alex había comprado el edificio a un precio irrisorio tres años atrás, ya que los anteriores dueños hacía tiempo que se habían trasladado a Florida y estaban desesperados por vender. Con mucho trabajo y esfuerzo, su hermana Hanna y ella, gemelas idénticas, habían transformado el anticuado local, construido en 1926 y sede de un obsoleto negocio de edredones y telas, en un verdadero homenaje a la época victoriana de principios del siglo XX. El establecimiento permitía que sus clientes se evadieran del mundo moderno durante un corto espacio de tiempo.

Las dos salas frontales, separadas por el vestíbulo de la entrada, constituían la tienda en sí. La más pequeña, situada hacia el este, tenía una ventana en saliente con un banco de obra cubierto por una gruesa tela de rayas en tonos rojo rubí, ocre y verde que hacía juego con todas las cortinas. Al fondo del vestíbulo había una amplia cocina donde se elaboraban las delicias artesanas de cacao. El club de lectura Los Sabuesos se reunía en la otra sala, la que el vestíbulo separaba de la del este, donde ni origen debió de planearse una biblioteca o una zona de estar.

Alex señaló el mostrador de la sala principal, sobre el que se bullían dispuesto los bombones y otros dulces.

—Por favor, no se marchen sin probarlos, y feliz Navidad a todos.

Se hizo a un lado en el vestíbulo mientras los asistentes se dirigían en desbandada hacia los dulces. Era como observar la salida de los toros en Pamplona. A Alex siempre le sorprendía cómo el hecho de ofrecer comida gratis convertía a los individuos más civilizados en una horda de animales salvajes.

Jane fue la única que permaneció apartada, y Alex se preguntó si pensaba amonestarla por no prestar atención, algo bastante habitual durante sus años de alumna en un colegio de Michigan, donde creció. La mujer, que apenas alcanzaba la estatura media, tenía una

presencia imponente capaz de meter en vereda con igual facilidad a un grupo de hombres adultos que a una clase de niños de primaria y reclutarlos para cantar villancicos o llevar a cabo un abominable proyecto benéfico. Llevaba el pelo corto y gris peinado de forma práctica y, a sus casi ochenta años, todavía conservaba una mirada penetrante que captaba las mentiras a la legua. Eran esas cualidades las que la habían convertido en una excelente maestra de cuarto curso durante más de treinta y cinco años.

—Qué forma tan maravillosa de acabar el año. Me parece una feliz coincidencia que hayamos terminado con *The Wizard of Evesham*, aunque debo admitir que me da un poquito de pena haberme perdido la reunión de la Asociación de Horticultores. Claro que el club de lectura tiene sus formas de compensarlo.

Jane desvió la mirada hasta la otra sala, donde dos tíos buenos miembros del club, Zach y Everett, charlaban mientras les hincaban el diente a los bombones. Alex observó a los dos ejemplares masculinos y no pudo por menos que mostrarse de acuerdo.

La anciana maestra era un gran motor de la comunidad y estaba al frente de muchos de los actos celebrados en el pueblo. También era la presidenta tanto de la Asociación de Horticultores como de la Sociedad Histórica de Harriston. Jane miró a su alrededor con cariño.

—Ya sabes que detesto ponerme sentimental, cielo, pero agradezco mucho que te trasladaras a vivir a nuestro pequeño pueblo y fundaras Murder and Mayhem.

La librería estaba casi por completo dedicada a las novelas de misterio, además de vender los bombones de elaboración artesanal inspirados en venenos. Hanna, que era copropietaria del negocio, se encargaba sobre todo del lento proceso de elaboración del chocolate para coberturas y bombones.

Jane posó la mano en el brazo de Alex.

—También me alegra muchísimo que vengas a visitarme todos los meses. Tu amistad es muy importante para mí. No sé qué habría hecho sin ti todo este tiempo. Antes, la actividad más emocionante de mi día a día era mirarme las manos y contar las manchas de la

piel, pero tú has vuelto a darle sentido a la vida de este vejestorio, que se había vuelto bastante sosa.

—No me creo nada, pero gracias por decirlo. Soy yo quien debería estar agradecida. Si no me hubieras ofrecido todo tu apoyo y nos hubieras orientado cuando abrimos la tienda, es posible que Murder and Mayhem no existiera hoy en día. Y también yo disfruto mucho con nuestros encuentros.

Jane la atrajo hacia sí.

—Hablando de eso, ¿crees que mañana podrás venir un ratito a verme y tomarte un té?

—Claro. Le pediré a Hanna que se ocupe de abrir la tienda. ¿A que hora quieres que vaya?

—A las ocho, para darme tiempo de tenerlo todo a punto. Últimamente he estado viendo uno de mis programas de *true crime*. —Mirando de soslayo al resto de los presentes, llevó a Alex de vuelta a la sala de actos y bajó la voz—. Es una recreación de un caso de hace años. Estoy convencida de que el asesino vive en este pueblo. —Levantó la mano frente a ella—. Ya sé que he dicho lo mismo en otras ocasiones, pero esta vez estoy bastante segura. No paso por alto que me he ganado cierta fama a causa de algunos errores en mis valoraciones. Cuando le he contado mi teoría a Netta Griffin, ha tenido la desfachatez de reírse sin parar durante un rato. Quiero que sepas que esta vez no he sacado conclusiones basándome solo en el retrato del asesino. De hecho, la imagen que han mostrado en el programa sirve de muy poco porque estaba bastante desenfocada y tenía más de quince años, pero algunos detalles de la historia y de la personalidad del asesino me han recordado a un vecino de aquí. —Se puso tensa y agarró a Alex del brazo con sus dedos menudos pero firmes—. El individuo es sospechoso de cuatro asesinatos, del último hace más de diez años. Quiero que veas ese episodio y me des tu opinión al respecto.

—No veo muy claro que pueda ayudarte gran cosa, yo no conozco a la gente del pueblo igual que tú. Seguro que tienes más perspectiva al haberles dado clase a casi la tercera parte de los

habitantes.

—Tranquila, cariño. A ese vecino en particular sí que lo conoces, y si luego no estás de acuerdo conmigo, no volveré a mencionar el tema. De hecho, hay muchas cosas que no te estoy explicando para no influirte en ningún sentido. No quiero que parezca que te hago la pelota, pero te considero una de las personas más observadoras que conozco; junto conmigo, claro está. —Jane dejó caer un poco los hombros y se quedó más tranquila. Sonrió y le dio unas palmaditas en el brazo a Alex—. Bueno, tengo que darme prisa. Quiero comprobar una cosa antes de que se haga demasiado tarde.

Alex acompañó a Jane al vestíbulo.

—He sacado unas bolitas de vainilla al veronal. No te marches sin coger una. Sé que son tus favoritas.

—Esta mañana un elfo muy simpático me ha dejado una cajita con cuatro de esas delicias en la puerta de casa. —Jane hizo un guiño exagerado—. Es una mala costumbre, pero siempre me como un bombón o dos antes de acostarme. Esta noche me comeré un par. Me traen recuerdos de mi abuela.

Jane solía explicar historias de su abuela inglesa, que se había trasladado a vivir con la familia cuando ella era una niña pequeña. La mujer había llegado con una maletita llena de veronal para los episodios de insomnio que sufría ocasionalmente y que Jane había heredado. El auge de los barbitúricos terminó en la década de 1950, pero Jane solía asegurar entre risas que las reservas de su abuela podrían durar hasta bien entrado el cambio de siglo. Aunque aquel tipo de somníferos ya no se comercializaba, las bolitas de *fondant* de vainilla recubiertas de chocolate con leche eran un básico durante todo el año.

Mientras todo el mundo se despedía de Jane, Everett Pearson, carismático alcalde y abogado local de Harriston, se acercó a Alex con paso decidido mientras esta rumiaba lo que su septuagenaria amiga acababa de contarle.

Hanna me ha dicho que estás buscando a alguien para cambiar una ventana de la tienda, ¿verdad?

Alex ladeó la cabeza en señal de asentimiento. Everett conocía muy bien todo lo que ocurría en el pueblo. Se tomaba muy en serio todo lo concerniente al desarrollo económico y, en consecuencia, los negocios habían prosperado y él se había convertido en uno de los alcaldes mejor considerados en varias décadas.

—Zach Roberts puede encargarse. Con la Navidad a la vuelta de la esquina, el trabajo ha aflojado un poco. —Everett se puso los guantes—. A mí me ha hecho varias reparaciones y trabaja muy bien. Te lo recomiendo encarecidamente. —Sacó del bolsillo de su chaqueta las llaves del coche—. Solo lo digo con la intención de promocionar la economía local. Los bombones están deliciosos, por cierto. Le pediré a mi secretaria que encargue unas cuantas cajas de Bombones de Muerte para felicitarles las fiestas a los clientes del bufete.

Se despidió con un saludo militar y fue hacia la puerta. En ese momento se acercó la soda y hermana gemela de Alex.

—Jane parecía muy enfrascada en la conversación. ¿Qué quería?

—Que mañana por la mañana, a las ocho, vaya a su casa para tomar el té y charlar. ¿Te importaría abrir la tienda?

Hanna le recolocó el flequillo y le ahuecó el pelo a su hermana.

—Sin problema. De todas formas, quiero arreglar un poco el escaparate, me parece que necesita más lucecitas. En esta época del año, las lucecitas nunca sobran.

—Por eso tú y yo nos llevamos tan bien: porque en Navidad siempre lo vemos todo muy claro.

Alex río a la vez que se agachaba para acariciar al perro de pelaje blanco y marrón tumbado en la puerta de la sala de actos.

—Bueno, señorita Watson, tú siempre tan tranquila. Me parece que nunca he conocido a un chucho con mejor carácter.

Alex cogió medio *shortbread* de la bandeja de Hanna y se lo dio a la perrita, una terrier de Staffordshire. La habían adoptado dos años atrás en un hogar para animales abandonados y, tras llevársela a casa, descubrieron que solo respondía al nombre de «Watson», por lo cual la habían bautizado oficialmente «señorita Watson»,

aunque solían obviar el tratamiento.

Hanna se agachó y le dio al animal la otra mitad de la galleta.

—Ni te imaginas lo maltratada y descuidada que estaba cuando la recogí. Se había quedado en los huesos y ahora, en cambio, se la ve regordeta. Si seguimos cebándola con tantos dulces, tendremos que ponerla a dieta.

Cuando Hanna pronunció esas palabras, la perra levantó la cabeza y emitió un gemido lastimero. Alex la entendió a la perfección. Al principio, Watson era extremadamente tímida y se asustaba de casi todo. Al llevarla a la librería de vez en cuando y sacarla a parques caninos, poco a poco se había acostumbrado a disfrutar de la compañía de la gente y de otras mascotas. Ya casi nunca se escondía detrás del mostrador cuando entraba algún cliente en la tienda.

—Me parece que yo también voy a tener que someterme a esa dieta si sigo ganando peso —dijo Alex bajando la mirada, y se dio unas palmadas en sus delgadas caderas mientras pensaba en los centímetros que se le estaban acumulando en esa zona.

Hanna miró a su hermana antes de volverse hacia el mostrador cubierto de exquisiteces.

—No sé de qué me hablas. Se te ve la mar de bien.

Hanna solía lamentarse de sus curvas, ligeramente más acentuadas, y habría deseado no sentir tanta debilidad por los dulces.

—Espero no haber heredado los genes de mamá, que empezó a engordar a nuestra edad. Será mejor que preparemos más *cupcakes* de caramelo navideño. Parece que Trixie y Clive están a punto de echar un pulso para ver quién se come el último.

Alex se quedó mirando a la elegante y atlética pareja con aire melancólico.

—Da la impresión de que pueden comer todo lo que les da la gana y no engordar ni un gramo. A lo mejor tengo que aficionarme al senderismo y acompañarlos en sus rutas por el Glacier.

El Parque Nacional Glacier, situado a cuarenta y cinco minutos en

coche y plagado de bosques centenarios, profundos valles y paisajes alpinos, se hallaba en el corazón de las Montañas Rocosas y ofrecía un sinfín de rutas que Clive y Trixie Hanson recorrían con asiduidad. Alex los había acompañado en una ocasión durante el verano anterior y le costó seguir el ritmo de los apasionados senderistas mientras ascendían por lo que ellos llamaban eufemísticamente «un camino fácil». Se había prometido a sí misma que para el verano siguiente, antes de volver a salir de excursión con ellos, estaría en mejor forma física.

—Olvídate del senderismo. En la montaña hay osos que se comen al excursionista más lento. Pasa de ello y vente conmigo a yoga.

—Me lo plantearé cuando formule mis propósitos de Año Nuevo. —«Aunque no lo creo», pensó Alex. Imaginaba que, si tenía que sudar la gota gorda, se sentiría más cómoda en su propia casa—. En un minuto estoy contigo para ayudarte, voy a hablar con Zach para que cambie la ventana del baño.

Alex se acercó a un hombre fornido de pelo castaño que se encontraba de pie y sin compañía. Tenía las mangas de la camisa roja de franela subidas hasta los codos, de modo que sus musculosos antebrazos quedaron expuestos cuando se llevó a la boca un bombón de bayas a la belladona. La belladona, con la atropina como principal componente venenoso, era comúnmente usada en las novelas de asesinatos y había inspirado una deliciosa fantasía de *ganache* de chocolate blanco y frutas del bosque con cobertura de chocolate negro que —¡evidentemente!— no causaba la muerte del consumidor.

Alex llevó a Zach hasta la ventana que deseaban sustituir mientras le hablaba de la necesidad de, poco a poco, renovar y modernizar algunos elementos de la casa para que resultara más económico mantenerla caliente.

—Tengo una cinta métrica, por si quieres que tomemos las medidas ahora.

El hombre examinó la ventana unos instantes.

—Parece bastante fácil, no veo que la madera esté podrida. Lo siento, pero dentro de poco me esperan en otro sitio. Deja que mire la agenda. —Zach sacó su móvil del bolsillo y tocó varias veces la pantalla—. Hoy es día catorce. —Parecía estar hablando consigo mismo—. Volveré mañana a primera hora, ¿te va bien?

Alex asintió.

—Hanna estará aquí sobre las ocho y media. A partir de esa hora, cuando quieras.

El atractivo carpintero era un personaje poco conocido. Se había unido al club de lectura Los Sabuesos el año anterior ante la insistencia de Everett, pero rara vez intervenía en los debates del grupo. Daba la impresión de ser una persona tímida y, tras las reuniones, no solía quedarse el tiempo suficiente para participar del pasatiempo favorito de los vecinos del pueblo: los cotilleos. Hanna había averiguado su edad —treinta y cinco años— y había constatado con pesar que era demasiado joven para formar parte del grupo de novios potenciales de ninguna de las dos hermanas.

Zach miró el reloj.

—Tengo que irme. Todos los bombones de Navidad están riquísimos, pero mi favorito sigue siendo el de bayas a la belladona. Gracias por la invitación. Hasta mañana por la mañana.

Alex se reunió de nuevo con Hanna y dio un suspiro.

—Vale, ya he quedado con Zach. Ahora vamos a echar a todo el mundo de aquí para poder limpiar y marcharnos a casa.

CAPÍTULO DOS

Tras la reunión, Alex, a quien no le gustaba nada el invierno, salió a poner el coche en marcha y dejar que el motor se calentara para poder efectuar el breve trayecto hasta la casa de dos plantas donde vivía con su hermana, aunque el proceso duró más tiempo que si hubiera recorrido la escasa distancia a pie. Volvió a entrar en la tienda.

—¿Seguro que no quieres que te lleve en coche? —le preguntó a Hanna—. Es el mes de diciembre más frío desde que nos trasladamos aquí.

Su gemela se enrolló una bufanda en el cuello.

—Watson necesita un paseo antes de irse a dormir. Nos vemos en casa dentro de unos minutos. Cuando salgas para llevarle los bombones a Tom, yo ya estaré de vuelta.

Hanna hizo una pausa mientras observaba a su hermana exhalar un suspiro exagerado. Dejó la correa de la perra, jugueteó un momento con los largos mechones de pelo rubio de Alex y le ajustó la bufanda que se había colocado de cualquier manera. Retrocedió y miró su obra con ojo crítico.

—Ojalá te esforzaras un poco más cuando quedas con un hombre. Si vivieras en la época victoriana, te llamarían «la solterona Wright». Eres guapa, pero incluso un Rembrandt tiene mejor aspecto si lo cuelgan bajo un foco apropiado. El hecho de que tu matrimonio fracasara hace dos décadas no es motivo suficiente para

que actúes como si hubieras ingresado en un convento.

Alex estaba acostumbrada a esa clase de críticas. Su hermana y ella tenían los rasgos casi idénticos, pero a Hanna siempre se la veía más arreglada. No era que Alex sintiera aversión por las citas románticas, en teoría. Por desgracia, la realidad evidenciaba una lista más bien larga de pretendientes rechazados. Poco después de su breve matrimonio, había dedicado todo el tiempo y la energía a su carrera, y para cuando hubo cumplido treinta años y se sintió preparada para encontrar un compañero idóneo la oferta se había reducido considerablemente. A medida que pasaban los años, se iba convirtiendo en todo un reto encontrar un candidato a ser su pareja que cumpliera con los requisitos mínimos de tener trabajo, sentido del humor y no andar buscando una madre sustituta o una psicóloga.

—Sí, mamá —dijo, bajando la cabeza con aire dócil.

Alex se quedó mirando su reflejo en el espejo cercano. Entornó los ojos de un frío tono grisáceo —que a veces era verde y otras más bien azul, como cuando el cielo se reflejaba en la superficie del lago Echo, situado en las inmediaciones— y se volvió para mirar a su hermana.

—Ya sabes que solo eres quince minutos menor que yo, solterona Eastham. ¿No deberías ocuparte de andar a la caza de tu propio príncipe azul? Han pasado cinco años desde tu divorcio.

Hanna se ahuecó el cabello grueso y rubio que le caía en suaves ondas hasta más abajo de los hombros. Alex llevaba el pelo un poco más corto y solía rizárselo, lo cual ayudaba a la hora de distinguirlas.

—No te preocupes por mí, tengo un plan fantástico que avanza la mar de bien.

Alex, desde el umbral de la pesada puerta de entrada, observó a su gemela cruzar el porche y salir a la calle mientras reflexionaba sobre sus naturalezas opuestas. El carácter juguetón y amante de la diversión de Hanna era el contrapeso perfecto de su propia personalidad más seria, reservada y analítica. A pesar de esas diferencias, rara vez se mostraban en desacuerdo sobre ninguna

cuestión importante. Incluso de niñas iban siempre a una.

Tras haber apagado todas las luces excepto las de los escaparates, Alex regresó al coche. Un grandioso roble bur se apostaba cual centinela en el patio de la entrada. El árbol de dieciocho metros de altura proporcionaba sombra y frescor en verano, aunque en ese momento estaba desprovisto de hojas y tenía las ramas cubiertas de nieve.

Alex condujo por Main Street, la calle principal decorada con adornos festivos, y dobló la esquina junto a la escuela de primaria y secundaria de Harriston, que daba servicio a la comunidad de mil doscientos habitantes. El pueblo, tranquilo y conservador, también acogía un centro social, unos cuantos comercios y una buena porción de secretos y cotilleos, así como lealtades familiares muy fuertes. Ella pronto aprendió a andarse con cuidado con lo que contaba, ya que prácticamente la mitad del pueblo estaba emparentada con la otra mitad y las noticias se propagaban más rápido que aquel brote de varicela que una vez apareció en el parvulario.

Tras veinte años trabajando como banquera en Missoula, dejó la profesión y abrió la librería. El dinero que ganó al vender su casa de la ciudad le permitió adquirir una modesta vivienda además de la tienda y comenzar una nueva vida dedicándose a lo que más le gustaba. En la misma época, Hanna decidió que era hora de cortar lazos y dejar el pueblo de su infancia, y a Alex le pareció maravillosa su idea de montar un negocio juntas.

Cuando hubo aparcado el coche en la entrada de su casa, caminó con paso pesado por la nieve hasta la casa de su vecino de al lado y subió los escalones de la puerta mientras sostenía una bandeja con unos cuantos dulces que habían sobrado de la reunión del club. Unos instantes después de llamar al timbre, Tom, un hombre alto con el pelo entrecano y los ojos del azul de los nomeolvides, salió a abrir.

—Hola, vecina. —La mirada de Tom viajó hasta la bandeja que Alex tenía en los brazos—. Veo que traes unas cuantas galletas y

bombones con una pinta impresionante. No serán para mí, ¿verdad?

—Pues la verdad es que sí. —Alex le sonrió.

El hombre, de figura esbelta, llevaba una indumentaria informal compuesta de vaqueros y una camisa de franela, y se estremeció cuando el frío aire de la noche se coló por el hueco de la puerta. Instó a Alex a entrar.

—Creo que esta noche, durante la cena, he ofendido a Maggie y Drew. Les he dicho que eras mi vecina preferida y, claro, como ella es mi hermana, se supone que debería ser la preferida. —Cogió la bandeja y bajó la voz con aire confidencial a pesar de que estaban solos—. La señora Matthews también me ha traído unas cuantas galletas. Están deliciosas, pero la mujer tiene más de ochenta años, y a cambio he tenido que aguantar un rollo sobre su episodio de gota. Por casualidad no querrás pasar y quedarte un rato, ¿no?, siempre que te guardes para ti los problemas de salud.

Alex rio.

—Resulta que ahora mismo no tengo ningún tema de salud que me preocupe. Pero, por desgracia, sí que tengo bastantes cosas que hacer esta noche. ¿Me reservas la invitación para otro día?

Él examinó la cara de Alex durante unos instantes.

—Haré que cumplas esa promesa.

A sus cincuenta y ocho años, Tom Kennedy era el pastor de la mayor congregación del pueblo. Había trabajado durante más de treinta años en la prisión de Kalispell, los últimos diez como celador, y estaba jubilado hacía tres. Desde la muerte de su esposa seis meses atrás, Alex a menudo le llevaba comida o algún postre. Tom no era un hombre especialmente devoto, pero era buena persona. Sus sermones tendían más a las versiones moderadas del estilo del buen samaritano que a las monsergas de «arrepentíos o seréis castigados» pronunciadas con vehemencia desde el púlpito.

Estaba a punto de anunciar que se marchaba cuando sonó el timbre de la puerta. Tom frunció el ceño y se encogió un poco de hombros cuando ella se apartó para que pudiera abrir. Alex reconoció el perfume empalagoso y mareante que le azotó las fosas

nasales antes de que el ambiente se saturara con la pesada forma de arrastrar las palabras de su vecina de enfrente.

—Ay, Tom, lo siento. No tenía ni idea de que tuvieras visita. —La recién llegada clavó la mirada en Alex y entró sin esperar a que la invitaran. Al hacerlo, se acercó a Tom un poco más de lo que le correspondía a una conocida según las normas sociales—. Sé lo dura que es la soledad, así que te he traído un trocito de un postre que preparé ayer.

Penelope Shawera una divorciada de casi sesenta años con debilidad por las prendas ajustadas, los tacones altos y los hombres disponibles, no necesariamente en ese orden. Andaba a la caza de un nuevo marido con la ferocidad de un puma. Desde que Tom perdió a su esposa, Penelope lo había estado acosando sin tregua. Tenía fama de cocinar muy mal, y varios años atrás había estado a punto de intoxicar a todas las mujeres de la Asociación Parroquial al servir una ensalada de pasta con pollo que había dejado olvidada sobre la encimera de la cocina en el pleno calor de una tarde de verano. A juzgar por su aspecto reseco, el plato que le estaba ofreciendo a Tom era de hacía varios días. Él permaneció entre las dos mujeres, incómodo, sosteniendo la bandeja de Alex.

—Veo que tienes las manos ocupadas. No me importa dejarte esto en la cocina y explicarte cómo debes calentarlo —prácticamente ronroneó Penelope mientras batía las pestañas saturadas de rímel.

Alex examinó a la recién llegada.

—Qué pronto has vuelto de la reunión de la Asociación de Horticultores, Penelope. Creía que solían durar hasta muy tarde.

La divorciada guardó silencio unos instantes.

—Bueno, es que después de tratar los temas principales siempre empiezan a irse por las ramas y quería traerle el plato a Tom esta noche. —Dirigió una sonrisa a su vecino y le colocó la mano sobre el brazo con aire posesivo. Al cabo de un segundo volvió a clavar la mirada en Alex—. No queremos entretenerte, seguro que tienes muchas cosas que hacer.

Alex intentó reprimir una sonrisa cuando Tom la miró con cara de

sentirse como una presa a punto de ser devorada.

—Cuánta razón tienes. Os dejo con vuestras tentativas culinarias.

Agitó la mano en señal de despedida y salió por la puerta mientras Penelope obligaba a Tom a avanzar por el pasillo.

Más tarde, Alex estaba con Hanna preparando pasteles para las ancianas y los ancianos viudos del pueblo cuando consideró la Invitación para ir a casa de Tom. ¿Acaso tenía algún interés más allá de los dulces? ¿Deseaba ella que fuera así?

—¿Cuántas *Vanillekipferl* y *Zimtsterne* quieres que preparemos?

La voz de Hanna la devolvió al presente. Las *Vanillekipferl*, galletas de mantequilla en forma de medialuna cubiertas de azúcar glas, y las *Zimtsterne*, deliciosas pastas de canela en forma de estrella, constituían toda una tradición por Navidad cuando eran niñas. Su madre había educado a las gemelas en la auténtica tradición culinaria alemana y les insistía para que hablaran alemán en casa. Gracias a las conversaciones diarias y a las mañanas del sábado que pasaban en la cripta de una iglesia conjugando verbos alemanes en lugar de ver los dibujos animados, las dos hablaban con fluidez el idioma de origen de sus padres.

—Creo que deberíamos preparar siete docenas de cada.

Alex albergaba felices recuerdos de las recetas de su madre, a diferencia de lo que le ocurría con otros aspectos de su niñez. A pesar de haber estado completamente volcada en sus hijas, la mujer también era autoritaria y difícil de contentar. Los padres de las chicas y su abuelita, a quien llamaban Orna por su origen alemán, habían emigrado a Estados Unidos a principios de los años setenta y habían fundado un auténtico restaurante alemán y una tienda de regalos en Frankenmuth. Alex, Hanna y su hermano Stephan habían nacido con poca diferencia de tiempo en la Pequeña Baviera de Michigan y estaban destinados a colaborar en el negocio familiar desde edad temprana. Alex, sin embargo, prefería leer sus novelas de Nancy Drew y Agatha Christie y aprovechaba cualquier oportunidad para rehuir la tutela de su madre. A pesar de ello, se había convertido en una experta repostera, chocolatera y cocinera, pero nunca había

llegado a cogerles el tranquillo a los tiernos *pretzels* de Baviera que habían otorgado su fama al restaurante. Su madre afirmaba que el resultado de los intentos de Alex de elaborar pan habría servido para lapidar a los pecadores en los tiempos de la Biblia.

Alex medía cuidadosamente los ingredientes que iba introduciendo en un cuenco grande cuando miró de soslayo a Hanna.

—Tom me ha invitado a su casa cuando he pasado a dejarle las sobras de la reunión. Le he dicho que esta noche tenía mucho trabajo y ha insistido en que me comprometiera a ir otro día.

Hanna dejó de medir sus ingredientes y se volvió hacia Alex.

—¿Y tú qué le has dicho?

—Nada… Nos han interrumpido. Ha aparecido Penelope. —Le explicó lo ocurrido durante la inoportuna visita de la vecina—. *Geschmack wie ein Eimer* es lo que tiene esa. —«La elegancia de un barreño». Los matices del idioma costaban de traducir, pero, ciertamente, la frase expresaba el mal gusto de Penelope para elegir la indumentaria.

Hanna sacudió la cabeza, alcanzó la canela y volvió a concentrarse en su tarea.

—Con ella los cotilleos del pueblo han adquirido otra dimensión. Esta mañana la he visto en la ventana vigilando la casa de Tom con los prismáticos. Pero, a menos que me equivoque, y lo dudo mucho, él solo tiene ojos para quien yo me sé.

—Estás loca. Solo hace seis meses que perdió a su mujer. Además, ¿no te parece muy viejo para mí?

—Menos tiempo hacía que Duncan se había quedado viudo cuando me pidió una cita. En cuanto a la edad, no es más que un número, y Tom tampoco está para solicitar una plaza en el asilo del pueblo.

—Exacto, y cuando apenas llevabais dos meses saliendo, Duncan dijo que no estaba preparado y rompió contigo. Lo siento, no pretendía ser insensible, pero ya sabes lo que quiero decir.

Duncan Fletcher era el sobrino de Tom y vivía en la casa de

enfrente con sus padres, Drew y Maggie. Hanna y él tuvieron un flechazo inmediato cuando ella se trasladó a vivir al pueblo, pero cuando llegó el momento de formalizar la relación, él le dijo que era mejor que fuesen solo amigos. Hanna se quedó destrozada.

—No pasa nada, ya lo he superado. Pero a Tom le gustas, te lo digo yo. He visto cómo te mira desde hace un par de meses. Acuérdate de esto: cualquier día te pedirá una cita.

—Seguro que no lo hará si depende de Penelope. —Alex sonrió de oreja a oreja al acordarse de cómo la mujer se había llevado a Tom por el pasillo—. Más me valdría elaborar una lista de las ventajas y desventajas de salir con un hombre más mayor. Por si algún día me lo pide.

—También podrías ir a su casa y ver si te gusta estar con él. —Hanna comprobó la temperatura del horno y se volvió hacia Alex—. Se me ha olvidado decirte que antes también yo he visto a Penelope. Mientras hablabas con Everett, estaba poniendo unas cuantas novelas de misterio de temática navideña en el escaparate y he visto marcharse a Jane. Penelope tenía el coche aparcado enfrente y, cuando Jane ha salido a la calle, se ha plantado delante de ella. No sé qué le ha dicho, pero he visto la cara de esa mujer y seguro que no le estaba felicitando las fiestas.

—Para eso tiene que haber abandonado muy pronto la reunión de la Asociación de Horticultores, y he oído a Jane decir que Penelope suele ser de las últimas en marcharse, ya que siempre está revoloteando alrededor de Gary Jenkins.

—Está claro que no pierde el tiempo. Me parece que no hay ningún cincuentón de Montana que se salve.

Más tarde, cuando todo estuvo recogido, Alex subió a su dormitorio. Mientras pensaba en la visita del día siguiente a primera hora, se preguntó si esa vez Jane tendría razón. ¿Era posible que en el pueblo hubiera un asesino? No parecía probable. La anciana deseaba tantísimo resolver misterios que prácticamente encontraba a un

sospechoso cada seis meses.

Alex había pasado muchas horas en casa de Jane hablando sobre novelas escritas por autores tanto contemporáneos como de la edad de oro y tratando de resolver los asesinatos narrados en argumentos complejos. Uno de sus métodos preferidos empleado por los asesinos para acabar con sus víctimas, el veneno, era lo que le había inspirado la idea de los Bombones de Muerte.

El chocolate artesano siempre había formado parte del plan de negocio de Murder and Mayhem. Por su experiencia como banquera, Alex sabía lo importante que era disponer de una línea de producto diversa. Hanna y ella habían logrado beneficiarse del turismo procedente de Whitefish y Swanson con su oferta única, y sus esfuerzos estaban dando fruto gracias a la campaña de promoción de sus bombones. Las ventas resultantes las tenían a ambas muy ocupadas en su faceta de chocolateras.

Alex disfrutaba regentando la librería y se sentía mucho más feliz ahora que había abandonado la profesión de banquera. Su madre aún se lamentaba de que su hija hubiese dejado un trabajo estable y seguro para convertirse en propietaria de una tienda, algo que a ella no dejaba de maravillarla puesto que su familia procedía de una larga estirpe de comerciantes minoristas.

Siendo adolescente, hubo un breve período de tiempo en que se planteó ingresar en las fuerzas policiales, pero su madre se mostró muy reacia al considerarla una carrera inapropiada, y por eso decidió cambiarla por las finanzas, cosa que no la hizo especialmente feliz pero que le proporcionó un importante colchón de ahorro. Una parte de ese colchón la había invertido en emprender el negocio con su hermana. A lo largo de los años, había efectuado algunos recorridos con la patrulla de ayudantes del departamento del *sheriff* y había disfrutado muchísimo de la experiencia. Con todo, de vez en cuando aún se preguntaría cómo habría sido su vida si se hubiera guiado por sus propios sueños en lugar de seguir los de sus padres.

CAPÍTULO TRES

A la mañana siguiente, a las ocho en punto, Alex llamó a la puerta de Jane. La exmaestra era muy estricta con la puntualidad. Abrigada con su parka y sus botas de invierno, y con los ojos llorosos y las mejillas ardiendo tras el corto trayecto a pie entre el camino de entrada y el porche de la casa, esperó a que su amiga saliera a abrir. No hubo respuesta. Llamó al timbre y con la cara enterrada en la prenda de abrigo siguió esperando.

Cuando hubo pasado otro minuto, Alex llamó a la puerta más fuerte. «Vamos, Jane; aquí hace un frío que pela». A tientas, extendió la mano y alcanzó el tirador. La puerta se abrió y Alex, sin esperar a que la invitaran, entró en el recibidor y llamó a su amiga. Imaginó que debía de estar ocupada y, puesto que esperaba su llegada, había dejado la puerta abierta. Fuera como fuese, se alegró de encontrarse de nuevo en un interior calentito. En la casa había mucho silencio y no se captaba el aroma de los pastelitos recién hechos que solían amenizar sus encuentros matutinos.

Después de volver a llamar a Jane, se quitó las botas y las dejó en la repisa para el calzado contigua al paragüero. Mientras recorría el pasillo hasta la cocina, con el rabillo del ojo captó un movimiento fugaz en el porche trasero. A través de la puerta acristalada, observó la penumbra de primera hora de la mañana y vio una figura de espaldas que se alejaba corriendo hasta desaparecer.

Miró con curiosidad a su alrededor, pero en la cocina todo parecía

en orden. Las encimeras y el fregadero estaban limpios, sin nada a la vista, ni siquiera una taza usada. El bolso de Jane se encontraba sobre la mesa con un abultado sobre al lado. Junto a la puerta que daba al porche trasero había un charco de agua. Alex tuvo cuidado de no pisarlo e intentó abrir la puerta acristalada, pero estaba cerrada con llave.

Fue al comedor y frenó en seco al ver que alguien había dejado abiertos los cajones del aparador que contenía la vajilla Royal Doulton y la cubertería de plata de Jane. El elegante servicio para el té, también de plata, reposaba en una de las estanterías cuando debería haber estado sobre la mesita de centro, con la tetera llena de té a la menta junto a una bandeja de *scones* o *muffins* recién horneados ante la expectativa de su visita.

Cruzó un arco que daba al salón y observó más cajones abiertos en las mesitas auxiliares y en un escritorio antiguo. Había unos cuantos libros fuera de la estantería, esparcidos sobre el suelo, y algunos papeles desparramados alrededor. Alex se preguntó qué estaba ocurriendo allí. El hogar de Jane solía hallarse en perfecto orden.

En medio de la mesita de centro había una flor de Pascua cuyas hojas rojas proporcionaban un bonito toque festivo y, junto a esta, un cuenco de cristal lleno de adornos de Navidad de estilo *vintage*. Un precioso abeto en miniatura reposaba sobre una mesa delante de la ventana, decorado con pequeñas bolas brillantes de vidrio irisado. A excepción del pequeño desorden, todo parecía normal. Quizá Jane había estado buscando algo y se hallaba en la planta de arriba porque no la había oído llamar a la puerta.

En la casa reinaba una quietud absoluta; el único sonido, un tictac, procedía del reloj colgado en la pared. Alex salió del salón y regresó al recibidor donde había iniciado el recorrido, completando así toda una vuelta sin encontrar señales de Jane. Mientras permanecía allí, insegura de qué hacer, la invadió una sensación de desasosiego. ¿Era posible que Jane no se encontrara bien?

Subió la escalera poco a poco mientras sentía el agobio del

silencio a cada paso. Uno de los escalones crujió y el sonido le recordó al restallido de un látigo en mitad de la quietud. Estaba convencida de que el corazón había dejado de latirle durante una fracción de segundo.

Había subido muchas veces a la habitación de los crímenes, tal como la llamaba Jane. Era un sencillo dormitorio transformado en despacho, donde Jane guardaba su extensa colección de libros de misterio y de *true crime*, así como su ordenador y los archivos. En una esquina había un cómodo sillón de piel reclinable donde le gustaba hacer cábalas sobre la identidad del asesino de sus historias de suspense. Alex miró dentro de la habitación de los crímenes y reparó en que *The Wizard of Evesham*, la novela de M. C. Beaton, descansaba sobre la mesita auxiliar situada junto al sillón de lectura. La sala parecía en orden.

Tras avanzar un poco por la planta y echar un rápido vistazo al dormitorio de invitados no consiguió averiguar nada más. Volvió a llamar a Jane, pero su voz hizo eco en el pasillo. ¿Porqué contenía la respiración? Un mal presentimiento la llevó hasta el dormitorio de su amiga.

Se asomó y vio la cama sin hacer y el móvil de Jane sobre la mesilla de noche junto a una cajita de Bombones de Muerte. En el ambiente se respiraba un ligero olor metálico. Dio un paso hacia el interior de la habitación y, de pronto, se tapó la boca con la mano para ahogar un grito. Abrió los ojos como platos y el corazón empezó a latirle con tal fuerza que corría el riesgo de que se le saliera del pecho. En el suelo yacía la dueña de la casa. Daba la impresión de haberse caído de la cama, y podría pensarse que había sufrido un ataque al corazón de no ser por la gran cantidad de sangre que manchaba su camisón, antes blanquísimo, y la zona de la moqueta *beige* que rodeaba el cuerpo.

Tras quedarse mirando la figura pálida e inmóvil de Jane durante lo que se le antojó una eternidad, Alex se agachó para tomarle el pulso. El cuerpo estaba frío y no percibió los latidos, aunque tampoco esperaba que los hubiera. La sangre del camisón estaba

casi seca.

No podía apartar la mirada de los agujeros deshilachados de la tela que cubría el pecho de Jane en medio de la oscura mancha carmesí. Era surrealista; la habitación empezó a darle vueltas y se sostuvo en pie apoyándose contra la pared. Todavía notaba las piernas un poco temblorosas, pero, tras varios suspiros entrecortados, miró alrededor de la habitación para no fijarse más en el cuerpo frío e inerte que pocas horas antes era un ser humano amable y cariñoso.

No vio cajones abiertos ni objetos fuera de lugar. Más allá de la cama deshecha, la habitación parecía estar en perfecto orden. Alex se arrodilló y miró debajo de la cama pensando que quizá el arma que había servido para matar a su amiga había salido rodando o se había deslizado allí debajo, pero todo cuanto encontró fueron unas pocas vedijas de polvo. Muy pocas. No cabía duda de que Jane era una diligente ama de casa.

Cerró los ojos con fuerza y se obligó a dar unos cuantos suspiros hondos hasta que los latidos de su corazón se redujeron a un ritmo casi normal. ¿Qué debía hacer? Una parte de ella era presa del horror de lo que acababa de descubrir mientras que la otra, tras hacerse con el control, empezó a recordar todo lo que había aprendido durante sus recorridos como acompañante en el coche patrulla y también en la gran cantidad de libros de misterio que había leído.

«Tonta. Llama a Duncan». Él sabría lo que había que hacer. Era ayudante de la *sheriff* en el departamento de Lakehead County en Swanson, la sede del condado. Tras varios intentos fallidos —como esos sueños en los que todo te sale al revés—, por fin consiguió establecer contacto con él y comunicarle lo que había encontrado.

—¿Es posible que aún haya alguien en la casa? —preguntó Duncan.

Alex miró alrededor y sacudió la cabeza, aunque él no podía verla.

—No lo creo. Parece que Jane lleva un rato muerta, aunque no

he mirado en el sótano.

Volvió a echar un vistazo al cadáver de Jane con el deseo de que su amiga abriera los ojos y le confesara que todo era una simple broma macabra.

—Quiero que salgas de ahí ahora mismo. Espérame en el coche con las puertas bien cerradas. Aún estoy en casa, así que no tardaré en llegar.

Alex interpretó de manera un poco laxa las palabras «ahora mismo» y se dirigió a la mesilla de noche para accionar el botón de inicio del móvil de Jane. La pantalla estaba bloqueada, pero en ella apareció un recordatorio: «Martes 8:00: *true crime* con Alex».

Decidió hacer unas fotos de la escena del dormitorio de Jane y también del despacho. No tenía claro que pudiera seguir llamándolo «la habitación de los crímenes», puesto que en el dormitorio había tenido lugar uno de verdad. Echó otro vistazo general y se asomó al cuarto de baño que daba al pasillo, pero todo tenía el mismo aspecto de un día normal.

Solo que ese día no tenía nada de normal.

Una vez dentro del coche, la mente se le disparó. Se sentía un poco aturdida mientras pensaba en Jane, pero no logró derramar ni una lágrima. La anciana era una de sus mejores amigas y la echaría mucho de menos.

¿Quién era capaz de hacerle algo así a una mujer tan adorable? Pensó en la persona a la que había visto abandonar el porche trasero cuando ella llegó a la casa. No podía asegurarlo del todo, pero estaba bastante convencida de que se trataba de un hombre, a juzgar por su corpulencia y su forma de andar. Llevaba unos pantalones oscuros, un abrigo viejo, diría que de color marrón, y uno de esos gorros con orejeras, pero la luz era demasiado escasa para distinguir los colores a ciencia cierta.

¡Mierda! ¿Por qué no había salido corriendo tras él? Claro que, siendo realista, tenía las botas en la entrada principal y fuera había un palmo de nieve; además, en aquel momento su presencia no le había sugerido nada especialmente siniestro. Con todo, la parte

menos práctica de su mente seguía repitiéndole: «Ojalá lo hubieras hecho».

Sin darle tiempo a seguir con sus cavilaciones, Duncan llegó con las luces del coche patrulla encendidas pero la sirena desactivada. Se aproximó al vehículo de Alex. Tenía los mismos ojos azules, la misma estatura y la misma complexión que su tío Tom. Alex bajó la ventanilla cuando vio que Duncan se acercaba lindando.

—¿Estás bien?

Ella asintió. Bueno, dadas las circunstancias, lo de «bien» era dativo.

—Voy a entrar. Ya he avisado a la *sheriff* y ha dicho que vendría, pero puede que tarde un rato. Tú quédate en el coche y espérame.

Quince minutos más tarde, Duncan le pidió que le detallara su recorrido por la casa y Alex le explicó que había mirado el móvil de Jane. Él puso mala cara, pero ella enseguida desvió el tema hacia la persona que había visto alejarse del porche trasero.

—Ha salido corriendo, y estaba demasiado oscuro para saber seguro qué ropa llevaba ese hombre. Lo siento.

—¿Crees que era un hombre?

—Eso me ha parecido, pero no puedo asegurarlo.

Duncan se sacó una libreta del bolsillo y asintió para indicarle a Alex que lo entendía.

—¿A qué hora has llegado aquí?

A Alex le pareció que hacía una eternidad del momento en que entró en la casa, pero el reloj de su coche indicaba que habían pasado menos de cuarenta minutos.

—Faltaba un minuto para las ocho cuando he aparcado el coche. He mirado la hora justo antes de acercarme a la puerta de la casa.

Duncan tomó nota.

—¿Dices que Jane sabía que ibas a venir?

—Sí. Anoche estuvo en la reunión del club de lectura Los Sabuesos y me pidió que viniera a visitarla esta mañana a las ocho porque quería enseñarme una cosa. Como he visto que no me contestaba, he probado a abrir la puerta. No estaba cerrada con

llave y he dado por sentado que podía entrar sin problema. Jane suele cerrarlo todo bien, pero como me esperaba…

Duncan levantó la vista de la libreta y saludó con un gesto seco a Stella Dejong, que los estaba observando desde la puerta de su casa, justo enfrente, sin duda preguntándose por qué había un coche patrulla con las luces de emergencia encendidas aparcado delante de casa de Jane. Stella era una mujer rechoncha, extremadamente eficiente, en la mitad de la sesentena, a pesar de que jamás lo admitiría, y había participado en la reunión del club de lectura la noche anterior.

—¿Has visto algo que te haya extrañado?

Alex lo pensó un momento.

—Bueno, había un charco en la parte interior de la puerta trasera, como si alguien hubiera entrado y se hubiera quedado parado o hubiese dejado allí las botas. Lo he comprobado y la puerta estaba cerrada con llave. En la planta baja he visto algunas cosas fuera de su sitio, pero arriba no, lo cual me ha parecido raro. Lo siento, no se me ocurre nada más.

—De acuerdo. Ahora ve a la tienda, y más tarde iré a tomarte declaración oficial. ¿Podrías tratar de no contarle a nadie lo que ha ocurrido? Sé que a Hanna sí que se lo dirás, pero por lo demás mantenlo en secreto por ahora. No queremos que esto llegue a oídos de la familia de Jane antes de notificárselo de manera oficial.

Alex asintió con aire sombrío.

—En realidad, no hay nadie que pueda considerarse su familia. Sus padres están muertos y su hermano también murió hace un año. Tenía un exmarido, pero llevaban más de cincuenta años divorciados, así que ni siquiera sé si todavía vive. Creo que le quedaba un primo en Swanson, en la casa que había pertenecido a sus padres. De todas formas, no contaré nada.

CAPÍTULO CUATRO

Cuando pasó el primer impacto tras haber encontrado el cadáver de Jane, Alex notó que las lágrimas pujaban por abrirse paso. Notó cómo le temblaba la barbilla cuando cruzó el pueblo en su coche y vio los alegres adornos de Navidad por todas partes. ¿Por qué tenían que ocurrir cosas malas en esas fechas? Era horroroso que sucedieran en cualquier época del año; sin embargo, ojalá durante el mes de diciembre todas las muertes quedaran aplazadas.

En el momento en que se marchó de casa de su amiga, ya había unos cuantos vecinos desafiando el frío a cambio de un jugoso cotilleo. Se apiñaban como los cuervos sobre un poste telefónico, sin duda imaginando la tragedia que acababa de ocurrir. No pasaría mucho tiempo hasta que lo supiera todo el pueblo; a fin de cuentas, Jane vivía sola. Cuando llegó la ambulancia y sacaron el cuerpo, incluso la persona más tonta habría sido capaz de deducir quién era.

Esa era la clase de días que invitaban a reconfortarse con algún dulce. Claro que, en opinión de Alex, la mayoría de los días eran así; seguramente por eso algunos pantalones le quedaban estrechos. A sus cuarenta y cinco años empezaba a notar que la aguja de la báscula se desplazaba en una dirección no deseada. Aparcó en un espacio libre frente a Cookies'n Crumbs.

Al abrir la puerta de la tienda la asaltó el aroma celestial de los bollos recién horneados. Los expositores estaban llenos de galletas,

pasteles, *muffins, cupcakes*, tartaletas y mucho más. Las paredes de la pequeña y acogedora pastelería y cafetería eran una combinación de tablones prefabricados y madera reutilizada. Seis de los siete días de la semana había multitud de mesas llenas de clientes habituales que disfrutaban empezando la jornada con un bollo delicioso y algún cotilleo local. Al día siguiente, los cotilleos sobre un tema en concreto correrían como la pólvora.

Alex tardó unos instantes en asimilar el contraste entre la cruda realidad de la muerte de Jane y el ambiente jovial de la cafetería. Cuando vio quién había detrás del mostrador, estuvo a punto de dar media vuelta y marcharse. No tenía ganas de soportar los modales bruscos y huraños de la única empleada del establecimiento, Louise Sweet. La mujer tenía un nombre dulce que parecía perfecto para alguien que trabajaba en una pastelería, pero el contraste con su persona no podría ser mayor.

Alex hizo acopio de fuerza de voluntad y se acercó a Louise llena de optimismo mientras se esforzaba por añadir una discreta sonrisa a sus palabras de saludo. Louise tenía cara de haberle dado un mordisco a un limón, con los labios fruncidos en un gesto de reproche y la piel, de la textura del papel viejo, tan tirante como si no diera de sí lo suficiente para cubrirle el cráneo.

—¿Qué quieres?

Consiguió que las palabras sonaran como si alguien estuviera a punto de pedirle un tremendo favor en lugar de aquello para lo que la habían contratado. Alex se mordió la lengua y trató de conservar la sonrisa de cordialidad, aunque le entraron ganas de soltarle un gruñido.

—Quiero galletas rellenas, dos de jengibre y otras dos de menta con chocolate, por favor.

Louise no se molestó en contestar. Se limitó a fruncir los labios con gesto adusto y fue directa al expositor para cumplir con el encargo. A cambio de la bolsa de papel blanco del establecimiento, Alex le dio un billete de los grandes.

—Quédate con el cambio, ¡y feliz Navidad!

«Serás majadera».

—No sé qué puñetas tiene de feliz —masculló Louise en voz baja, y se dispuso a atender a otro cliente.

En Murder and Mayhem, Alex se preparó una taza de té a la menta y puso a Hanna al día de lo acontecido durante la mañana mientras le mostraba fotografías de la escena del crimen advirtiéndole que no las mencionara ante Duncan. Sospechaba que, si él lo supiera, la obligaría a eliminarlas o, peor, a entregarle el teléfono.

Dispuso los bollos típicos de Navidad que había comprado sobre la mesa de la sala de actos.

—Tengo una cosa que te animará.

Se sintió como una traficante de droga, solo que en su caso ofrecía un subidón de dopamina provocado por el azúcar. Hanna asintió y cogió una galleta rellena de jengibre, con los ojos grises todavía arrasados en lágrimas.

—Tú eres quien ha encontrado el cadáver; debería ser yo quien te anime.

Como hermana mayor —aunque la diferencia de edad fuese solo de quince minutos—, Alex siempre había llevado las riendas y adoptado un papel tranquilizador. Incluso cuando una vez, a causa de un accidente provocado por su hermana, tuvieron que darle cinco puntos de sutura en la barbilla, fue ella quien consoló a Hanna durante el trayecto de vuelta a casa desde la escuela. El hecho de ser gemelas idénticas no implicaba que tuvieran telepatía, pero solían estar en sintonía, de modo que cuando una de las dos sufría, la otra sentía su sufrimiento con mayor intensidad.

Hanna dejó de masticar.

—No puedo creerlo. Me parece que en Harriston nunca habían asesinado a nadie. Justo anoche Jane dijo que en el pueblo no se había cometido ningún delito grave desde hacía más de cien años. ¿Es posible que lo haya hecho el tipo al que has visto?

Alex, con la vista fija en su enorme taza decorada con motivos

navideños, se quedó pensativa unos instantes antes de responder.

—No lo creo. Cuando he tocado a Jane para ver si tenía pulso, estaba fría, o sea que debía de llevar muerta un buen rato. Y la sangre de las puntas del camisón estaba seca.

Se estremeció al recordar el tacto frío y céreo de la piel de Jane, y Hanna se abrazó a sí misma con fuerza.

—¿Por qué la habrán matado? Era una mujer muy agradable. Es cierto que lo sabía todo de todo el mundo, pero no es que fuese la típica cotilla. Siempre ayudaba a la gente. No lo entiendo, la verdad.

A Hanna le brillaban los ojos arrasados en lágrimas que no había llegado a derramar. Alex, que mantenía un firme control sobre sus emociones, le dio un abrazo a su hermana mientras recordaba la última conversación con Jane.

—Me pregunto si esto tiene algo que ver con lo que quería contarme. A lo mejor tenía razón y algún vecino de Harriston está en orden de busca y captura por homicidio. ¿Crees que habrá descubierto que Jane sospechaba de él? Me dijo que solo lo sabía Netta.

Imaginemos por un momento que fuera muy probable que esta vez tuviera razón. —Hanna frunció el ceño—. ¿Te acuerdas del verano pasado? Jane creía que el asesino en serie del programa *America's Most Wanted* era el doctor Hanson. Era, como mínimo, la cuarta persona del pueblo que creyó reconocer en uno de los programas de *true crime* que tanto le gustaban.

Clive, uno de los asistentes al club de lectura de la tarde anterior, era un médico semirretirado que tenía un pequeño consultorio en el pueblo y trabajaba algunas mañanas a la semana. Junto con su esposa, Trixie, también regentaba un pequeño *hed and breakfast* construido en un antiguo establo: Hanson's Heavenly Haven.

—Antes era médico del ejército —siguió diciendo Hanna—, y es una suerte que su destacamento se hallara fuera del país ruando se produjeron los asesinatos; si no, Jane lo habría denunciado al FBI.

—Con toda franqueza, es verdad que se parece muchísimo a las fotos del asesino que enseñaron en la televisión. ¿Conoces la historia

de *Pedro y el lobo*? Al final acaba apareciendo un lobo de verdad. Creo que es mejor que esperemos a ver qué dice Duncan. De momento, vamos a poner más lucecitas en el escaparate para quitarnos de la cabeza lo del asesinato de Jane.

A lo largo de los años, Alex había tenido sus altos y bajos, y había aprendido que mantenerse ocupada y ayudar a los demás era la mejor manera de enfrentarse a los retos de la vida.

—¿Ha venido Zach a tomar medidas para la ventana nueva?

—Yo he llegado un poco después de las ocho, pero no, no ha venido.

—A lo mejor le ha surgido algo. Seguro que nos llamará más tarde.

Mientras decoraban el escaparate, una ráfaga de aire frío anunció la llegada de Duncan y una mujer alta y angulosa a quien él presentó como la *sheriff* Summers. Alex los condujo hasta la sala de actos para poder hablar en privado, puesto que había unos cuantos clientes que mostraban abiertamente su curiosidad sobre el cometido de la *sheriff* y su ayudante en la tienda. Alex apostaba a que, en cuestión de veinte minutos, la mitad del pueblo sabría que habían estado allí.

Summers, de cabello corto y entrecano, rezumaba autocontrol y eficiencia. Lanzaba las órdenes como si fuera un sargento durante las maniobras militares básicas.

—¿Esta mañana ha estado en casa de la víctima? Empiece por el principio. Y no se ande por las ramas; limítese a los hechos.

Alex, tan nerviosa como un recluta en su primer día a la espera de que le ordenen hacer cincuenta flexiones por una impertinencia involuntaria, se esforzó por relatar exclusivamente los hechos. Empezando por la noche anterior, con el comentario críptico de Jane sobre la posibilidad de que hubiese un asesino en el pueblo, les contó a Duncan y a la *sheriff* todo aquello que venía al caso y que la había llevado hasta el descubrimiento del cadáver por la mañana.

La *sheriff* Summers tenía una mirada dura de ojos de acero que no infundía familiaridad e hizo que Alex se sintiera como si la

estuvieran midiendo y pesando al detalle. Se sentó muy erguida y procuró no removerse en el asiento mientras contestaba las preguntas de la mujer. Ni siquiera la defensa de una tesis doctoral le habría crispado los nervios hasta ese punto. Parecía que la *sheriff estaba a* punto de guardar su libreta cuando hizo una pausa.

—Una cosa más: ¿dónde estuvo ayer a última hora, cuando terminó la reunión aquí?

Alex tragó saliva.

—Pasé un momento por casa de mi vecino y luego me fui a casa y no me moví de allí en toda la noche. Estuve horneando Julietas con mi hermana hasta las once.

Cuando la *sheriff* Summers se hubo marchado, Alex miró a Duncan, perpleja.

—Guau. ¿Dónde ha aprendido a interrogar? ¿En el Kremlin?

Duncan se encogió de hombros.

—Creo que antes de entrar en el departamento del *sheriff* estuvo en los Marines.

Hasta ahí, nada sorprendente.

—¿Qué crees que ha ocurrido?

—Lo siento, Alex, no puedo explicarte nada sobre una investigación en curso.

Alex se inclinó hacia delante en el asiento y colocó las manos entrelazadas sobre la mesa. A continuación, miró a los ojos al ex novio de Hanna.

—Duncan, cuando estabas planeando tu primera cita con Hanna, ¿quién te proporcionó información privilegiada sobre todo lo que más le gusta? ¿Quién le dijo lo buen tío que eres? ¿Quién la consoló cuando le rompiste el corazón? ¿Quién insistió para que siguierais siendo amigos?

Lo miró con su mejor expresión de inducir culpabilidad, copiada de su madre, y arqueó la ceja izquierda para mayor efecto.

Duncan, dándose por vencido, dejó caer la cabeza.

—Ya sabes que todo lo que voy a decirte es solo para tus oídos, ¿verdad?

Ella le dirigió una mirada de resignación.

—Claro.

—En este momento los forenses todavía están en la casa. No descartamos nada, pero parece que podría tratarse de un robo que ha salido mal. Alguien podría haber forzado la entrada, Jane se habría despertado y la han matado. Había sangre en las sábanas, de modo que creemos que es probable que la apuñalaran en la cama y ella intentara levantarse para pedir ayuda antes de caerse y morir. También buscaremos quién podría tener motivos para matarla. Cuando el médico y el resto del equipo forense terminen su trabajo, tendremos una idea más aproximada de lo ocurrido.

—¿O sea que la han apuñalado?

—No sabremos nada con certeza hasta que le hagan la autopsia, pero eso parece, sí.

—¿Y qué hay de la persona a la que he visto alejándose del porche trasero cuando he llegado a la casa? Es obvio que a Jane la habían matado mucho antes. ¿No crees que el asesino podría haber vuelto? —De pronto, abrió mucho los ojos y sus cejas se dispararon hacia arriba—. Si el móvil era un robo, no he notado que se hubieran llevado gran cosa. Había un sobre lleno de dinero recaudado con la venta de dulces navideños de la Sociedad Histórica; estaba encima de la mesa, al lado del bolso de Jane. Tenía el móvil en la mesilla de noche, el ordenador en el despacho y no he echado en falta ningún objeto de plata ni ninguna antigüedad. Seguro que, si hubiera sido un robo, se habrían llevado algunas de esas cosas como mínimo.

Duncan colocó delante de Alex la declaración escrita y un bolígrafo.

—Como no disponemos de un inventario de las pertenencias de Jane, es difícil imaginar qué podría faltar. Ahora mismo hay demasiadas incógnitas, la investigación todavía está muy verde. Seguimos interrogando a los vecinos y tenemos que esperar a que el médico forense determine la hora de la muerte. Aún falta un poco para disponer de información más concreta.

Con la declaración firmada en la mano, Duncan se puso de pie.

—Me alegro de que estés bien. Prefiero no pensar en lo que podría haberte pasado si el intruso hubiese estado dentro cuando has llegado.

A Alex se le ocurrió otra pregunta:

—¿Cómo ha entrado? No he visto ningún indicio de que alguien haya forzado la entrada. Si Jane estaba en la cama, lo lógico sería que la puerta estuviera cerrada con llave. Tenía mucha manía con eso, no me la imagino olvidándose de cerrar la puerta con llave.

Duncan vaciló.

—Es probable que el intruso haya dejado la puerta abierta cuando ha salido de la casa.

—Eso tiene sentido, pero no explica cómo ha podido entrar. ¿Alguna ventana del sótano estaba rota?

Duncan sacudió la cabeza.

—No, ninguna, pero podrían haber manipulado la cerradura. —Cuando se disponía a abrir la puerta, se volvió a mirarla—. Los forenses terminarán su trabajo mañana. ¿Podrías venir conmigo a casa de Jane cuando acaben para repetir tu recorrido de hoy?

Ella asintió.

—Te llamaré mañana.

Duncan abrió la puerta y se marchó.

CAPÍTULO CINCO

Alex apenas había salido de la sala de actos y había entrado en la zona de la tienda cuando se le acercó Gary Jenkins, el propietario del vivero Harriston Blooms y miembro de la Asociación de Horticultores desde hacía mucho tiempo. Gary, que era un hombre anodino con una buena barriga y entradas en el pelo, tendía a comunicarse de un modo lacónico que a veces rayaba la insolencia. Esa mañana su cara apagada tenía más líneas que un mapa de carreteras.

—¿Es verdad que Jane está muerta y la has encontrado tú? Justo hablé con ella ayer por la mañana. —Dio un hondo suspiro—. ¿Qué ha pasado? ¿Ha sido un accidente?

Alex no daba crédito a la rapidez con que se había propagado la noticia. En eso consistía la vida en el pueblo: la gente se enteraba de las idas y venidas de todo el mundo casi al instante.

—La he encontrado esta mañana. No puedo decir gran cosa porque el departamento del *sheriff* quiere notificárselo a la familia, pero no ha sido un accidente.

Gary abrió mucho los ojos.

—Vaya… Qué impactante. Esta mañana han hecho un buen despliegue de efectivos. He hablado con algunos vecinos y nadie sabía lo que estaba pasando. Nos hemos quedado fuera, observando. —Se pasó una mano por el pelo gris y ralo—. Me gustaría saber lo que ha ocurrido, la verdad. Me gustaría mucho.

Gary debía de haberlo visto todo como desde un asiento de primera fila: vivía en la casa contigua a la de Jane. Alex sabía que llevaba una vida solitaria. Dejando aparte a las personas con las que se relacionaba en el vivero, no parecía tener amigos ni familia.

Alex apenas había tenido tiempo de despedirse de Gary cuando Yvonne, una mujer bien vestida en mitad de la setentena, con el pelo de color plata, corto y perfectamente peinado al estilo de Helen Mirren, llamó su atención. Le cogió la mano y se la apretó.

—Se oyen unos rumores muy inquietantes. Dime que no son ciertos. No, nuestra querida Jane muerta, ¡tan de repente! Pero si justo ayer me trajo una flor de Pascua preciosa… Claro que, a nuestra edad, una ya sabe que tiene los días contados.

Alex se quedó mirando la afluencia de personas que daban vueltas por la tienda. Al darse cuenta de que aquel iba a ser el tema del día, se resignó a servir de paño de lágrimas a los clientes.

—No sé qué decirle, Yvonne. Ayer mismo estuvo dando un discurso en la reunión de Los Sabuesos. La echaremos de menos.

Yvonne frunció los labios en una fina línea y en su voz apareció cierto retintín.

—Sí, se perdió la última reunión de los horticultores por vuestro club. Al presidente de la asociación le extrañó mucho que se decantara por eso, nunca se había perdido ninguna reunión hasta ahora. ¿Sabes que lo de fundar la Asociación de Horticultores fue idea mía?

—No lo sabía, no. Fue mucho antes de que yo llegara al pueblo.

—Bueno, dada mi experiencia con las plantas y mi amor por la jardinería, me pareció la oportunidad perfecta para que los que más sabemos pudiéramos transmitir nuestros conocimientos a los aficionados. Daba por sentado que me elegirían a mí como presidenta, pero ya ves. —Sostuvo las manos en el aire con las palmas hacia arriba, como indicando que no podía hacerse nada contra los caprichos de la gente en un pueblo pequeño—. Sé de buena fuente que has sido tú quien ha encontrado a Jane. ¡Menudo *shock*! ¿Qué dicen en el departamento del *sheriff*? Parece que hay

unos cuantos miembros rondando la casa de Jane.

Alex se inclinó un poco para acercarse a ella.

—Me han pedido que no diga nada hasta que se lo notifiquen a la familia —dijo con un susurro—. ¿Lo comprende?

—Claro, claro. Ya hablaremos en otro momento, cuando el departamento del *sheriff* haya facilitado información más detallada. —Yvonne miró su reloj—. Ay, vaya, tengo que irme ya porque si no llegaré tarde a la cita que tengo con Tanya en Lavish Locks.

Le estrechó el brazo y salió por la puerta renqueando y apoyándose mucho en su bastón de color negro. Si Harriston ostentara un sistema de clases, Yvonne Crawford pertenecería a la aristocracia, o como mínimo ella lo creía así. Sus padres habían sido intelectuales, catedráticos de una prestigiosa universidad, y a ella, la hija única de la pareja ya mayor, la habían malcriado. Todo el mundo sabía que se había casado bien y tenía mucho dinero. Jane siempre ponía los ojos en blanco ante los aires que se daba Yvonne.

Tras ayudar a varios clientes, todos con preguntas sobre lo que estaba pasando en el pueblo, por fin gozó de una tregua y pudo dedicarse a llenar un expositor que había quedado temblando a causa de las personas que, en realidad, solo buscaban información sobre la muerte de Jane pero que, una vez allí, habían comprado lo primero que habían visto para justificar su presencia en la tienda.

Esa tarde estuvo hablando con Hanna del asesinato mientras rellenaban bombones con la manga pastelera.

—No me explico que fuese un robo y terminara en asesinato. No estamos en Detroit ni en Nueva York. ¿Por qué habrían entrado a robar en casa de Jane? Aquí no pasan esas cosas. Abundan los adolescentes que arman jaleo, las riñas entre vecinos y las desapariciones misteriosas de bicicletas, pero ¿un allanamiento y un asesinato? Además, si entraron con la intención de robar, ¿por qué no tocaron el bolso de Jane ni el dinero que había junto a este?

—Puede que buscaran joyas. La gente suele guardarlas en el dormitorio.

Hanna empezó a trasladar los bombones rellenos a la nevera

especial para ese fin.

—Es posible, pero ¿por qué eligieron la casa de Jane? No es precisamente de las más bonitas del pueblo y está claro que no es allí donde pueden encontrarse joyas caras. Además, ¿cómo entraron? Jane estaba en la cama y no hay señales de que forzaran la entrada. ¿De verdad la gente sabe cómo manipular una cerradura? ¿Y qué sentido tiene que hayan tirado por el suelo libros y papeles en el comedor y en el salón pero hayan dejado intactos los objetos de plata y el bolso, bien a la vista, en la mesa de la cocina?

Hanna se encogió de hombros.

—Entiendo lo que dices, pero el departamento del *sheriff* lo descubrirá.

—Yo no estoy tan segura. No has visto la cara que la *sheriff* Summers le ha puesto a Duncan cuando he recalcado que a Jane la han matado justo después de contarme sus sospechas de que el asesino del programa de crímenes estaba en el pueblo. Ha puesto los ojos en blanco de una forma tan exagerada que creía que se le iban a quedar así para siempre.

Hanna sonrió mientras sacaba de la nevera los bombones que estaban a punto para el sellado.

—Aunque tu teoría fuese cierta, ¿cómo es posible que esa persona supiera que Jane le seguía la pista? Has dicho que, aparte de contigo, solo había compartido sus sospechas con Netta, y ni siquiera llegó a mencionar quién creía que era.

—Tienes razón, pero Netta es la cotilla mayor del pueblo, y eso que aquí tenemos la proporción más alta de habitantes cotillas de todo el estado. Seguro que le ha contado a todo el mundo lo que le dijo Jane, de modo que es muy posible que haya llegado a oídos de quien no debía. No digo que necesariamente haya pasado, pero me parece que tampoco podemos descartarlo de antemano.

Hanna se quedó unos instantes mirando fijamente los bombones de la encimera antes de volverse hacia su hermana.

—¡Tengo una idea! Como bien dices, no podemos descartar ninguna teoría. Pues vamos a poner sobre la mesa todas las

posibilidades y a ver si somos capaces de averiguar qué ha pasado, igual que hacemos en Los Sabuesos.

Alex dejó un momento lo que estaba haciendo.

—No. Acabas de decir que el departamento del *sheriff se* está ocupando. Ellos encontrarán al asesino de Jane. Esto no es ninguna novela de misterio, ¿sabes?

Los ojos de Hanna emitieron un destello.

—Ya lo sé, pero lo único que haremos es plantearnos qué puede haber ocurrido. Solo en el plano teórico. —Se encogió de hombros de forma exagerada—. ¿Qué tiene de malo?

Alex dejó de rellenar bombones y miró a su hermana con gesto de aprobación.

—No soy detective, desde luego, pero supongo que no pasará nada porque nos planteemos qué puede haber sucedido. Además, no seremos las únicas del pueblo que hablen del asesinato.

Hanna ladeó la cabeza.

—Hace meses que no tengo una cita, y necesito emociones.

—Vale, pero vamos a hacer las cosas bien. Tenemos que crear un tablón de pistas para organizar toda la información.

En una pared de la cocina había una pizarra antigua muy grande en la que solían anotar las recetas que estaban creando o listas de cosas pendientes. Cuando terminaron con los bombones, Hanna borró la pizarra. Alex sacó de un cajón un bloc de notas adhesivo, escribió el nombre de Jane en la parte superior de la pizarra y la etiquetó como la víctima. Siguió colocando encabezados a lo ancho de toda la pizarra: DÍA Y HORA DE LA MUERTE, MÓVILES, SOSPECHOSOS y COARTADAS. Debajo de Móviles, Alex escribió: ROBO y PARA PROTEGER LA IDENTIDAD DEL ASESINO.

—No tengo ni idea de quiénes pueden ser los sospechosos —dijo —. Jane me explicó que la foto del programa de televisión tenía más de quince años y no resultaba muy útil para identificar al asesino. Al parecer, era la mejor imagen de la que disponía la policía. Según Jane, el último homicidio tuvo lugar hace una década, de manera que creo que podemos deducir sin miedo a equivocarnos que el

asesino se trasladó aquí después. Nosotras solo llevamos tres años viviendo en el pueblo, y la única persona que sé seguro que ha venido en los últimos diez años es Oliver Robins.

Hanna miró a Alex sin comprenderla.

—El escritor. Su patio trasero da al de Jane.

—Ah, ya. Creo que no lo conozco.

—Es un poco solitario. Escribe una especie de libros de autoayuda y de vez en cuando me lo encuentro en la biblioteca. —Alex hizo una breve pausa—. Siempre me ha parecido muy atractivo.

—¿Cómo es que yo no me lo he encontrado nunca?

—Porque tú no vas a la biblioteca. Necesito hablar con Tom y Maggie, ellos tienen bastante controlado todo lo que ocurre ni el pueblo. ¿Puedes intentar pegarte a Duncan para ver qué averigua? Hoy lo he convencido para que me contara lo que sabía, pero podrías ir a husmear un poco, por si dispone de información que, estrictamente hablando, nosotras no debamos conocer.

Cuando la mujer de Duncan murió de cáncer, él se había mudado a casa de sus padres para poder pagar algunas de las facturas médicas acumuladas. En cierto modo nunca había dejado aquella casa, y Hanna solía cruzar la calle para visitarlo incluso después de que dejaran de ser pareja. Alex había animado a Hanna a que saliera más, pero tras una racha de malas experiencias con sus citas Hanna decidió volverse más selectiva, y como resultado sufría una época de escasez.

Esa misma tarde, más hacia última hora, Murder and Mayhem recibió otra oleada de clientes que acudían con la esperanza de conocer los detalles sobre cómo Alex había encontrado el cadáver. Cuando Netta Griffin entró en la tienda, se acercó a ella de inmediato.

—Netta, me encanta cómo te han dejado el pelo —dijo Alex, admirando el peinado de peluquería de la anciana.

—Gracias. Me lo han hecho esta mañana en Lavish Locks. —Netta ladeó la cabeza y se dio unas palmaditas en los cortos rizos de color gris. Tenía los ojos centelleantes y casi daba botes de

entusiasmo mientras hablaba con Alex—. Cuando Stella me ha llamado a primera hora, le he dicho que tenía que ser un error; no podía creerlo. Justo ayer vi a Jane y parecía estar estupendamente. He salido corriendo hacia su casa, desde luego, y he visto a los ayudantes de la *sheriff* y a todas esas personas yendo y viniendo del escenario del crimen. En cuanto Stella me ha contado que tú estabas allí cuando ha llegado Duncan con su coche patrulla, me he dicho que tenía que verte y enterarme de lo que ha pasado. Pobre mujer, apuñalada hasta la muerte. Cuéntamelo todo sin temor, estoy acostumbrada a la sangre. He leído a Stephen King, y seguro que no hay nada peor.

La mujer menuda miró a Alex con expectación.

—Me temo que no puedo contarte gran cosa. Duncan me ha pedido que guarde silencio hasta que le den la noticia a la familia. Anoche Jane mencionó que había hablado contigo sobre un presunto asesino de un programa de crímenes que vive en el pueblo. ¿Por casualidad lo has comentado con alguien más?

Netta parecía una pelota pinchada, porque dejó de dar botes.

—¿Sabes que no era la primera vez que acusaba a una persona de ser el asesino de uno de esos programas de *true crime* que tanto le gustan? Cuando me lo dijo, me eché a reír, y la verdad es que me siento mal por haberlo hecho, pero es que me parece muy absurdo pensar que un asesino en serie, o alguien por el estilo, vaya a instalarse en el pueblo. —Netta hizo una pausa y dio un suspiro—. Es posible que haya hablado con un par de personas de lo que me dijo Jane. ¿Por qué?

—¿Recuerdas con qué personas en concreto?

La anciana desvió la mirada.

Claro que me acuerdo. Soy vieja, pero no me falla la memoria. Hoy se lo he dicho a Stella. —Interrumpió el discurso, ladeó la cabeza como un pajarillo y frunció los labios—. Anoche se lo conté a Gary durante la reunión de la Asociación de Horticultores, o sea que imagino que alguien pudo oírlo. —Netta tuvo la decencia de sonrojarse—. Creo que recuerdo haberle hecho algún comentario a

Eudora el viernes por la mañana, cuando fui a enviar un paquete. En la oficina de correos había unas cuantas personas, no recuerdo quiénes. Sí que recuerdo que la persona que había detrás de mí parecía bastante interesada en lo que me oyó decir, pero se marchó antes que yo de la oficina.

Netta se dio cuenta de que era muy improbable que consiguiera obtener más información de Alex y se marchó de forma precipitada. Cuando hubo salido, Alex se volvió hacia Hanna, que había estado aguzando las orejas.

—No me creo nada de esa mujer. Estoy segura de que prácticamente Harriston en pleno conoce las sospechas de Jane. Pero ella sabía cómo era Netta; ¿por qué se lo dijo?

Hanna sacudió la cabeza.

—No tengo ni idea, pero tienes que reconocer que pocas personas del pueblo habrían guardado el secreto.

Alex estuvo de acuerdo. A las cinco en punto, colocó el cartel de la puerta en la posición de Cerrado. Mientras contaba el dinero en efectivo de la caja y comprobaba los recibos de las tarjetas de crédito, sonó el móvil de Hanna en la cocina. No se oía con bastante claridad para distinguir lo que decía, pero daba la impresión de que se alegraba de hablar con quien hubiese llamado. A las cinco y media, las dos hermanas habían terminado sus tareas y se disponían a marcharse.

Hanna iba vestida con ropa de deporte y se dirigió a su clase de yoga en el centro social. Más tarde iría a ver a Duncan para tratar de averiguar algo, y Alex se ocuparía de preguntar a los vecinos acerca de posibles sospechosos.

—¿Quién te ha llamado?

Alex cerró la puerta de la tienda mientras Hanna la esperaba.

—Era mamá.

Hanna se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Ah, ¿y quería algo en particular? No suele llamarnos al trabajo.

La chica se llevó la mano al bolsillo en busca de sus llaves.

—Hummm… No, nada en particular. No te olvides de sacar a

pasear a Watson, yo no sé a qué hora llegaré.

Qué curioso. Hanna parecía más bien evasiva, cosa muy poco habitual. Eran hermanas gemelas, y sus respectivas vidas eran como un libro abierto para la otra. Se dijo que más tarde debía preguntarle qué se traía entre manos.

CAPÍTULO SEIS

Al entrar en la cocina, Alex reparó en el parpadeo de la luz del contestador automático. Accionó el botón de encendido y escuchó: «Soy Tom. Sé lo de Jane. No preparéis la cena, yo me encargo. Ven con Hanna a mi casa cuando lleguéis del trabajo. Maggie y Drew también estarán aquí».

Se relajó y pensó en la suerte de tener vecinos tan agradables: esa era la ventaja de vivir en un pueblo pequeño y que todo el mundo supiera de tu vida. La verdad, esa noche no tenía ganas de cocinar, y además sería más fácil hacerles las preguntas a los tres a la vez. Durante los últimos meses había obsequiado a Tom con comida en numerosas ocasiones, pero esa sería la primera vez que él la invitaba a su casa.

Mientras Watson se paseaba por el patio trasero, Alex vertió pienso para perros en un cuenco y le cambió el agua al animal. Rápidamente, le cepilló el pelo como muestra de consideración hacia Hanna, que el día anterior le había echado un rapapolvo por ello, y dejó una nota por si su hermana regresaba temprano. Tras hacer entrar a la perrita en casa y obsequiarla con unos cuantos mimos, se puso las botas, cogió una caja de bombones y salió corriendo hacia casa de Tom.

Media hora más tarde, Alex se enjugó los labios con una servilleta y

la dejó sobre la mesa.

—Qué cena tan deliciosa. Tenía pensado prepararme un sándwich de jamón y mantequilla de cacahuete cuando regresara a casa del trabajo, así que esto ha sido una sorpresa magnífica.

Drew tosió discretamente.

—Más bien estaba asustado ante la perspectiva de comer algo que hubiera cocinado Tom, pero ha sido una grata sorpresa. Con tantas molestias digestivas, me pregunto si me habré vuelto celíaco o si tenga el síndrome del intestino irritable.

Alex miró a Tom, a quien se le había escapado la risa y trataba de disimularlo con un arranque de tos.

—Quizá no debería tomar postre…

Drew había desarrollado cierta tendencia a la hipocondría desde que se jubiló el año anterior. Hasta la fecha, todos los meses los sorprendía con un nuevo diagnóstico. En septiembre estaba seguro de padecer el dengue, pero la cosa había acabado en un episodio moderado de gripe.

Tom miró a Drew con mala cara y a continuación le dirigió una amable sonrisa a Alex.

—He pensado que no tendrías ganas de pasar esta noche sola, dadas las circunstancias. Espera a ver el postre. —Empezó a retirar los platos de la mesa y Maggie y Alex se levantaron para ayudarle, pero él les indicó que volvieran a sentarse—. Hoy me toca a mí agasajaros.

Maggie le posó la manó en el brazo a Alex.

—Será mejor que disfrutemos del momento. Conociendo a mi hermano, esto no volverá a pasar hasta la próxima glaciación.

Tom le dirigió una mirada gélida a su hermana. Cuando terminó de recoger, sacó una tarta de merengue de limón de la nevera y la depositó sobre la mesa.

—No me digas que la has hecho tú.

Maggie abrió mucho los ojos.

—¿Qué pasa? ¿No me crees capaz de preparar una tarta?

—¡No! —exclamaron Maggie y Drew al unísono.

Tom, abochornado, tomó asiento y se dispuso a servirles un pedazo a cada uno.

—Puede que sea de la pastelería. Drew, si te preocupa la posibilidad de ser celíaco, no deberías probarla.

El hombre frunció el entrecejo y se cruzó de brazos.

Cuando todo el mundo se hubo terminado la deliciosa tarta, incluido Drew, que decidió que su organismo sería capaz de tolerarla, Tom miró a Alex.

—Vamos a la sala de estar. No intentaré fingir que no quiero saber lo que ha pasado.

Durante la cena, Alex había insinuado que deseaba obtener información relacionada con la muerte de su amiga, pero propuso que esperasen a haber terminado de cenar para ahondar en el tema, de modo que todos estaban ansiosos por conocer de primera mano los detalles de lo ocurrido. Una vez acomodados en el acogedor espacio, con un agradable fuego en el hogar, Alex les preguntó cómo se habían enterado de lo de Jane.

Maggie, dos años mayor que Tom, tenía sus mismos ojos azules y su misma figura esbelta, pero era como mínimo veinte centímetros más baja que su hermano, cuya estatura superaba el metro ochenta. Vivía en un estado de optimismo permanente y siempre celebraba las fiestas navideñas con una variedad de prendas que incluían motivos relacionados con la época. Esedin llevaba puesto un jersey negro con un bonito pingüino que luda un brillante gorro de Papá Noel. Maggie se frotó los brazos como si tuviera frío.

—Bueno, he recibido diversas llamadas de personas que me han dicho que creían que Jane había muerto, de modo que he ido a buscar las cartas a correos y he hablado con Eudora. Si alguien está al corriente de las últimas noticias, esa es ella, y me lo ha confirmado. Me ha dicho que la muerte de Jane debía de haberse producido en circunstancias sospechosas, de lo contrario no habría tanta gente relacionada con el escenario de un crimen.

Alex asintió y exhaló un suspiro.

—Los chismorreos del pueblo atacan de nuevo. Duncan me ha

pedido que no cuente nada hasta que le notifiquen la muerte a la familia. Supongo que a estas alturas ya lo habrán hecho, pero es preferible que solo lo hablemos entre nosotros —hizo un gesto con las manos para incluirlos a todos— hasta que se haga pública la noticia.

Todo el mundo estuvo de acuerdo.

—Anoche Jane me invitó a que fuera a verla a su casa esta mañana. Quería que viéramos juntas un programa de crímenes basado en hechos reales para comprobar si el asesino me recordaba a alguien del pueblo.

Drew, con su pelo gris, sus gafas de montura metálica y su expresión seria, se inclinó hacia delante.

—¿Sabes que había acusado a varias personas de ser los asesinos de los programas de *true crime* que solía ver?

—Sí, pero insistió en que esta vez era diferente. —Alex relató lo que Jane le había dicho la noche anterior y destacó su comentario acerca de que esta vez no se equivocaba—. Ella creía que en el pueblo vive un asesino, y menos de un día después está muerta. Resulta un poco curioso, ¿no os parece? No he visto armas por allí, pero por la mancha de sangre y las heridas tienen que haberla apuñalado.

Maggie chascó los dedos.

—Ya me acuerdo, aquella forense… Duncan le pidió que hablara con nosotros hace unos meses. Ella nos enseñó cómo la sangre del escenario de un crimen es un gran indicativo a la hora de investigar cómo se ha cometido.

—Exacto, y, por lo que yo he visto, a Jane la apuñalaron varias veces.

Maggie frunció el ceño.

—¿No os suena a crimen pasional?

Drew arrugó la frente.

—O bien alguien quería asegurarse de que estaba bien muerta.

Alex ya había pensado que el hecho de apuñalar a alguien varias veces sugería un vínculo más personal que el de un simple extraño

con la intención de robar.

Tom sacudió la cabeza.

—Pero ¿quién podría tener algo contra Jane? Era una de las personas más buenas que conozco. Siempre podíamos contar con ella para ayudar con las actividades de la iglesia o de la comunidad. No me imagino que pudiera tener un solo enemigo en todo el pueblo.

—El sábado pasado organizó prácticamente ella sola la venta de bollos con el fin de recaudar dinero para la Sociedad Histórica —añadió Drew.

Alex se mordió el labio inferior.

—Si se trata de un robo, tal como creen en el departamento del *sheriff*, ¿por qué dejaron intacto el sobre con el dinero de la venta? Estaba bien a la vista sobre la mesa de la cocina, al lado de su bolso. Y si Jane dormía en la cama, ¿para qué matarla? Además, ¿quién es el hombre a quien he visto salir del porche cuando he entrado en la cocina?

—¿Crees que es el asesino? —preguntó Maggie.

Alex negó con la cabeza.

—No lo creo. Jane llevaba muerta un buen rato, ya se estaba haciendo de día. ¿Por qué iba a quedarse allí el asesino o por qué iba a volver? Parafraseando a Poirot, debemos usar nuestra materia gris. —Alex se dio unos golpecitos en la sien—. Lo que espero descubrir es quiénes son los posibles sospechosos. El individuo del programa de crímenes tiene que haberse trasladado al pueblo dentro de los últimos diez años más o menos. También me pregunto si alguien le guardaba rencor a Jane por algún motivo.

—Oye, Alex, esto lo estás haciendo solo como entretenimiento, ¿verdad? ¿No te estarás planteando en serio encontrar al asesino?

Ella miró a Tom y se encogió un poco de hombros. Estrictamente hablando, Hanna y ella habían convenido que la búsqueda de la verdad sería solo un ejercicio teórico. Pero ¿qué separaba la teoría de la práctica?

Daba la impresión de que Tom se estaba poniendo un poco

nervioso.

—En la cárcel traté con verdaderos asesinos, y no me gustaría que tuvierais que enfrentaros a uno de ellos. Imagino que sois conscientes de que este asunto es competencia del departamento del *sheriff*.

Todos guardaron silencio unos instantes, esperando a que Alex respondiera. Ella sabía que podía ser un tema delicado, puesto que el hijo de Maggie y Drew estaba ayudando con la investigación del crimen.

—Puede que tengáis razón, pero no me ha parecido que la *sheriff* fuese muy abierta de miras a la hora de investigar el asesinato de Jane. De momento, solo me estoy permitiendo un pequeño ejercicio mental, como el que hacemos todos los meses en Los Sabuesos. ¿Estáis dispuestos a ayudarme o no?

Pasó un minuto sin que nadie pronunciara palabra, hasta que intervino Maggie.

—Yo sí. Te ayudaré aunque estos carcamales no quieran hacerlo.

Drew parecía un poco incómodo.

—No veo qué puede haber de malo en comentarlo. Alex no está hablando de emprenderla a culatazos con los sospechosos, Tom.

Alex y Maggie soltaron una risita y Tom dejó caer los hombros y la cabeza.

—Vale. Es evidente que me superáis en número. Supongo que no hay nada de malo en hacer algunas pesquisas.

Todos se relajaron y guardaron un momento de silencio. Alex sacó un bolígrafo y su cuaderno de la mochila.

—Si no me equivoco, Tanya y su marido se trasladaron aquí hace unos años —dijo Maggie mientras se tamborileaba el mentón con un dedo.

—Creo que podemos descartar a todas las personas menores de treinta años sin miedo a equivocarnos. Jane dijo que el último asesinato se había cometido hace diez años.

Alex no creía que se tratara de una matanza propia de un arrebato adolescente. Si más tarde descubrían que la teoría del

asesino del programa de *true crime* no cuajaba, ampliarían el criterio de búsqueda. Tom miró a Drew.

—Me parece recordar que ese promotor inmobiliario, Joe Comosellame, lleva aquí unos diez años.

Drew ladeó la cabeza y tardó unos instantes en responder.

—Joe Cameron. Creo que recuerdo que se trasladó al pueblo después de un divorcio bastante feo.

Alex arrugó la nariz y frunció el entrecejo.

—Ya sé quién es, y me parece un poco gilipollas. No da la impresión de ser una persona muy agradable, ya me entendéis. Se refiere a las mujeres de una forma que nos hace parecer inferiores.

Maggie hizo una mueca para indicar que estaba de acuerdo.

—Gary Jenkins lleva aquí unos diez años. ¿Sabéis quién es?

Alex asintió.

—Ha venido a la tienda esta mañana. Es el alma de la Asociación de Horticultores, pero a veces resulta un poco brusco y, dejando aparte el tema de las plantas, no se comunica mucho. —Se levantó y se apartó del fuego—. Sé que no le gusta que le hagan fotos. El año pasado, Jane quiso que apareciera en el *Swanson Sun* por las flores de Pascua tan bonitas que cultiva en Navidad, pero se negó a que lo fotografiaran. Dijo que las protagonistas eran las plantas, no él.

Maggie chascó los dedos.

—Penelope Shaw llegó al pueblo hace unos siete u ocho años. Nunca he visto a una mujer más desesperada por pescar marido. Les ha ido detrás a prácticamente todos los hombres guapos, cultos y con dinero de por aquí.

—Acabas de ofenderme, porque a mí no me ha ido detrás —protestó Drew.

—Lo siento, he querido decir guapos, cultos, con dinero y solteros —apostilló Maggie haciendo énfasis en lo de «solteros».

—Bueno, supongo que yo no estoy soltero —contraatacó Drew, y Maggie hizo una mueca.

—Yo sí —repuso Tom.

—Ya, pero tú no eres culto ni guapo —repuso Maggie con un

guiño—, y ninguno de los dos es rico.

—No estoy de acuerdo —dijo Alex con tono travieso—, yo diría que Penelope tiene las miras muy puestas en Tom, aunque no sea culto. No le lleva las sobras resecas porque le inspire lástima precisamente. Yo me andaría con mucho cuidado a la hora de comerme esos platos que te ofrece, Tom. En el pueblo tiene fama de ser una envenenadora.

Alex también pensaba que Maggie se equivocaba en otro aspecto. Sin duda, Tom era guapo, solo que tenía unas facciones muy masculinas. Su nariz daba la impresión de haber sufrido unas cuantas fracturas y su tez lucía un color rubicundo que sugería cierto grado de bronceado permanente. Quizá su belleza no fuera convencional, pero comprendía perfectamente por qué Penelope lo rondaba sin tregua.

Drew dio un prudente bocado a uno de los bombones con los que los había obsequiado Alex y lo masticó lentamente.

—Louise Sweet ha vivido aquí durante diez años aproximadamente, pero es muy mayor, de manera que no me parece que debamos incluir a esa mujer en la lista.

—¿Qué quiere decir que no te parece que debamos incluirla en la lista? ¿Solo porque es una mujer? —preguntó Maggie con indignación—. Las mujeres también matan. De hecho, tú me has llevado al límite varias veces.

Miró a Drew con un mohín y cogió un bombón a su vez. Ella había consagrado con gusto la vida a hacer de ama de casa, esposa y madre; no obstante, a sus hijas les había inculcado que podían dedicarse a lo que quisieran. Una era médico en Boston y la otra, buceadora de la Guardia Costera. Maggie sentía un gran orgullo como madre.

Drew parecía un poco cohibido.

—Ya sabes a qué me refiero, y he dicho que era muy mayor. Las estadísticas demuestran que las mujeres son menos propensas a cometer asesinatos que los hombres; sois todas mucho más sensatas que nosotros. Además, Louise aparenta ochenta años como

mínimo y, aunque tiene un nombre muy dulce, su carácter no se corresponde con ello en absoluto. Creo que es la persona más excéntrica que he conocido y tiene una decena de gatos rondando por su casa. Quizá eso la convierta en una perfecta asesina en serie.

—En realidad solo tiene sesenta y ocho años. Le tramité el carnet de la biblioteca cuando me trasladé al pueblo y estuve trabajando allí a media jornada. Recuerdo que el dato me sorprendió porque aparenta una edad bastante más avanzada. A ella y a Penelope las dejaré en la lista. —Alex miró a los demás a la espera de un consenso general—. Nunca se sabe qué oculta el pasado de una persona. Incluiré también a Oliver Robins, aunque no parece probable que sea el asesino. Puesto que es un escritor consagrado, no es lógico que haya aparecido en un programa de casos sin resolver. No me imagino que alguien a quien buscan por asesinato se exponga de esa manera.

—Se me acaba de ocurrir otra persona —dijo Tom—. Zach Roberts se mudó aquí hace diez años más o menos. Lo conozco un poco porque me ha ayudado con algunas reparaciones de la casa, pero es demasiado amable para ser un asesino.

—Ese sí que es guapo —soltó Alex, y le guiñó el ojo a Maggie.

—Cuánta razón tienes. —Maggie se levantó y chocó los cinco con Alex—. Si tuviera yo diez años menos…

Alex se echó a reír.

—A por él, muchacha.

—Eh, cálmate, fiera. No olvides que tienes marido —la atajó Drew con tono seco.

—No cabe duda de que es atractivo —musitó Alex sin dar tiempo a que Drew dijese nada más—, pero mucho dinero no veo que tenga. Por lo que sé, vive de alquiler en un sótano cerca del campo de sóftbol. Anoche, después de la reunión, le pedí que nos instalara una ventana nueva en la tienda y me dijo que no tenía tiempo de quedarse a tomar medidas porque había quedado con alguien, pero tampoco se ha presentado esta mañana.

—Acordaos de que Ted Bundy también era un hombre atractivo y

seductor —observó Drew con una sonrisa de satisfacción.

Alex miró a sus amigos.

—¿Se os ocurre que alguien pudiera guardarle rencor a Jane por algún motivo? ¿Quizá por algo que pasó hace tiempo?

—Sinceramente, no pienso en nadie a quien le cayera mal —dijo Maggie tras meditarlo—. Conocía a Jane prácticamente de toda la vida. Fue mi maestra en el colegio, trabajé con ella como voluntaria y no se me ocurre que nadie la quisiera tan mal como para matarla.

—Maggie tiene razón —convino Drew—. Todos los miembros de la Sociedad Histórica la tenían en mucha estima. Incluso Fenton Carver, el hombre más cascarrabias que conozco.

Tom cogió un bombón de la mesita auxiliar.

—Repasemos la lista, Alex.

—Vale, ahí va. Tengo a Joe Cameron: promotor inmobiliario, un poco misógino; Oliver Robins: escritor de libros de autoayuda, ermitaño; Gary Jenkins: propietario del vivero, arisco y que rehúye salir en las fotos; Zach Roberts: manitas para todo, joven, atractivo y agradable pero sin dinero; Penelope Shaw: envenenadora a la caza de marido, y, por último, Louise Sweet: la loca de los gatos, que no es joven pero tampoco vieja. ¿Están todos?

Maggie se estaba riendo.

—Creo que sí.

—Vale, pues ha llegado la hora de sacar las galletas que ha preparado la señora Matthews. Es una gran repostera, pero no me gustan mucho sus temas de conversación.

Con cara de agobio, Tom se levantó y fue a la cocina.

Dos horas más tarde, Alex estaba leyendo en la cama cuando Hanna entró en casa y subió corriendo la escalera. Sin aliento, se sentó en el borde de la cama, y Watson, que dormía junto a Alex, se despertó y se acurrucó contra la recién llegada. Alex abandonó la lectura.

—¿Qué ocurre?

—No te lo vas a creer. Estaba tomando el té con Duncan… en

Swanson, porque ha terminado de trabajar muy tarde, y, mientras tanto, ha recibido una llamada. Yo me he quedado escuchando descaradamente, claro. ¡Han detenido a un sospechoso del asesinato de Jane para interrogarlo!

CAPÍTULO SIETE

Solo faltaban nueve días para Navidad y de nuevo hacía un frío tremendo, aunque por suerte no había previsiones de J nieve. Vestida con unos vaqueros negros ajustados y un grueso jersey rojo de cuello alto, Alex salió corriendo hacia su coche y lo puso en marcha para que el motor se calentara antes de marcharse a trabajar. Se respiraba un aire limpio y fresco, y las estrellas todavía emitían destellos en el cielo. Por un segundo pensó en ir andando, pero enseguida recobró la cordura.

Cuando dieron las ocho justo empezaba a clarear. En el horizonte, hacia el este, se apreciaba una diminuta franja de un pálido tono anaranjado que gradualmente daba paso a un claro azul grisáceo y, a medida que avanzaba hacia el oeste, se iba transformando en un intenso color índigo. Cinco días más y sería el más corto del año. Alex soportaba bien la nieve y el frío hasta Navidad, pero después anhelaba el tiempo cálido y soleado.

Tras pasar la noche inquieta, se sentía lastrada por los pensamientos sobre Jane. ¿De verdad alguien del pueblo era un asesino?

Hanna le había soltado la noticia sin ni siquiera quitarse el abrigo:

—Acaban de detener a Zach para interrogarlo por el asesinato de Jane. Han encontrado sus huellas en los dos pomos de las puertas correderas de la cocina de su casa. Pero el notición no es ese. Nunca

dirías cómo han logrado identificar sus huellas tan deprisa. —Antes de que Alex tuviera tiempo de intentar adivinarlo, Hanna prosiguió —: Tiene antecedentes de robo con agresión.

La personalidad. Eso era lo que Jane había dicho que resultaba tan importante como los medios, el móvil y la oportunidad. Alex no podía creer que Zach fuese un asesino despiadado. ¿Quién tenía la clase de personalidad que le permitía matar a alguien y seguir adelante como si nada? ¿Y quién tenía un motivo que le pesara lo suficiente para impulsarlo a matar a Jane? ¿Qué haría Agatha Raisin en su lugar? Iría directa a casa del sospechoso y lo bombardearía con preguntas, pero Alex tenía una idea mejor.

Se detuvo en Cookies'n Crumbs de camino al trabajo y decidió comprar unos *scones* espíritu navideño para compartir con Hanna. Los bollos estaban rellenos de arándanos rojos y pepitas de chocolate blanco, tenían una finísima cobertura de azúcar glaseado y estaban deliciosos.

En el local no había ni una mesa libre y, en cuanto cruzó la puerta, todo el mundo clavó los ojos en ella. Durante unos instantes, los clientes se quedaron mirándola en silencio. Se sentía como un raro espécimen capturado en un bote, pero por suerte el momento pasó y todo el mundo se concentró de nuevo en sus charlas y su café.

Sam O'Connor, la propietaria, llevaba un delantal rojo encima de una camiseta de rayas rojas y blancas y unos pantalones vaqueros, lo cual le daba cierto aspecto de elfo, puesto que apenas superaba el metro y medio de estatura y tenía una mata de rizos castaño oscuro que llevaba recogidos en una coleta. Sus ojos azules, por lo general muy vivos, desprendían un aire abatido mientras se quejaba de que ni siquiera en un pequeño pueblo como ese la gente podía dormir tranquila en su cama.

—Desde ayer no paran de entrar clientes hablando de lo mismo. Al principio nadie sabía que había sido un asesinato, claro, pero cuando empezó a llegar toda esa gente que habitualmente ronda el escenario de un crimen, enseguida se corrió la voz de que se trataba

de algo más que de un ataque al corazón o una caída en la escalera. Me parece que no ha quedado ni una sola silla vacía durante más de cinco minutos desde que he abierto la tienda.

Lo dijo todo seguido, sin pararse a respirar. Sam hablaba tan deprisa como se movía, y lo cierto era que no paraba quieta puesto que su única empleada muchas veces se ausentaba del trabajo. Le entregó a Alex su bolsa con los bollos.

—Lo siento, tengo que seguir con esto. Louise me ha vuelto a llamar para decirme que está enferma, y con tanta clientela…

Se encogió de hombros y continuó sirviendo cafés y tomando nota de los pedidos de una mesa que apenas había quedado libre un minuto antes de que la ocuparan los nuevos clientes.

Alex recorrió en su coche la corta distancia hasta la librería mientras pensaba que no comprendía por qué Sam no despedía a Louise. Eran más los días que llamaba para avisar de que estaba enferma que los que acudía al trabajo, y cuando lo hacía se mostraba taciturna y huraña en grado sumo.

Por suerte, en Murder and Mayhem las cosas iban mejor, sobre todo porque las gemelas no tenían empleados en la tienda. Con su mochila en una mano y el paquete con los *scones* en la otra, Alex cruzó la puerta de la librería y esbozó una sonrisa. El ambiente estaba cargado del estimulante olor del papel y la tinta mezclado con notas aromáticas de cedro y vainilla. Casi todas las paredes estaban tapizadas de sólidas estanterías de oscura madera de caoba y un mostrador a juego cubría la mitad de una pared de la sala principal. Alex había rescatado los muebles de una vieja librería que había cerrado la persiana hacía mucho tiempo y que iba a ser demolida. De otro modo, jamás habría podido permitirse unos muebles de tan alta calidad.

Por todas partes se exhibían elementos de pino, cedro y adornos de colores que añadían un toque festivo. Junto al extremo del mostrador, en el suelo, apenas sin espacio para nada más, había un árbol de Navidad alto y esbelto adornado con cálidas lucecitas y delicados copos de nieve de cristal, blancos y plateados, de todos los

tamaños. Alex se despojó del abrigo y las botas y encendió una de las velas de elaboración artesanal. El local olería a canela y vainilla durante el resto del día.

Jamás había imaginado que acabaría por tener una tienda propia. Durante muchos años, siendo banquera, trabajó codo con codo con los propietarios de otros establecimientos y vio los altos y bajos inherentes al hecho de regentar un negocio. Dio un gran paso dejando su trabajo estable y adentrándose en el arriesgado mundo empresarial, pero Hanna y ella habían conseguido ser siempre solventes desde que inauguraron la librería.

Al cabo de veinte minutos, Hanna entró en la cocina. Llevaba una blusa de franela de cuadros rojos debajo de un jersey gris de talla extragrande y unos vaqueros desteñidos de corte pitillo. Se había recogido el pelo en una coleta y tenía un aspecto fantástico a pesar de que su maquillaje se limitaba a la máscara de pestañas y el brillo de labios.

—¿Puedes creerlo? Aún no me hago a la idea de que anoche detuvieran a Zach para interrogarlo. Mmm… Qué buena pinta tienen esos *scones* —dijo tras colgar su abrigo y sentarse en un taburete.

Alex apenas había pensado en otra cosa desde la noche interior.

—¿Para qué fue Zach a casa de Jane ayer por la mañana? Tiene que haber algo más detrás de todo esto. Lleva muchos unos viviendo aquí, y hay otras casas en el pueblo que son bastante más atractivas para entrar a robar, y además dentro de una semana estarán vacías porque sus propietarios se marcharán a pasar las Navidades con la familia. Lo he estado pensando y creo que los cajones abiertos y los papeles desparramados son una distracción para que parezca que ha habido mi intento de robo.

Hanna dio un sorbo del té que Alex le había colocado enfrente.

—¿No te parece que quizá necesitaba dinero de forma inmediata? A lo mejor es drogadicto o tiene deudas de juego.

Alex sacó los *scones* de la bolsa de plástico transparente y los sirvió en una bandeja que depositó junto a Hanna.

—No lo creo. Desde luego, su comportamiento no denota nada

de eso. Nunca ha dado muestras de ser drogadicto ni adicto al juego. Además, ¿por qué habría dejado intactos el bolso de Jane y el sobre lleno si estuviera buscando dinero para comprar droga? Y a Jane no la mataron justo antes de que yo llegara; es evidente que llevaba varias horas muerta.

Hanna se quedó cabizbaja.

—Pues qué mal, porque eso significa que sigue habiendo un asesino suelto.

Dio un bocado del *scone* y suspiró.

—Estoy segura de que no la mataron por accidente sino que lo hicieron de forma deliberada, y necesitamos descubrir qué motivos podría tener alguien para desear su muerte, pero por ahora sigo apostando por el asesino del programa de crímenes. Según Tom, Maggie y Drew, Jane era una mujer muy querida por todo el mundo y no tenía enemigos. Aun así, hemos hecho una lista de posibles sospechosos basándonos en los vecinos que se han trasladado al pueblo en los últimos diez años.

Se quedaron mirando el tablón de pistas actualizado por Alex. Esta dio un bocado de su *scone* y cerró los ojos para degustar la combinación de sabores dulce y ácido. Ojalá pudiera dedicarse a disfrutar de esa delicia navideña que sabía a gloria y olvidarse del asesinato durante un rato. Alex abrió los ojos.

—Acabo de caer en la cuenta de que el programa que Jane quería que viéramos juntas debe de estar todavía en el reproductor de vídeo. Si consigo verlo cuando Duncan me deje entrar en la casa, ¡quizá habremos resuelto el caso antes de que acabe el día!

Mientras examinaban la lista de sospechosos del tablón y le daban vueltas a la mejor manera de abordar la falta de información, sobre todo las coartadas, Duncan llamó y le pidió a Alex que se reuniera con él en casa de Jane. El equipo forense había terminado su trabajo.

CAPÍTULO OCHO

Joe Cameron, un hombre alto de unos cincuenta años con el pelo color arena recogido en una coleta y la complexión atlética de un corredor, salió a toda prisa de la tienda Black Currant, un establecimiento de comida sana contiguo a Murder and Mayhem, justo en el momento en que Alex asomaba por la puerta de la librería.

—Hola, Joe. Qué temprano has salido a comprar hoy.

Casi había estado a punto de gritarle «¡Yuju!», pero en vez de eso lo saludó con la mano. Por un momento, creyó que no iba a contestarle, pero el hombre frenó en seco y se volvió para plantarse frente a ella en la acera.

—Sí, qué remedio. Estaba a punto de hacerme mi batido de proteínas cuando he vuelto de correr esta mañana, pero no me acordaba de que ayer no pasé a recoger el preparado porque me lie en una reunión hasta tarde, así que aquí me tienes.

Era obvio que Joe no tenía ningún interés en entablar conversación, pero Alex no pensaba desaprovechar esa oportunidad.
—¿Has oído lo de Jane Burrows?

Él tensó la mandíbula y puso cara de fastidio a la vez que se encogía de hombros bajo su plumífero negro.

—¿La mujer que se ha muerto? Ayer, las de mi trabajo no hablaban de otra cosa, no trabajaron nada. Hasta después de muerta tengo que aguantar a la vieja. Oye, llego tarde a una

reunión. Ya nos veremos.

Sin esperar respuesta, recorrió la distancia que lo separaba del coche a la carrera y se marchó.

«¡Mierda!». Creía que conseguiría hacerlo hablar. ¿Qué había querido decir con lo de «aguantar a la vieja»? Alex no tenía tiempo de quedarse dándole vueltas porque también a ella se le hacía tarde.

Duncan y la *sheriff* Summers estaban esperándola delante de casa de Jane. La *sheriff*, con los mismos modales bruscos del día anterior, le ordenó que repitiera los pasos de la mañana del asesinato, y ambos la siguieron por toda la casa mientras describía con exactitud todo lo que había hecho en aquel momento.

Al llegar al dormitorio de Jane, se detuvo. El cadáver ya no estaba, y también se habían llevado el trozo de moqueta manchado con su sangre. Una mezcla de rabia y repugnancia la invadió mientras contemplaba la zona del suelo desprovista de revestimiento, hasta que una oleada de profunda tristeza se propagó por su interior. Allí era donde su amiga había pasado sus últimos momentos en este mundo, y ella, aunque creía en la existencia de un más allá después de la muerte, deseaba que se hiciera justicia en esta vida.

En la sala de estar acabaron el recorrido, durante el cual Alex había ido respondiendo a sus preguntas. La bella flor de Pascua situada sobre la mesita auxiliar se veía lamentablemente mustia y había perdido algunas hojas desde la mañana anterior. Alex palpó la tierra y comprobó que aún estaba húmeda.

—¿Le importa si intento encontrar el programa de televisión que Jane quería enseñarme? Es posible que eso explique quién le ha hecho esto.

La *sheriff* Summers esbozó una sonrisita de suficiencia.

—Ah, claro, por favor. Ojalá todas las víctimas tuvieran la decencia de dejar grabadas las pruebas de quién las ha matado.

Alex hizo caso omiso del sarcasmo de la mujer y encendió el televisor para comprobar la lista de programas grabados. Se sintió desconcertada. No había ninguno.

—Esto no tiene sentido. Jane quería enseñarme el programa que le hizo sospechar que había un asesino en el pueblo. ¿Lo borraría?

Con su tono petulante, la *sheriff* Summers le aseguró a Alex que estaba convencida de que probablemente Jane se había percatado de su error.

—Seguro que ayer la esperaba para decirle que estaba confundida. Tengo entendido que llegó a acusar a varias personas de ser los homicidas que había visto en algún programa de crímenes, ¿verdad?

Alex tuvo que reconocer que era cierto y la *sheriff* la atravesó con la mirada.

—Solo quiero comprobar su paradero la noche del asesinato. ¿Dijo que fue un momento a casa de un vecino? Hemos hablado con él y afirma que fueron cinco minutos. ¿Es correcto?

—Sí.

—¿Y después estuvo con su hermana? ¿Hasta las once?

—Sí.

Alex empezaba a preguntarse adonde quería ir a parar la *sheriff* pero esta le agradeció la colaboración y le ordenó a Duncan que cerrara la casa con llave, por lo que esperó a que Summers hubiera salido para formularle una pregunta al ayudante:

—¿Todavía crees que Zach ha tenido algo que ver con la muerte de Jane?

Duncan suspiró.

—¿Sabes cuántos problemas me busco si te cuento cosas de la investigación?

—Te prometo que no se lo diré a nadie. Además, también podría preguntarle a Zach y seguro que él me explicaría lo que ocurrió anoche.

Él se pasó la mano por el pelo.

—No tiene coartada y dice que estaba en casa solo.

—¿Eso significa que sabéis la hora de la muerte?

El ayudante de la *sheriff* se puso tenso.

—Sí. Jane murió entre las ocho y media y las diez de la noche del

lunes. Zach también nos ha dicho que había estado haciendo trabajos para ella, y hemos contrastado la información con un vecino que lo vio colocando luces de Navidad. Además, en el talonario de Jane hay muestras de que le pagó en varias ocasiones.

—De modo que tenía un motivo para estar en la casa, ¿no?

—Sí. Pero, por desgracia, tiene antecedentes de robo con agresión y nos mintió. Al principio nos dijo que ayer no se había acercado para nada a la casa, pero cuando le dijimos que había un testigo…

Alex arqueó las cejas.

—No siempre compartimos toda la información con los sospechosos —dijo Duncan encogiéndose de hombros—. Tú fuiste la testigo. Tendrías que haberle visto la cara. La ropa que llevaba la persona que tú describiste casaba con la que tenía colgada en la puerta cuando fuimos a interrogarlo. Basándonos en eso, lo trasladamos a la comisaría para hacerle más preguntas y admitió que había ido a la casa a por unas herramientas que necesitaba para un trabajo esta mañana y que, como llamó a la puerta y Jane no contestaba, entró en la cocina por la puerta de atrás con una llave de repuesto, tal como tenía por costumbre. Según dice, le extrañó un poco porque normalmente, para cuando él llegaba, Jane hacía rato que se había levantado de la cama. Pensó que quizá se había cuido o le había pasado algo y, como no la vio en la planta baja, Subió al piso de arriba y la encontró en el dormitorio, donde tú la viste. Dice que se asustó mucho y que sabía que lo considerarían sospechoso por sus antecedentes penales, así que se marchó con la idea de hacer una llamada anónima. No se dio cuenta de que tú lo habías visto. Encontramos sus huellas en el pomo de la puerta.

—Eso explica el charco que había en la puerta trasera. Jane sería capaz de matar a quien se atreviera a entrar en su casa con zapatos. Su explicación parece razonable. ¿Sigue detenido?

—En rigor, nunca lo ha estado. Solo lo llevamos a la comisaría para interrogarlo. De momento, no disponemos de pruebas suficientes para retenerlo.

—Zach estuvo en la reunión de Los Sabuesos hasta las ocho y media aproximadamente y dijo que después había quedado con alguien.

—Ya lo sabemos, pero se marchó en cuanto dieron las nueve, y en ese rato tuvo tiempo de sobras para matar a Jane.

—¿Cuántas puñaladas recibió?

Duncan se frotó la cara con la mano.

—Es lo último que te cuento, ¿vale?

—Fueron muchas las noches que me tocó consolar a mi hermana cuando le rompiste el corazón.

A la propia Alex le sorprendió su facilidad para esgrimir argumentos con tal de que Duncan se sintiera culpable y dejara a un lado su reticencia a explicarle los detalles de la investigación. Tal vez se parecía más a su madre de lo que creía.

El ayudante de la *sheriff* dio otro suspiro hondo.

—Las primeras observaciones del médico y el equipo forense sugieren que Jane estaba acostada cuando la apuñalaron tres veces, lo cual tiene lógica si estaba dormida. No parece que forcejeara con el agresor. Es posible que se levantara para acudir en busca de ayuda, pero murió enseguida a causa de las heridas.

—Te agradezco que me hayas contestado a las preguntas. Todavía no me creo que esté muerta. ¿Te importa si me llevo a casa su flor de Pascua? La veo apagada, aunque no soy precisamente una experta en plantas.

—Claro.

Una sombra atravesó el rostro de Duncan.

—Voy a la cocina a por una bolsa de plástico para resguardarla durante el trayecto hasta la tienda. A las flores de Pascua no les sienta bien el frío.

Duncan levantó la mano para impedir que fuera a ninguna parte y se la quedó mirando.

—Hay una cosa más que debes saber. La *sheriff* quiere meter a alguien entre rejas cuanto antes. Este año hay elecciones, recuérdalo bien.

Alex no tenía claro lo que había querido decirle Duncan con ese comentario, pero daba la impresión de que a Summers le preocupaba más su imagen que encerrar al verdadero responsable.

Alex dejó la flor de Pascua en la tienda antes de dirigirse a la oficina de correos situada al otro lado de la calle. Eudora Harris era la encargada desde tiempos inmemoriales. Alex sabía que debía de tener cerca de ochenta años, pero conservaba una postura más tiesa que el palo de una escoba y una mirada sagaz en sus ojos oscuros, en claro contraste con el escaso pelo blanco recogido en un moño y el delicado olor a polvos de talco que impregnaba el aire a su alrededor. También era una lectora voraz y clienta habitual de la librería, así como un as de la tecnología.

La solterona era descendiente de Steven Harris, el fundador de Harriston. Parecía tener una red de espías y sabía absolutamente todo lo que pasaba en el pueblo. Jane y ella habían sido amigas desde la infancia.

Alex saludó a la encargada de la oficina, donde no había nadie más.

—Te he traído unos bombones. —Le tendió una caja—. He incluido dos delicias de rosa a la ricina. Sé que son los que más te gustan. ¿Tendrías un momento para contestarme a unas preguntas?

—No hace falta que me compres con bombones, pero, ya que los has traído, voy a disfrutarlos. Supongo que has venido a preguntarme por Jane —repuso Eudora en un susurro mientras señalaba la zona oculta donde se seleccionaba el correo.

Alex comprendió que debía de haber alguien más trabajando y bajó la voz.

—¿Cómo narices lo has sabido?

—Resulta que me he enterado de que fuiste tú quien encontró el cadáver de Jane y de que esta mañana has estado en su casa con Duncan y la *sheriff*. También sé que anoche detuvieron a Zach. Es de cajón que tu repentina necesidad de hacerme preguntas ha de

tener algo que ver con Jane.

—Ella creía que era observadora, y lo mismo decía de mí, pero está claro que nos das cien vueltas. ¿Cómo es posible que sepas que esta mañana he estado en su casa?

—Tengo mis contactos. —La mujer le guiñó un ojo—. Bueno, ¿qué quieres saber?

Si alguna vez la CIA se quedaba sin su red de espías, deberían contratar a la gente mayor de Harriston.

—La noche de su muerte, Jane me pidió que a la mañana siguiente fuese a visitarla a su casa. Quería que viéramos un programa de crímenes basado en hechos reales. Creía que reconocería a una persona del pueblo.

—Ya sabes que últimamente había hecho algunas acusaciones a la brava después de ver programas de esos y que todas quedaron en agua de borrajas, ¿verdad?

—Sí. —Alex se acercó más al mostrador—. Pero me parece demasiada casualidad que justo después la mataran. Y me cuesta creer que Zach haya tenido algo que ver. Es demasiado buena persona para andar por ahí asesinando a ancianitas.

—Puesto que Jane tenía más o menos la misma edad que yo, acabas de ofenderme al llamarla «ancianita». Yo prefiero el término «mujer madura». Dicen que los setenta de ahora son los nuevos sesenta, y estoy totalmente de acuerdo.

Alex miró a Eudora más de cerca. ¡Los setenta! Si no se equivocaba, estaba a un suspiro de cumplir ochenta. Jane los habría cumplido en enero y a Eudora no podía faltarle mucho.

La mujer bajó de nuevo la voz.

—También estoy de acuerdo con tu impresión del señor Roberts. Me ha ayudado con unos cuantos arreglos en casa, tanto dentro como fuera. Tengo varias antigüedades de valor, además de un buen surtido de aparatos electrónicos, y jamás he tenido queja alguna de su honradez ni de su trabajo.

—¿Se te ocurre otro motivo por el que alguien quisiera matar a Jane? Estuve dándome una vuelta por la casa antes de encontrar el

cadáver y no me parece que la cosa empezara por un robo.

—Sería un fastidio tener que empezar a cerrar las puertas con llave, pero no me imagino por qué alguien querría matar a Jane. Era una buena mujer y había ayudado a muchas personas del pueblo. Desde luego, puede que despertara algún pequeño episodio de celos. Sé que tanto Yvonne como Netta querían ser presidentas de la Asociación de Horticultores, pero, aunque está claro que las dos son grandes expertas, no creo que nadie supere los conocimientos de Jane sobre la materia, a excepción de Gary, quizá. Pero, vaya, él no desea sustituir a Jane como presidenta de la asociación, claro que no. Para responder a tu pregunta, no sé de nadie que tuviera motivos para matar a Jane.

—Netta me ha explicado que estuvo aquí el viernes y que te dijo que Jane tenía en el punto de mira a otro asesino de un programa de crímenes. Dice que, cuando te lo contó, había alguien detrás de ella en la cola. ¿Te acuerdas de quién era?

Eudora cerró los ojos un momento.

—Lo siento. Sé que había otra persona presente, pero no consigo recordar quién era. Se marchó mientras Netta hablaba conmigo, o sea que no llegué a hablar con ella. Dame un poco de tiempo y quizá me venga a la memoria.

—Una cosa más: ¿te regaló Jane una flor de Pascua?

—Sí. Siempre traía una para cada mujer de la Asociación de Horticultores en la última reunión antes de Navidad. Este año no podía venir, así que nos adelantó el detalle. Diría que a los hombres les llevaba una ración de su *fudge* casero. ¿Por qué lo preguntas?

—Me he llevado la de Jane a la tienda porque se le han caído muchas hojas de un día para otro. Creo que se está muriendo.

—Hummm… No se me ocurre por qué. ¿A lo mejor con tanta gente yendo y viniendo ha estado expuesta a corrientes de aire?

—Es posible, aunque la tenía en la sala de estar, como siempre, y la puerta del pasillo estaba cerrada cuando yo he entrado. Tendré que preguntarle a Duncan si antes la habían dejado abierta.

—Yo me decanto por la teoría de la corriente de aire. Es poco

probable que se deba a algo que dependiera de Jane. —Eudora se inclinó sobre el mostrador y prosiguió con un hilo de voz—: La *sheriff* ha estado hablando con Everett Pearson esta mañana a primera hora y han sacado tu nombre a colación. Parece que Summers tiene dos sospechosos: el señor Roberts y tú.

CAPÍTULO NUEVE

Tras salir de la oficina de correos y regresar a la librería, Alex se alegró de que ningún cliente necesitara ayuda; una joven estaba sentada en el banco contiguo a la ventana, leyendo, y los demás exploraban las estanterías de las dos salas. Le contó a Hanna lo ocurrido en casa de Jane y lo que le había revelado Eudora. Su hermana estalló en furia.

—No puedo creer que la *sheriff* sospeche de ti como autora de la muerte de Jane. ¡Es una idea de lo más ridícula! Tú no tenías ningún motivo para matarla; era tu amiga.

—Es cierto. Además estuve contigo y con Tom toda la noche. Créeme, si tuviera que matar a alguien, intentaría que pareciera un accidente. Pero ¿por qué sospecha de mí? No tengo ningún móvil. Quizá el informador de Eudora esté equivocado.

Sonó la campanilla de la puerta cuando un cliente salió de la tienda.

—¿Te ha parecido que era Penelope? —preguntó Alex—. Creo que reconozco su perfume.

Hanna se encogió de hombros.

—Yo estaba en la cocina cuando han entrado algunos clientes. La verdad es que deberíamos instalar una cámara, porque cuando se meten entre las estanterías, no vemos quién hay.

—Tienes razón, pero, por otra parte, puede que eso disuadiera a la gente a la hora de entrar. ¿Y una de esas cámaras pequeñitas que

quedan ocultas? —Alex se volvió hacia el escritorio situado detrás del mostrador—. La flor de Pascua de Jane sigue sin tener buena pinta. Tendré que preguntarle a Duncan si dejaron la puerta abierta todo el rato mientras los forenses y los encargados de la investigación estuvieron entrando y saliendo.

—Ya te contesto yo —dijo Hanna—. Se vieron obligados a cerrar la puerta que da a la sala de estar porque temían que la corriente de aire estropeara las pruebas potenciales de ese espacio y del comedor. Alguien utilizó la llave maestra colocada en la cerradura y luego la dejó en el *burro* o como se llame; ya sabes, esas mesas con cajones.

Alex sonrió.

—El buró.

—Sí, eso. ¿Por qué no lo llaman «mesa» y ya está? La cuestión es que luego no encontraban la llave y no podían abrir la puerta. Al final la encontraron, pero Duncan estaba de mal humor porque perdieron mucho tiempo. Anoche se estuvo quejando, por eso lo sé.

—Pues entonces no tengo ni idea de lo que le pasa y no sé qué puedo hacer.

Alex señaló el lugar del escritorio donde había depositado la planta, junto a la ventana. Las hojas restantes colgaban lánguidas como si estuvieran lamentándose por la muerte de su dueña. Hanna se encogió de hombros.

—No te preocupes, a mí siempre se me mueren todas las plantas. Mientras estabas en correos ha llamado Everett; quería saber cuándo volverías. Le he dicho que se pasara al cabo de veinte minutos, o sea que no tardará.

Everett, alto, con el pelo corto de estilo afro y unos ojos oscuros que te derretían el alma, llegó puntual, vestido con un traje gris oscuro. Alex lo guio hasta la sala de actos. Su esposa, Isabelle, era muy buena amiga de Hanna, por lo que Alex los conocía bien, pero en esa ocasión Everett se mostró muy profesional.

—Iré al grano, porque seguro que estás muy ocupada, y empezaré por decirte que fui el abogado de Jane. Hace un año más

o menos, cuando murió su hermano, cambió el testamento, y en aquel momento también me nombró su albacea.

Everett sacó una carpeta clasificadora de su maletín y la depositó frente a sí sobre la mesa.

—En el testamento te designa como una de sus herederas y, en consecuencia, recibirás la mitad de los ingresos derivados de la venta de la casa. La otra mitad se dividirá entre varias organizaciones benéficas y su primo. También te nombra heredera del dinero que quede en sus cuentas bancarias cuando se hayan sufragado todos los gastos. Además, ha dejado instrucciones de que sean para ti todos los objetos de la casa que te gusten. Lo que tú no quieras se subastará y lo que se recaude irá a parar a la Sociedad Histórica y la Asociación de Horticultores, de las cuales Jane era miembro. —Everett miró a Alex—. Puedo proporcionarte el contacto de una empresa de subastas de Kalispell que se ocupa de ventas de patrimonio.

Alex estaba atónita. ¿Por qué había hecho eso Jane? Eran amigas, no familia. Claro que no le quedaba ningún pariente cercano con vida, y solía decir que no soportaba a ninguno de sus sobrinos, todos en torno a los cincuenta años y entre los cuales, citando textualmente sus palabras, no había ninguna lumbrera. Pero aun así…

—No doy crédito…, no sé qué decir —acertó a contestar por fin.

—Tengo entendido que Jane te apreciaba mucho, y eso explica su decisión. Volveré a hablar contigo cuando el departamento del *sheriff* termine con la investigación en la casa. De momento, quédate con la idea de que Jane te consideraba una amiga muy íntima. También tengo que decirte que esta mañana la *sheriff* ha venido a verme y conoce el contenido del testamento. Me temo que, sin querer, tu amiga te ha convertido en sospechosa de su asesinato.

Everett le dirigió una sonrisa compasiva y se marchó. Pocos minutos después, Alex se lo había explicado todo a Hanna, quien la miró con aire incrédulo.

—¿Por qué ha hecho Jane una cosa así?

—No lo sé. Yo misma no paro de preguntármelo.

—Eso explica por qué te has convertido en sospechosa. La muerte de Jane te beneficia económicamente. Ahora estás obligada a investigar el caso para limpiar tu nombre.

Alex solo pudo asentir. Hanna tenía razón: tenía que asegurarse de que se imputara el asesinato de Jane al verdadero responsable.

—Por eso Duncan ha dicho que la *sheriff* quiere meter a alguien entre rejas cuanto antes, porque debe de saber que soy sospechosa.

La mañana anterior se había despertado siendo una tendera normal y corriente. Lo que más le preocupaba en la vida era asegurarse de tener suficientes Bombones de Muerte en las estanterías. Ahora, sin embargo, se veía obligada a añadir el trabajo de detective aficionada a la lista de tareas.

—Creo que tendré que echar mano de la señorita Marple que llevo dentro hasta que todo esto quede resuelto.

—Qué curioso que lleves dentro a una anciana de pelo blanco. Yo sería Nancy Drew.

—La señorita Marple era una perspicaz observadora de la naturaleza humana y solían subestimarla. Sea quien sea el asesino, ha estado llevando una doble vida que amenaza con salir a la luz y va a tener que batallar para mantener en secreto su verdadera identidad. Ya ha matado a una persona con ese propósito. No quiero cerrar la puerta a cualquier posible móvil, pero hay una opción que debemos descartar.

—¿Cuál?

—La de seguir la pista del dinero, que es lo que normalmente aconsejo. A fin de cuentas, soy exbanquera. Pero en este caso la pista llevaría hasta mí, y sé que no es lo correcto. Por desgracia, la *sheriff* Summers no lo tiene igual de claro. —Le rugieron las tripas—. De tanto hablar de crímenes, me está entrando hambre. Voy al colmado a por una hamburguesa, hoy no me he traído comida. Y creo que antes me pasaré por Harriston Blooms a comprar una flor de Pascua para la tienda, así de paso puedo hacerle unas preguntas a Gary. Con el giro que han dado los acontecimientos, tendremos

que redoblar los esfuerzos de nuestras tentativas de investigación. ¿Quieres que te traiga algo para comer?

Tras anotar el encargo de Hanna, Alex entró en el coche y condujo hasta Harriston Blooms. A pesar de que vivía en una comunidad pequeña, rara vez se alejaba a más de una manzana de distancia durante el invierno. Cuando empezara a hacer menos frío, tendría que replantearse su costumbre de ir en coche a todas partes. El vivero se hallaba bastante aislado, en una zona donde había algunos edificios viejos que se caían a pedazos y lo que antes eran jardines invadidos por los matojos y las malas hierbas, además de un par de casas antiguas en el extremo norte de la calle. Gary tenía el criadero y la tienda de plantas abiertos durante todo el año, y era allí donde se celebraban las reuniones de la Asociación de Horticultores. Esa temporada había provisto todos los establecimientos de las plantas decorativas que lucían en las jardineras distribuidas por Main Street, y además con descuento, de manera que se vieran todas iguales.

Alex no tenía mucha información de su vida personal. No estaba casado, pero desconocía si alguna vez lo había estado o si tenía hijos. Drew le dijo que tenía setenta años, pero ella le habría echado diez más de no haberlo sabido.

Estacionó en un espacio libre y observó que Gary estaba arrodillado encima de una loseta de caucho, delante de la puerta. Vestido con su indumentaria habitual, una sudadera y unos vaqueros holgados, y abrigado con una parka, estaba rompiendo un gran trozo de hielo con un picahielos y esparciendo sal a medida que recogía los pedazos del suelo. Alex salió del coche y lo saludó desde lejos. El hombre frunció el semblante en una mueca más tensa de lo habitual.

—¿Qué te trae por aquí en un día tan frío?

—De hecho, me preguntaba si tendrías otra de esas flores de Pascua que Jane les regaló a las mujeres de la Asociación de Horticultores. Son muy bonitas y me gustaría poner una en la tienda.

—Claro. Déjame que aparte todo esto y así podrás entrar. —

Arrojó otro puñado de sal sobre el asfalto y recogió las herramientas —. Esta mañana una clienta ha estado a punto de caerse. No le habría pasado si hubiera llevado los zapatos adecuados.

Gary sacudió la cabeza con gesto de desaprobación mientras examinaba las elegantes botas de Alex. Se levantó del suelo y le sujetó la puerta abierta para que entrara delante de él.

—Jane era una mujer sensata. Hacía más cosas en un solo día que muchas mujeres con la mitad de su edad. Este pueblo nunca volverá a ser el mismo sin ella. No consigo hacerme a la idea. El lunes a primera hora vino a buscar las plantas para llevárselas a las mujeres de la asociación en persona, puesto que no iba a poder venir a la reunión.

—¿Se te ocurre algún motivo por el que alguien podría querer matarla?

El hombre se rascó la barbilla.

—Pues mira, la ayudé a cargar las flores de Pascua en el coche, y cuando volví dentro, Joe Cameron aparcó detrás de ella, se bajó de la camioneta y empezó a gritarle. No paraba de señalarla y hacer aspavientos; incluso pensé que iba a pegarle. Estaba a punto de salir a ver qué pasaba cuando él volvió a subirse a la camioneta y se marchó del aparcamiento a tal velocidad que hizo saltar trozos de hielo y grava con los neumáticos. Tuve miedo de que atropellara a alguien. Me asomé a la puerta y le pregunté a Jane si estaba bien, pero dijo que sí y entró en su coche. Esa fue la última vez que la vi.

—¿Por casualidad no oíste de lo que estaban hablando?

Gary negó con la cabeza.

—La verdad es que no. Daba la impresión de que Joe estaba enfadado por algo que había hecho Jane, pero no tengo ni idea de qué. Dicen que a Jane la mataron para robarle.

—Es una teoría, pero a mí me parece poco probable. ¿Y a ti?

Él guardó silencio unos instantes.

—Yo lo veo lo más probable. Jane era una buena persona. No me imagino que nadie del pueblo le haya hecho daño. Seguro que la razón por la que Joe le gritó no era nada importante.

—Dado que no parece que Joe fuese muy amigo de Jane, quizá había otras personas que pensaban como él, ¿puede ser?

El dueño del vivero se rascó la cabeza.

—No pienso en nadie que pudiera odiarla tanto, pero imagino que es posible.

—¿Cuánto duró la reunión de la Asociación de Horticultores la otra noche?

—Empezamos a las siete y hubo unas cuantas personas que se quedaron hasta las once. Cuando empezamos a hablar de plantas, perdemos la noción del tiempo.

—Penelope se marchó pronto, ¿verdad?

—Sí, y es muy raro. Se fue poco antes de las ocho, pero suele quedarse por aquí hasta que cierro. Prácticamente tengo que echarla.

—¿No tienes mujer ni hijos que te reclamen?

—No. Nunca he pensado en casarme, ni por asomo. Antes trabajaba mucho, y de repente un día me di cuenta de que tenía cincuenta y nueve años y todo lo que había hecho en la vida era trabajar de algo que ya ni siquiera me gustaba. En cuestión de un año, lo mandé todo al garete y me trasladé aquí.

—¿A qué te dedicabas antes? ¿Vivías en Montana?

—A nada interesante. Tenía un trabajo aburrido en una gran ciudad. Voy a buscar tu flor de Pascua. Te la envolveré. Será mejor que enciendas el motor del coche para que esté caliente cuando pongas la planta dentro.

Gary desprendía una especie de alegría que más bien parecía forzada, pero, cuando le preguntó por su pasado, su actitud quedó teñida de una indudable frialdad.

Tras regresar a Murder and Mayhem, Alex aparcó el coche en el estrecho camino lateral y entró corriendo por la puerta trasera para dejar la flor de Pascua en la tienda antes de volver a salir.

El colmado había existido siempre de una forma u otra prácticamente desde que se fundó el pueblo. A juzgar por su interior, no había cambiado gran cosa en los últimos ochenta años. En la

parte delantera del mostrador principal había una hilera de contenedores de vidrio llenos de caramelos y, en las paredes, una serie de rótulos descoloridos anunciaban refrescos y helados de cuando su precio se calculaba en centavos en lugar de dólares. Un flanco de la tienda disponía de una barra tras la cual una larga pizarra colgada en la pared anunciaba el menú escrito a mano, que consistía sobre todo en comida rápida. Había varios taburetes redondos junto a la barra y unas cuantas mesas y sillas al fondo.

Tras hacer su pedido, Alex se reunió con Trixie y Olive, que estaban comiendo en una de las mesitas. Trixie tenía un carácter maternal que contradecía su apariencia fuerte y atlética, y, como directora de la Asociación Parroquial de Mujeres del pueblo, lo sabía todo de todo el mundo. Olive y ella estaban al final de la etapa de madurez, pero parecían más jóvenes que la mayoría de sus coetáneos.

Las habituales muestras de cariño y expresiones de condolencia por la muerte de Jane tuvieron lugar antes de que Alex pudiera indagar en lo que de verdad le interesaba.

—Me pregunto si alguno de vosotros se ha enterado de que últimamente Jane decía que en el pueblo hay un asesino.

Trixie estalló de risa.

—Sí. Estos días un par de personas lo han mencionado. Olive todavía no se ha recuperado del susto de la última vez con el FBI.

—Tú ríete, pero Jane se puso muy seria con lo de llamarlos —terció Olive—. Si no hubiera tenido fotos que demostraban que me encontraba fuera del país cuando se cometieron los asesinatos, probablemente ahora estaría en la cárcel de Guantánamo —dijo, y se sonrojó.

Alex intentó empatizar con él, pero se preguntaba si no estaría exagerando un poco. Trató de desviar la conversación del tema de las acusaciones de Jane.

—Parece que últimamente varias personas habían tenido altercados con ella. —Mencionó los desencuentros con Joe y Penelope—. Siempre me había dado la impresión de que Jane le caía

bien a todo el mundo.

—Por lo general, así era —convino Trixie—. Ya sabes lo que pasa en este pueblo: siempre hay pequeños conflictos y rencillas. La semana pasada entré en la oficina de correos y Louise Sweet le estaba gritando a Jane. Era sobre algo del pasado que no debería haber aireado. Al menos, cuando entré Louise se marchó y Jane me dijo que, al parecer, había destapado la caja de Pandora.

—Pues sí que hay varias personas que se pelearon con Jane la semana pasada.

Trixie se encogió de hombros.

—Cosas de pueblo.

A Alex le costó un poco adaptarse cuando se trasladó a Harriston. No estaba acostumbrada al grado de fisgoneo a que estaban expuestos los habitantes de una pequeña población. Todo lo que una persona hacía, por insignificante que fuera, servía para alimentar los chismes. Durante la restauración de Murder and Mayhem que llevó a cabo junto con Hanna, prácticamente todos los vecinos del pueblo se dejaron caer por allí como quien no quiere la cosa. La parte buena fue que varias personas se prestaron a ayudarlas sin cobrar. Hanna estuvo cocinando montones de *pretzels* de Baviera para los colaboradores, pero nadie les pidió ni un centavo a cambio de su ayuda.

CAPÍTULO DIEZ

Tras terminarse la comida, Hanna recogió el envoltorio.

—Voy a pasarme el resto del día preparando bombones. Te quedarás sola en la tienda.

Hanna y Alex habían aprendido el arte de elaborar bombones de su madre, que a su vez lo había aprendido de Oma. Ofrecían un surtido limitado y lo iban cambiando según la estación. A finales de noviembre habían puesto a la venta un calendario de Adviento con una ventanita para cada día, que contenía una especialidad de la temporada o uno de los clásicos Bombones de Muerte. La producción habitual contaba con una docena de variedades a las que en enero añadirían la de nuez a la nicotina. Por supuesto, ninguno de los bombones contenía sustancias tóxicas en realidad, pero a los clientes les encantaba la temática. Un cartel colgado en la pared anunciaba todos los venenos que daban nombre a los bombones e incluía los síntomas que producían si llegaban a ingerirse.

—Creo que deberíamos preguntarle a Maggie si puede ayudarnos en la tienda hasta Navidad —propuso Alex—. Si tú te dedicas a los bombones y yo necesito salir a investigar, alguien tendrá que quedarse al frente de la librería.

—Me parece bien. El verano pasado lo hizo de maravilla. ¿Por qué no la llamas y le preguntas si puede empezar ya?

Alex efectuó la llamada y estuvo encantada de oír que Maggie llegaría al cabo de una hora. Tras asegurarse de que ningún cliente

de la tienda necesitaba ayuda, regresó junto al ordenador. Decidió que era necesario indagar en el pasado de los sospechosos, y que empezaría por Joe, el promotor inmobiliario.

Por desgracia, la página web de su empresa, Heritage Homes, no ofrecía demasiada información más allá de que su carrera abarcaba dos décadas en Montana y en la Costa Oeste. Aparecían fotografías de casas atractivas, y entre ellas Alex reconoció dos construidas en Harriston. Sin embargo, aparte de varias alusiones breves a Joe en relación con su negocio, no encontró nada sobre su faceta personal. Sabía que no todo el mundo tenía presencia en las redes sociales, pero era extraño no encontrar la más mínima información acerca de alguien de su edad. Al menos esperaba hallar una referencia en las necrológicas en relación con la muerte de sus padres o sus abuelos, aunque también era posible que todos sus parientes estuvieran vivos. Oma, su abuelita, tenía noventa y dos años y estaba muy espabilada y activa trabajando a jornada parcial en el restaurante de los padres de Alex.

Prosiguió con la investigación. Había visto que el coche de Oliver Robins estaba aparcado frente a la librería cuando regresó del colmado. El hombre conducía un Mercedes color plata que mantenía impecable y que era el único de todo Harriston, por lo cual era muy fácil reconocerlo.

Buscó la biografía de Oliver en su página web y la leyó. Se crio en Australia hasta los dieciséis años y luego lo enviaron a un internado de Inglaterra. Tras la universidad, tuvo que batallar varios años con el alcohol y las drogas antes de volcarse en la meditación, el budismo y la dieta vegana como medios para superar sus adicciones. Sus libros de autoayuda servían de guía para vivir una vida más sana a nivel físico, mental y espiritual. No se mencionaba que tuviera esposa o hijos. En la página web decía que seguía con sus prácticas saludables en un pequeño pueblo de Montana y que continuaba escribiendo.

Alex encontró una cuenta de una red social que versaba sobre sus libros pero que no proporcionaba ningún tipo de información

personal; tan solo mostraba a un hombre atractivo y sonriente de unos cuarenta años que practicaba el yoga y la meditación en muchos entornos tropicales. Decidió que, cuando llegara Maggie, se dirigiría a la biblioteca y tendría una charla con él.

Fiel a su palabra, Maggie se personó allí antes de que hubiera pasado una hora. Alex le explicó rápidamente las cuatro cosas que habían cambiado desde el verano.

—Si tienes alguna pregunta mientras estoy fuera, habla con Hanna.

—Me alegro mucho de que me hayáis llamado. Drew no para de consultar en internet cada uno de sus síntomas imaginarios y se pesa a todas horas. A diario llegan camionetas para entregar supuestos remedios para todos los males que pueden aquejar a un ser humano. Lo he dejado bebiéndose una especie de mejunje que encontró en una página web y que ha impregnado la casa de un olor a alcantarilla y repollo.

Alex se echó a reír.

—Pues nosotras te agradecemos que hayas venido. Parece que soy sospechosa del asesinato de Jane, así que tengo mucho interés en descubrir quién la mató. Voy a la biblioteca a hablar con Oliver.

Maggie intervino con voz vacilante:

—He estado pensando en la lista de personas que se han trasladado al pueblo en los últimos diez años. Estrictamente hablando, Netta pertenece a ese grupo. Se crio en Swanson, pero su marido era de Harriston y vivieron aquí los primeros años después de casarse. Hace diez que se quedó viuda y dejó Texas, donde se habían trasladado, para instalarse de nuevo en el pueblo. Imagino que, como la conocemos de la primera etapa, antes de que se marchara, no podemos considerarla una sospechosa, ¿verdad?

Alex le expresó a Maggie su punto de vista. Dadas las circunstancias, no podían descartar del todo a nadie. Incluso en el supuesto de que Jane volviera a estar equivocada en relación con su obsesión por identificar a un habitante del pueblo como el asesino de un programa de crímenes, no cabía duda de que alguien había

planeado su muerte.

La biblioteca estaba en el segundo piso de un viejo edificio de ladrillos contiguo a Murder and Mayhem. La planta superior, muy espaciosa, alojaba las dependencias municipales. Tras subir un tramo de escaleras que crujía bajo sus pies y que la condujo hasta la biblioteca, Jane se sintió sin aliento. No cabía duda de que necesitaba ponerse en forma.

A esas horas la biblioteca estaba muy tranquila, pero cuando se acercase el verano bulliría de actividad gracias a los turistas y los propietarios de las casas de campo, igual que el resto de los negocios del pueblo. Como era de esperar, el escritor alto y desgarbado se hallaba en la sección de no ficción. El pelo, teñido de color chocolate con leche con mechas de sol, le rozaba los hombros, y él lucía el aspecto de alguien con un bronceado permanente. Había libros apilados sobre una mesa de la sección, donde el autor estaba enfrascado en su trabajo. Alex le dio las gracias a la bibliotecaria, fue directa a la mesa de Oliver y se dispuso a ocupar una silla frente a él.

Se presentó y vio que el hombre se había asustado un poco. Al parecer, ella lo recordaba mejor a él que él a ella. En un inicio tuvo la impresión de que la había tomado por una admiradora de mediana edad que lo estaba acosando. Por suerte, sí que conocía Murder and Mayhem, lo cual consiguió acreditar a Alex como librera legítima. Cuando lo oyó pronunciar las primeras palabras, dio un suspiro de placer. Le encantaba deleitarse con su acento inglés, le resultaba muy seductor; pero esa visita tenía un objetivo. Se obligó a apretar los labios cuando notó que se había quedado boquiabierta.

—¿Está trabajando en un nuevo libro?

Había varios ejemplares esparcidos por la mesa y el hombre estaba tomando notas, por lo que la respuesta parecía obvia, pero era mejor empezar con una frase menos acusadora que «¿Mató usted a su vecina?».

—He conseguido un encargo para escribir un libro sobre los buenos hábitos de sueño como medio de luchar contra la adicción.

Me estaba costando bastante trabajar en casa, así que me he venido a la biblioteca.

—Suena interesante.

«Seguramente aún es pronto para preguntarle si tiene alguna coartada».

—¿Dónde estudió?

A Alex se le daban fatal las conversaciones triviales; nunca sabía qué decir. Oliver, sin embargo, se animó.

—Estudié neurobiología en Oxford, y me fascina la relación recíproca entre el sueño y la adicción. Las personas suelen combatir los problemas para dormir con drogas y alcohol, lo cual puede desembocar en una adicción. Si ya son adictos a las drogas y al alcohol, eso puede afectar a sus patrones de sueño y volverlos más dependientes de su adicción para poder dormir. Es un círculo vicioso. Por supuesto, no habrá venido para oírme hablar de mi libro…

Oliver la miró con expectación. Por fin: el momento que tanto había estado esperando.

—No lo entretendré. Supongo que habrá oído hablar del asesinato de Jane Burrows, ¿verdad? El patio trasero de su casa linda con el de usted.

—De hecho, algunos ayudantes de la *sheriff* vinieron a mi casa y me preguntaron si había visto algo sospechoso durante los últimos días. Qué horror. Era una mujer muy agradable. Ese es otro de los motivos por los que hoy estoy trabajando aquí. Cada vez que miro hacia su casa, pienso en lo ocurrido y no hay forma de concentrarme. He intentado meditar, pero al final me he dado por vencido.

—¿O sea que sí que vio algo sospechoso?

Oliver cambió un poco de actitud y se tornó más hosco.

—Tal como les dije a los agentes, lo único que vi fue al manitas que habitualmente trabajaba para ella haciendo apaños en el exterior de la casa. Un par de semanas atrás colgó las luces de Navidad y también ha hecho algunas reparaciones y otros trabajitos en el porche. Debe de haberse ocupado también de algunas cosas

dentro de la casa porque los últimos días estuvo transportando herramientas y material arriba y abajo. —Oliver observó sus propias manos, entrelazadas sobre la mesa, y luego miró a Alex con cierto recelo antes de volver a bajar la cabeza—. No vi ni oí nada la noche del asesinato.

«Es la mayor mentira que he oído en la vida».

—Qué lástima. Yo fui quien encontró el cadáver de Jane, y cuando llegué vi a una persona saliendo del porche trasero. ¿No se dio cuenta de que entrara o saliera alguien el lunes por la noche?

Oliver enderezó los libros sobre la mesa y sacudió la cabeza.

—Tal como le he dicho, no vi nada. Esa noche llegué a casa pasadas las diez. Ojalá pudiera resultarle de más ayuda.

El tono de voz contradecía sus palabras. Era evidente que tenía muchas ganas de poner fin a la conversación.

—Da la impresión de que ha estado en algún lugar cálido últimamente —dijo Alex admirando el tono de piel de Oliver.

Él se sonrojó.

—Voy a las Bermudas unas cuantas veces al año, así no pierdo el bronceado. Aprovecho para grabar vídeos y hacerme fotos que utilizo en las redes sociales.

No tenía sentido impedir por más tiempo que Oliver siguiera documentándose. Antes de regresar a la tienda, Alex estuvo un rato hablando con la bibliotecaria. No se había molestado en coger el abrigo porque la distancia era muy corta, y el aire frío la sorprendió y le heló los pulmones en el momento en que puso un pie en la calle. Una masa de aire del Ártico se había instalado sobre Montana y estaba provocando un descenso inusual de las temperaturas, y no se esperaba que la cosa mejorara hasta al cabo de varios días. Por suerte, en Navidad las temperaturas volverían a ser las propias de la estación.

A pesar del frío, Alex se entretuvo junto al edificio, admirando la pintoresca escena que tenía delante, y la invadió una oleada de nostalgia. Adoraba la Navidad, y en esa época del año siempre echaba de menos la decoración al estilo de Baviera de su ciudad

natal. Con la ayuda de Everett como alcalde, había insistido para que el pueblo se esforzara más en atraer turistas, y ese año Main Street tenía el aspecto de una postal de Currier & Ives. Todos los establecimientos contaban con grandes jardineras negras frente a la puerta, donde se exhibían plantas propias de la época festiva y lazos de terciopelo rojo. En cada farola colgaba una gran corona verde rematada por lucecitas intermitentes y adornada con un lazo rojo, y en el centro del principal cruce de calles se alzaba un gran árbol de Navidad decorado con luces y bolas gigantes.

En Murder and Mayhem, igual que en muchos otros establecimientos, habían enmarcado los grandes escaparates de Main Street con guirnaldas de cedro y lucecitas de color blanco. La semana anterior, durante el Festival de Navidad de Harriston, un fotógrafo de Kalispell había ido al pueblo a tomar fotos para la sección de estilo de vida de una revista local, donde aparecieron publicadas el día anterior. Durante el festival, unos cantantes vestidos con ropas victorianas recorrieron Main Street entonando villancicos. Los pequeños comercios patrocinaron un puesto de chocolate caliente y galletas, y, cuando nevó lo suficiente, un concurso de muñecos de nieve. Además, el centro social acogió un mercado de artesanos y pequeños comerciantes, y el sábado por la noche se celebró una cena familiar con baile.

Eran solo las tres de la tarde, pero la luz ya menguaba y al cabo de una hora se encenderían las luces de Navidad del exterior. «Qué pronto se hace de noche en diciembre».

En un impulso, Alex pasó de largo de Murder and Mayhem e hizo una incursión en la tienda de antigüedades de Penelope. Abrió la puerta y aspiró el olor a moho de los muebles viejos. Cada centímetro cuadrado del sombrío establecimiento estaba abarrotado de todas las antigüedades imaginables.

Penelope se hallaba sentada detrás del mostrador de la tienda, sin ningún cliente a la vista, limpiando un viejo reloj de sobremesa. En el suelo, al final del mostrador, tendido sobre una cama para perros, había un schnauzer miniatura que emitió un gruñido gutural

seguido de un arrebato de ladridos. Penelope dio un hondo suspiro cuando vio entrar a Alex. Le ordenó al perro que se callara y este obedeció al instante.

—¿Qué te trae por aquí?

Alex no esperaba un saludo cordial y no pensaba andarse con rodeos.

—No te robaré mucho tiempo. Tengo curiosidad por saber lo que le dijiste a Jane el lunes por la noche cuando se marchó de la reunión de Los Sabuesos. Alguien te vio acosándola y parecías muy enfadada. Seguro que a la *sheriff* le interesará oírlo.

Penelope se quedó blanca y los surcos que rodeaban su boca se hicieron más profundos.

—Tengo claro que no es asunto tuyo. Jane y yo teníamos distintas opiniones con respecto a un asunto sin importancia, y es todo lo que puedo decir.

En ese momento se abrió la puerta y entraron varias mujeres charlando animadamente. El perro repitió su arranque de ladridos estridentes y Penelope volvió a acallarlo antes de mirar a Alex.

—¿Deseas algo más?

—De momento no.

Aquello no había terminado. Sin más, Alex dio media vuelta y abandonó la tienda calefactada en exceso.

Estaba temblando cuando subió los últimos escalones de Murder and Mayhem. Dentro encontró mucho movimiento. Al parecer, los vecinos de Kalispell habían visto las fotos en la revista y se habían desplazado hasta allí para admirar la pastelería y los demás establecimientos con su tradicional decoración de Navidad. Qué suerte que Hanna estuviera preparando más bombones; esas fiestas prometían ser las mejores en cuanto a ventas desde que inauguraron la tienda.

A las cinco, Alex despidió al último cliente, cerró la puerta con llave y colocó el cartel en la posición de Cerrado.

—Ha sido un día bastante bueno, me parece. Las clientas de Kalispell han comprado varias cajas de bombones, además de unos

cuantos objetos de regalo y una pila de libros.

Alex se desplazó hasta detrás del mostrador para empezar a poner orden mientras Maggie colocaba bien las cajas de bombones en el expositor.

—Una de las mujeres me ha preguntado por el calendario de Adviento y se ha llevado un gran disgusto cuando le he dicho que solo estaban disponibles durante las dos últimas semanas de noviembre. Le he dejado probar un bombón de bastón de caramelo a la cicutina. Ha dicho que le encantaba y ha acabado comprando cuatro cajas de las variedades navideñas de Bombones de Muerte.

Alex había decidido que, como el calendario de Adviento había resultado tan popular la temporada anterior, ese año comercializarían un surtido especial de Bombones de Muerte navideños que incluían el de bastón de caramelo a la cicutina, el de pan de jengibre a la gelsemina y el de pastel de frutas con flúor.

—Será mejor que me marche a casa. Drew dice que necesita cenar antes de las seis para hacer bien la digestión. Solo de pensar en todos los potingues que ha estado acumulando se me revuelven las tripas. —Maggie se puso el abrigo—. Hasta luego.

Alex se dispuso a contar el dinero de la caja.

—Será mejor que nos demos prisa —le gritó a Hanna, que estaba en la cocina—. Tenemos que sacar a pasear a Watson y darle de comer antes de que lleguen las clientas del taller de bombones.

Alex era una maestra chocolatera competente, pero carecía del talento desarrollado por Hanna gracias a haberse seguido formando en el arte de las creaciones con chocolate hasta mucho después de que ella se trasladara. A Alex le emocionaba poder colaborar en la enseñanza de las técnicas precisas y misteriosas que llevaban a crear obras de arte diminutas y deliciosas. Los bombones de Hanna habían ganado el Premio a la Mejor Combinación de Ingredientes y el Premio al Mejor Diseño Artístico en un concurso nupcial unos años antes de que se trasladara a Montana. Su madre todavía abrigaba cierto resentimiento porque había tenido que renunciar a la habilidad de Hanna como chocolatera a causa del espíritu empresarial de Alex.

Cuando le explicó a su familia que tenía planes de dejar la banca y abrir una librería, su hermana le propuso que se trasladaran a Montana y montaran un obrador de chocolate dentro de la tienda. Era ella quien se ocupaba por completo de la parte creativa de esa rama del negocio, y sus bombones se estaban haciendo muy famosos en la zona. Durante las últimas semanas habían llegado a Harriston clientes que estaban haciendo turismo de esquí en Whitefish.

Alex albergaba grandes esperanzas para esa noche. No solo tenía planeado averiguar por fin el secreto de los bombones de premio de Hanna; también esperaba obtener información valiosa para resolver el caso del asesinato de Jane, cuya fuente serían algunas de las mayores cotillas del pueblo.

CAPÍTULO ONCE

De vuelta en casa, Alex iluminó su hogar con cientos de lucecitas. Como habían vivido en Frankenmuth, donde en cierta manera la Navidad duraba todo el año, Alex y Hanna se habían acostumbrado a decorar cada centímetro del espacio ya la primera semana de noviembre, y casi se les rompía el corazón cuando llegaba el momento de retirar los adornos en enero.

Rebuscó en el congelador y encontró un poco de sopa que metió en el microondas antes de abrirle la puerta del patio trasero a Watson. Hanna se estaba ocupando de preparar todo lo necesario para la sesión del taller de esa noche. El año anterior habían celebrado una noche especial sobre elaboración de galletas alemanas con sus amigas, y ese año Alex había sugerido que les enseñaran cómo preparar bombones artesanos.

Acudirían Trixie, Maggie, Netta y Stella, además de Sam, de Cookies'n Crumbs. Hanna y Alex ya habían adelantado algunos pasos para que esa noche el proceso de elaboración fuera más rápido.

La cocina era grande y disponía de una amplia encimera y una isla con el sobre de cuarzo que garantizaban espacio de sobras para todo el mundo. Igual que el resto de la casa, estaba decorada en tonos blanco y gris claro. Alex había añadido toques de madera natural y otras texturas que aportaban a los espacios un aire cálido y acogedor.

Centrado con la ventana de la sala de estar y enfrente de esta había un gran árbol de Navidad nevado con adornos en dorado, plata y blanco y cientos de pequeñas lucecitas blancas. El abeto incorporaba elementos decorativos naturales, como piñas, que causaban un efecto de país de las maravillas invernal.

Sonaba música navideña de fondo cuando las mujeres llegaron a las seis y media. Tanto Alex como Hanna llevaban el pelo recogido en una coleta. Cuando Stella entró, se las quedó mirando a ambas con los brazos en jarras.

—Ya sabéis que apenas os distingo cuando os peináis así.

—Hanna es la más guapa —dijo Alex dándole a su hermana un codazo en las costillas.

Antes detestaban que la gente las comparara, sobre todo cuando decían que una era más guapa, más lista o más corpulenta que la otra, pero, como habían adquirido más seguridad en sí mismas, a veces ahora se gastaban esa broma la una a la otra.

Hanna miró a Alex con mala cara y a continuación reunió a todo el mundo alrededor de la isla de la cocina, donde les mostró dos chocolates distintos.

—Primero es necesario atemperar el chocolate, de lo contrario no tendría ese acabado brillante tan bonito. Tendremos especial cuidado con las manchas de azúcar. ¿Veis los puntitos blancos de aquí? El blanqueamiento por azúcar aparece cuando hay demasiada humedad ambiental durante el proceso de elaboración del chocolate o bien donde está almacenado. Hoy el agua no es amiga nuestra, chicas.

—¿Este de aquí se puede comer? —preguntó Trixie señalando la segunda clase de chocolate.

—Por supuesto. Tiene buen sabor, lo que pasa es que el aspecto no es tan atractivo. Esta noche nadie se va a intoxicar. Aunque las cosas no salgan perfectas, el chocolate sigue siendo chocolate.

Las mujeres iniciaron el proceso de derretir el chocolate al baño

maría hasta conseguir la temperatura deseada. Alex comprobó el termómetro especial para postres mientras Sam removía.

—Oye, Sam, tú conoces a Zach, ¿verdad?

Sam había vivido en Harriston toda su vida. Su familia había ayudado a fundar el pueblo y seguían siendo unos de los habitantes más ilustres.

—Sí, bastante. Hizo casi todas las reformas cuando compré la pastelería y se ocupa del mantenimiento siempre que surge algo.

Alex detestaba difundir rumores, pero su prioridad era la investigación, de modo que se lanzó.

—¿Sabías que tiene antecedentes penales? Es que a mí no me parece la típica persona que comete robos con agresión.

Sam sacudió la cabeza.

—No tenía ni idea. Siempre se ha portado muy bien, la verdad. Trabaja mucho y sus presupuestos son ajustados. Una vez me dejé la caja fuerte abierta por accidente y él me lo indicó y me dijo que procurara no tener dinero en efectivo por ahí. Sus palabras fueron: «Pasan cosas malas en todas partes, incluso en los pueblos pequeños».

—¿Sabíais que Zach está saliendo con esa maestra tan guapa, Jennifer Comosellame? —intervino Stella—. Dicen que han hablado de casarse. No creo que él tenga nada que ver con la muerte de Jane, por muy sospechoso que sea.

—El martes Jennifer llamó para avisar de que se encontraba mal y de que faltaría al trabajo toda la semana. En el colegio se quedaron un poco extrañados, pero es tan buena con los niños que le han dejado que alargue un poco las vacaciones —añadió Netta.

—Hablando de parejas… —Sam miró a Hanna de forma deliberada—, ¿has salido con alguien últimamente? Te lo pregunto porque me han pedido que organice el baile de antiguos alumnos del colegio y necesito voluntarios. Casi han terminado las obras de remodelación del gimnasio y del teatro. Muchos exalumnos han hecho donaciones y el colegio ha decidido celebrarlo con una fiesta para agradecer su generosidad. Me gustaría organizar una actividad

de citas rápidas antes del baile; será una forma divertida de que los solteros se conozcan. Por favor, dime que sí. Necesito ayuda de veras, y en Harriston no hay muchas personas sin pareja. La mayoría de los exalumnos llegarán al pueblo justo para el baile.

Hanna tenía sus reservas, pero accedió.

—¿Por qué no le pides ayuda a Alex? También está soltera.

—Ya lo sé, pero a ella no se la ve muy receptiva con respecto a las citas. Sin intención de ofender —dijo Sam mirando a Alex con cara de disculpa.

—No me ofendo. Además tienes razón. Después de la última experiencia, he decidido echar el freno con los hombres.

Hanna sostuvo en alto un molde transparente.

—Muy bien, chicas. Vamos a dejar que el chocolate se enfríe hasta los treinta grados más o menos. Mientras tanto, prepararemos los moldes de policarbonato; tenemos que asegurarnos de que estén limpios del todo. Procurad no dejar ninguna huella dentro del molde, donde va el chocolate. Y recordad que el agua no es amiga nuestra; los moldes tienen que estar completamente secos.

Alex se dirigió a los fogones.

—Cuando terminemos con esto, empezaremos con el *ganache*. En esencia, es un relleno de chocolate y nata. Claro que también contiene otros ingredientes, y hemos dejado preparado el puré de pera con antelación para ahorrar tiempo. En las recetas que os proporcionaremos aparecen todos los ingredientes y las instrucciones.

Hanna sostuvo en alto un bombón perfectamente elaborado.

—Hoy vamos a preparar una especialidad que he creado para esta ocasión, el *ganache* de pera con perfume pérfido. Se trata de un *ganache* de pera con chocolate blanco revestido con una capa de chocolate negro. La clave para que resulte espectacular es asegurar una textura suave y que se impregne bien de los sabores.

Mientras limpiaban los moldes, Alex consiguió situarse junto a Stella, que tenía fama de saber cosas de todos los habitantes del pueblo.

—¿Sabes dónde nació Penelope? Me han contado que se ha divorciado un par de veces.

—Bueno, no me gustan nada los cotilleos —empezó a decir por encima de sus gafas con los cristales al aire, y Alex tuvo que bajar la mirada al molde para que Stella no viera cómo los ojos se le salían de las órbitas—, pero creo que han sido más veces. Netta me contó que Penelope le había dejado caer que su último marido fue el cuarto. Debió de trasladarse aquí desde Carolina del Norte, pero cambió la matrícula del coche en menos que canta un gallo. La mayoría de las personas tardan un tiempo, pero ella tenía matrícula nueva al cabo de dos días.

—Chicas, es hora de cubrir el molde. —Hanna les mostró cómo calentar el molde y luego rellenarlo, rasparlo, eliminar las burbujas de aire, vaciar el chocolate excedente y volver a raspar el molde.

La elaboración de bombones era una ciencia exacta. Hanna explicó una anécdota de cuando cumplieron catorce años y su madre le pidió a Alex que vigilara el termómetro mientras se estaba calentando el chocolate. Ella estaba leyendo una de sus novelas de misterio, tan enfrascada que no se dio cuenta de que la temperatura empezaba a subir. Cuando fue consciente de lo que estaba ocurriendo, el chocolate se había quemado y era una pasta seca de color irregular. Después de eso, cada vez que preparaban pasteles o bombones, su madre la registraba de arriba abajo para asegurarse de que no se llevara ninguna de sus novelas a la cocina.

Hacia el final de la velada, Alex consiguió hablar con Netta a solas.

—Stella me ha dicho que tú le contaste que Penelope ha estado casada cuatro veces. Yo creía que solo había tenido dos divorcios.

A Netta se le iluminaron los ojos.

—Bueno, justo después de que llegara al pueblo, le llevé unos panecillos. Fue una pequeña visita de bienvenida, ya sabes.

Todo aquel que se trasladaba a vivir a Harriston tenía garantizada por lo menos una o dos visitas de las veteranas, con bollería incluida. Los cotilleos eran un bien muy preciado en el pueblo y se

compraban y vendían como los futuros de café en grano de la Bolsa Mercantil de Nueva York. Seguro que la intensidad y el furor con que en la sala de transacciones de la NYMEX se cerraban los contratos de futuros distaban poco de lo que se vivía en los salones y las cocinas de Harriston cuando se intercambiaban noticias jugosas.

Siempre que aparecía un camión de traslados, los maridos debían salir para ayudar a descargar su contenido tras recibir instrucciones muy estrictas de enterarse de absolutamente todo lo que se cocía. Mientras tanto, muchos hornos del pueblo se estaban calentando hasta los ciento ochenta grados. La compañía eléctrica debía de preguntarse el porqué de aquel súbito pico de consumo ocasional. Se trataba de una carrera por el primer puesto a la hora de ofrecer un bizcocho de plátano a los recién llegados.

—Mientras hablábamos le pregunté qué la había traído hasta aquí y ella me explicó que había tenido una ruptura muy desagradable con su marido. Naturalmente, le pregunté si era su primer divorcio y ella me dijo que se había casado cuatro veces, y eso que «la última vez no contaba», palabras textuales. Seguramente se dio cuenta de lo que acababa de decir y rectificó. «Qué tonta, quería decir que me he divorciado dos veces», se corrigió, y entonces se puso a hablarme de sus dos primeros maridos. A todo el mundo le dice que se ha divorciado dos veces, pero yo creo que miente. No puedo demostrarlo, claro, pero estoy segura de que lo oí bien.

Netta se sorbió la nariz y metió más la barbilla de lo habitual, lo cual le daba un aire petulante.

Hanna ya tenía varios moldes de bombones preparados, y ella y Alex les mostraron a sus vecinas cómo introducir el relleno con una manga pastelera.

—Tenéis que aseguraros de no cubrir los bordes del molde con el relleno porque podrían formarse grietas en la cobertura. También tenéis que aseguraros de no llenarlo hasta arriba del todo. Dejad un par de milímetros libres para poder sellar bien los bombones —dijo Hanna mientras sostenía en alto un molde que ya tenía los huecos rellenos con el *ganache*.

Hacia el final de la noche ya habían visto el proceso completo y todas las presentes se mostraron encantadas con el nuevo sabor que había creado Hanna.

Cuando las aspirantes a chocolateras se hubieron marchado, las gemelas, exhaustas, se sentaron en el sofá de la sala de estar, y Alex le contó a Hanna lo que había averiguado.

—¿Qué motivo podría tener Penelope para mentir acerca de las veces que se ha casado?

Hanna estiró las piernas sobre la mesita de centro y Watson se subió al sofá de un salto para acomodarse a su lado.

—A lo mejor le da vergüenza o cree que le supondrá un impedimento para encontrar al marido número cinco. O quizá los mató ella, del primero al último, y es una fugitiva.

Hanna estalló en risa.

—Bueno, será mejor que adviertas a Tom. Por si acaso —dijo sin parar de reírse.

Alex le tiró un cojín.

—Haz el favor de tomarte las cosas en serio. Mañana iré a hablar con Zach. Después de la advertencia de Duncan, me pregunto hasta qué punto la *sheriff* está buscando a más sospechosos. —Bostezó y cogió otro bombón de pera con perfume pérfido—. Tenemos que descubrir quién tiene una coartada. Parece que Oliver y Gary tienen una cada uno. ¿Crees que podrías sonsacar a Duncan y enterarte de si hay novedades en la investigación?

—Haré todo lo posible. —Hanna se dirigió a la ventana y miró al otro lado de la calle—. Aún no veo su coche.

—Ten cuidado; empiezas a recordarme a Penelope.

Hanna hizo una mueca.

—Siento que te hayan liado con los preparativos para el baile —dijo Alex.

Su hermana se encogió de hombros mientras se apartaba de la ventana.

—No te preocupes, será divertido. Cuando llegas a cierta edad y no te has casado, pueden pasar dos cosas: o la gente se empeña en

emparejarte con alguien que considera perfecto para ti o te conviertes en esa persona a la que pedir ayuda para cualquier campaña porque estás soltera y seguro que tienes muchísimo tiempo libre.

—Ya lo sé. A mí no me pasa tanto porque, al parecer, no se me ve tan receptiva.

Alex se echó a reír y Hanna hizo lo propio.

—¿Te acuerdas de aquel ligue que te buscó Stella?

—¿Cómo podría olvidarlo? Estábamos a medio camino de Kalispell cuando el tipo paró en un área de descanso de camiones, dejó el móvil encima del salpicadero y dijo que quería escuchar un partido de baloncesto. Estuvimos allí sentados casi dos horas, y cuando terminó le pedí que me llevara a casa. Cuando me llamó para volver a quedar, no podía creerlo. —Alex sacudió la cabeza—. Y luego estaba aquel con el que saliste tú, que apareció en zapatillas y te propuso el fantástico plan de ir a su casa, donde vivía con su madre, y ver películas en la tele.

Sonrió de oreja a oreja.

—No me lo recuerdes. Maggie me puso en contacto con él a través de una amiga después de que Duncan y yo rompiéramos. De hecho, era el nieto de su amiga y acababa de divorciarse. Maggie no tenía ni idea de cómo era y luego se sintió fatal por haberme hecho pasar por aquello —dijo Hanna con buen humor.

—No puedo prometerte que no vaya a buscarte ningún ligue, pero sí que te prometo que no será alguien que no me guste para mí. ¿Quién sabe? Si caigo en la desesperación, a lo mejor llamo al tipo de las zapatillas.

Hanna soltó una carcajada.

—¡Si te pones en ese plan, seré yo quien te impida que hagas tonterías! Además, seguro que encontrarás al hombre perfecto, os casaréis y seréis felices para siempre.

—Quizá debería pedirle consejo a Penelope —dijo Alex con expresión muy seria.

Su hermana estalló en risa.

—No te preocupes, las cosas siempre acaban saliendo como tienen que salir. Por eso yo no estoy demasiado preocupada por mi panorama de citas. Cuando llegue el momento, conoceré al hombre adecuado.

—Yo ni siquiera sé si quiero volver a casarme. El gato escaldado del agua fría huye. Me he acostumbrado a mi vida tal como es y no sé si podría superar otra ruptura. No quiero volver a pasar por un fracaso matrimonial. Ya me he divorciado una vez y no estoy segura de que quiera correr ese riesgo de nuevo.

—Eres demasiado joven para renunciar al matrimonio, aunque yo lo soy más.

Alex le arrojó un cojín a su hermana.

—Parece que Duncan ha llegado a casa. —Hanna estaba mirando por la ventana otra vez—. Subiré a mi habitación para llamarlo. Siempre es mejor interrogar a los hombres al final del día, cuando no tienen tanta claridad mental.

Alex terminó de recoger los utensilios y miró por la ventana hacia la casa de Tom. Las luces estaban encendidas y decidió llamarlo y preguntarle si quería acompañarla al día siguiente a ver a Zach para hacerle unas preguntas.

—Me alegro de que me lo pidas —le dijo—. Creo que es buena idea ir a ver cómo está un miembro de mi rebaño. Lo llamaré y concertaré una cita para cuando hayas terminado de trabajar.

—Siempre se me olvida preguntarte si tienes grabado algún episodio de programas de *true crime*. Cuando miré en el reproductor de Jane, no había ninguno, lo cual me pareció extraño. El asesino debió de borrarlos; si no, no tiene sentido.

—Qué raro. A Jane esos programas le gustaban más incluso que a mí, y yo tengo por lo menos media docena en el disco duro.

—¿Puedes no borrarlos hasta que los hayamos visto? Si hay suerte, uno de ellos será el mismo que Jane quería enseñarme.

—¿Cómo sabrás si es el mismo?

—Si trata de un asesino que ha matado a cuatro víctimas y la foto está borrosa, sabré que es ese.

Tom se aclaró la garganta varias veces.

—A lo mejor mañana, después de visitar a Zach, podrías venir a casa y vemos uno juntos. ¿Qué te parece?

—Estaría muy bien. ¿No será demasiada molestia?

Después de que Tom le asegurara a Alex varias veces que estaría encantado de ver con ella cuantos episodios gustara y que no le supondría inconveniente alguno, ella dio por terminada la conversación.

Cuando fue a acostarse, pasó por delante del dormitorio de Hanna, de modo que asomó la cabeza para desearle buenas noches y dejar entrar a Watson. La perrita solía dormir con Hanna si ambas se encontraban en casa. En ese momento, su hermana estaba hablando, y Alex tuvo la impresión de haberla pillado *in fraganti*, porque le dijo a la persona del otro lado de la línea que esperara un momento mientras se despedía de ella hasta el día siguiente y luego esperó a que la puerta estuviese cerrada para seguir hablando.

«¿De qué narices va todo esto?». ¿Desde cuándo tenían secretos?

Observó su imagen en el espejo mientras se cepillaba los dientes y pensó en todo lo ocurrido durante los últimos días. ¿Quién estaba tranquilo, al amparo de su hogar cálido y confortable, sabiendo que, con la muerte de Jane, su secreto estaba a salvo?

Ese día no había averiguado gran cosa. Ni Gary ni Oliver se habían mostrado demasiado dispuestos a proporcionarle información. Ambos escondían algo, pero ¿estaría eso relacionado con el asesinato de su amiga? Gary había mencionado el incidente del lunes entre Joe y Jane. ¿Qué habría hecho ella para provocar su ira de esa forma? Y lo mismo podía decirse de Penelope. Por cómo Hanna había descrito su disputa a grito pelado, parecía tratarse de algo más que una simple divergencia de opiniones, ¿no?

Visualizó las manos de Gary cuando le preguntó por su pasado. A pesar de su tono despreocupado, tenía los nudillos blancos de la fuerza con que se aferraba al mostrador. Como no estaba segura del motivo, tomó nota mental de averiguar más cosas sobre él.

CAPÍTULO DOCE

La noche anterior, antes de acostarse, Alex decidió que al día siguiente iría temprano al trabajo para quitarse de encima algún papeleo que llevaba días posponiendo. Cuando pasó por delante del dormitorio de su hermana, oyó que Watson se removía. Sin hacer ruido, abrió la puerta y dejó que la perra la siguiera hasta la planta baja.

Al sacarla al patio, vio que en casa de Tom ya había luz. Se preguntó qué le diría si alguna vez le pedía una cita. Sin duda, era demasiado mayor para tener hijos; el mejor momento para eso había quedado atrás. Pero si empezaba a salir con alguien más mayor que ella, entonces el tema quedaría zanjado definitivamente. Alguien de la edad de Tom no querría bajo ningún concepto tener niños pequeños correteando a su alrededor. Claro que eso también les ocurría a la mayoría de los hombres de su misma quinta. Siendo realista, los días para experimentar la maternidad habían quedado atrás. Sabía que el reloj biológico no perdonaba, pero, llegados a ese punto, el arroz estaba ya bastante pasado, así que sería mejor que se hiciera a la idea. Claro que por lo menos con Tom tendría una familia ya formada e incluso nietos. Sacudió la cabeza. Más le valía no seguir por ahí. Si se descuidaba un poco, acabaría casándose con él antes de servirle el desayuno a la perra y sin siquiera haber tenido una cita. Watson oyó que Alex se reía y entró corriendo en casa para disfrutar de unos breves achuchones y de su pienso.

Al abrir la tapa del cubo de la basura para arrojar una caja de cereales vacía, vio una nota medio arrugada escrita con la caligrafía de su hermana. Le llamaron la atención las palabras «CUANDO ALEX NO ESTÉ EN CASA». Cogió el papel y lo alisó sobre la encimera. Era una breve lista de quehaceres entre los que figuraba en último lugar LLAMAR A MAMÁ CUANDO ALEX NO ESTÉ EN CASA. Al lado había dibujada una estrella de gran tamaño. Frunció el ceño y arrojó la nota y la caja de cereales a la basura. Luego miró a Watson.

—¿Tú sabes qué significa esto?

¿Por qué su hermana quería esperar a que ella no estuviera en casa para llamar a su madre? Como no se le ocurría nada con sentido, dejó a Watson ovillada en su cama para perros y se dirigió al trabajo.

La noche anterior, con las prisas por volver a casa para el taller de elaboración de bombones, no habían ordenado la tienda con la habitual dedicación, de modo que Alex se dispuso rápidamente a colocar las cosas en su sitio. Estaba rellenando el expositor de los bombones y las estanterías de los libros cuando alguien llamó a la puerta. Era Duncan. Lo invitó a entrar y le ofreció un té a la menta.

—No, gracias. Iba a salir del pueblo y he visto que tenías la luz encendida, así que he decidido pasarme un momento.

—Claro. ¿Qué novedades hay?

—Dijiste que la noche del asesinato de Jane habías estado con Hanna, ¿verdad?

—Exacto. Me marché de casa de Tom y luego Hanna y yo estuvimos preparando dulces hasta que me fui a la cama.

—Ayer hablé con Penelope y me dijo que vio a Hanna paseando a Watson de nueve y media a diez más o menos.

—No me acuerdo exactamente de la hora, pero es verdad que Hanna se llevó a pasear a la perra. Sé que acabábamos de sacar una tanda de galletas del horno para meter otra cuando salió. No sé cuánto rato estuvo fuera. ¿Por qué tiene tanta importancia?

—Puesto que la hora del asesinato se ha establecido entre las ocho y media y las diez, significa que pudiste salir de casa mientras

Hanna no estaba, matar a Jane y volver antes que ella.

—Menuda locura. ¿Qué motivos podría tener yo para matar a Jane? Era mi amiga. Además, en invierno no voy andando a ninguna parte. Habría cogido el coche, y seguro que a Penelope no le habría pasado por alto. Además, aunque soliera desplazarme a pie, cosa que no es cierta, la casa de Jane queda un poco lejos para ir y volver en tan poco tiempo. Ya me conoces, Duncan, y sabes que no soy capaz de correr una distancia así. De su casa a la mía hay casi un kilómetro. Además, ¿cómo habría entrado? Te aseguro que no sé forzar una cerradura.

—El margen de tiempo es ajustado, sin duda, pero hoy en día puede buscarse casi todo en internet, incluso cómo forzar una cerradura. Hemos confirmado que te corresponde heredar una parte sustancial de los bienes de Jane, lo cual podría ser un buen móvil. ¿Tomas pastillas para dormir?

«Eso es un *non sequitur*».

—¿A qué viene esa pregunta?

—Jane tenía eszopiclona en el organismo cuando murió. Es un sedante muy fuerte. En su mesilla de noche había una caja de Bombones de Muerte, y todos ellos estaban impregnados de esa sustancia, de lo cual se deduce que a Jane no la mataron por accidente durante un robo. Alguien planeó sedarla y, seguramente, asesinarla. Se comió un bombón poco antes de morir. Eso tuvo que dejarla fuera de combate en cuestión de minutos, y, aunque el asesino se hubiera puesto a tocar el tambor incluso dentro del dormitorio, es poco probable que lo oyera. ¿Le regalaste tú los bombones?

—¡Ni soñarlo! —A Alex se le aceleró el pulso y se le encendieron las mejillas—. Durante la reunión del club de lectura Los Sabuesos, Jane mencionó que se los había llevado a casa alguien disfrazado de elfo y al decirlo me guiñó el ojo porque imagino que creía que había sido yo, pero no fue así. Me dijo que se comería uno antes de acostarse. Son sus favoritos —dijo con la voz quebrada.

—¿Piensas en alguien que haya comprado una caja de esos

bombones últimamente?

—No. Habría tenido que encargarla expresamente.

Duncan se la quedó mirando y Alex sacudió la cabeza.

—Normalmente no vendemos cajas de bombones de una sola clase. O bien alguien hizo un encargo especial, o compró varias cajas y sacó todas las bolitas de vainilla al veronal. Puedo preguntarle a Hanna si se acuerda de haber preparado una caja así para alguien.

—¿Veronal?

—Es un derivado del ácido barbitúrico que se comercializaba en Inglaterra y Europa hasta los años cincuenta. Se usaba como sedante, pero es muy adictivo y se produjeron varias sobredosis; por eso lo retiraron del mercado.

—Mira, Alex, yo no creo que mataras a Jane, pero la *sheriff* está decidida a resolver el caso cuanto antes. Tanto Zach como tú tuvisteis el móvil y la oportunidad, y se está centrando en eso. A menos que se encuentre sobre la mesa una evidencia mayor, vosotros dos seguiréis siendo los principales sospechosos.

Alex no podía creer lo que estaba oyendo. Era evidente que la *sheriff no* pensaba llevar a cabo una investigación en condiciones ni dedicarse a buscar al verdadero asesino. En las últimas cuarenta y ocho horas, ella se había enterado de que dos personas mantuvieron discusiones acaloradas con Jane poco antes de su muerte, pero parecía que Summers no estaba dispuesta a abrir sus miras en relación con ese crimen.

—¿Tienes más información sobre el asesinato?

—Hanna me preguntó lo mismo anoche. No tendría que contaros nada a ninguna de las dos, pero no comparto la opinión de la *sheriff* en relación con los sospechosos. El médico forense confirmó que a Jane la apuñalaron tres veces con una hoja de cuchillo larga y estrecha, algo parecido a un picahielos, aunque de momento no han encontrado nada que pueda considerarse el arma homicida. Puesto que Zach estaba en el escenario del crimen cuando tú llegaste y no tiene ninguna coartada, se ha convertido en nuestro sospechoso número uno.

Duncan se dirigió a la puerta.

—Tengo que irme. Saluda a Hanna de mi parte cuando venga.

Hanna llegó media hora más tarde con Watson, y las hermanas se sentaron a tomar el té mientras Alex ponía a su gemela al corriente de la conversación con Duncan.

—¿Te acuerdas de que alguien comprara una caja con cuatro bolitas de vainilla al veronal?

—No, pero cualquiera que haya comprado dos cajas grandes del surtido las tendría.

Alex engulló los restos de su té.

—Qué fácil para alguien que se propusiera matar a Jane y quisiera que nosotras carguemos con la culpa. Si esa mañana Zach no se hubiera acercado a la casa, a estas horas la principal sospechosa sería yo.

Su hermana no parecía sorprendida.

—Duncan me dijo que ni siquiera se plantean que lo hiciera un asesino de un programa de crímenes. No lo confirmó con palabras, pero me dio la impresión de que la *sheriff* Summers cree que tu idea es ridícula.

Hanna colocó la taza en el lavavajillas y empezó a limpiar la encimera.

—Me parece que la única forma que tenemos de dar con el verdadero asesino es seguir con nuestra investigación.

—La *sheriff* está intentando construir una acusación contra ti o contra Zach. Pretende dejar el caso cerrado antes de Navidad —dijo Hanna.

Alex miró el calendario. Era jueves diecisiete de diciembre. Tenían una semana de margen para resolver el misterio. Se levantó y completó la información del tablón de pistas, tras lo cual revisaron la lista de sospechosos.

—Si se confirman las coartadas de Gary y Oliver, podemos tacharlos de nuestra lista. Al parecer Penelope nos estuvo vigilando, pero ¿quién la vigilaba a ella? Le habría sido muy fácil llegar hasta casa de Jane. —Alex narró su visita improvisada a la tienda de

antigüedades el día anterior—. Penelope pudo matar a Jane.

—Ya lo creo. De hecho, la semana pasada compró tres cajas de bombones. Lo recuerdo porque es raro que nos compre algo.

De vez en cuando, esforzándose por ser buena vecina, Alex adquiría algún objeto de la tienda de Penelope. Sin embargo, pocas veces esta obraba en consecuencia, aunque si lo hacía era cuando Alex no estaba en la tienda.

—¿Sabes? Hay una cosa que me resulta curiosa. Jane estaba en la cama cuando la mataron, es evidente, y ya sé que no era muy noctámbula, pero ¿es normal que estuviera durmiendo antes de las diez?

—Si se comió un bombón con sedante, es posible —observó Hanna.

—Pero ¿por qué querían que se quedara dormida? ¿Para entrar sin que los oyera y poder robarle? ¿O entraron solo con la idea de matarla?

—No lo sé, pero será mejor que abramos la tienda. Maggie llegará de un momento a otro.

Alex no lograba quitarse de la cabeza la muerte de Jane. Si la habían sedado a propósito con los bombones, y para eso habían tenido que comprarlos de antemano, significaba que el crimen había sido premeditado. Y, puesto que la mujer estaba profundamente dormida, si se hubiera tratado de un robo, no habrían tenido la necesidad de matarla. Quien quisiera que hubiera entrado en casa de Jane lo había hecho con la clara intención de asesinarla.

Solo faltaba una semana para Nochebuena y daba la impresión de que todo el mundo estaba ultimando sus compras navideñas como si no hubiera un mañana. A media mañana, Alex estaba saliendo de la cocina con varias cajas de Bombones de Muerte cuando sonó la campanilla al abrirse la puerta. Yvonne, alta y elegante, daba la impresión de acabar de aterrizar de Park Avenue, en Nueva York. Iba vestida con unos pantalones anchos de lana gris y un jersey de

cuello alto a juego, acompañado de un abrigo tres cuartos gris marengo de corte refinado. Llevaba unos guantes de piel de color negro y aferraba su bastón de caminar. Renqueando, fue directa hacia Alex.

—Cariño, ¿cómo lo llevas? Todo esto debe de ser un horror para ti. No sé qué haría yo si encontrara un cadáver. He venido para invitarte a mi casa esta tarde. Tomaremos el té. Tú solo dime qué está pasando con este asesinato tan espantoso.

Aunque eran conocidas desde hacía tiempo, Alex jamás había recibido tanta atención por parte de la anciana y trató desesperadamente de idear una excusa.

—Me encantaría, Yvonne, pero no estoy segura de que pueda.

Maggie estaba de pie cerca de ellas y dio un paso en su dirección.

—Vete tranquila, Alex. Yo estaré bien.

—Perfecto. —Yvonne le dirigió a Maggie una sonrisa radiante—. ¡Hecho! Te espero esta tarde.

Cuando Yvonne se hubo marchado, Alex se volvió hacia Maggie.

—Gracias —dijo con evidente sarcasmo.

—Esta mañana me he fijado en el tablón de pistas y he visto que tienes que comprobar la coartada de Gary. Para eso te irá bien hablar con Yvonne, así que de nada.

Alex exhaló un hondo suspiro.

—Tienes razón. Es solo que me resulta muy cansado hablar con ella, nunca sé qué decirle.

Siempre le costaba entablar conversación con las personas a las que no conocía bien. Cuando era banquera, y ahora con la tienda, le suponía un esfuerzo considerable relacionarse y tejer una red profesional.

Maggie le dio una palmadita en el hombro y fue a cobrarle la mercancía a un cliente. Alex depositó los bombones sobre el mostrador. Cuando se dirigía a la otra sala para ver si alguien necesitaba ayuda, Drew entró en la tienda. Maggie seguía junto a la caja registradora, así que Alex se detuvo a darle conversación hasta

que su mujer terminara de atender al cliente.

—¿Cómo estás? Espero no haber alterado mucho vuestra rutina al tener a Maggie trabajando aquí la semana anterior a Navidad.

Mientras hablaba, guio a Drew hacia la sala de actos, lejos de los clientes que pudieran aguzar la oreja. Drew se dio unas palmadas en el estómago.

—Aún no me siento bien, pero tengo en el fuego un preparado que seguro que me ayudará.

—Maggie me contó que últimamente preparas… cosas.

—Es desesperante; hoy en día casi todo tiene gluten. Pero no es por eso por lo que he venido a verte.

—¿No has venido a ver a Maggie?

—No, no. He venido a decirte que Duncan se ha pasado por casa hace un rato para coger unos papeles y lo he oído hablar con la *sheriff* por teléfono. Está en el pueblo porque han vuelto a registrar la casa de Jane para encontrar el arma homicida. Esta vez han usado un detector de metales y han rastreado la zona del jardín alrededor del cobertizo. Han encontrado un picahielos enterrado en la nieve y lo están llevando al laboratorio para ver si descubren huellas o restos de sangre.

—¿Tienen idea de quién es el dueño?

—Creo que no, pero me ha parecido que querrías saberlo.

Maggie, que había acabado de atender al cliente, se acercó adonde estaban y Alex fue a ayudar a una clienta que había dado con un par de novelas de Agatha Raisin y quería añadirlas a su compra de dos cajas de Bombones de Muerte.

—A mis hijas les van a encantar los bombones y los libros —dijo con una alegría exagerada—. Adoran a M. C. Beaton desde que eran adolescentes. Y me encanta la tapa de la caja de bombones que imita un antiguo anuncio de veneno.

—Si se los van a comer en las próximas semanas, manténgalos a unos quince grados para que se conserven bien. Es mejor que no se enfríen demasiado para que no se pongan feos.

Cuando la clienta hubo salido de la tienda, Alex volvió junto a

Maggie y Drew. Él se estaba quejando de sus molestias digestivas.

—¡Pues no sé qué voy a comer!

—Ya te he dicho que si eres celíaco no puedes tomar gluten, y eso significa que no te conviene ir a la pastelería —lo amonestó Maggie mientras él se abrochaba el abrigo.

—Bueno, a lo mejor no es celiaquía. Me voy a casa a comprobar los síntomas.

Se despidió de su mujer con un pellizquito en la mejilla y fue hacia la puerta. Ella se llevó la mano a la frente y cerró los ojos.

—Ay, Dios. A este hombre le falta algún quehacer. Me parece que se ha jubilado demasiado pronto.

CAPÍTULO TRECE

En realidad, Alex tenía muchas ganas de echar un vistazo al interior de la antigua mansión de Yvonne. Desde que se mudó a Harriston siempre le había llamado la atención esa fachada, y se había parado muchas veces para leer la placa de bronce que explicaba su historia. Ese día se detuvo frente a la casa para leerla una vez más.

La construcción de estilo Reina Anna databa de 1912 y era obra de un acaudalado banquero de Kalispell. Sus descendientes habían vivido allí hasta 1999, fecha en que murió el último miembro de la familia y la casa se puso en venta.

Una gran corona de abeto decorada con piñas y una cinta roja adornaba la puerta principal de color negro. A ambos lados del camino, al pie de la escalera de entrada, había dos grandes jardineras llenas de troncos de abedul, plantas decorativas y lazos rojos parecidas a las de Main Street.

El garaje para un solo coche situado al norte de la casa había sido añadido posteriormente, como saltaba a la vista, pero seguía la línea victoriana del conjunto de la propiedad perfectamente conservada. Yvonne salió a abrir sin demora y tenía un aspecto igual de impecable que su casa. Una vez dentro, Alex le entregó una caja pequeña con cuatro Bombones de Muerte.

—No sabía cuáles le gustan más, así que he optado por los de menta a la morfina, almendra al arsénico, bastón de caramelo a la

cicutina y ciruela al cianuro.

—Gracias. Suenan a delicia. Seguro que estarán riquísimos.

Tras quitarse las botas, Alex siguió a Yvonne hasta un elegante salón contiguo al recibidor. Los muebles no eran nuevos pero su gran valor resultaba evidente, y por todas partes se apreciaban piezas de anticuario. Había un jarrón de Lalique con flores artificiales y figuritas de cristal aquí y allá, pero en general se respiraba un ambiente bastante impersonal. El único adorno de Navidad consistía en una gran flor de Pascua situada sobre la mesita auxiliar.

—Tiene una casa muy bonita. Siempre me he preguntado cómo debía de ser por dentro.

—Me gustaría mostrarte el resto de las habitaciones antes de que te marches. En esta no he puesto adornos de Navidad ya que apenas la uso.

—La flor de Pascua resulta muy decorativa y es suficiente para este salón. —Alex señaló el bastón de la anciana—. ¿Qué le ha pasado? Ayer me fijé en que lo llevaba cuando estuvo en la tienda.

Yvonne agitó en el aire su mano de manicura perfecta.

—Ah, no es nada, es que me caí al bajar la escalera de la entrada. Tengo el tobillo hinchado y me duele un poco.

—Seguro que la flor de Pascua se la regaló Jane —dijo Alex señalando la planta sobre la mesita auxiliar.

—Sí. Que Dios la acoja en su seno… Siempre me traía una por Navidad. Qué triste, lo que le ha pasado. La echaré mucho de menos. Me resulta muy doloroso pensar que la asesinaron mientras yo estaba tan tranquila en la reunión de la Asociación de Horticultores. Si hubiera asistido ella también, tal vez seguiría viva.

Alex no estaba segura de hasta qué punto la mujer pretendía lanzarle una pulla al sugerir que si Jane hubiera asistido a aquella reunión en lugar de a la de Los Sabuesos, no la habrían matado, ya que duraba hasta más tarde. Ella, que sabía lo de los bombones adulterados, estaba segura de que el asesino de Jane tenía el plan tramado de antemano, pero no pensaba ponerse a discutir con Yvonne.

—Supongo que es posible. Gary dijo que había estado allí hasta cerca de las once.

—Sí. Me temo que yo lo entretuve. Creo que fuimos los últimos en marcharnos. Nos estuvo enseñando cómo plantar dedaleras y algunas otras variedades que hay que iniciar temprano para poder trasladarlas al exterior en primavera. Claro que todo lo que nos enseñó yo ya lo sabía. —Yvonne se puso melancólica—. Donde me crie, mi familia tenía un bonito jardín y la parte posterior de la casa daba a una pequeña arboleda. A mí me encantaba aprender cosas sobre las plantas. Mi madre era botánica y me enseñó todo lo que sabía, y también leí y estudié mucho. Hoy en día sigue siendo mi gran afición. Seguramente te habrás fijado en el invernadero que tengo en el patio trasero. Está calefactado y en él cultivo plantas de muchas clases durante todo el año. Doy por hecho que, ahora que Jane ha muerto, me harán presidenta de la Asociación de Horticultores.

—Pues me han dicho que Netta también aspira al puesto, ¿verdad?

—Qué ridiculez. Ella no es más que una aficionada. Yo siempre he tenido más conocimientos que Jane, pero ya sabes cómo son las cosas en los pueblos pequeños. Los vecinos de toda la vida siempre ocupan los puestos de más prestigio. —Yvonne sonrió, pero la mirada de acero de sus ojos traicionaba cualquier intento de fingir comprensión con respecto a las costumbres de pueblo. Se levantó del sofá con esfuerzo—. ¿Te apetece un té?

—Mucho, pero tengo que volver a la tienda. Me temo que hoy hay bastante movimiento y, como Hanna tiene que ocuparse de hacer bombones, Maggie está sola.

—Ah, Maggie. Su hijo es el ayudante de la *sheriff*, ¿no? ¿Tienen idea de quién mató a Jane? Corren rumores de que sospechan de Zach, pero de verdad espero que estén equivocados. Zach me ha ayudado mucho con el mantenimiento de esta casa tan vieja. Cuando la compré tuve que arreglar muchas cosas. Si no lo hubiera tenido a él, me habría sentido perdida. Claro que nunca conoces a la

gente tan bien como crees.

—Me cuesta mucho creer que fuera cosa de Zach —dijo Alex con tono escéptico—. Parece que la *sheriff* y sus ayudantes se decantan por esa teoría, pero dudo que dispongan de pruebas fehacientes. Por desgracia, no tiene ninguna coartada. —No pensaba mencionar que la segunda sospechosa era ella—. Vi que el lunes Penelope volvió a casa bastante antes de las nueve.

—Me parece que es una picaflor. No se toma en serio lo de la jardinería, pero también a mí me sorprendió que se marchara tan pronto. —Yvonne hizo una mueca de disgusto—. Me parece que le interesa más Gary que las plantas. ¿Has visto su jardín? —La mujer se estremeció—. Lo tiene lleno de maleza, y las lilas desbordan casi todos los parterres.

—Increíble —dijo Alex sacudiendo la cabeza, y se contuvo antes de chascar la lengua en señal de desaprobación.

Yvonne levantó una fotografía enmarcada de una mesita auxiliar y la sostuvo en alto para mostrársela a Alex. En ella aparecía una sonriente pareja de mediana edad, y la mujer irguió un poco la cabeza.

—Son mis padres. Se aseguraron de darme una buena educación y me gusta pensar que lo que he hecho en la vida es motivo de orgullo para ellos.

—¿Siguen con vida?

—No, por Dios. Los dos murieron hace años. Ya no soy ninguna jovencita, ¿sabes?

—¿Cuánto tiempo lleva viviendo en Harriston? Tengo entendido que se trasladó aquí después de que muriera su marido, ¿verdad?

—Llevo siglos en el pueblo. Mi querido esposo murió hace muchos años y me sentía demasiado sola en la ciudad. No tuvimos hijos y como tampoco tenía a mis padres quise buscar un sitio donde pudiera hacer amistades con facilidad.

—Imagino que resulta difícil hacer amigos de mayor, y más cuando no se es una persona de naturaleza sociable. ¿Dónde tenía antes su hogar?

—En Florida. Mi marido y yo estuvimos casados más de treinta años, pero vivíamos en nuestro pequeño mundo. Nos relacionábamos con pocos amigos y, como no tuve familia, cuando Ernest murió ya no era lo mismo. Fue curioso —siguió diciendo—. Por casualidad vi en una revista un artículo que hablaba de la vieja estación de tren de Harriston. Pintaban el pueblo tan bien que cogí y me trasladé aquí. Yo nací en un pequeño pueblo de Nuevo Hampshire, así que no me costó nada adaptarme. Bueno, voy a enseñarte las otras habitaciones para que puedas volver al trabajo.

Yvonne se levantó del sofá con esfuerzo sirviéndose del bastón.

—Maldita sea. Esto de moverse tan despacio es una lata.

Al otro lado del recibidor estaba el despacho. Frente a la puerta había un gran escritorio de madera de nogal y la pared de detrás estaba cubierta de estanterías. Delante del escritorio había dos sillones orejeros de piel. Un largo aparador cubría una de las paredes y sobre este lucían un antiguo decantador con varios vasos de cristal, una amarilis en plena floración y la figura de un gran halcón tallado en madera.

Varios cuadros de gran tamaño que representaban escenas de bosques decoraban las paredes y sobre las estanterías situadas detrás del escritorio reposaban elegantes Santa Claus de porcelana y cristal. Frente a la ventana, un enorme árbol de Navidad elegantemente decorado con espumillón y adornos de vidrio de estilo *vintage* aportaba a la sala cierto aire nostálgico.

A continuación recorrieron el pasillo hasta la cocina, que era una combinación del encanto de otra época y la funcionalidad moderna. Destacaba el contraste de los armarios color crema con los electrodomésticos de acero inoxidable y el suelo de oscura madera noble. Todo estaba impecable y muy bien ordenado.

La sala de estar, contigua a la cocina, era mucho más pequeña que el anterior salón de la parte delantera de la casa, aunque también espaciosa. Las paredes estaban decoradas con dibujos de plantas acompañados por su nombre en latín y también con cuadros de paisajes boscosos. Sobre la repisa de la chimenea, hecha de

madera, había tres figuras de Santa Claus talladas a mano y otra fotografía de los padres de Yvonne.

Alex se marchó con la promesa de volver pronto y condujo hasta casa de Louise Sweet. No conocía de nada a esa mujer salvo por la pastelería, pero tenía la esperanza de que no le resultara demasiado rara su visita sin previo aviso. Como sabía que solía ausentarse del trabajo con el pretexto de estar enferma, contaba con encontrarla en casa. Cogió otra caja de bombones del asiento trasero del coche.

En la modesta casa de una sola planta, las paredes tenían la pintura desconchada y el pequeño porche, que se caía a trozos, estaba cubierto de hojas secas y viejas sillas plegables. Lo único que recordaba a la Navidad era un Santa Claus de plástico colgado en la ventana de la fachada principal.

Alex estuvo de suerte y apenas había acabado de llamar a la puerta cuando esta se abrió de golpe. Mientras que Yvonne era alta y esbelta, Louise tenía una estatura similar a la media, pero estaba tan flaca que se la veía demacrada. A pesar de tener casi diez años menos que la anciana, aparentaba ser mucho mayor. Iba vestida con unos pantalones viejos y manchados acompañados por una camiseta con el lema I LOVE MONTANA y una rebeca demasiado holgada.

—¿Qué quieres?

Permaneció con la puerta entreabierta, dispuesta a cerrarla de un portazo a la menor oportunidad. Alex pensó que incluso las representantes de Avon y los vendedores de alarmas debían de gozar de un recibimiento más cálido. Le tendió la caja de bombones y dijo que Sam había mencionado que no se encontraba bien, y ella, poco convencida, la invitó a entrar.

Lo primero que le llamó la atención del recibidor en penumbra fueron los gatos: los había allá donde mirara. Gatos de todos los tamaños y colores se paseaban por las habitaciones, reposaban sobre los muebles y en el alféizar de las ventanas. La segunda cosa que notó fue el olor acre de los areneros. Contó por lo menos diez felinos, lo cual le suponía un problema ya que les tenía alergia. Tendría que contentarse con una visita breve.

Louise guio a Alex hasta una cocina luminosa donde todas las superficies estaban cubiertas de soportes con varitas mágicas de todos los tamaños, formas y colores. Algunas eran sofisticadas y lucían incrustaciones o grabados en la empuñadura; otras tenían la punta muy afilada. Alex se dispuso a levantar de una silla una caja que contenía varitas ya terminadas, pero Louise la cogió por el brazo.

—No, ahí no. Ya ves que no hay mucho sitio. Siéntate aquí. —Louise expulsó a un gato de encima de una de las sillas de la cocina, apartó una caja con golosinas para gatos e hizo espacio a los bombones sobre la mesa con el tablero de formica—. ¿Quieres algo de beber? —preguntó, y su cara de pena daba a entender que rezaba porque le contestara con un «no».

Alex miró alrededor y vio que prácticamente todas las superficies estaban tapizadas con pelo de gato.

—No, gracias. Me iré pronto. Solo me he acercado para traerte los bombones y asegurarme de que estás bien. Tengo la impresión de que vas un poco sobrecargada.

Escrutó la habitación, donde hasta el último rincón libre de varitas mágicas estaba atiborrado de adornos y cartelitos. En uno se leía: YO TAMBIÉN ERA NORMAL HACE TRES GATOS.

Louise hizo un gesto con las manos para abarcar el espacio de la cocina.

—Varitas. Me estoy preparando para una convención que se celebra el mes que viene. Hay adultos con mucho tiempo libre que se disfrazan y se hacen pasar por personajes de juegos. Lo llaman «rol en vivo». Si quieres saber mi opinión, para mí están locos, pero no doy abasto a fabricar varitas para venderlas en mi estand. Me ayuda a llenar la despensa, porque en la pastelería no me pagan muy bien. Lo malo es que tengo que ir a toda clase de convenciones estúpidas. Cada vez hay más gente que las compra por internet, pero la mayoría las vendo en persona.

—Qué interesante. —Nunca habría dicho que Louise fuese una persona emprendedora, aunque sí la imaginaba encorvada sobre

una mesa pintando cartelitos con el lema LOS GATOS SON COMO EL CHOCOLATE: CON ELLOS ES DIFÍCIL QUE NO HAYA UNA SEGUNDA VEZ. Trató de quitarse de encima a uno que se había subido a su regazo—. ¿Ya hacías esto antes de venir a vivir a Harriston?

Louise entornó los ojos.

—No es asunto tuyo, la verdad, pero, ya que lo preguntas, empecé después. En el pueblo no hay muchas ofertas de trabajo, y no me apetecía tener que ir en coche a Kalispell o Swanson todos los días, así que busqué algo que pudiera hacer en casa.

Después de intentar sin resultado mover las piernas de todas las formas posibles para quitarse de encima a aquel gato excesivamente cariñoso, por fin Alex se decidió a cogerlo y depositarlo en el suelo.

—Supongo que te habrás enterado de que han asesinado a Jane.

—Pues claro, y no me extraña. Era una fisgona y no paraba de entrometerse en la vida de los demás. No; no me extraña nada. Bueno, no me parece bien que la mataran, claro, pero cuando metes las narices donde no debes, a veces encuentras lo que no tienes que encontrar.

El gato seguía rondando las piernas de Alex y parecía estar a punto de volver a saltar a su regazo. Sin perderlo de vista, miró a Louise.

—¿Qué es eso de lo que Jane se enteró indebidamente? ¿Crees que la mataron por eso?

—Mira, no tengo ni idea y eso tampoco es asunto tuyo. Siempre estaba preguntándole a la gente cosas de su vida y los ponía a todos de los nervios. Si alguien quiere que una cosa se sepa, la dice y punto. Y eso del internet es tan malo como bueno, porque te lo pone muy fácil para entrometerte en la vida de los demás. Es posible que sí que la mataran por eso, y más te vale tenerlo en cuenta.

¿Acaso Louise acababa de amenazarla?

—¿Tú estabas en casa el lunes por la noche?

—Me he pasado todas mis horas libres aquí haciendo varitas, ya te lo he dicho. Tengo que prepararme para la convención del mes que viene. El viernes mandé el último pedido por correo y no tendré

más hasta Navidad. Lo de los envíos es un rollo, porque la gente coge pataletas si no reciben el pedido a tiempo. —Louise se llevó una mano al corazón—. Voy a sentarme un momento, tengo unas palpitaciones horribles. —Louise apartó de un manotazo unos cuantos botes de medicamentos y puso una caja con varitas encima de la mesa para poder sentarse—. A veces me encuentro tan mal que no puedo ni trabajar.

Alex escrutó las etiquetas de los medicamentos que habían llegado rodando hasta ella.

—Lo siento mucho. He notado que tienes acento del sur. ¿Eres de Alabama o de Misisipi?

No es que fuera lingüista, pero sin duda Louise hablaba con acento del sur.

—Lo que faltaba. ¡Eres tan metomentodo como Jane! Tengo que volver al trabajo. —Louise se puso de pie y esperó a que Alex hiciera lo propio.

Alex notó la garganta algo rasposa; era hora de salir de allí. Además, resultaba obvio que ya no era bien recibida. Le dio las gracias a Louise por su hospitalidad y se marchó.

Le picaba la garganta y hacía un ruido sibilante al respirar. Tenía los pantalones cubiertos de pelo de gato. En cuanto llegara a la librería tendría que cambiarse porque, si no, le escocerían los ojos todo el día. Mientras recorría el trayecto en coche, consideró los comentarios de Louise. Era evidente que Jane no le caía bien a todo el mundo. Sin duda, Louise se había peleado con ella porque había descubierto algo, y no le había gustado mucho que ella le hiciera todas aquellas preguntas. Al parecer, sufría del corazón, lo cual explicaba por qué se ausentaba tanto del trabajo. Alex se había fijado en que uno de los botes de pastillas que había sobre la mesa era digoxina, un fuerte medicamento para afecciones cardíacas. El otro era de somníferos que contenían eszopiclona.

CAPÍTULO CATORCE

La tienda estuvo llenísima de clientes durante el resto de la jornada. Tras terminar de atender a los clientes, cuadrar la caja, ordenar el espacio y reponer el género, Alex se marchó corriendo. Ni siquiera tuvo tiempo de cenar antes de ir junto con Tom a ver a Zach a las seis.

De camino, Tom le preguntó qué tal había pasado el día.

—Ajetreada. Le he llevado unos bombones a Louise. Es todo un personaje. Da la impresión de que lo de Jane le importa un bledo. Me ha dicho que era una entrometida y que no le extraña nada que se la hayan cargado. Dejó entrever que quizá Jane hubiera descubierto algo que no debía y por eso la han matado.

—No la conozco mucho, pero deduzco que ha tenido una vida difícil. Creo que tuvo una mala experiencia con su marido. Es posible que no sea la persona mejor predispuesta del mundo, pero no la veo asesinando a nadie.

—Si tuviera que ir a hablar con ella otra vez, no entraría en su casa. Hasta ahora mismo he tenido síntomas de alergia por culpa de sus gatos. ¿Qué has hecho tú?

—Lo de siempre, visitar a gente pobre y enferma. La señora Matthews me ha traído pan recién hecho.

—¿Has sabido algo más de su episodio de gota?

—No. Parece que se le ha curado. Por desgracia, ahora tiene problemas intestinales.

Alex Volvió la cabeza y sonrió mientras Tom aparcaba delante de casa de Zach. Cuando él los recibió en su pequeño apartamento, ella le entregó una bandeja de galletas. Zach les indicó que se sentaran en un viejo sofá y él ocupó un sillón reclinable reparado con cinta aislante.

—Lo siento, nunca les he dado demasiada importancia a los muebles. Hace años que compré todo esto de segunda mano y no me he preocupado de sustituirlo —dijo, sonrojándose.

Alex y Tom se fijaron en los acabados y el revestimiento del suelo. Alex vio que en la cocina había unos armarios con bellos detalles ornamentales y la encimera de cuarzo.

—¿Has sido tú quien ha hecho eso? Es una bonita obra de artesanía.

Las mejillas de Zach volvieron a teñirse de un tono sonrosado.

—Sí. Los materiales me los trajo Everett y yo hice el trabajo. Lo habría hecho con gusto solo por vivir en un sitio más agradable, pero él insistió en devolverme la mitad del alquiler del primer año. Fue de gran ayuda, porque en aquel momento estaba arrancando el negocio.

—¿Nos arreglarás la ventana?

—Lo siento mucho. Con todo lo que ha pasado me había olvidado por completo. Mañana por la mañana a primera hora estaré allí. ¿Te parece bien?

—Estupendo.

Alex dio un vistazo a la sala de estar mientras Tom interrogaba a Zach amablemente. En el apartamento había fotos de personas que dedujo que eran familiares del joven y también de una morenaza que supuso que sería su novia.

—¿Cómo llevas todo esto? ¿Puedo hacer algo por ti? —le preguntó Tom a Zach con el tono más cordial que fue capaz de adoptar como pastor de la Iglesia.

Zach apartó la mirada.

—Estoy bien. La *sheriff* no me lo ha dicho directamente, pero cree que fui yo quien mató a Jane, y os juro que yo no he matado a

nadie.

Alex inclinó el cuerpo hacia delante.

—¿Qué pasó la mañana después del asesinato de Jane?

Dio la impresión de que Zach se sentía incómodo.

—Llamé a la puerta de atrás como de costumbre, pero la señorita Burrows me dijo hace tiempo que si alguna vez no contestaba, cogiera la llave de debajo de la maceta y entrara. —Se removió en el asiento—. Ese día tenía que hacer unas reparaciones en el sótano, pero necesitaba preguntarle una cosa a la señorita Burrows y pensé que estaría en casa. A las siete solía rondar ya por la cocina, aunque a veces la encontraba trabajando en su despacho. La llamé, pero no me contestó, y pensé que quizá no me había oído. Ella no quería reconocerlo, pero últimamente no tenía el oído tan fino como antes. Por eso subí a buscarla. —Zach tragó saliva y cerró los ojos con fuerza un instante—. La vi allí tumbada, en su dormitorio, llena de sangre. Me asusté mucho y no supe qué hacer. Se me ocurrió que lo mejor era marcharme y luego hacer una llamada anónima. —Miró a Tom con desesperación—. Ya sé que no debería haberle mentido a la policía, pero pensé que con mi historial me convertiría en el principal sospechoso. Y eso es exactamente lo que ha pasado —añadió con amargura.

—¿Sabía Jane que tenías antecedentes? —preguntó Alex.

—Sí. —En su voz apareció un matiz de impertinencia—. Estaba saliendo con Jennifer Wolf. Es una maestra de primaria. Quería pedirle que se casara conmigo, pero la señorita Burrows insistió en que antes debía hablarle de mi pasado. El lunes por la noche, después de la reunión de Los Sabuesos, fui a casa de Jen y le conté lo de mis antecedentes penales. Ella me pidió que me marchara y no hemos vuelto a intercambiar palabra desde entonces. No me contesta al teléfono ni a los mensajes. Si no le hubiera hecho caso a la señorita Burrows, la semana que viene le habría propuesto matrimonio a Jen y tendría una coartada porque ese día habría estado con ella.

—Si no le hubieras contado a Jennifer lo de tus antecedentes

penales, seguramente se habría enterado durante el interrogatorio policial, y no estoy muy segura de que hubieras salido ganando —observó Alex.

—Supongo que tienes razón.

—¿Cómo averiguó Jane lo de tu pasado? ¿Se lo contaste tú? —terció Tom.

—No sé cómo se enteró. Cuando me preguntó por ello, no vi que tuviera mucho sentido mentirle puesto que ya lo sabía.

—¿Te importaría explicarnos qué ocurrió? —insistió Tom.

Zach exhaló un hondo suspiro antes de lanzarse.

—Fue hace mucho tiempo. Yo tenía dieciocho años y acompañé a un amigo a comprar tabaco. Él entró en la tienda y yo lo estuve esperando en el coche, pero vi que tardaba mucho y me acerqué a ver qué pasaba. Estaba apuntando al dependiente con una pistola en la sien. Sin pensar, cogí la bolsa con el dinero de la caja registradora cuando él me la lanzó. El dependiente intentó apretar el botón de la alarma que había debajo del mostrador y mi colega le atizó en la cabeza con la culata de la pistola.

Se le veía muy abatido.

—El dependiente sufrió una conmoción cerebral y yo acabé en la cárcel. Les dije que no tenía ni idea de por qué mi amigo había hecho aquello, y él me apoyó, pero mi abogado dijo que seguramente el jurado me declararía culpable y que era mejor que aceptara el trato que me ofrecía el ayudante del fiscal del condado: un año de cárcel y dos de libertad condicional. Ese otoño tenía una beca de la Universidad de Montana State para incorporarme a su equipo de fútbol americano, pero, en vez de eso, lo pasé entre rejas.

Alex lo sentía mucho por Zach. «Eso se llama estar en el lugar equivocado en el momento equivocado».

—Cuando salí, me encargaron varios trabajos de construcción, pero lo odiaba; hasta que hace unos diez años di con lo que necesitaba. Estuve trabajando en las obras de restauración del colegio y me gustó mucho este sitio. Conseguí unos cuantos encargos seguidos, encontré este apartamento y aquí estoy.

Zach parecía sincero y, aunque evitaba el contacto visual mientras hablaba, daba la impresión de que más bien era una cuestión de vergüenza por su pasado y no tanto porque quisiera ocultar algo.

Alex se sentía inclinada a creer su versión, aunque, por otra parte, sabía que no es oro todo lo que reluce. A menudo resulta fácil confundir la culpa y la vergüenza. El joven parecía enfadado con Jane por haberlo incitado a contarle a su novia la verdad sobre su pasado. Zach le caía bien, pero no podía descartar del todo la posibilidad de que hubiera asesinado a Jane, aunque lo creía muy improbable. Y, si fuese el culpable, ¿le habría enviado una caja de bombones envenenados?

—¿Sabía alguien más dónde estaba la llave? —preguntó.

—No estoy seguro. Sé que la señorita Burrows solía ser muy precavida y a veces la cambiaba de sitio. Durante un tiempo estuvo colgada en la parte posterior de uno de los postes de la barandilla del porche de la entrada, cerca del suelo, pero con la nieve decidió esconderla en un lugar que estuviera más a mano. Creo que el vecino que da a su patio trasero me vio cogerla una vez. Siempre estaba sentado en la sala de estar, asomado a los patios.

Alex sabía que Jane podía llegar a ser un poco paranoica y lo achacaba a los programas de *true crime* que veía continuamente. Hablaron un poco más, pero Zach no aportó nada nuevo. Tom le ofreció su ayuda si la necesitaba, como pastor o como amigo.

De nuevo en el coche, Tom extendió una invitación que Alex no pudo rechazar:

—Ven a mi casa y te prepararé algo de cenar. Debes de estar muerta de hambre.

—Me parece estupendo. ¿Qué me ofreces?

—Un plato delicioso a base de pavo, puré de patatas, verduras y salsa de arándanos rojos que prepararé en un pispás.

En casa de Tom, Alex se sentó en el sofá, frente a la chimenea de gas que él acababa de encender. La sala estaba pintada de un cálido tono *beige* y los muebles que la llenaban eran grandes y

cómodos. Había varias fotografías familiares colgadas en las paredes y colocadas encima de las estanterías. Delante de la ventana panorámica se alzaba un árbol de Navidad. Resultó que el plan era dedicarse a ver la tele durante la cena. Mientras el pavo se cocía en el microondas, Alex le habló a Tom de su entrevista con Yvonne.

—No sé gran cosa de ella. Normalmente conozco a todos los vecinos del pueblo que han vivido siempre aquí o que van a la iglesia, y no hay muchos que no cumplan ninguna de las dos condiciones.

Mientras hablaban, Alex visionó un episodio de un programa de crímenes que Tom había colocado en el reproductor. Era sobre dos chicas que habían desaparecido durante una excursión por la montaña; encontraron sus cadáveres al cabo de un mes. No llegaron a dar con el asesino, aunque la policía tenía un retrato robot. Pero ni el retrato ni la información casaban con nada de lo que le había contado Jane. Alex avanzó la reproducción hasta otro episodio, pero no sirvió de nada. Le fue imposible relacionarlo con ningún habitante de Harriston.

Estaban terminando de cenar cuando sonó el timbre de la puerta. Miró a Tom, que se encogió de hombros y fue a abrir. Cuando Alex supo quién era la visita, le entró una risa incontenible. Penelope le estaba insistiendo a Tom para que la dejara entrar porque tenía cierta información importante. Unos instantes después, su vecina entraba en la sala de estar con paso decidido.

—Ah, estás aquí. —No pareció nada sorprendida al verla—. Tom, creo que debes saber que la policía me ha estado haciendo preguntas sobre ella. —Penelope extendió el brazo para señalar a Alex—. Quieren saber qué hizo la noche del asesinato. No tengo claro que estés muy seguro aquí solo con esta mujer.

Alex se quedó estupefacta. ¿De veras Penelope le estaba advirtiendo a Tom que se mantuviera alejado de ella? Decidió tomárselo a broma y sonrió.

—Tiene razón, Tom; se ve que soy la sospechosa número dos de la *sheriff*. —Se levantó del sofá y fue hacia Penelope—. Por cierto,

¿cómo podemos saber que no fue usted a casa de Jane el lunes por la noche y la mató? Me parece que su coartada no la exime durante todas esas horas, ¿me equivoco?

Tanto Tom como Alex se volvieron hacia Penelope, expectantes. La mujer empezó a adoptar un color rojo muy poco atractivo.

—Yo… Yo… No puedo creer que… Qué desfachatez. Nunca…

—Tom, no te apures si te digo que, por tu propio bien, no deberías quedarte a solas con ninguna de las dos. Seguro que Penelope estará de acuerdo conmigo. Vámonos, querida.

Alex se situó detrás de la mujer y la instó a dirigirse a la puerta. Rápidamente, se puso las botas, cogió el abrigo y musitó un «de nada» apenas perceptible mientras Tom cerraba la puerta tras ellas.

Penelope seguía pronunciando solo un par de palabras de cada frase mientras emprendía el camino de vuelta hacia su casa. Alex la siguió.

—Mire, Penelope, hace poco he descubierto que se ha casado y divorciado cuatro veces, no dos. ¿Es cierto?

La anciana se volvió con mucho ímpetu. Incluso bajo la escasa luz procedente tan solo de la farola, saltaba a la vista que se había quedado más blanca que el papel.

—¡Cómo te atreves! No tienes derecho a meterte en mi vida personal.

Alex arqueó una ceja.

—Puesto que usted ha sido la primera que ha aireado la mía en casa de Tom, he decidido tomarme la misma libertad. Así, ¿es cierto? Se me da bastante bien investigar, y es posible que lo descubra tanto si me lo cuenta usted como si no. Además, tengo curiosidad por saber por qué le estuvo gritando la otra noche a Jane delante de mi tienda.

—Tú eres peor que esa metomentodo. No me extraña que la hayan asesinado. Será mejor que te andes con cuidado, jovencita. Seguramente no te hará gracia acabar como tu amiga la fisgona. —Dicho esto, Penelope se volvió y se dirigió a su casa sin pronunciar ni media palabra más.

De nuevo en su cocina, Alex vio una nota de Hanna sobre la encimera. Su gemela había regresado a Murder and Mayhem para terminar de elaborar unos bombones que antes había dejado a medias. Alex miró su reloj, y al recordar la nota que había encontrado por la mañana en la papelera, se le puso un nudo en el estómago. ¿Habría vuelto su hermana a la tienda para hablar con su madre sin tener que preocuparse de que en ese momento llegara ella? ¿Por qué necesitaba tanta privacidad?

Se planteó volver a la tienda para ayudar a Hanna, pero Watson llevaba sola todo el día. La perrita se quedó muy quieta mientras dejaba, encantada, que Alex le frotara detrás de las orejas.

—Vámonos arriba, Watson. Necesito distraerme, y para eso me irá muy bien ponerme a buscar información.

Watson siguió a Alex hasta su despacho y esta se sentó frente al ordenador mientras la perrita se hacía un ovillo y se tumbaba sobre sus pies. Lo primero que buscó fue «Penelope Shaw»; luego añadió «Carolina del Norte» a los criterios de búsqueda. Aparecieron un montón de referencias de una agente inmobiliaria. Alex revisó los resultados, pero no encontró nada en relación con Penelope Shaw en Harriston.

«Esto es de locos. ¿Cómo es posible que la gente no salga en internet?».

A continuación buscó a Louise. Encontró su página web de varitas y una cuenta de una red social, también relacionada con las varitas… y con sus gatos. Tenía diez mil seguidores. ¿Cómo era posible que hubiera tantas personas interesadas en las varitas y en los gatos? Murder and Mayhem a duras penas tenía dos mil seguidores. Alex bajó la cabeza para mirar a Watson.

—A lo mejor deberíamos cambiarte por un gato.

La perrita emitió un gemido y se tapó los ojos con la pata.

Alex y Watson volvieron abajo y estuvieron viendo en la tele un programa grabado sobre una mujer que se dedicaba a ir alas ventas de garajes, tenía una tienda de antigüedades y no paraba de encontrar cadáveres. Alex esperaba que el hecho de ver actuar al

detective del programa le diera ideas sobre cómo resolver el misterio de la muerte de Jane, pero antes de que terminaran de cerrar el caso llegó Hanna.

Quince minutos después, ambas estaban sentadas cómodamente en el sofá con sendas raciones de chocolate caliente en sus tazas decoradas con motivos navideños. Hanna soltó unas cuantas carcajadas mientras Alex le contaba lo sucedido durante la tarde.

—*Sie hat nicht alle Tassen im Schrank*. —Eso es lo que mamá diría de Penelope.

—Estoy de acuerdo —contestó Alex, que pensaba que algunas de las expresiones de su madre eran geniales. Esa en concreto significaba que a Penelope le faltaba un tornillo, y, en efecto, así era.

—¿A ti te parece que es posible que Zach se enfadara tanto con Jane como para llegar a matarla? —preguntó Hanna, que al final había dejado de reírse.

Alex suspiró.

—No lo sé. Si yo estuviera muy enamorada de alguien y me pasara lo que le pasó a él, me pondría muy furiosa. Pero seguro que no me daría por cometer un asesinato. Me acuerdo mucho de las palabras de Jane durante la reunión de Los Sabuesos. ¿Es posible que la personalidad de Zach sugiera que es capaz de matar por amor? No creo que lo conozca tanto como para estar segura de eso. ¿Conocemos bien a alguno de los sospechosos como para evaluar su personalidad? De todos modos, yo me inclino por pensar que Joe sí que podría ser un asesino. Pero quienquiera que ha hecho esto lo tenía más que planificado.

Hanna asintió.

—Exacto. Creo que no podemos fiarnos de nadie. Quienquiera que sea ha tenido a la gente engañada mucho tiempo.

—No tengo muy claro cuál es el siguiente paso. —Alex cogió la taza vacía de Hanna y la depositó en el fregadero junto con la suya —. ¿Por casualidad has estado hablando esta noche con mamá?

Hanna vaciló una fracción de segundo antes de sacudir la cabeza con gesto negativo.

—No. ¿Por qué me lo preguntas?

—Creo que os lleváis algo entre manos, puesto que te llamó al trabajo el jueves.

—Ah, es eso. —Hanna soltó una risa forzada—. Tenía un mal día y se preguntaba si estaría dispuesta a plantearme un traslado de vuelta a Frankenmuth para trabajar para ellos otra vez.

—¿Y te lo planteas?

—¿El qué?

—Volver a casa.

Hanna hizo una mueca.

—Claro que no; soy feliz aquí. —Se levantó del sofá—. Creo que me voy a la cama. Estoy agotada. Vamos, Watson.

—Yo tampoco tardaré en acostarme. Buenas noches.

Cuando un poco más tarde Alex subió a rastras la escalera para meterse en la cama, le había estado dando vueltas a la explicación de Hanna acerca de la llamada de su madre. Su intuición de hermana gemela le decía que no le estaba contando toda la verdad. Quizá no era tan feliz en el pueblo como aparentaba y se estaba planteando regresar a Michigan. Si lo hacía, aparte de que ella la echaría muchísimo de menos, dejaría un gran vacío en Murder and Mayhem. Alex no era maestra chocolatera; tenía bastante trabajo por delante si quería mejorar sus habilidades y ponerse al nivel de Hanna. Y, lo más importante, también perdería a su mejor amiga. Los últimos años de convivencia con Hanna le habían servido para recordar el vínculo tan estrecho que tenían como hermanas gemelas. Su relación superaba la amistad y los lazos familiares. Si Hanna se marchaba, Alex perdería una parte de sí misma.

CAPÍTULO QUINCE

Alex se despertó a causa de unos sueños muy turbios. Lo último que recordaba era que Penelope la perseguía aferrando una cazuela que contenía un guiso congelado. En la pesadilla, esa cazuela le inspiraba verdadero terror, lo cual tenía mucho sentido; todo el sentido que las cosas tienen en los sueños. Pero antes de abrir los ojos notó que no estaba sola. Hanna estaba sentada a los pies de su cama, mirándola.

—Debes de haber tenido un sueño muy agitado porque movías los ojos sin parar. ¿Sabías que duermes con la boca abierta?

Alex volvió a cerrar los ojos. «A lo mejor todavía estoy soñando».

—Despierta, marmota. Tengo noticias —dijo Hanna, y le zarandeó las piernas—. Noticias importantes.

Watson saltó a la cama y se dejó caer sobre las piernas de Alex, quien por fin se incorporó y apoyó la espalda en el cabecero. Hanna parecía impaciente por compartir lo que fuese que la había impulsado a levantarse a esas horas intempestivas.

La noche anterior, después de que Alex fuese a acostarse, Hanna había visto a Duncan marcharse con su coche (su dormitorio daba a la calle) y le había enviado un mensaje para preguntarle qué ocurría. Él le había contestado ya de madrugada.

—Duncan me ha dicho que han descubierto huellas en el picahielos que encontraron en la nieve, cerca del cobertizo de Jane. Son de Zach, así que la *sheriff pudo* emitir una orden de registro de

su apartamento anoche, ya tarde. Encontraron una colección de monedas que él ha reconocido que pertenecían a Jane. Asegura que ella misma se la dio la semana pasada como regalo de Navidad por todo el trabajo que había hecho en su casa. Pero, como no hay pruebas de que verdaderamente fuera un regalo, Duncan lo ha detenido por robo.

Alex frunció el entrecejo y se cubrió la boca formando un triángulo con las manos.

—Cuando lo han interrogado acerca del picahielos, ha reconocido que podría ser suyo. Ha dicho que lo usó en casa de Jane el viernes y que lo dejó en el porche, pero el lunes no lo encontró allí. También han descubierto un bote de pastillas para dormir, de las que se compran con receta, en el fondo de un cajón. Es el mismo medicamento que utilizaron para adulterar los bombones de Jane.

Hanna ladeó la cabeza y se quedó mirando a Alex, y ella se frotó los ojos y dio un sorbo del vaso de agua de su mesilla de noche.

—Parece que las pruebas se acumulan, pero son todas circunstanciales. Da la impresión de que la *sheriff está* decidida a inculparlo, o sea que si queremos que cambie la ventana del baño de la tienda, más nos vale encontrar al verdadero asesino.

Después de hablar sobre el tema unos minutos, Hanna fue a dar de comer a la perrita y Alex se dirigió a la ducha. Aunque se alegraba de haber desaparecido momentáneamente del punto de mira de la *sheriff*, no lograba quitarse de encima la sensación de que todo era un tremendo error. Si su instinto no la engañaba, el asesino debía de pasearse tan tranquilo por las calles de Harriston mientras Zach estaba en la cárcel.

En Murder and Mayhem, Alex miró el calendario. Era dieciocho de diciembre y había estado a punto de olvidar su cita de las ocho y media en Lavish Locks.

El pequeño centro de peluquería y estética de Main Street contaba con dos estilistas. Cuando Alex llegó, Tanya Baker, la dueña, estaba atendiendo a otra clienta, de modo que se sentó junto a la única persona que había en la sala de espera.

Stella tenía edad de jubilarse, pero seguía trabajando a tiempo parcial como secretaria de la Agencia de Seguros Williams y dirigía la oficina con mano firme. Alex pensó que la mujer no se jubilaría nunca, porque casi todo el mundo en Harriston contaba con Max Williams como agente de seguros y se pasaba por la oficina como mínimo una vez al año. Si dejaba el trabajo, Stella perdería su puesto en primera fila para enterarse de los cotilleos. Había heredado la constitución robusta de sus antepasados y debía de rondar los noventa años. Alex vio una oportunidad inesperada para descubrir más cosas acerca de sus sospechas. La otra noche, mientras preparaban bombones, no había podido interrogar a la mujer tan detenidamente como le habría gustado. Sin embargo, fue Stella quien lanzó la primera pregunta antes de que ella pudiera decir nada:

—He oído que esta mañana se han llevado a Zach a la cárcel. ¿Tú te has enterado de algo?

Alex se hizo la sueca y respondió preguntándole a Stella qué sabía del escritor Oliver Robins.

—Ay, cielo, he oído decir que es alcohólico. Vende todos esos libros que predican sobre cómo dejar la bebida y llevar una vida sana, pero últimamente lo han visto más de una vez en la licorería de Kalispell. Supongo que no quiere que corra la voz. Claro que no es el único del pueblo que bebe, pero sí que es el único que escribe libros presumiendo de ser un fanático de la salud.

—¿Y conoces bien a Joe Cameron? —preguntó Alex con un hilo de voz.

—Bueno, ya sabes que no soy amante de las habladurías, pero ese hombre es un misterio. Tengo relación con una de sus secretarias y dice que su mujer se quiso divorciar de él después de una especie de escándalo. Chester, el hijo de Max, le encargó a Joe la construcción de una casa grande y cara en la nueva urbanización del norte del pueblo. Al parecer ha habido unos cuantos problemas y Joe se ha lavado las manos. En el contrato había una cláusula engañosa que lo autoriza a desentenderse de los contratiempos.

Chester es abogado, así que lo lógico es pensar que habría revisado el contrato más detenidamente.

«Sin duda, eso dice mucho de su personalidad».

Stella miró a Alex con los ojos entornados.

—Se ve que Penelope le tiene echado el ojo a Tom y no está muy contenta con tus visitas.

Alex intentó conservar una expresión ecuánime. Lo último que quería era que corriera el rumor de que estaba celosa de las muestras de cariño de Penelope hacia Tom.

Stella frunció el ceño y bajó la voz.

—No entiendo cómo los hombres se enamoran de mujeres así. Lo que Tom necesita es encontrar una buena esposa, como la primera. —Miró a Alex con picardía—. ¿Se te ocurre alguien que encaje?

Por suerte, Alex se salvó de tener que contestar, porque Tanya le indicó desde lejos que era su turno. Cuando se levantó, Stella le estrechó la mano.

La peluquera llevaba el cabello liso y moreno en forma de media melena, y sus ojos marrón oscuro le iluminaban la cara cuando sonreía. A Alex le recordaba a una versión más joven de Connie Chung. Desde su último embarazo, se había aficionado a llevar un blusón encima de la ropa porque decía que disimulaba las inevitables manchas de comida de bebé cada vez que intentaba salir de casa.

Alex dejó una caja envuelta sobre la encimera del puesto de trabajo.

—Nuestros Bombones de Muerte. Sé que te pirras por los de pan de jengibre a la gelsemina, así que he incluido varios en el surtido.

El bombón de pan de jengibre a la gelsemina consistía en una cobertura de chocolate con leche y un relleno de *ganache* también de chocolate con leche aromatizado con jengibre.

—Gracias, qué amable. Los dejaré aquí. Si me los llevo a casa, Wiley y los niños los devorarán, y es una pena porque no aprecian la calidad del chocolate.

La delgada figura de Tanya mostraba ciertas redondeces tras el

último embarazo. Ella siempre decía que la mitad de su familia era menuda y la otra mitad, corpulenta, y que le daba igual a qué parte parecerse. Con tres niños menores de seis años y un negocio propio, tenía quehaceres más importantes que preocuparse por la talla de sus bragas.

Wiley, el marido de Tanya, era agente de policía en Kalispell. Tanya había abierto Lavish Locks tres años antes cuando creía que Wiley y ella no tendrían más hijos. Sin embargo, se quedó embarazada menos de un año después.

—¿Este año Wiley también trabaja en Navidad?

—No. Por fin ha podido cogerse una semana libre durante las fiestas. Nos marcharemos en cuanto yo acabe de trabajar mañana para ir a la cabaña de sus padres en Whitefish. Wiley dice que cuando llegue a casa ya me estará esperando con los niños en el coche. —La peluquera estaba examinando las puntas abiertas de Alex—. ¿Qué te apetece que te haga?

—Solo cortar, por favor. Quiero estar guapa en Navidad.

—Primero te haré un masaje capilar con aromaterapia. He decidido que, de ahora en adelante, les regalaré uno a todas las clientas antes del servicio. Empecé el uno de diciembre, como oferta de Navidad, pero está teniendo tanto éxito que voy a incluirlo como tratamiento habitual.

Tanya le pidió a Alex que cerrara los ojos y le dejó oler tres aceites diferentes para que eligiera uno. Se decidió por el que olía a lavanda y sábanas recién limpias tendidas al sol. Cuando los dedos de la peluquera empezaron a masajearle el cuero cabelludo con el aceite esencial, los pensamientos de Alex se esfumaron de su mente. Era increíble. Después, se sentía tan relajada que no tenía ningunas ganas de volver a sacar el tema del asesinato.

—Un pajarito me ha dicho que estás investigando el asesinato de Jane.

Alex abrió un ojo.

—¿De dónde lo has sacado?

—Soy la peluquera de la mitad de las mujeres del pueblo y me

entero de muchas cosas. Algunas te pondrían la piel de gallina. Pero yo nunca revelo mis fuentes. —Tanya se echó a reír mientras le aplicaba el acondicionador—. De hecho, me han dicho que el sábado pasado el doctor Hanson tuvo una pelea monumental con Jane durante la recaudación de fondos de la sociedad. No me parece que ese hombre sea capaz de matar a nadie, pero Jane estaba convencida de que encajaba con la imagen del asesino de uno de esos programas de *true crime*. Y dicen que por el humo se sabe dónde está el fuego.

Alex se preguntó por qué Clive no le había mencionado nunca esa pelea con Jane. «Una cosa más para investigar».

—Me han dicho que Chester Williams no quedó muy contento con Joe cuando construyó su casa y le dejó unos cuantos problemillas sin resolver —aventuró Alex mientras Tanya la trasladaba a su silla.

—Yo también me he enterado, pero el propio Joe se encargó de construir la casa de Everett y no he oído que haya tenido ningún problema. Creo que surgieron algunos contratiempos, cosas dentro de lo normal, y Joe se ocupó de dejarlo todo resuelto. Everett ha quedado bastante satisfecho. Wiley dice que tal vez podríamos pedirle a Joe que construya una casa para nosotros. No en la urbanización nueva, desde luego; no nos lo podemos permitir. Pero hay una parcela libre enfrente de la casa de Louise que nos gusta mucho, o sea que igual nos lo planteamos para dentro de un par de años.

A Alex le pareció curioso que Everett no hubiera tenido ningún problema con las reparaciones de su casa pero Chester no consiguiera solucionar nada por culpa de una cláusula contractual. Tendría que tirarle de la lengua a Everett. Sin duda, eso hacía que Alex se planteara qué clase de constructor era Joe. ¿Habría más clientes descontentos? ¿Y qué haría él si algunos de esos clientes le buscaran problemas a causa de cláusulas engañosas en sus contratos?

CAPÍTULO DIECISÉIS

Cuando hubo acabado en Lavish Locks, Alex se dirigió a la oficina de correos para ver si conseguía un poco más de información sobre el escritor de autoayuda del pueblo. Era demasiado temprano para revisar el correo; aún tardarían una hora en terminar de seleccionarlo.

—Hola, Eudora. Ya sé que no puedes revelar información confidencial, pero me preguntaba si es posible que Oliver Robins sea un pseudónimo y su verdadero nombre sea otro.

—Tienes razón. No puedo darte información confidencial. Pero quizá quieras consultar la sede electrónica del Catastro de Montana para ver a quién pertenece la casa en la que vive, si tanto te interesa. Allí encontrarás el verdadero nombre del propietario. Me han dicho que no paras de hacer preguntas sobre la muerte de Jane. ¿Es que crees que la *sheriff* no ha detenido a la persona adecuada?

—Tú siempre tan astuta. Me encantaría saber de dónde sacas la información.

La empleada de correos se sintió halagada pero no contestó.

—Supongo que cabe la posibilidad de que Zach matara a Jane, pero no me parece propio de él. Teniendo en cuenta que tampoco lo conozco mucho, claro. Tengo la impresión de que su apariencia afable es real y que quizá la *sheriff esté* sacando conclusiones precipitadas. Como soy la segunda en la lista de sospechosos, la verdad es que tengo interés personal en ver cómo acaba todo esto.

Yo creía que todo el mundo le tenía estima a Jane, pero parece que me equivocaba. No puede decirse que Joe y Louise le tuvieran mucho aprecio, y Zach y Clive estaban enfadados con ella. Louise y Joe la han tachado de entrometida. Me pregunto si tienen algo que esconder y Jane estuvo indagando en ello.

—La querida Jane. Ya de niña era curiosa y le encantaba investigar. Tenía la visión de que las cosas eran como las piezas de un puzle y nunca pensaba que pudiera causar problemas. Quería averiguar los secretos de la gente, pero no creo que luego le contara nada a nadie. De hecho, creo que siempre trataba de ayudar; a menos que alguien estuviera en busca y captura por asesinato, claro. Imagino que cuando el secreto consiste en ser un asesino, la tendencia de Jane a sacar las cosas a la luz puede ser peliaguda. Yo no sé si Louise o Joe tienen secretos. Como te decía, Jane no me los habría contado de todos modos, y no conozco lo suficiente a ninguno de los dos. Por otra parte, creo que Netta siempre le tuvo celos.

—¿Porque quería ser la presidenta de la Asociación de Horticultores?

—Sí, pero también por cosas que se remontan a más atrás. Netta estuvo saliendo con el exmarido de Jane antes de que la conociera a ella. Estábamos todos juntos en un baile de San Valentín, creo que fue en los años sesenta, y cuando él conoció a Jane, perdió todo el interés por Netta. Tuvieron un noviazgo relámpago y se casaron al cabo de muy poco tiempo. Resultó que el hombre no era ninguna joya, pero Netta se enfadó mucho. Creo que nunca llegó a perdonar a Jane por haberle quitado el novio.

—No creerás que la mató por eso…

—Ah, no. Lo digo porque todos tenemos un pasado y a veces no nos damos cuenta de que no le caemos bien a alguien de nuestro entorno.

Alex tenía la sensación de que no estaba avanzando gran cosa. Le dio las gracias a Eudora por su ayuda y volvió a la tienda.

Al cabo de poco estaba sentada detrás del mostrador; en teoría

revisaba el inventario de pedidos, pero no dejaba de distraerse pensando en el resto de los sospechosos de su lista. ¿El hecho de que Jane le hubiera robado el novio a Netta era motivo suficiente para que esta se sintiera impulsada a matarla? No parecía probable. Sin embargo, le pasaba lo mismo con todos los sospechosos, y lo cierto era que alguien había asesinado a Jane.

Buscó más información sobre Penelope. Mientras bajaba por la pantalla para comprobar los resultados, su mirada detectó algo relacionado con un hombre acusado de poligamia. Leyó el artículo rápidamente. Al parecer Penelope, que en aquel momento tenía otro apellido, había sido una de las tres mujeres casadas con el mismo hombre a la vez. Él no había mencionado los matrimonios simultáneos a ninguna de sus esposas. Seguramente a eso se había referido ella cuando le dijo a Netta que «la última vez no contaba». Su último matrimonio no acabó en divorcio porque nunca había existido legalmente. De ese enlace ilegal hacía diez años.

Siguió investigando y descubrió que aquel hombre había pasado seis meses en la cárcel, pero, a juzgar por las cuentas de las redes sociales que encontró, el episodio no había perjudicado su vida social en lo más mínimo. ¿Qué veían las mujeres en los hombres como él? Yendo más al grano, ese comportamiento explicaba la reacción de Penelope: seguramente estaba avergonzada de lo que le había ocurrido. De hecho, Alex sentía un poco de lástima por ella.

Cuando Hanna se dirigió al mostrador para efectuar un pedido por teléfono, sacó a Alex de su ensimismamiento y esta fue a ayudar a Maggie a colocar bien los libros y, de paso, explicarle lo que había encontrado.

—Tengo la sensación de que Penelope no te agradecerá demasiado que hayas descubierto esa parte de su pasado, por mucho que sirva para eliminarla de tu lista de sospechosos —opinó Maggie.

—A Penelope le he caído mal desde que puse los pies en el pueblo. Seguro que te acuerdas de cuando solía dejar a su perro fuera hasta altas horas de la noche y el animal no paraba de ladrar y

tenía despierto a medio barrio. Yo le pedí, y debo decir que muy amablemente, que lo hiciera entrar antes en casa si veía que estaba ladrando. Ella se negó y, de hecho, empezó a dejar al perro fuera hasta más tarde. Cuando todos los vecinos nos pusimos de acuerdo para presentar una queja formal al ayuntamiento, me culpó a mí. Desde entonces, he procurado ser amable con ella, pero no sirve de nada.

—No desesperes. Algún día conseguirás que te entienda. —Maggie bajó la voz—. Anoche oí a Duncan hablando por teléfono. Parece que Clive y Trixie vieron a Zach en casa de Jane sobre las nueve y cuarto de la noche del lunes. Habían salido a dar un paseo, como siempre hacen después de volver a casa tras la reunión de Los Sabuesos, y vieron a Zach hablando con Jane en la puerta de su casa. Él parecía enfadado, pero estaban demasiado lejos para oír lo que decía. Al cabo de unos minutos, bajó la escalera de malos modos, se subió a su camioneta y se marchó. En aquel momento no le dieron más importancia, pero luego, al saber que habían detenido a Zach, pensaron que debían explicar lo que vieron.

—Tom y yo estuvimos hablando con Zach anoche. Nos dijo que se había enfadado con Jane porque insistió en que le dijera a su novia lo de sus antecedentes penales antes de proponerle matrimonio. Por desgracia, la chica lo dejó. Entiendo que eso le molestara, pero no creo que fuera motivo para asesinar a Jane. Seamos sinceras. Todo el mundo se enfada con alguien de vez en cuando, y no por eso andamos por ahí matándonos unos a otros.

—Tienes razón, pero seguro que a la *sheriff* le parece un móvil adicional.

Alex tenía ganas de hablarlo con Hanna, pero el destino no quiso. Cuando el cliente al que su hermana estaba atendiendo se marchó, uno de los sospechosos de su lista entró en la tienda.

Fue a saludar a Joe y le preguntó si podía ayudarle en algo. Él le entregó una lista de artículos.

—Me han dicho que venga a buscar todo esto. —Frunció el ceño —. Mis empleados esperan que les haga un regalo, como todos los

años, y mi secretaria me ha dado esta lista y me ha mandado a comprar una cosa para cada uno. Necesito cuatro regalos en total.

—Eso no será difícil. ¿Cuánto dinero quieres gastarte?

—Lo menos posible.

Joe tenía una expresión ceñuda.

—En ese caso, te sugiero las velas aromáticas de canela y vainilla para los empleados de la oficina. Tu secretaria te ha anotado unos cuantos libros de misterio que le gustan. Si no tienes preferencias, te recomiendo este de aquí. —Alex lo guio hasta una estantería cercana y cogió un ejemplar—. Si quieres, podemos envolverlo todo para regalo.

—Perfecto. Yo pienso que todo esto de los regalitos es un timo, pero ¿qué se le va a hacer? Cuando empiezas, esperan que lo hagas todos los años.

Hanna fue a envolver los regalos mientras Alex le cobraba a Joe.

—¿Siempre has vivido en el pueblo? —le espetó ella mientras esperaban a que Hanna terminara con los paquetes.

—No. Soy de la Costa Oeste.

—Es una zona muy bonita. ¿Dónde vivías exactamente?

—Mira, creo que compraré otro libro más para mi secretaria. No quiero parecer un agarrado.

«Demasiado tarde». Alex eligió otro libro de la lista y también se lo cobró.

—Por el comentario del otro día, deduzco que no te caía muy bien Jane, la mujer asesinada. El día de antes le soltaste cuatro gritos.

—Parece que la gente de este pueblo no sabe hablar de otra cosa. —Apretó la mandíbula—. Era una metomentodo. No puedo decir que la eche de menos. Siempre estaba interrogándonos a mí y a mis empleados, intentando enterarse de cosas personales. Me dijo que quería investigar mi árbol genealógico, y yo le dije que se metiera en sus asuntos, que si algún día quería contarle a todo el mundo quiénes eran mis antepasados, lo haría yo mismo.

—Le encantaba investigar las historias familiares. —Alex colaboró

poniendo etiquetas en los regalos envueltos—. ¿Qué hiciste el lunes por la noche?

—¡¿Yo?! —soltó Joe—. Estuve en una reunión del trabajo hasta las diez de la noche y encima luego tuve que pagarle horas extras al personal. Empiezo a pensar que eres igual de fisgona que esa mujer. Yo de ti me ocuparía más de esa planta de ahí. —Señaló la flor de Pascua de Jane—. No parece que le esté yendo muy bien.

Joe ya tenía sus compras envueltas y Alex le tendió la bolsa con los regalos. Él masculló un «gracias» y se marchó por donde había venido.

—Qué majo —dijo Hanna con los ojos entornados en señal de desagrado.

—No nos ha sido de gran ayuda, ¿verdad? Hasta que comprobemos su coartada, se queda en la lista de sospechosos. Está claro que no quería que Jane investigara su historia familiar, y yo me pregunto: ¿por qué?

Alex le contó a Hanna lo que había averiguado acerca de Penelope.

—Bueno, el hecho de que sepamos lo de su tercer y cuarto matrimonio no significa que no matara a Jane.

—Ya, pero no creo que tuviera ningún móvil. Parece que vivió en Carolina del Norte hasta que se casó con su cuarto marido, el polígamo. He descubierto una página suya de Instagram, Southernbellel. Es bastante antigua y aparecen fotos de ella poniendo morritos ante la cámara. Aparentemente, tiene un pasado bastante inocente, y desde luego no parece que se esté escondiendo de nadie. Ya sé que eso no tiene por qué guardar ninguna relación con lo del programa de crímenes, pero implica dejar volar mucho la imaginación. Aunque me encantaría pensar que Penelope es la asesina, yo creo que no es más que una divorciada buscando desesperadamente un nuevo marido.

Alex le explicó a Hanna lo del método para descubrir si Oliver Robins era un pseudónimo. Hanna fue al ordenador, entró en la página del Catastro y acotó la búsqueda a Harriston.

—¿Cuál es su dirección?

—No estoy segura. Su patio trasero linda con el de Jane.

—Espera. —Hanna se acercó más a la casa de Jane y dio sin problemas con la propiedad que estaban buscando. Hizo clic sobre la casilla—. Oliver King.

—Bueno, que use un pseudónimo para sus libros no significa que esconda nada.

Hanna la tomó del brazo.

—Vamos a comer.

—Después haré una búsqueda de su nombre real y veré qué encuentro.

Rápidamente, se encargaron de los preparativos de sus ensaladas de tacos y disfrutaron de unos momentos de silencio mientras comían. Alex estaba colocando los platos en el lavavajillas cuando sonó la campanilla de la puerta. Fue a ver quién era y a decirle a Maggie que podía marcharse a comer.

Eudora iba arropada con un cálido abrigo y una bufanda peluda de color rosa a juego con su gorro, la cual le cubría toda la cara de nariz para abajo.

—He salido un momento para hacer cuatro compras navideñas durante la hora de comer. Espero que tengáis los libros que pedí.

Alex se colocó detrás del mostrador y sacó tres novelas de un cajón.

—¿Quieres que te las envuelva?

La mujer se bajó la bufanda hasta la barbilla y sonrió de oreja a oreja.

—Pues me vendría de perlas, porque se me da muy mal envolver regalos. Mis paquetes siempre parecen hechos por un niño de cinco años.

Alex se echó a reír.

—Me cuesta creer que tú hagas algo mal.

—Eres muy amable. ¿Sabes? Cuando te has ido, me he puesto a pensar en quién podría querer matar a Jane. Hace un año o dos, la Sociedad Histórica decidió emprender un proyecto para investigar la

genealogía de los vecinos del pueblo que no lo habían hecho por su cuenta. Nuestra idea era publicar una versión actualizada de *Historia de Harriston*.

Eudora sonrió cuando Alex terminó de envolver un libro y lo introdujo en una bolsa.

—Tenemos unos cuantos ejemplares a la venta. Es uno de los pocos libros de la tienda que no corresponde al género de las novelas de misterio.

—En 1999 publicamos una edición completa para celebrar el centenario del pueblo y, como habían pasado más de veinte años, decidimos que sería buena idea ampliarla. Nos dividimos, entre todos los miembros de la sociedad, a los residentes que se trasladaron al pueblo después de la publicación de la edición de 1999. A Jane le tocó Joe. Intentó hacer búsquedas en internet, pero no tuvo éxito. Al final, le explicó lo que pretendíamos y le hizo unas cuantas preguntas, como de dónde era y quiénes eran sus padres, si se había casado alguna vez o si tenía hijos; cosas así. Él se molestó mucho y le dijo claramente que se ocupara de sus propios asuntos. Ya te puedes imaginar que eso para Jane fue como agitarle una bandera roja en las narices, y aún se empeñó más en descubrir por qué le afectaba tanto que quisieran investigar su historia familiar.

—Seguro que se dio cuenta de que Jane no pensaba dejarlo estar, porque Gary lo vio gritándole el lunes por la mañana. Le pregunté qué había pasado y me dijo que había estado metiendo las narices en la historia de su familia. ¿Sabes si llegó a descubrir algo?

—No estoy segura. Le costaba creer que no hubiera nada en internet y empezó a preguntarse si habría cambiado de nombre. Descubrió que procede del estado de Washington y empezó a enviar peticiones a varios tribunales del condado en busca de un cambio de nombre que encajara con él, pero me parece que no encontró nada.

—Por curiosidad, ¿sabes cómo supo Jane que procede de Washington?

—Era amiga de una de sus secretarias, y esta había visto cartas donde lo ponía. Creo que Jane lo descubrió hace un par de meses.

Espero que os ayude. Tengo que ir aquí al lado a comprar cuatro cosas más. —Levantó la bolsa en el aire—. Gracias por envolverlos.

Al cabo de un rato, Alex vio la cuenta de Eudora encima del mostrador.

—Oye, Hanna, voy un momento a correos. Maggie aún no ha vuelto de comer.

Cruzó corriendo la calle, le dio a Eudora su cuenta y aprovechó para mirar si había algo para ella. Cuando salía con un paquete en las manos, se topó con Stella, que estaba charlando con otra mujer delante de la oficina de correos.

—Es la administrativa de Joe —dijo Stella señalando con la cabeza a la mujer, que estaba entrando en un coche a pocos metros de distancia—. Me estaba contando que ha tenido que vérselas con otro comprador furioso. Joe ha conseguido engatusar a alguien más con uno de sus contratos fraudulentos. El lunes los tuvo a todos en una reunión hasta las diez de la noche para explicarles cómo tratar a esos clientes.

—Parece que utiliza unas técnicas de venta un poco temerarias. No sé cómo no le da miedo que lo demanden.

Stella sacudió la cabeza.

—La gente como él tiene las espaldas bien cubiertas.

Cuando Alex entró en la tienda, Maggie estaba sacando bombones de cortesía de la cocina.

—Mientras estabas fuera, Netta ha pasado por aquí. Me ha pedido que te diga que recuerda haber oído una cosa que no tiene sentido y quiere que habléis. También se ha acordado de quién había en la oficina de correos cuando le contó a Eudora lo del asesino del programa de crímenes que Jane tenía en mente. Va camino de Kalispell, pero intentará venir por la tienda mañana. Si no, dice que ya hablaréis el domingo en la iglesia.

—Cuántas novedades. Stella acaba de decirme una cosa que confirma la coartada de Joe. Es una lástima, porque era mi principal sospechoso.

CAPÍTULO DIECISIETE

Mientras Alex y Maggie reponían el género en las estanterías, Hanna salió de la cocina con una pequeña bandeja de bombones.

—Probad esto, queridas. Son producto de mi nueva receta de caramelo salado al carbinol.

—Están deliciosos —consiguió articular Maggie por fin, tras saborear con los ojos cerrados el bombón relleno de caramelo.

—¿No te parecen un poco blandos? He estado experimentando con el relleno y no sé si hacerlos más bien duros o blandos y cremosos.

—Yo voto por que los dejes tal y como están, son perfectos. Me encanta la combinación de la sal marina con el dulzor del caramelo y el chocolate, y se te derrite entero en la boca.

Alex cogió otro bombón de la bandeja y Maggie asintió en señal de aprobación cuando dio un mordisco al segundo.

—También quiero preparar una variedad de caramelo duro para el surtido de Navidad.

Alex se preguntaba si Hanna era verdaderamente feliz en la librería. Su destreza con la elaboración de bombones habría tenido mucha más utilidad en la tienda de sus padres. Murder and Mayhem nunca llegaría a alcanzar el volumen de negocio al que su hermana estaba acostumbrada allí, aunque ahora gozaba de más libertad creativa.

El resto de la tarde fue un no parar. Alex y Maggie no tuvieron ni un momento de respiro hasta que esta se marchó y Alex pudo cerrar la tienda. Cuando las dos gemelas estuvieron listas para irse a casa, Alex pensó que ojalá no se hubiera comprometido a ir a cantar villancicos esa noche, sobre todo porque se esperaba que la temperatura llegara a cuatro bajo cero.

—¿Qué harás esta noche?

Alex cerró con llave y ambas salieron a la oscuridad. El gélido aliento del aire la envolvió y se puso a temblar.

—Me daré un baño caliente con calma y luego pondré una *pizza* congelada en el horno. A continuación me daré un atracón de galletas de Navidad con chocolate caliente en pijama delante del televisor mientras veo una película navideña de Hallmark.

—Lo encuentro un plan muy solitario. ¿Por qué no te vienes conmigo a cantar villancicos?

Alex se había comprometido a principios de mes, antes de saber que estaría haciendo de detective para resolver el caso del asesinato de Jane. Ahora le apetecía más quedarse en casa y seguir investigando al resto de los sospechosos.

—¿Tú te crees que estoy loca? —soltó Hanna, y se echó a reír.

Alex le sacó la lengua e hizo una mueca cuando de nuevo le entró el tembleque.

—Por favor, cuando estés en remojo acuérdate de tu pobre hermana, pelada de frío. Apenas tendré tiempo de comer algo antes de salir.

Cuando llegó a casa, se preparó un sándwich de mermelada y mantequilla de cacahuete y llenó dos cajas de galletas. Habían acordado que cada uno de los integrantes del coro llevaría galletas a dos de los hogares que visitarían durante el recorrido, y Alex introdujo también en las respectivas cajas un par de bombones de los que habían elaborado la otra noche. Tanya era quien se encargaba de organizar el acto, de manera que el plan consistía en reunirse delante de su casa y recorrer la calle de un extremo a otro cantando villancicos.

Tras el corto trayecto en coche, aparcó frente a la casa de Tanya, situada en la misma calle de la de Jane. Todo el mundo llegó puntual y los cantores empezaron por la vivienda contigua, donde una pareja de ancianos disfrutó de una apasionada versión de *We Wish You a Merry Christmas*. El grupo entonó un par de villancicos delante de cada casa, y Alex no tardó en notar que se le estaban congelando los dedos de los pies, por lo que deseó haberse puesto otro par de calcetines. Cuando cruzaron la calle y emprendieron el regreso hacia el punto de partida, ya no tenía tacto. Por suerte, Yvonne también estaba cantando, de modo que no tuvieron que parar delante de su hogar. A Alex le sorprendió que se sumara al grupo, puesto que aún cojeaba y hacía uso del bastón, y así se lo dijo a Stella.

—Ah, siempre participa en todas las actividades del pueblo. Creo que se siente sola en su pequeña fortaleza.

Pararon frente a la casa de Gary, situada entre la de Yvonne y la de Jane. Allí cantaron *Noche de paz*. La expresión adusta del hombre se suavizó cuando Alex le tendió la caja de galletas.

Alex miró con tristeza la casa de Jane cuando pasaron por delante. Estaba completamente a oscuras y le recordó a un cadáver, con los ojos cerrados, frío y en silencio. La puerta todavía conservaba el precinto policial y el edificio creaba un marcado contraste con los acogedores hogares cálidos e iluminados. Una tristeza repentina y profunda se apoderó de ella y tuvo que sacar un pañuelo de papel del bolsillo. Echaba de menos a su amiga. Aparte de Hanna, ella era la única persona en la que siempre había podido confiar.

Comprendía que el interés de Jane por las vidas de otras personas se hubiese malinterpretado como fisgoneo o intromisión. Tras un breve matrimonio sin hijos, se tomó un interés personal en los niños que habían sido sus alumnos a lo largo de los años, y también en los habitantes del pueblo. Su curiosidad la llevó a descubrir cosas de la gente, pero no andaba por ahí sacando al sol los trapos sucios. Cada una de las personas de quienes había sospechado equivocadamente después de la emisión de alguno de

sus programas de *true crime* se las vio con ella en privado. Fueron los propios afectados quienes divulgaron las acusaciones de Jane, a excepción de Clive. A Trixie siempre le pareció tan gracioso que se lo había contado a todo el pueblo. ¿Por qué motivo la anciana compartió sus preocupaciones con Netta si sabía que acabaría gritándolo a los cuatro vientos?

A menos que ese fuera el objetivo. Si no quería enfrentarse al individuo de manera directa, decírselo a Netta era lo mejor que podía hacer. Pero ¿por qué esa vez decidió recurrir a terceras personas?

En la casa siguiente, Alex se centró en pensamientos más alegres mientras cantaban otro villancico. Tenía la impresión de que la temperatura había bajado en picado desde el inicio de su recorrido y se alegró de llegar a casa de Tanya para tomarse un chocolate caliente.

Tras dar vueltas por la sala plagada de cantores muertos de frío y de cansancio y mantener breves conversaciones con varias personas, se pegó a Stella, cuyo cabello caoba recién teñido emanaba suficiente laca para merecer un cartel anunciando peligro por sustancias inflamables. Alex rodeó el cacao caliente con las manos y le preguntó por la noche en que mataron a Jane. La mujer se tomó un momento para terminar de masticar la galleta que acababa de meterse en la boca.

—Llegué a casa poco antes que Jane después de la reunión de Los Sabuesos; eran casi las ocho y media. La gata se había escapado de casa y estuve intentando hacerla entrar. Entonces vi que Jane entraba en casa y encendía la luz. A las once menos cuarto, antes de acostarme, apagué la decoración navideña y miré por la ventana. Su casa seguía iluminada. No puedo creer que la asesinaran mientras yo estaba sentada en mi salón viendo la tele.

—¿Te han interrogado los ayudantes de la *sheriff*?

—Como a todos los vecinos. Seguramente fui la última persona que la vio con vida; aparte del asesino, claro.

De hecho, las últimas personas que vieron a Jane con vida

aquella noche fueron Zach, Clive y Trixie. El asesino debió de permanecer en la casa hasta mucho después del homicidio si todavía había luz a las once menos cuarto. ¿Qué debió de estar haciendo durante todo ese tiempo?

Alex se marchó de casa de Tanya a las ocho para ir a ver a Tom y explicarle que Penelope ya no formaba parte de la lista de sospechosos. A él se le iluminó la cara cuando fue a abrir y la encontró en la puerta.

—Entra, por favor. Deprisa, que no te vea Penelope.

—¿Es que me está espiando?

—No estoy seguro, pero he notado que le da por aparecer cada vez que vienes.

Se trasladaron a la sala de estar, donde Tom tenía la chimenea encendida y la televisión sin sonido.

—Solo he venido para decirte que he quitado a Penelope de la lista de sospechosos, así que no corres peligro si se pasa a verte. A menos que te comas su bazofia, claro.

Tom se echó a reír.

—Sé cuidarme mejor. ¿Qué te ha llevado a tacharla de la lista?

—He encontrado mucha información en internet sobre su vida antes de trasladarse al pueblo. Hay un aspecto de su pasado que seguramente hace que esté un poco susceptible, pero no supone un riesgo para nadie. No te cuento lo que es porque no tiene importancia.

—No pienso insistir, respeto tu decisión de no fomentar los cotilleos. Ojalá todas las mujeres del pueblo hicieran lo mismo.

—¿Te importa si veo otro programa de crímenes ya que estoy aquí?

Tom le entregó el mando a distancia y le indicó qué episodio tenía que poner primero. Alex no tardó en darse cuenta de que no era el que le interesaba.

—Quería preguntarte una cosa —dijo Tom mientras ella buscaba en la pantalla el siguiente programa—: ¿qué tenéis pensado hacer Hanna y tú por Navidad?

—Maggie nos ha invitado a cenar. Y en Nochebuena siempre llamamos a nuestra familia de Michigan, porque esa celebración es muy típica de la tradición alemana. ¿Tú lo celebrarás con tus hijos?

Tom asintió.

—El día de Navidad por la mañana pasaré un rato en casa de mi hija. Y me han invitado a que vuelva por la noche para cenar, cuando estén también todos mis otros hijos. Serán las primeras fiestas sin mi mujer, y no quieren que pase ese día solo.

Alex se compadeció de él.

—¿Por qué no vienes a pasar la Nochebuena con Hanna y conmigo? —le soltó de forma espontánea—. Normalmente jugamos a algún juego y preparamos ensalada de patata, escalopa y unas galletas alemanas que solíamos hornear con nuestra madre. No te mueres de emoción, pero peor es estar solo.

—Acepto tu generosa invitación con mucho gusto —respondió él sin pensar—. De hecho, estaba…

Lo que tuviera que decirle quedó interrumpido por el timbre de la puerta. Él dio un respingo y abrió mucho los ojos. Se puso de pie despacio y fue hacia allí como si se dirigiera al patíbulo. Alex también se levantó y llegó a la puerta justo en el momento en que Penelope asomaba la cabeza y le preguntaba a Tom si le apetecía un poco del pastel que acababa de preparar. Alex dio un vistazo y captó que procedía de una tienda de alimentación, lo cual, probablemente, era más seguro para Tom. Al parecer, su vecina se había emperifollado más de lo habitual para la ocasión. Llevaba un jersey ceñido de escote vertiginoso hecho de una especie de género rojo brillante, con unos *leggings* negros ajustados y unas botas negras de tacón alto. Seguro que a Tom no le pasaba por alto la insinuación.

—Qué casualidad. Tenía la esperanza de encontrarme contigo, Penelope. Tom acaba de decirme que necesita hacer una llamada importante, así que será mejor que lo dejemos tranquilo.

Mientras decía eso, Alex se puso las botas. A continuación cogió del brazo a Penelope y la llevó fuera antes de que tuviera tiempo de asimilar lo que estaba pasando. Siguió guiándola a través del césped

hasta la calle.

—Quería que supieras que lo que haya pasado en tu vida es asunto tuyo y no pienso contárselo a nadie ni opinar sobre ello. Feliz Navidad.

Dicho esto, se dirigió a su casa y dejó a la mujer mirándola con la boca abierta.

Fiel a su palabra, Hanna se encontraba en el sofá viendo una película navideña con una cálida manta sobre las piernas. Se había puesto el pijama rojo decorado con ciervos y copos de nieve. Sobre la mesita auxiliar descansaba una gigantesca taza roja típica de la temporada festiva, coronada por una montaña de nata.

Watson saltó a su regazo y saludó a Alex agitando la cola animadamente antes de darse media vuelta y tumbarse con la esperanza de que le acariciara la panza. Alex se arrodilló y le siguió la corriente unos instantes antes de subir a ponerse su pijama navideño. Cuando bajó, se preparó una infusión de manzanilla y ocupó una cómoda silla junto a Hanna. La perrita descansaba a sus pies sobre el sofá hecha un ovillo y roncaba con delicadeza.

—Espero que no te importe que haya invitado a Tom a pasar la Nochebuena con nosotras. Me ha dado la impresión de que no le apetecía quedarse solo.

—En absoluto. Me alegrará tener un invitado. Pero si mamá llama mientras él está aquí, seguro que le suelta algo inoportuno.

—Sí. Tendremos que llamarla nosotras, antes de que llegue Tom.

Sin perder tiempo, Alex le contó a Hanna lo ocurrido por la tarde.

—Sabemos que alrededor de las nueve y cuarto Jane estaba viva. Debió de acostarse y, seguramente, se quedó dormida, y el asesino entró en la casa y la mató, todo en cuarenta y cinco minutos si nos atenemos a la hora de la muerte que determinó el forense. ¿No te parece un poco exagerado?

Hanna dio un sorbo de su chocolate caliente.

—Estoy de acuerdo. El margen de tiempo parece un poco apretado. ¿Pero qué otra cosa pudo pasar si no?

—No estoy segura. Hay información que no cuadra. Tendría más

sentido que la hubieran matado más tarde. Además, el asesino tuvo que dejarle los bombones adulterados con el sedante en algún momento durante el día, lo que sugiere que fue premeditado y no un simple robo. —Alex se llevó a la boca un *ganache* de pera con perfume pérfido y disfrutó del crujido de la capa exterior seguido de la cremosa textura del relleno—. Hablando de algo más alegre, mañana por la tarde iré a Swanson a hacer unas compras para Navidad. ¿Quieres que nos llevemos a Watson a la tienda?

—¿No lo compraste ya todo hace semanas?

—Casi todo. Me faltan cuatro tonterías y algo para esconder en el calcetín. Ya sabes que siempre me gusta ir de compras los últimos días. No creo que tarde más de una hora.

—Pues sí que deberíamos llevarnos a Watson a la tienda. Seguro que le sentará bien cambiar de panorama.

En cuanto se terminó la infusión, Alex se levantó. La perrita abrió un ojo durante un instante antes de acurrucarse más a los pies de Hanna buscando el calor de la manta.

—Voy a mirar en internet a ver qué encuentro sobre Oliver —dijo Alex camino a la planta de arriba—. Me parece que Watson se queda contigo.

Cuando llegó a la habitación libre que habían convertido en despacho, se sentó frente al escritorio y utilizó su portátil para hacer una búsqueda con el nuevo apellido de Oliver. No tardó en dar con varias entradas. Sin pensar, cogió un bombón de un tarrito del escritorio y se lo llevó a la boca.

Los artículos de internet no proporcionaban mucha información sobre el verdadero nombre de Oliver. Tras la muerte de sus padres, el padrino se había convertido en su tutor, pero un año después también murió, por lo que Oliver acabó en un internado de Inglaterra.

No encontró nada más hasta que le apareció como Oliver Robins al cabo de unos años, ya en Estados Unidos. El hombre tenía un pasado interesante, pero no parecía que hubiera dejado una ristra de cadáveres en Inglaterra para luego cruzar el océano y

establecerse en Montana. Daba la impresión de que, más o menos, su vida era un libro abierto. Sin embargo, Alex estaba segura de que no había sido completamente sincero con ella cuando estuvieron hablando en la biblioteca.

Más tarde, tumbada en la oscuridad mientras trataba de dormir, se preguntó si el escritor tendría amigos en el pueblo. Ella misma no había tenido nunca demasiados. Conocidos, compañeros de trabajo, amigos circunstanciales…, eso sí, pero no verdaderos amigos con los que compartes tus pensamientos más íntimos, que te quieren incluso cuando les demuestras que estás como un cencerro.

Desde que se trasladó a Harriston, Hanna y Jane habían ocupado ese lugar en su vida. Ahora Jane ya no estaba y Hanna quizá se estuviera planteando regresar a Michigan. No era partidaria de caer en el victimismo, pero tenía que reconocer que perderlas a ambas la sumiría en un doloroso vacío.

Tras su divorcio, pasó varios años construyéndose un lugar emocionalmente seguro. Al mantener las distancias con las demás personas, estaba a salvo de los golpes y las decepciones. El hecho de fundar Murder and Mayhem había supuesto algo más que empezar de cero para crear el negocio de sus sueños; allí había empezado de nuevo a abrirle el corazón a la gente. Y eso implicaba la posibilidad de sufrir decepciones y pasarlo mal.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Alex estaba en pie y dispuesta para el trabajo más temprano de lo habitual un sábado por la mañana. Decidió llenar unas cuantas bandejas de galletas porque quizá le fueran útiles si se proponía volver a interrogar a algunos de los sospechosos. Había leído que el hecho de regalar algo creaba en el otro una sensación de obligación, y tenía la esperanza de que ese día su pequeño ardid psicológico sirviera para generar la necesidad de corresponderle.

Había pasado la noche inquieta, preocupada por si Hanna se estaba planteando de veras dejar Murder and Mayhem. Había disfrutado elaborando bombones con ella la otra noche, pero era imposible compaginar eso y las tareas en la librería. ¿Cómo se las apañaría sola otra vez?

Se sacudió de encima los pensamientos negativos y optó por centrarse en la Navidad. Más tarde iría de compras, pero antes tenía que preparar los *scones* para ella y el resto de la tropa.

Por desgracia, Sam no había tenido tiempo de hablar esa mañana. Al parecer, la mitad de la población de Harriston estaba en Cookies'n Crumbs, lo cual era muy poco común un sábado por la mañana tan temprano. Quizá seguían hablando del asesinato de Jane. Por lo que sabía, había dos bandos: los que creían que la *sheriff* tenía entre rejas al verdadero culpable y los que pensaban que todavía andaba suelto un ladrón peligroso o un psicópata. La mayoría había descartado la teoría del asesino del programa de *true*

crime al considerarla una chaladura propia de una anciana que estaba perdiendo facultades.

Alex terminó con una parte de la contabilidad y decidió que volvería a hablar con Oliver. Tenía que descubrir dónde estuvo exactamente la noche del asesinato de Jane para poder tacharlo de la lista de sospechosos de una vez por todas.

Faltaban veinte minutos para abrir la tienda cuando llegó Maggie, y al momento llegaron Hanna y Watson. La perrita se puso como unas castañuelas al ver a Maggie, quien la obsequió con unos mimos antes de que Hanna la encerrara en la sala de actos.

—¿Te importaría cuidar de ella cuando Alex se marche? —le pidió Hanna a Maggie—. Yo estaré en la cocina hasta media tarde.

—Claro que no. Es como de la familia. Nos lo pasaremos muy bien.

Los clientes empezaron a llegar nada más abrir las puertas. Era asombroso que tanta gente dejase las compras pendientes hasta el último fin de semana antes de Navidad. Unos cuantos clientes le preguntaron a Alex una vez más acerca de la escena del asesinato de Jane y si era Zach el culpable. En general, trató de contestar con evasivas.

A media mañana, Yvonne entró en la tienda y se acercó a hablar con ella.

—Han subido un poco las temperaturas. Me gustaría comprar algunas novelas para estar entretenida durante las fiestas, y Jane siempre hablaba de lo mucho que le gustaban los libros de misterio y el *true crime*. Aunque yo nunca he terminado de entender cómo es posible pasarlo bien leyendo sobre asesinatos, he decidido probarlo. ¿Me ayudarías a encontrar unas cuantas novelas que me puedan gustar?

—Claro. En primer lugar, tenemos que descubrir qué género prefiere.

Tras hablar un rato, Alex le sugirió a Yvonne que probara con una novela de James Patterson y una de misterio *cozy*.

—Cuando haya leído estas, sabremos por qué se decanta y le

recomendaré algunas más.

Maggie se acercó a Alex.

—Siento interrumpir. Tengo a Netta al teléfono y quiere saber si estarás aquí esta tarde. Le gustaría pasarse y hablar de lo que te ha comentado.

—Dile que saldré un rato pero que a última hora de la tarde ya habré vuelto.

Yvonne miró a Alex con curiosidad.

—¿Has sabido algo más del asesinato de Jane? He oído que han detenido a Zach. Qué lástima, parecía un muchacho tan agradable…

Alex llevó los libros al mostrador para pasarlos por la caja registradora.

—Sí, me temo que es cierto. —Inspiró con fuerza y terminó por exhalar un suspiro—. Espero que no dejen de buscar al asesino, porque estoy convencida de que no fue Zach.

—Pero eso es negar la realidad, ¿no? Seguro que si lo han detenido es porque tienen pruebas.

—Han encontrado algunas, pero son circunstanciales.

—¡Pues ya está! Seguro que la *sheriff* y sus ayudantes saben lo que se hacen.

Antes de marcharse, Yvonne le pidió a Alex que fuera a visitarla pronto. A continuación, un grupo de diez ancianos entró en la tienda. Maggie y Alex se quedaron anonadadas, pero esta última les dio la bienvenida.

—Somos de Kalispell —dijo uno de ellos.

Una mujer fornida con el pelo gris recogido en un moño se lanzó a la carga:

—Somos miembros del Club de Lectura de Novelas de Misterio Victorianas del Centro Social de Southside. Hemos sabido de la librería por la revista *Kalispell Living*. Otros quince compañeros del club vendrán después; hay quien prefería pasarse antes por la pastelería y otros están en la tienda de antigüedades.

Hanna sacó una bandeja de bombones. La mujer del moño paseó la mirada de una gemela a la otra, pero solo arqueó las cejas y no

hizo ningún comentario acerca de su aspecto. Alex y Maggie pasaron la siguiente hora y media ayudando a los ancianos a encontrar libros y regalos. Watson permaneció junto al mostrador observando el ajetreo y disfrutando de las atenciones de que fue objeto. Algunas mujeres preguntaron por el nombre de la perrita y se mostraron encantadas al saber que la habían bautizado con el nombre del famoso ayudante de Sherlock Holmes. Cuando el último cliente salió por la puerta, Alex envió a Maggie a casa a comer. Drew echaba de menos la compañía de su mujer y esperaba ansioso sus visitas a mediodía.

Alex estaba recreándose en el éxito que la tienda había tenido ese día y dedicándole un poco de atención a Watson cuando sonó la campanilla y entró otro cliente. Dio media vuelta, dispuesta a recibir al recién llegado con una sonrisa, pero el gesto se le congeló al ver que era Penelope. La divorciada lucía su habitual conjunto de vaqueros ajustados y jersey con los hombros al aire, pero llevaba unos zapatos más apropiados para la estación.

—Ya puedes borrar esa sonrisita falsa, no te entretendré mucho. Solo quería que supieras que sé lo que te traes entre manos, abalanzándote sobre Tom cuando acaba de enterrar a su pobre esposa. Pues pienso asegurarme de que se entere de tu jugarreta. Y no te creas que la *sheriff* se ha olvidado de ti. Ayer estuvo de nuevo en mi casa y me preguntó más cosas sobre tus idas y venidas. Que sepas que no te pierdo de vista.

Penelope permaneció allí de pie con los brazos cruzados, la mirada encendida y las aletas de la nariz hinchadas. Alex se había sorprendido tanto al ver a la mujer en la tienda que no fue capaz de articular una respuesta coherente.

—Para que lo sepas, yo no me estoy abalanzando sobre nadie —le espetó por fin—; muchas personas del pueblo reciben regalos míos. Si quieres informar a la *sheriff* de mis idas y venidas, allá tú, no tengo nada que esconder. Y si resulta que eres tú quien quiere lanzarse a por Tom para convertirlo en tu última conquista, haz lo que tengas que hacer, pero, por favor, ahórrate tus acusaciones

insanas y ridículas y déjame en paz.

Alex pasó junto a Penelope y le abrió la puerta de la tienda. Luchó por conservar el semblante serio mientras esperaba a que saliera.

—¡Jamás! —sentenció al marcharse.

Alex sacudió la cabeza y soltó un resoplido de regocijo. Hanna asomó la cabeza por la puerta de la cocina.

—¿Es seguro salir de aquí? —preguntó riéndose.

—¿Lo has oído todo?

—Palabra por palabra. La has puesto de los nervios.

Watson se había colado discretamente en el vestíbulo y estaba frotándose contra la pierna de Alex para que la tranquilizara. Ella le dio unas palmaditas en el lomo.

—Creo que será mejor que me ande con cuidado con Penelope de ahora en adelante.

—Está claro que te ve como una amenaza para su romántico futuro al lado de Tom —rio Hanna—. La gatita ha sacado las uñas.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Alex estaba reponiendo bombones en las vitrinas cuando Maggie regresó de comer.

—Ya no hace tanto frío. He dejado el coche en casa y he venido andando —dijo.

—Te has perdido lo mejor del día.

Alex la puso al corriente de lo ocurrido durante la visita de Penelope.

—Saldré dentro de unos minutos. Estaré de vuelta como máximo dentro de un par de horas.

En el último momento, Alex agarró a Hanna del brazo.

—Ven conmigo a hablar con Oliver. Cuando terminemos te acompañaré a la tienda antes de ir a Swanson.

Su hermana vaciló.

—No quiero dejar a Maggie sola un sábado.

—Maggie —la llamó Alex—, ¿te importa que Hanna y yo te dejemos sola media hora?

La dependienta les aseguró que no había problema, de modo que Alex arrastró a Hanna hasta el coche a pesar de sus protestas. Para alegría de la primera, el tiempo había cambiado y el sol brillaba entre las nubes irregulares. Las planchas de nieve derretida caían desde los árboles y los tejados.

La casa de Oliver estaba situada justo detrás de la de Jane. Era un rancho moderno restaurado al estilo de mediados de siglo. Tenía

muchos rincones despejados, pocos adornos y estaba hecho de madera de cedro con los marcos de las ventanas en piedra y negro. A Alex no le gustaba, pero reconocía que resultaba atractivo a pesar del absoluto contraste con la casa de Jane y las de los demás vecinos.

Sabía que en la parte trasera había grandes ventanales que daban al patio de Jane. La fachada principal tenía menos ventanas y estaba bien conservada, aunque no parecía que hubieran retirado la nieve acumulada últimamente y se estaba derritiendo bajo los rayos del sol.

Cuando Alex y Hanna se dirigían a la puerta principal, tuvieron que pasar junto al cubo de la basura. Alex sintió que no podía dejar pasar esa oportunidad, de modo que, tras dar un rápido vistazo alrededor para asegurarse de que nadie la estaba mirando, levantó la tapa y observó lo que había dentro. ¡Ajá! Dos botellas de vodka vacías. Las señaló para mostrárselas a Hanna, que estaba vigilando por si pasaba algún transeúnte. Un punto para Stella. El resto de la basura estaba metido en bolsas y Alex creyó que no conseguiría abrirlas sin llamar la atención en plena luz del día.

A Oliver le sorprendió la visita, pero les dio la bienvenida y Alex lo obsequió con una bandeja de sus galletas caseras *Vanillekipferl* y *Zimtsterne*.

—Sabemos que tiene unos hábitos muy sanos, pero suponemos que en Navidad podrá darse algún capricho. Queremos hacerle unas preguntas que esperamos que pueda contestar.

Alex se quitó las botas al instante para asegurarse de que la iba a invitar a entrar y le dio un codazo a Hanna para que hiciera lo propio. Miró alrededor y vio que la casa estaba bastante limpia, aunque algo desordenada. El estilo moderno de mediados de siglo también se reflejaba en el interior de aquel hogar y trasmitía cierta rigidez. Alex prefería los muebles que proporcionaban comodidad a la hora de relajarse. A su derecha tenía una pequeña sala de estar formal.

Oliver las guio a través del recibidor y la cocina hasta lo que sin

duda se había planeado en origen como un salón pero que más bien era un despacho con un espacio para meditar. En la parte que lindaba con la cocina había una zona del suelo con cojines, una colchoneta de yoga y un mandala grande y bonito colgado en la pared. Al lado de la colchoneta había una mesa baja con un difusor de aroma y una lamparita de sal del Himalaya. En medio del salón vieron dos sillones de piel de aspecto relativamente cómodo separados por una mesita de madera y metal. Estaban orientados hacia unos ventanales que ocupaban toda la pared y unas puertas correderas de cristal que daban a un porche y al patio trasero. En la esquina más alejada, frente a la pared de ventanales, había un telescopio.

El escritor les indicó que se sentaran en los dos sillones de piel mientras él ocupaba su silla de escritorio. Desde ese punto privilegiado, Alex gozaba de una vista completa de la fachada trasera de la casa de Jane y de su patio.

El pueblo de Harriston ocupaba dos kilómetros y medio cuadrados de terreno cerca de la orilla suroeste del lago Echo. Formaba una llanura, y una de las esquinas lindaba con el lago. Sus anchas calles se habían dispuesto en forma reticular y cada una de las manzanas de cuatro hectáreas contenía ocho parcelas grandes, de las cuales algunas se habían subdividido pero muchas conservaban la superficie original y permitían gozar de patios traseros especialmente extensos separados unos de otros por callejones de tierra.

La parcela de Oliver era de las que se había subdividido, de manera que entre las fincas no había ningún callejón. Con todo, era un patio extenso de cincuenta o sesenta metros de longitud en cuyo extremo se encontraba la casa de Jane, sin ninguna valla que separara las dos propiedades.

—Menudas vistas. Seguro que en verano debe de ser precioso estar aquí. Debe de disfrutar de unas buenas puestas de sol.

Alex abrió los brazos para abarcar lo que los rodeaba.

—Pues sí. Ese fue el motivo por el que quise agrandar las

ventanas cuando encargué la restauración. La verdad es que no me ocupo mucho del patio. En cambio, el de Jane sí que está cuidado; pasaba montones de horas en él. Hay zonas ajardinadas en los lados del norte y del sur que se curvan un poco hacia el límite entre nuestras fincas. Por desgracia no puedo decirles qué clase de plantas cultivaba en el jardín, porque solo alcanzo a distinguir una flor de un diente de león.

Oliver soltó una carcajada de autocrítica. Sus hoscos modales se habían vuelto casi hospitalarios desde la última vez que Alex lo había visto en la biblioteca. Quizá tenía algo que ver con las miraditas que le echaba a Hanna.

—No creo que haya muchas personas que le dediquen tanto esfuerzo a su jardín como Jane —convino Alex.

—Excepto Yvonne, quizá, de la casa de la esquina. Su patio da al otro lado del de Gary y también es un buen jardín-oasis. El de Gary es agradable, pero mucho más sencillo. —Oliver acercó un poco su silla a la de Hanna como quien no quiere la cosa—. Hace unos años la Sociedad de Horticultores organizó una ruta por los jardines del pueblo y entregó trofeos y cintas a quienes quedaron en primer, segundo y tercer puesto. Organizaron una pequeña ceremonia en el patio de Jane. Ella ganó el primer premio y a Yvonne le concedieron el segundo, y la mujer estuvo a punto de tirarles el trofeo por la cabeza a los miembros del jurado. Pasó el resto del verano haciendo cambios sustanciales y ahora tiene un jardín digno de un reportaje de revista.

Oliver señaló en la dirección del patio de Yvonne. Se ofreció a prepararles una infusión y Hanna saltó de la silla para ir a ayudarle.

—Mi favorita es una de la tienda Black Currant, una mezcla de menta y manzanilla muy recomendable para el estrés y la ansiedad —le dijo mientras entraban en la cocina.

Hanna empezó a hablarle de las infusiones por las que solía decantarse y Oliver parecía completamente absorto en lo que le estaba diciendo. Alex aprovechó la oportunidad para dar un vistazo a la sala. En la mesita que tenía al lado había un vaso vacío. Lo cogió

y enseguida lo devolvió a su sitio. Aunque decían que el vodka no tenía olor, ella se habría jugado su librería a que el vaso desprendía el aroma de esa bebida. Algunas de las fotos de la estantería le recordaron a Oliver de más joven; ¿quizá con su familia?

Al cabo de unos minutos, el escritor depositó una gran taza junto a Alex y acercó un poco más su asiento al de Hanna.

—¿Eres tú el de la foto?

Alex señaló una fotografía enmarcada y Oliver miró hacia donde ella le indicaba.

—Sí, soy yo, con mis padres, hace mucho tiempo. ¿Sobre qué queríais preguntarme?

—Dijiste que el lunes, la noche en que mataron a Jane, llegaste a casa a las diez, pero ¿quizá después viste algo? ¿Te fijaste en si tenía la luz encendida, por ejemplo?

—Ahora que lo dices, cuando llegué a casa vi luz en la cocina.

—¿Y por casualidad te diste cuenta de cuándo la apagaron?

Oliver empezó a juguetear con su taza, dio un sorbo de infusión y luego se quedó mirando el fondo como si fuese a encontrar allí la respuesta.

—No, creo que no vi nada más. Lo siento. No quiero meteros prisa, pero mi editor me llamará dentro de diez minutos y todavía tengo que preparar cuatro cosas.

—Solo una pregunta más. ¿Dónde estuviste el lunes por la noche?

A pesar de su bronceado, tenía la cara pálida y tensa. Se levantó de golpe.

—Eso no es asunto vuestro, pero estuve en Kalispell con un amigo.

La calidez que el escritor les había demostrado un rato antes descendió varios grados mientras se dirigía a la puerta. Alex y Hanna no tuvieron otro remedio que seguirlo y marcharse de allí sin más información.

—¿Tú también has tenido la sensación de que no nos estaba diciendo la verdad? —dijo Alex volviéndose hacia Hanna.

—Está claro que algo no nos ha contado.

—Pero me ha parecido que estaba cómodo hablando contigo, y tú también te veías muy contenta hablando con él.

—Solo quería que se sintiera en confianza para que nos contara cosas.

Hanna entró en el coche. Alex la acompañó a la tienda y luego dedicó una hora y media a las compras de Navidad. Durante el trayecto puso música navideña y cantó *Let It Snow* de Michael Bublé y una versión clásica de *Noche de paz*.

Mientras vagaba por entre los pequeños establecimientos de proximidad con decoración festiva, compró unos cuantos detalles poco personales puesto que sus planes de celebración habían cambiado. No sabía qué regalarle a Tom, pero, como Hanna siempre quería que intercambiaran un presente en Nochebuena, quiso asegurarse de que Tom también tuviera el suyo.

Antes de que Hanna se trasladara a Montana, Alex había pasado la mayoría de las Navidades de adulta viendo películas de Hallmark ambientadas en las fiestas. Nunca le había preocupado porque tenía montones de aficiones para mantenerse ocupada durante esos días. Un año incluso se apuntó a clases de esgrima. Pero imaginaba que para Tom debía de ser difícil tras haber celebrado esas fechas con su esposa durante muchos años. ¿Tendría razón su hermana? ¿Era posible que su vecino sintiera por ella algo más que el cariño de la amistad? La cuestión era que el hombre iba cargado con su correspondiente mochila emocional, y Alex siempre había evitado las situaciones dramáticas. Incluso en su primer matrimonio, prefirió el divorcio a las constantes discusiones con su marido porque él pasaba muchas horas fuera de casa. Desde niña, se servía del sentido del humor para quitar importancia a las cosas y reírse de las situaciones siempre que podía. El humor era un escudo que impedía que los demás se acercaran demasiado a ella, y no estaba segura de sentirse preparada para permitir que alguien penetrara en su espacio, sobre todo después de lo que le había ocurrido a Jane. Cuando los demás te importaban, corrías un riesgo mucho mayor de

que te hirieran. Pero a lo mejor Hanna estaba equivocada con respecto a las intenciones de Tom y eso le evitaría tener que tomar ninguna decisión en un sentido o en otro.

En una pequeña tienda de accesorios, encontró una bonita bufanda de seda en tonos azules y amarillos cuya etiqueta tenía marcado un precio que podía permitirse. Era perfecta para Maggie, estaba segura. También vio una aguja de corbata en forma de esposas que resultaría ideal para Tom, puesto que era un entusiasta del género *true crime*. Tras dar con otros regalos apropiados tanto para un hombre como para una mujer, se dirigió a una buena cafetería para tomarse una taza de chocolate suizo.

Cuando regresó a la librería una hora antes del cierre, le sorprendió descubrir que Everett había vuelto a acercarse por allí y había dejado un mensaje pidiendo que lo llamara nada más llegar. Su esposa y él formaban parte del grupo de los cantores de villancicos de la noche anterior, pero en aquel momento no había mencionado que tuviera novedades. Lo telefoneó enseguida y acordaron que él iría a la tienda justo después de que cerraran para ponerla al corriente de algo relacionado con la casa de Jane.

No tuvo mucho tiempo de darle vueltas al motivo de la visita de Everett porque Maggie estaba a punto de marcharse y en el establecimiento había varios compradores de última hora. Maggie se puso el abrigo y le dijo a Alex que Netta había vuelto a pasarse por allí.

—Parecía bastante impaciente por hablar contigo y ha dicho que te vería mañana en la iglesia.

—Gracias. Las compras me han llevado más tiempo del que pensaba. Esta noche iré a verla a su casa.

Everett llegó muy puntual, y, aunque Hanna sentía tanta curiosidad como su hermana, los dejó hablar tranquilamente en la sala de actos mientras ella se ocupaba de ordenar la librería. Everett le tendió a Alex un sobre donde aparecía su nombre escrito con la letra de Jane.

—Ella quería que te dieran esto junto con las llaves de la casa. —

Le puso un juego de llaves en la palma de la mano—. El departamento del *sheriff* ha concluido la investigación del escenario del crimen, de modo que eres libre de entrar cuando quieras. Yo me ocuparé de todas las cuestiones prácticas. He contratado a una empresa especializada para que haga una limpieza a fondo de la casa la próxima semana. Solo mantenme informado cuando te propongas vender la finca.

—¿Quién se encarga de organizar el funeral?

—También lo haré yo. Jane no tenía en gran estima a la mayor parte de su familia extensa, y su primo, que sí que le caía bien, tiene demencia, de manera que no puede ocuparse. Lo dejó todo atado. Aún no han entregado el cuerpo, de modo que seguramente el funeral no podrá organizarse hasta después de Navidad.

Cuando Everett se marchó, Alex puso a Hanna al corriente de lo que no había conseguido oír mientras terminaban de ordenar la tienda.

—¿Y qué pone en la carta? —preguntó ella, llena de curiosidad.

—Aún no la he abierto.

Alex sacó la única hoja que contenía el sobre y leyó el texto escrito a mano.

Mi querida Alex:

Espero que esto no te haya sorprendido en exceso. Como mi hermano murió, no tengo a nadie más a quien desee cederle mi patrimonio, dejando aparte las otras propiedades que menciono en el testamento. Tú y yo nos hemos hecho muy buenas amigas, y no cabe duda de que me caes mejor que los parientes de mi hermano. Si te dan algún problema, consúltalo con Everett.

Lo he pasado muy bien resolviendo misterios en tu compañía. Espero que sigas haciéndolo durante mucho tiempo. Por favor, no estés triste por mi muerte. He tenido una buena vida y no me arrepiento de nada.

En la casa, hay algunos objetos que me gustaría mucho que te quedaras. El juego de té de plata que tantas veces hemos utilizado es para ti, igual que las tazas de té antiguas. Espero que te recuerden a nuestras breves charlas. Hay algunos álbumes de la familia y muñecas antiguas que puedes donar a la Sociedad Histórica de Harriston. También hay una pequeña colección de joyas que pertenecieron a mi madre. Las encontrarás en mi escondite especial, junto con mi diario. Nada de lágrimas. Solo recuerda esto: yo estoy criando malvas, pero tú no.

Y ya sabes lo mucho que me gusta la jardinería.

No deseo que cargues con objetos que no te gusten, de modo que puedes hacer lo que quieras con el resto.

Nos veremos en el otro barrio, pero espero que sea dentro de mucho tiempo. Tu amiga,

JANE

Cuando terminó la lectura, las dos hermanas se miraron la una a la otra. Aunque Alex sabía lo de la herencia desde hacía unos días, todavía le parecía imposible que fuese cierto.

—Voy a casa de Jane. ¿Quieres venir?

—Sí que quiero, pero no puedo. —Hanna miró el reloj con cara de consternación—. He quedado para cenar con Duncan en Swanson, a ver si puedo arrancarle algo más sobre la investigación. Quizá me entere de quiénes tienen alguna coartada. Quiero asegurarme de que no van a detener a mi hermana, sobre todo después de lo que ha dicho Penelope.

CAPÍTULO VEINTE

Un cuarto de hora después, Alex se plantó en el recibidor de casa de Jane y prestó atención a la quietud absoluta del lugar. Era como si la casa notara la muerte de su dueña y estuviera llorándola en silencio. La única iluminación de la entrada procedía de las luces de Navidad colgadas en el porche, que Alex acababa de encender. ¿Era posible que hiciera menos de una semana que había cruzado esa misma puerta y había encontrado el cadáver de Jane en el piso de arriba?

Con un tremendo sentimiento de culpa y pidiéndole perdón a su amiga para sus adentros, entró con las botas puestas. Cuando hubieran limpiado la casa, volvería a respetar sus normas; ella lo entendería. Caminó hasta la parte trasera y encendió la luz de la cocina.

Todo parecía estar igual que cuando guio a Duncan y a la *sheriff* Summers en su recorrido por la casa. Alex tuvo cuidado de no tocar gran cosa porque había revelador de huellas por todas partes. Tras mirar en la cocina y la sala de estar, subió a la habitación de los crímenes para recoger el diario de Jane.

La carta hacía referencia al «escondite especial», y sin duda se trataba de la habitación de los crímenes. Era posible que su amiga hubiera dejado una pista sobre la identidad del asesino en su diario. Alex rebuscó en los cajones y los archivadores, que estaban más revueltos de lo que imaginaba, aunque seguramente los ayudantes

de la *sheriff* también los habían registrado. Buscó un doble fondo en los cajones, pero no le sirvió de nada. Tal vez el asesino de Jane se hubiera llevado las joyas y el diario.

Mientras se planteaba dónde más buscar, oyó un ruido en la parte posterior de la casa. Bajó la escalera tan en silencio como pudo, con las llaves del coche bien aferradas. Unos años atrás, había asistido a un curso básico de defensa personal y sus profesores le habían enseñado que, en caso de emergencia, muchos objetos del día a día podían utilizarse como arma. Cuando llegó al pie de la escalera, se asomó con cautela al otro lado de la pared y recorrió el pasillo hasta la cocina. Daba la impresión de que alguien había entrado por la puerta trasera.

Vaciló una fracción de segundo y, a continuación, sin pensar si lo que iba a hacer era sensato, salió por la puerta principal y corrió hasta la parte trasera de la casa. La puerta estaba entreabierta. Colocó el dedo junto a la tecla de emergencia de su móvil.

—¡No te muevas de donde estás! ¡Tengo a la policía al teléfono!

—Soy yo, Gary —gritó el intruso a la vez que daba media vuelta y levantaba las manos en el aire—. He visto las luces encendidas y sabía que no debería haber nadie. Es el escenario de un crimen.

Alex bajó el teléfono, pero no apartó el dedo del botón de emergencia.

—Soy yo, Alex. —Subió la escalera hasta el porche, entró en la cocina y miró a Gary con recelo—. ¿Cómo has entrado?

Él le mostró una llave.

—¿De dónde la has sacado?

—De debajo de la maceta.

Señaló una gran jardinera junto a la puerta que daba acceso a la cocina.

—Creía que los ayudantes de la *sheriff* se la habrían llevado como prueba.

—Pues está claro que no. ¿Y tú? ¿Cómo has entrado? ¿Y qué estás haciendo aquí?

—Tengo una llave. —Se palpó el bolsillo—. Y esto ya no es el

escenario de un crimen.

—Bueno, pero ¿qué estás haciendo aquí? Quizá debería llamar al departamento del *sheriff* —dijo, correspondiendo con otra mirada de recelo hacia Alex.

—La llave me la dio el abogado de Jane. He heredado la mitad de la casa y todo su contenido. ¿Y cómo sabes tú dónde guardaba Jane esa llave extra?

Gary bajó la mirada al suelo.

—De hecho, he visto al manitas cogerla de ahí. Suelo vigilar cómo le va a Jane. Bueno, solía. Y está claro que no hice un buen trabajo.

—Ni siquiera estabas en casa cuando la asesinaron. No podrías haber hecho nada. —«A menos que seas el asesino». Qué pena que tuviera una coartada—. ¿Sabes si alguien más conocía el escondite de la llave?

—Me parece que era un secreto a voces. Una maceta no es el mejor escondite del mundo.

—Sí, tienes razón. Voy a cerrar, así que me quedaré con tu llave.

Gary vaciló a la hora de entregársela, pero ella esperó con la mano extendida hasta que por fin la depositó en su palma.

—La próxima vez que quieras saber quién hay dentro llama a la puerta. Y te agradeceré que no le cuentes a nadie que he heredado la casa de Jane.

¿Qué narices se había apoderado de ella para que sufriera ese arrebato y se enfrentara así a Gary? Ella no solía ser tan impulsiva; siempre sopesaba los pros y los contras de cada decisión, y elaboraba varias listas antes de proceder de un modo u otro.

En el camino de vuelta a casa, pasó por delante de donde vivía Netta, pero todo estaba a oscuras. Cuando llegó a su casa, intentó telefonear a la anciana, pero no obtuvo respuesta. Sacó del congelador una fiambrera del tamaño de una ración individual que contenía chili de pavo, la calentó en el microondas y dejó salir a Watson al exterior. Después de guardar en su dormitorio los objetos que había adquirido en su salida de compras, volvió a la cocina para

cenar antes de ir a casa de Tom con Watson y llevarle otra bandeja de galletas.

—Ven, Watson. Saldremos por el patio para que la pesada de Penelope no nos vea y nos chafe la noche.

Alex llamó a la puerta corredera de cristal de Tom y él sonrió cuando vio quién había en su porche.

—Qué sorpresa. —Ladeó la cabeza—. ¿Te da miedo que los vecinos se vayan de la lengua si ven que nos hacemos visitas?

Ella se echó a reír.

—Solo me preocupa una vecina que parece estar pendiente de todos mis movimientos. He traído a Watson, ¿te importa? Hanna ha salido y no quería dejar a la perra sola. —Alex le tendió las galletas —. Todas para ti.

—Pasa, por favor. Las dos sois muy bienvenidas.

Abrió más la puerta, les indicó que entraran y las guio hasta la sala de estar, donde el televisor mostraba un partido de fútbol americano.

—Lo siento, te he interrumpido.

Alex señaló el televisor con la cabeza. Watson se había acomodado junto al sillón reclinable que antes ocupaba Tom. Él cogió el mando a distancia y apagó la tele.

—En absoluto. Prefiero que estés aquí y hablemos.

Debía de sentirse solo después de haber vivido con alguien tantos años. Cuando Alex se acostumbró a no tener compañía, disfrutó de su vida a solas. Sin embargo, tenía que reconocer que ahora se quedaría hecha polvo si Hanna regresaba a Frankenmuth.

—Me gustaría ponerte al corriente de lo que está pasando. No sabía qué te habría contado Maggie y qué no. ¿Sabes dónde he estado justo antes de venir aquí?

—En la pastelería comprando estas galletas para hacerme creer que las has hecho tú, ¿verdad? —Tom sonrió—. Lo digo de broma. Maggie dice que algún día mi sentido del humor me traerá problemas.

Alex se rio entre dientes.

—Reaccionas rápido, eso es verdad. He estado en casa de Jane.

—¿Te ha vuelto a pedir Duncan que vayas?

—No. La *sheriff* y sus ayudantes han terminado con la investigación. Ha dejado de ser oficialmente el escenario del crimen. He ido allí después de hablar con Everett, el abogado de Jane.

Tom parecía confuso.

—Me parece que no lo entiendo.

—He heredado la mitad de la casa de Jane y sus pertenencias. Por eso la *sheriff* me tiene entre los principales sospechosos, porque cree que tenía un móvil económico. Pero yo no sabía que Jane iba a nombrarme su heredera; nunca me dijo ni una palabra.

Tom abrió los ojos como platos.

—¿Te ha contado Everett por qué Jane te nombró heredera?

Alex le entregó la carta de Jane y Tom la leyó.

—Es increíble. Me alegro mucho por ti. Supongo que si empiezo a coquetear contigo ahora que conozco tu ventajosa posición económica, pareceré un sinvergüenza.

Tom sonreía, pero Alex dudaba que no estuviera hablando en serio. Decidió hacer caso omiso de su intento de llevar las cosas al terreno del humor.

—Eso no es todo. —Le contó lo de Gary y la llave—. Si no tuviera una coartada que lo exculpa del asesinato de Jane, sería mi sospechoso número uno, porque está claro que conocía la forma de entrar en la casa.

El pastor la miró preocupado.

—Hay un asesino suelto. ¿Cómo se te ocurre enfrentarte a un allanador desconocido? Trabajé mucho tiempo con homicidas, y si tu teoría es cierta, esa persona no lo pensará dos veces antes de matarte si te interpones en su camino. Y si te ocurre algo malo, yo no podré soportarlo. ¿De dónde sacaría las galletas? Quedaría a merced de la señora Matthews y tendría que pasarme el resto de la vida escuchándolo todo sobre sus dolencias.

Alex no sabía si estaba hablando en serio, pero tenía razón. No estaba segura de por qué había actuado de esa forma, pero tendría

que andarse con más cuidado en el futuro.

—Hoy Hanna y yo le hemos hecho una visita a Oliver. Estoy segura de que esconde algo. —Chascó los dedos—. Si Gary vio dónde estaba escondida la llave de Jane, es muy posible que él también lo supiera. ¿Te acuerdas? Incluso Zach lo mencionó. Me pregunto cómo puedo averiguar si la coartada de Oliver es cierta.

—¿No te parece que deberías contárselo a Duncan?

Alex irguió la espalda y se inclinó hacia delante.

—¿Para qué? Están decididos a empapelarnos a Zach o a mí. Está claro que no se están esforzando nada por comprobar la teoría de Jane sobre el asesino del programa de televisión ni ningún otro motivo. A lo mejor tendríamos que ver otro episodio de *true crime*.

Enseguida se dedicaron a ello sin éxito. Alex sabía que era posible que Tom no tuviera grabado el episodio al que se refería Jane. Por televisión se emitían todos los días decenas de programas de *true crime* distintos, y era posible que, con tan poca información, jamás dieran con el que andaban buscando.

—Netta ha intentado ponerse en contacto conmigo para contarme algo, pero no hay forma de que coincidamos. Ha dicho que mañana hablaremos en la iglesia si no me ve antes.

—No falta nunca, así que seguro que os veréis allí.

—Estoy desconcertada: las únicas personas sin coartada son Zach y Louise. Quizá haya sido uno de ellos. Ojalá pudiera ver ese episodio. El asesino debió de borrarlo. Ojalá pudiera recuperarlo.

—Claro que puedes.

Tom levantó la vista del televisor. Alex se inclinó más hacia delante y centró toda su atención en él, que a su vez se encogió de hombros y la miró con expresión abochornada.

—No se me había ocurrido pensar que desconocías esa opción.

Dirigió el mando a distancia hacia el aparato y le mostró cómo hacerlo usando su reproductor.

—¡Eres maravilloso! Voy a casa de Jane a ver esos episodios ahora mismo.

—Te acompaño. Después de lo que te ha pasado antes, me

parece que es mejor que no vayas sola.

Fueron en coche hasta allí después de que Alex dejara a Watson en casa. Las lucecitas de Navidad seguían encendidas y emitían su alegre parpadeo para los transeúntes, en contraste con el hecho de que la propietaria había sido asesinada pocos días atrás. Alex pensó que tenía que acordarse de apagarlas cuando se marcharan. Dentro, Tom encendió el televisor y repitió los pasos que había seguido en su propia casa un rato antes. Revisó la lista de los programas eliminados recientemente y encontró muchos episodios de *true crime*.

—Es mejor que los guardemos todos, puesto que no tenemos ni idea de cuál es el bueno. —Terminó el proceso—. Te va a llevar bastante tiempo ver todo esto.

Cuando acabó, había diecinueve episodios. Dos eran los que Alex ya había visto con Tom, pero no quería correr ningún riesgo, de modo que le pidió que los guardara de todos modos.

—Quizá pueda ver algunos mañana, después de ir a la iglesia.

Al cabo de unos minutos, mientras aparcaban en el camino de entrada de Tom, Alex vio una figura vestida con un abrigo oscuro con capucha que salía corriendo del porche de su casa y doblaba la esquina.

—¡Para el coche!

Alex salió corriendo detrás del extraño, pero cuando consiguió cruzar el montón de nieve apilada junto al camino y llegar al otro lado de la casa, no vio a nadie. Permaneció en silencio, escuchando cualquier sonido y buscando huellas de botas en la nieve, pero había demasiados lugares en los que alguien podría permanecer escondido. Ojalá tuviera consigo a Watson. Regresó al porche de la entrada. Tom ya estaba allí y señalaba una cestita que había frente a la puerta.

—¡Parece que has recibido la visita de un elfo! Te ha dejado esos dulces.

Alex se sintió muy idiota. Creía que el asesino intentaba entrar en su casa, pero no era más que un alma bondadosa que le había

dejado unos dulces de Navidad. Todo ese asunto la estaba volviendo muy suspicaz.

—Me siento como una tonta. ¿Quieres entrar y ver qué me han dejado?

—Es mejor que no. Creo que he visto a Penelope en la ventana. Seguro que se planta aquí enseguida si me entretengo más tiempo.

Tom se marchó con una sonrisa compungida. Alex llevó la cesta al interior de la casa. En el fondo había un trapo de cocina con motivos navideños que envolvía el contenido. Se trataba de media docena de *scones*, un recipiente con mantequilla batida y un tarrito de mermelada de frambuesas y arándanos. Dentro encontró una tarjeta que decía Feliz Navidad. Sintió la tentación de comerse un *scone* con mantequilla y mermelada, pero era muy tarde, por no mencionar que más le valía de una vez por todas empezar a decir que no a tanto azúcar. Sería mejor esperar a la hora del desayuno.

Se preparó para acostarse mientras se preguntaba si en la comisaría tendrían las coartadas de los interrogados en el barrio de Jane después del homicidio. Hanna pensaba hacerle algunas de esas preguntas a Duncan. Miró el reloj. ¿Dónde estaba su hermana? Un poco preocupada, la llamó al móvil.

—¿Dónde te has metido? ¿Estás bien?

—Sí, estoy llegando a nuestra calle. Nos vemos en un minuto.

Alex se puso las zapatillas y fue a la cocina para poner a hervir agua y prepararse una infusión. En cuanto Hanna entró, Watson fue corriendo a saludarla. Al cabo de un momento, las dos estaban en la cocina. Hanna llevaba una caja de cartón.

—Son las sobras. —Guardó la caja en la nevera—. Perdona por no haberte avisado. Después de cenar, Duncan me ha llevado con él de patrulla y he averiguado unas cuantas cosas. ¿Qué tal te ha ido a ti?

Le explicó a Hanna lo de la infructuosa búsqueda en el despacho de Jane.

—La próxima vez, me aseguraré de que no me interrumpan.

—Tienes suerte de que la persona del porche fuera Gary.

Alex siguió hablando y le contó lo de los episodios de *true crime* que Tom había conseguido recuperar y la sorpresa del regalo de Navidad.

—Me he sentido muy idiota cuando me he dado cuenta de que no era más que algún vecino del pueblo que me había dejado unos dulces. ¿Quieres *scones* con mermelada? —le ofreció, sosteniendo en alto la cesta que le habían dejado en la puerta.

—No, gracias. Aún me siento repleta de la cena. Es increíble lo que llega a comer Duncan.

Alex quiso dar un sorbo de la infusión, pero todavía estaba demasiado caliente.

—Oliver tiene una coartada. Estaba en una reunión de Alcohólicos Anónimos con su mentor y no llegó a casa hasta las diez. Duncan me ha advertido que no le cuente a nadie lo que me ha dicho, exceptuándote a ti. Zach alega que fue a casa de su novia después de la reunión de Los Sabuesos y que ella no reaccionó bien a su confesión y le pidió que se marchara de allí. Eso ocurrió sobre las nueve. Entonces fue a casa de Jane y discutieron. Sabemos que Clive y Trixie lo vieron, pero aun así tuvo tiempo de sobras de volver y matar a Jane en el margen de tiempo que indica el forense.

Alex frunció el ceño, pero se abstuvo de dar su opinión. Hanna se la quedó mirando.

—Yo estuve paseando a Watson una hora, y dicen que en ese tiempo tú pudiste perfectamente ir a casa de Jane y volver aquí, pero es un margen muy justo para ir andando. Los demás vecinos estaban con sus parejas o tienen alguna coartada de otra clase, y la *sheriff* no ha descubierto que nadie más tuviera un móvil.

Alex sacudió la cabeza.

—Tendría que ser corredora olímpica para ir y volver en media hora, y ya no digamos para encima matar a Jane y registrar la planta baja. Tengamos presente que lo que le ocurrió fue premeditado. No dejo de pensar que quizá alguien quería inculparnos, y de ahí el regalo de los bombones. Zach no podía saber de antemano cómo reaccionaría su novia cuando le diera la noticia. Y si alguien tenía

previsto robar en casa de Jane, eso explicaría lo de los bombones adulterados; tenían que asegurarse de que no se despertara. Pero ¿qué necesidad había de matarla? Lo que más sentido tiene es que alguien quisiera asesinar a Jane y le regalara los bombones para asegurarse de que estaría durmiendo cuando entrara en la casa con ese propósito. Fácil y rápido; sin forcejeos. Sabemos que dos personas conocían lo de la llave escondida: Zach y Gary. Y quizá Oliver.

—Pero Oliver y Gary tienen una coartada.

—Ya lo sé. Por eso todo esto no tiene sentido.

Más tarde, acostada en la cama, Alex se preguntó si conseguiría reconocer al asesino cuando viera el programa de *true crime*. Y también cómo sabría qué episodio era el bueno. Jane había dicho que el retrato no ayudaba demasiado, que era la información que detallaba el episodio y su relación con la personalidad del individuo lo que la había llevado a atar cabos. ¿Conocía ella igual de bien a esa persona? ¿Tanto como para llegar a la misma conclusión?

CAPÍTULO VEINTIUNO

A la mañana siguiente, en la iglesia, Alex se sentó al lado de Hanna en el mismo banco que ocupaban Maggie y Drew, al final de la capilla. Habían dormido más de la cuenta y apenas les había dado tiempo de ducharse y vestirse. No habían podido desayunar y a Alex le rugía el estómago. Estuvo buscando a Netta, pero no la vio por ninguna parte. El servicio fue precioso. Los niños cantaron unos cuantos villancicos y Tom dio un sermón sobre el milagro de la paz que era posible experimentar incluso tras una gran pérdida personal, una tragedia o al verse sometido a retos constantes. A pesar de que él había perdido a su esposa hacía seis meses tras muchos años de matrimonio, Alex nunca lo había visto compadecerse de sí mismo ni renegar de sus circunstancias. En vez de eso, dedicaba la mayor parte de su tiempo a ayudar y servir a los demás. Pensó que haría todo lo posible por recordar el mensaje de ese oficio navideño.

Al acabar, se topó con Everett mientras buscaba a Netta por los pasillos.

—¿Me dedicas un momento? —le pidió—. Tengo que hacerte una pregunta un poco rara.

—Claro, dispara —repuso él de buen talante.

—Me han dicho que Joe fue el promotor que se ocupó de la construcción de tu casa.

—Es cierto.

—También me han dicho que tuviste algunos problemas y que él lo arregló todo. Se ve que alguien más tuvo problemas parecidos, pero Joe quedó exento de responsabilidad a causa de una cláusula del contrato. ¿Te suena de algo?

Everett frunció el ceño.

—Joe es muy listo. Yo me leí el contrato de cabo a rabo antes de firmarlo y vi esa cláusula. Entonces le dije que no pensaba firmar una cosa así. Él la retiró y solucionó sin problemas las cuatro cosas que surgieron tras la construcción de la casa.

—Qué interesante. ¿Es legal que haga eso?

—Totalmente. El contrato lo especificaba muy bien. Es poco ético, pero no ilegal. Antes de firmar ningún contrato, siempre debe leerse todo con mucho cuidado.

Alex le agradeció a Everett que hubiera contestado a sus preguntas y siguió buscando a Netta. En el vestíbulo, vio a Hanna hablando con Maggie.

—¿Habéis visto a Netta en algún sitio?

Hanna negó con la cabeza.

—No, pero acabo de ver a Trixie entrar en la cocina. Igual ella sabe algo.

—Tú ve a la escuela dominical. Yo le preguntaré a Trixie si ha visto a Netta, y si no, iré a su casa. Dijo que quería explicarme algo.

Alex encontró a Trixie en la cocina, recogiendo los platos y cacharros varios utilizados en la reunión social que la iglesia había celebrado el fin de semana anterior para devolverlos a sus propietarios.

—¿Has visto a Netta esta mañana? No la he visto por aquí, y anoche intenté llamarla pero no di con ella.

Trixie se volvió con varios recipientes sobre los brazos.

—Ayer por la tarde fuimos juntas de compras a Swanson. Regresamos aquí sobre las cinco menos cuarto. Se quejó de dolor de cabeza. Quizá por la mañana no se encontraba bien. Si vas a su casa, ¿puedes devolverle esto? —Trixie le entregó a Alex una bandeja de horno—. El viernes estuve en el gimnasio con Louise. Me

dijo que esta semana habías ido a verla y le habías llevado bombones, y parecía emocionada por el detalle.

—No sabía que Louise fuera al gimnasio. De hecho, la conozco muy poco, pero siempre que la veo me parece que está en pésima forma física.

—Va al gimnasio para fortalecer el corazón. En verano incluso se viene a la montaña con Clive y conmigo cuando no trabaja. Tiene sus malos momentos, pero en conjunto está bastante bien.

Alex se sentía culpable por haber juzgado a Louise con tanta dureza tras descubrir que estaba enferma del corazón. No se le había ocurrido pensar que pudiera tener un motivo de peso para ausentarse del trabajo tan a menudo. En adelante, tendría que hacer memoria y concederle a la gente el beneficio de la duda.

—Yvonne me ha dicho que vas a pedirle a Netta que te ayude con las flores para el funeral de Jane. ¿Ya sabes cuándo se celebrará?

Trixie cogió otro recipiente de horno.

—Me parece que no se ha concretado la fecha porque el médico forense aún no ha entregado el cuerpo. Seguro que no será hasta después de Navidad.

—Bueno, eso está bien. No sé cómo nos las habríamos arreglado para oficiar un funeral esta semana.

Alex permaneció en la cocina con aire incómodo, hasta que por fin se decidió a hablar.

—Me han dicho que Clive discutió con Jane unos días antes del asesinato.

Trixie levantó la cabeza para mirar a Alex y se echó a reír.

—Clive le dijo que se olvidara de una vez de todos esos programas de *true crime* y que dejara de acusar a gente inocente de ser asesinos en serie, y Jane le soltó que se ocupara de sus asuntos. Él replicó que se aplicara el cuento porque mira quién fue a hablar, y eso fue más o menos todo. Lo que decía: los pueblos son los pueblos.

La sesión de la escuela dominical estaba ya bien empezada

cuando Alex se dirigió a casa de Netta. Pensó que habría estado bien llevarle unos bombones y que más tarde volvería con algunos.

Llamó a la puerta, pero no contestó nadie. Como no quería tener que cargar con la bandeja de horno hasta su casa, decidió dejarla dentro si no estaba cerrado con llave. Más tarde telefonearía a Netta.

La puerta cedió sin problemas. Pocos vecinos de Harriston cerraban sus casas con llave durante el día. Seguramente, si fuera a comprobarlo, encontraría abiertos la mayoría de los hogares de quienes estaban en la iglesia en ese momento. Aunque, por otra parte, quizá las cosas habían cambiado a consecuencia del asesinato de Jane. Alex llamó a Netta con precaución, pero no obtuvo respuesta. Decidió que dejaría la bandeja en la mesa más cercana y se marcharía.

A pocos pasos de la puerta, Alex se dijo que no le haría falta volver con bombones. Acababa de descubrir por qué Netta no había ido a la iglesia. La anciana estaba tendida al pie de la escalera, en una posición rara. Enseguida supo que no valía la pena buscarle el pulso, pero lo hizo de todos modos. Estaba muerta.

Por lo menos no había sangre. Miró alrededor y no captó nada fuera de su sitio. Daba la impresión de que Netta se había caído por la escalera y quizá se había dado un golpe en la cabeza, pero ¿era posible tanta coincidencia?

Era consciente de que debía llamar a Duncan de inmediato, pero en vez de eso entró en la cocina. Sobre la encimera vio una taza vacía y, al lado, un plato con un bombón. No cabía duda de que era un bombón de ciruela al cianuro de Murder and Mayhem. Se le puso un nudo en el estómago. Sabía que no podía esperar más tiempo, de modo que sacó su móvil y llamó a Duncan.

Sentada en su coche, esperando a que él llegara, tuvo una sensación de *déjà vu*. ¿Era posible que le estuviera sucediendo de nuevo? Pobre Netta. Quizá esa vez se tratara de un desafortunado accidente en lugar de algo más siniestro.

Cuando Duncan llegó, le preguntó qué había ocurrido. Alex le

explicó que durante esa semana Netta había intentado ponerse en contacto con ella.

—Como no ha ido a la iglesia, he decidido pasarme por aquí de camino a casa. Trixie me ha pedido que le devolviera una bandeja del horno. Al llamar y ver que no contestaba, he entrado para dejarla encima de una mesa, y ha sido cuando la he encontrado.

Duncan le pidió que esperara en el coche y entró. Cuando salió, le ordenó que se marchara a casa; más tarde iría a tomarle declaración.

—No puedo asegurar nada, pero a primera vista parece una muerte accidental.

Alex se dispuso a llevarle la contraria, pero él levantó la mano y una expresión de fastidio le ensombreció el semblante.

—Haré una investigación a fondo, como siempre que se produce una muerte sin testigos. Cuando sepamos la causa, me pondré en contacto contigo. Pero recuerda que a veces lo que parece un accidente es solo un accidente.

Alex le mandó un mensaje a Hanna y se preparó una infusión. Su hermana llegó a casa en un tiempo récord y se sentó junto a ella en el sofá. Mientras se tomaban la infusión, Alex le explicó cómo había encontrado a Netta.

—Parece que últimamente te has aficionado a encontrar cadáveres —dijo Hanna con tono de admiración.

—¿Tú crees que ha sido un accidente? ¿No te parece una idea muy rebuscada?

Alex era consciente de que estaba imprimiendo cierto sarcasmo a su voz.

—Creo que hay una frase famosa que dice que la respuesta más simple es siempre la correcta, ¿verdad?

—Sí, la navaja de Ockham. Es que me cuesta creer que una amiga de Jane haya muerto menos de una semana después que ella y los hechos no guarden relación. Intentaba contarme algo que había recordado o descubierto y, de repente, está muerta. ¿Un accidente? Yo no lo creo.

—Hasta que descubramos cómo murió Netta, creo que deberíamos partir de la base de que fue a causa de la caída.

—Me parece muy bien que tú pienses eso, pero yo no estoy de acuerdo. Debió de morir ayer. Trixie la dejó en casa antes de las cinco y yo pasé por allí sobre las seis y todo estaba a oscuras; no parecía que hubiera nadie en la casa.

Sonó el timbre de la puerta y Alex fue a abrir.

—¿No viene la *sheriff* Summers?

—Soy ayudante del forense. Suelo ocuparme de las muertes accidentales para luego pasarle el parte a ella, y esto parece un accidente. El investigador médico ha acudido ante mi insistencia, pero parece que el traumatismo debido a la caída fue lo que le causó la muerte ayer a última hora de la tarde.

Duncan se sentó y se preparó para tomar nota de la declaración de Alex.

—Cuéntame con exactitud lo que ha pasado.

Alex lo explicó todo una vez más. Luego miró a Duncan, expectante.

—¿Y ahora qué?

—He pedido una autopsia y un examen toxicológico completo para asegurarnos de que no hay nada sospechoso, pero por ahora todo apunta a un accidente desafortunado. La mujer tenía setenta y nueve años, y la escalera de su casa es bastante empinada. Es sorprendente la cantidad de ancianos que mueren cada año a causa de una caída. No parece que falte nada. Hemos encontrado su bolso en el dormitorio con varios cientos de dólares dentro además de las tarjetas de crédito.

—¿No te parece raro que Netta haya muerto seis días después del asesinato de Jane?

—La verdad es que no. Me parece una cuestión de mala suerte. —Duncan se levantó para marcharse—. Antes de que me vaya, quiero deciros una cosa más. —Duncan se quedó mirando a Alex y a Hanna con aire sagaz—. Ha llegado a mis oídos que estáis interrogando a la gente en relación con el asesinato de Jane. ¿Es

cierto?

Las gemelas se miraron la una a la otra, incómodas.

—Bueno, yo soy sospechosa, así que decidí que lo más sensato sería hacer unas cuantas preguntas. Eso es todo. La verdad es que no hemos oído más que cuatro cotilleos.

—Y más os vale. Os enfrentáis a serios problemas si interferís en una investigación, ¿sabéis?

Alex evitó mirar a Hanna.

—Por supuesto. —Levantó los hombros en un gesto de impotencia y obsequió a Duncan con su expresión más inocente—. Solo hacemos lo mismo que el resto de los habitantes del pueblo.

—¿Nos avisarás igualmente cuando el forense determine la hora y la causa de la muerte? —preguntó Hanna a la vez que bajaba la cabeza y miraba a Duncan con ojos suplicantes.

El ayudante de la *sheriff* suspiró.

—Supongo que sí. Pero ahora mismo tengo que marcharme para comprobar que todo queda bien cerrado, y luego tendré que llamar a la familia. Detesto esa parte del trabajo.

Cuando Duncan se hubo marchado, Alex citó a su autora favorita:

—«Cualquier coincidencia es digna de atención. Siempre se está a tiempo de desestimarla si verdaderamente solo es una coincidencia». Lo decía la señorita Marple en *Némesis*, de Agatha Christie. Bueno, parece que ya podemos tachar a otro sospechoso de la lista.

—¿A quién? —preguntó Hanna, y dio un sorbito de su infusión.

—Si las dos muertes están relacionadas, Zach no puede ser el culpable de la de Netta porque sigue en la cárcel. Tenemos que averiguar quién tiene una coartada esta vez; cuando sepamos a qué hora murió Netta, claro.

A Hanna se le iluminó la mirada.

—He estado hablando con Eudora en la iglesia. El viernes por la mañana, Netta le preguntó si recordaba quién estaba en la oficina de correos cuando le contó lo del último asesino del programa de

true crime de Jane. Eudora le dijo que no lo recordaba y Netta se quedó parada un momento, cabizbaja. Luego la miró con expresión de sorpresa y exclamó «¡Dios mío!», y a continuación se marchó. Eudora cree que se había acordado de quién era, pero no le dijo ni media palabra más. ¿A que es raro?

—Me gustaría saber qué recordó y quién era esa persona. Es muy poco propio de Netta que no le contara nada más. Tendré que preguntarle de nuevo a Eudora si se acuerda de quién había en correos ese día.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

A la mañana siguiente, tras ducharse y vestirse con un par de vaqueros, un jersey grueso de cuello redondo y una bufanda roja que seguramente Hanna acabaría colocándole bien, Alex se puso el abrigo e hizo una parada en Cookies'n Crumbs de camino al trabajo. Necesitaba un *muffin* de arándanos rojos relleno de crema de queso y té de ciruela aromatizado con canela.

Mientras esperaba a que Sam le sirviera lo que había pedido, se acercó discretamente hasta Louise, que estaba despejando una mesa. La mujer se mostró tan huraña como siempre, de modo que no malgastó palabras.

—¿Te has enterado de que Netta ha muerto?

Louise no le respondió de inmediato, pero dejó el trapo con el que estaba limpiando la mesa y le sostuvo la mirada unos segundos.

—¿No ves que estoy trabajando? No me pagan para darle palique a la gente, pero, ya que me has interrumpido, sí, me he enterado. Las cotillas del pueblo son muy eficientes; siempre se preocupan de que todo el mundo esté al corriente de lo que pasa.

—¿Netta y tú erais amigas?

—No demasiado, pero la conocía bien. Era una cotilla peor que Jane. Jane solo era un poco fisgona y metía las narices en los asuntos de los demás, pero no andaba por ahí ventilándolos. Netta no guardaba un secreto ni que le fuera la vida en ello. No veía el momento de descolgar el teléfono en cuanto se enteraba de algo

nuevo. La gente así me parece insoportable. Mi lema es que cada uno se ocupe de sus cosas. Y ahora, si no te importa…

—Solo una cosa más, por favor. ¿Qué hiciste durante la tarde y la noche del sábado?

—Eso no es asunto tuyo, pero estuve aquí hasta la hora de cerrar y me pasé el resto del fin de semana en casa. Ocupándome de mis cosas —añadió, y la miró como si quisiera fulminarla.

Mientras Alex pagaba lo que había comprado, Sam se inclinó para acercarse a ella.

—Louise trabaja bien, cuando viene, pero no es muy dada a conversar. De hecho, contigo es más amable que con la mayoría de los clientes. Debes de caerle simpática.

Alex se preguntó cómo sería Louise con las personas que le caían mal.

En Murder and Mayhem, encendió las luces y puso la calefacción a todo trapo ya que en la tienda hacía mucho frío. Prendió una vela de la cocina con aroma a galleta de azúcar y miró el calendario. Lunes, veintiuno de diciembre. Solo le quedaban tres días más para resolver los asesinatos si quería cumplir el plazo que ella misma se había impuesto. Empezó por poner al día el tablón de pistas. Lo primero, otra víctima. Luego añadió los sospechosos y sus coartadas en la medida que las conocía. Cuando creía tenerlo todo actualizado, llegó Hanna, que llevaba una indumentaria muy festiva compuesta de un jersey blanco con copos de nieve rojos combinado con unos *leggings* negros de cuero sintético.

—He estado revisando la lista de sospechosos, los móviles y las coartadas. Para el caso de Jane, todos tienen una, excepto Zach y Louise. Esta mañana he estado hablando con ella y dice que Netta aún le caía peor que Jane porque no paraba de cotillear.

Alex se frotó la cara y Hanna la cogió de la mano.

—No es bueno frotarse la cara, se te harán arrugas y seguro que luego no te gusta nada que te llamen «la gemela que parece una pasa».

Alex frunció la nariz.

—Puesto que consideras que me van los maduritos, creo que encajo muy bien con esa descripción.

—Parece que Louise no tiene coartada para ninguna de las dos muertes —prosiguió Hanna—, y las dos víctimas le caían mal. ¿Crees que podría ser la asesina? Duncan dice que ha insistido para que hoy mismo le hagan una autopsia rápida a Netta. Aunque no quiere reconocerlo, creo que se plantea que nuestra teoría podría ser cierta, aunque sea una posibilidad remota.

Alex suspiró.

—Menos mal, buenas noticias. También es una buena noticia que Zach no ha podido matar a Netta. Después de lo que me dijo Trixie de Louise y el gimnasio, creo que podría haber sido ella, sí. Gary tiene una coartada para el asesinato de Jane, o sea que da lo mismo si la tiene o no para este caso. Oliver también tiene una coartada para el caso de Jane, así que tampoco creo que valga la pena preguntarle sobre Netta. Lo mismo pasa con Joe, de quien no tenemos ninguna información anterior a cuando se trasladó aquí, por cierto.

—Será mejor que nos preparemos para abrir. La flor de Pascua de Jane se ve muy pachucha. ¿Aún quieres conservarla?

Hanna recogió unas cuantas hojas que habían aterrizado sobre el escritorio.

—Sí. Sé que tiene un aspecto horrible, pero me recuerda a Jane y al hecho de que su asesino todavía anda suelto. Tengo la impresión de que hemos llegado a un punto muerto en la investigación.

Hanna le dirigió una mirada empática.

—Tengo que comprar unos suplementos de magnesio que se me terminaron ayer —dijo Alex—. Voy a la tienda Black Currant. No tardaré.

El establecimiento de comida sana disponía de varios tipos de vitaminas, infusiones, alimentos sin gluten y productos de limpieza que cuidaban el medio ambiente, así como de chocolate y otros artículos de comercio justo. Alex estaba examinando los

suplementos en una esquina de la tienda cuando oyó que entraba alguien. Cuando esa persona intercambió unas frases de cortesía con la dependienta, reconoció su voz. «*Mist*!», pensó, que venía a significar «¡Joder!». Solía autoconvencerse de que una palabrota en alemán no sonaba tan mal.

Decidió quedarse donde estaba con la esperanza de no tener que hablar con Yvonne. Sus conversaciones le resultaban muy cargantes, por no mencionar su tono condescendiente. Ojalá no se topara con ella. La dependienta la estaba ayudando a encontrar unos cuantos artículos y le preguntó si siempre había vivido en Harriston. Alex aguzó las orejas.

—Soy de Florida. Mi marido y yo estuvimos casados más de treinta años, pero vivíamos en nuestro pequeño mundo. Nos relacionábamos con pocos amigos y, como no tuvimos familia, cuando Ernest murió ya no era lo mismo. Fue curioso; por casualidad vi en una revista un artículo que hablaba de la vieja estación de tren de Harriston.

Bla, bla, bla. ¿Es que no pensaba poner punto final? «Tuve que tragarme ese mismo rollo el otro día». Después de que la dependienta le hablara de cuando se trasladó a Harriston el año anterior y mencionara a unos abuelos que se habían mudado a Florida, dieron por terminada la conversación, e Yvonne se marchó.

Alex llevó los suplementos a la caja y pagó, tras lo cual regresó corriendo a Murder and Mayhem. Trixie y Alex enfilaron el camino de la tienda al mismo tiempo.

—Te veo a punto para una excursión —dijo Alex.

Trixie llevaba varias capas de ropa y botas de senderismo.

—Clive y yo vamos a hacer una pequeña ruta por el Glacier esta mañana, aprovechando que no hace tanto frío. Habíamos quedado en que Louise se vendría con nosotros el fin de semana después de Navidad, pero el tiempo no promete demasiado, así que hemos decidido salir hoy nosotros dos.

Alex se preguntó a qué llamaba Trixie «una pequeña ruta». ¿Una ascensión de tres kilómetros por un pedregal?

—Parece que conocéis bastante bien a Louise.

—Lo normal, supongo. Le gusta el aire libre y, como siempre estamos dispuestos a compartir las excursiones con más gente, hemos tenido el gusto de llevarla con nosotros de vez en cuando.

—A mí no me parece una persona muy agradable.

—Louise suele desconfiar de la gente. Cuesta un poco conocerla, aunque no habla mucho de su pasado. Creo que tuvo problemas en su matrimonio y eso la dejó bastante resentida, pero cuando coge confianza, se abre y es muy divertida. Lo pasamos bien con ella.

Cuando llegaron a la tienda, Alex le preguntó qué quería comprar.

—¿Tienes pensado algún libro en particular?

—Una novela de misterio ambientada en la Navidad. Siempre leo en voz alta mientras Clive conduce. No nos queda mucho de qué hablar después de llevar casados casi cuarenta años. Por eso nos gusta fijarnos en las pistas y jugamos a ser el primero en adivinar quién es el asesino. El trayecto pasa volando. —Trixie se detuvo frente a un expositor de bombones—. Gracias por la sesión de elaboración de bombones de la semana pasada. He conseguido preparar una tanda que no está nada mal.

Después de que Trixie saliera de la librería, apenas acudió ningún otro cliente. Hanna andaba ocupada en la cocina preparando bombones, porque algunas especialidades empezaban a escasear peligrosamente. Maggie se estaba encargando de los pedidos por internet, de modo que Alex ayudó a las dos únicas personas que había en la tienda: dos mujeres que aparentaban tener cuarenta y tantos años y que habían acudido a comprar unas cuantas cajas de Bombones de Muerte. Ambas trabajaban para una empresa de Kalispell y querían hacer un regalo a sus jefes y compañeros, aunque no los soportaban. Mientras Alex envolvía los paquetes, le confesaron que habían imaginado una escena en que los bombones llevaban veneno de verdad. Alex les gastó una broma diciendo que, como le habían pedido que los envolviera para regalo, la caja en sí solo llevaría sus huellas dactilares, y ellas le prometieron que irían a

visitarla a la cárcel.

Cuando las clientas se marcharon, Alex acudió junto al mostrador y se quedó mirando el espacio vacío.

—Maggie, voy a correos. —Cogió las llaves de su apartado postal —. Solo tardaré unos minutos.

A lo largo de la mañana, no había parado de dar vueltas a las ideas en su cabeza. Tan pronto se aferraba a un pensamiento como lo descartaba al cabo de un momento. Necesitaba más información.

—Siento que fueras tú quien encontró a Netta. Debió de ser horrible.

Eudora salió de detrás del puesto de la oficina y abrazó a Alex.

—He tenido semanas mejores, te lo aseguro. Hanna dice que Netta vino el viernes para preguntarte si te acordabas de quién estuvo aquí el día que te confesó las últimas sospechas de Jane.

—Sí, así es. Pero siento decirte que no he conseguido recordar quién estuvo con nosotras aquella mañana; debo de estar haciéndome vieja. —La mujer miró hacia la puerta—. Parece que cuanto más me esfuerzo, más difusa se vuelve mi memoria.

—¿Te dio Netta alguna idea de qué recordaba ella?

—Tuve la impresión de que, cuando entró, algo la tenía perpleja. Mientras estaba aquí, se acordó de quién era la persona. En ese momento aún se quedó más desconcertada y salió sin ni siquiera decirme adiós.

Alex estaba enfadada consigo misma por no haber insistido más en hablar con Netta. Y ya era demasiado tarde.

—Avísame si te acuerdas de algo más. Netta le dijo a Maggie que había recordado una frase de alguien a la que no le encontraba el sentido. Creo que tiene que ver con la persona que estuvo aquí aquel día.

A la hora de comer, Hanna recibió una llamada de Duncan. El forense le había entregado los resultados preliminares de la autopsia de Netta.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

En la sala de actos, Hanna puso el altavoz mientras hablaba con Duncan para que su hermana también lo oyera.

—Las heridas cuadran con una caída por la escalera, y debió de morir enseguida si no en el acto. Los resultados toxicológicos tardarán unos días más. Como parece una muerte accidental, no han pedido un análisis prioritario y en este momento están un poco saturados de trabajo. El forense estima que Netta murió entre las cinco y las siete de la tarde del sábado. Os pondré al corriente en cuanto tenga más información.

Alex miró a Hanna con incertidumbre. Dijera lo que dijese Duncan, no creía que la muerte de Netta se debiera a un accidente. Al parecer, Louise era la única persona que no tenía una coartada para ninguna de las dos muertes.

—Hanna, Oliver tiene una coartada para la muerte de Jane, pero escondía algo cuando estuve hablando con él. Después de comer iré a verlo para intentar sonsacárselo.

—¿Vas a hacerlo hablar, Alex? —Hanna pronunció la frase con voz de gánster de película y se echó a reír—. Salúdalo de mi parte.

Alex no estaba segura de cómo iba a conseguir que Oliver le contara la información que escondía. Esperaba que en el momento se le ocurriera algo.

Después de comer, tuvo la impresión de que el primer desafío sería conseguir que Oliver la dejara entrar en su casa para que

pudieran hablar. Cuando el hombre vio quién estaba en la puerta, no parecía muy dispuesto a invitarla a pasar.

—Tengo que hacerte una pregunta importante. No me quedaré mucho tiempo —le prometió.

Oliver miró por encima del hombro de Alex.

—¿No te has traído a tu hermana?

—Está ocupada en la tienda, pero te manda saludos.

La decepción que sintió Oliver se reflejó en su rostro antes de que se diera media vuelta y guiara a Alex por el pasillo. Ella ocupó el mismo asiento que en la visita anterior y paseó la mirada por la habitación para examinarla. Las cosas no se veían tan ordenadas como la otra vez. En la encimera había una pila de platos sucios, la ropa estaba extendida por encima de los muebles y Alex tenía la certeza de haber descubierto una botella de vodka asomando por detrás de un montón de libros en la estantería. También el propio Oliver mostraba un aspecto más descuidado; una barba incipiente le poblaba el mentón y tenía los ojos rojos.

—No puedo creer que hace solo una semana estuviera hablando con Jane en la reunión del club de lectura por última vez. Voy a echarla muchísimo de menos.

Alex miró hacia las ventanas y las puertas cristaleras de casa de su amiga.

—Yo también la echo de menos. Solía venir una vez por semana como mínimo para ver cómo me iba. Le estaba enseñando a meditar.

Oliver se hundió en la silla.

—Seré sincera contigo —empezó a decir Alex, aclarándose la garganta—. He estado investigando la muerte de Jane porque me parece que la *sheriff* no tiene a la persona adecuada entre rejas, pero tampoco creo que la mataras tú. Sé que sabes algo. ¿Por qué no cuentas la verdad? Si eras amigo de Jane, ¿no crees que se lo debes?

El escritor se puso tenso. Miró hacia la casa y luego observó la foto de familia de su estantería. A continuación, se irguió y empezó a tamborilear con los dedos en el reposabrazos, hasta que por fin

paró y se inclinó hacia delante.

—Voy a contarte una cosa y espero que seas discreta y cuides con quién la compartes.

Alex asintió para indicar que estaba de acuerdo.

—Mi padre era el dueño de una empresa de productos farmacéuticos. Cuando yo tenía dieciséis años, él y mi madre murieron en un accidente de coche. Iban por una carretera de montaña con muchas curvas y se cayeron por un precipicio. Habían recorrido esa misma carretera decenas de veces, era de día y mi padre conducía muy bien. No tenía sentido. Pero nadie lo puso en duda, y mi padrino se quedó conmigo y con el control de la empresa. Era el socio de mi padre y su mejor amigo desde la infancia.

Alex se mostró empática con él. En su caso, Jane era su primera pérdida de un ser querido.

—Seis meses después de la muerte de mis padres, mi padrino recibió una nota en el buzón que decía que, si no emitía cierto voto en la siguiente reunión del consejo de administración, más le valía andarse con cuidado al volante. No quería enseñarme la nota, pero yo estaba allí cuando la abrió y vi la expresión de su cara. Le pedí que fuera a la policía, ya que eso también probaba que lo de mis padres no había sido un accidente, pero él me aseguró que lo solucionaría a su manera. Al cabo de unos meses, también él estaba muerto. La policía lo consideró un accidente sospechoso, pero nunca encontraron pruebas para inculpar a nadie. Yo no le vi el sentido a contar lo que sabía, porque ¿quién iba a creerse la historia sobre una carta amenazadora que había desaparecido, viniendo de un adolescente con las emociones a flor de piel? Durante todos estos años he lamentado no haber acudido a la policía cuando llegó esa nota.

—Debió de ser una situación tremendamente difícil y tú eras solo un adolescente; no te juzgues tanto.

Alex no lograba imaginarse lo que debía de suponer perder a padre, madre y tutor con menos de un año de diferencia.

—Me enviaron a vivir con mi tía a Inglaterra, y ella me mandó a un internado. Fue entonces cuando empecé a beber. —Sonrió con pesar—. Te he visto mirando la botella de vodka de la estantería. La cuestión es que unos años más tarde, ya en la universidad, seguía bebiendo. Me convertí en alcohólico. Como heredero de un fondo fiduciario, no tengo por qué trabajar ni un solo día de mi vida si no quiero.

Oliver miró por la ventana como si las escenas se estuvieran reproduciendo en su mente.

—Una noche, volvía a casa en coche después de haberla pasado entera bebiendo en el *pub*. Estuve a punto de chocar con otro coche, pero acabé estampándome contra una pared. Cuando llegué a casa, me tomé unos medicamentos que no son compatibles con el alcohol y estuve a punto de morir. Eso hizo que me replanteara las cosas, y a la semana siguiente entré en rehabilitación.

El escritor miró a Alex, quizá esperando sentirse juzgado, pero al parecer lo que vio lo dejó tranquilo.

—Cuando terminé el proceso de rehabilitación, seguí con las meditaciones, la alimentación sana y el ejercicio. Inicié un voluntariado y, en general, cambié de vida. Poco después me pidieron que contara mi historia. Conseguí firmar un contrato, pero cuando entregué el primer borrador creyeron que aquello no iba a llegar a ninguna parte. En resumen, contrataron a un escritor fantasma que cogió mis experiencias y las convirtió en un libro. Fue un éxito de ventas. Por desgracia, no todo lo que ponía era cierto al cien por cien. Me hicieron parecer mejor de lo que soy y, de pronto, la gente empezó a escribirme y a pedirme consejo, pero yo no era la persona adecuada para darlo.

Oliver paró y guardó silencio unos instantes, y Alex aprovechó para intervenir con cautela.

—Creo que eso pasa muy a menudo. La gente solo ve lo que ocurre después, cuando ya has conseguido resultados, y quieren conocer la fórmula mágica, el secreto que hará que todo salga bien. Las páginas de las redes sociales están llenas de retratos de la

perfección: el bronceado impecable, la sonrisa deslumbrante, la familia feliz. Y nos lo creemos. Nos olvidamos de que la vida no es perfecta ni de lejos; no lo es para nadie.

Oliver asintió.

—Exacto. Me sentía un gran impostor. Empecé a sufrir ataques de ansiedad y a pensar en volver a beber. Se lo conté a mi psiquiatra y decidimos que lo mejor sería que me alejara de Londres y todo lo de allí. Busqué literalmente un lugar lo más alejado posible de mi vida de entonces, un lugar donde casi pudiera volver a empezar. Tenía el compromiso de hacer dos libros más, de modo que, con ayuda de otro escritor fantasma, conseguimos publicar el segundo. El tercero saldrá el año que viene, y tenía decidido escribirlo yo mismo, pero, en vez de eso, me he dedicado a beber vodka y mirar por la ventana. De algún modo, Jane adivinó más o menos lo que me estaba pasando y me ayudó a comprometerme con Alcohólicos Anónimos. Incluso me encontró un grupo. El lunes pasado tuve la primera reunión. —Su voz traslucía desprecio hacia sí mismo—. Cuando llegué a casa, alrededor de las diez, vi luz en las ventanas de Jane. Me senté frente al escritorio e intenté escribir, pero no conseguía poner las ideas en orden. Tenía por ahí una botella de vodka empezada y pensé que quizá, si daba un trago, conseguiría relajarme. Me convencí a mí mismo de que solo sería una copa. Al final, me quedé aquí sentado tomando una copa tras otra y observando la casa de Jane mientras pensaba lo decepcionada que se sentiría si lo supiera. La vi rondando por la cocina, y entonces, sobre las once, empezó a apagar las luces.

Alex se quedó consternada.

—¿Estás seguro de que Jane estaba viva a las once?

—Totalmente. Pero ahí es donde empiezo a no ver las cosas claras, porque estaba un poco borracho. Creo que eran las doce menos cuarto cuando vi a alguien en el porche de su casa. Debía de tener una linterna encendida, porque vi una lucecita en movimiento. Quien fuera se paró, supongo que para abrir la puerta, y luego entró. Me extrañó que no encendiera ninguna luz de la casa y me

pregunté qué estaba pasando.

Alex se inclinó hacia delante; no daba crédito a lo que estaba oyendo. Oliver prosiguió:

—Fui adonde tengo el telescopio y lo enfoqué hacia la puerta trasera. Iba observando de vez en cuando, hasta que, al cabo de una media hora, alguien salió de la casa. Y esta es la parte más rara: movieron la maceta donde Jane tenía escondida la llave y la utilizaron para dejar la puerta exterior abierta.

»Yo ahí ya había terminado de beber y solo observaba desde la silla, aunque quizá me quedé dormido, no estoy seguro. Pero sobre las cuatro de la madrugada sí que estaba despierto, aunque no del todo sobrio. Otra vez había una persona en el porche de Jane. Volví a mirar con el telescopio y vi que devolvía la maceta a su sitio y entraba en la casa. Aún no habían pasado ni dos minutos cuando volvió a salir, cerró la puerta y se fue.

»Creí que estaba loco, o borracho, o que tenía alucinaciones. Hasta que al día siguiente los ayudantes de la *sheriff* llamaron a la puerta y me preguntaron si había escuchado ruido u observado movimiento en casa de Jane la noche anterior. ¿Qué iba a decirles? Ni siquiera sabía seguro si todo era un sueño y nada más. No podía reconocer que había estado bebiendo, aunque estaba convencido de que sospechaban que tenía resaca. Seguramente olía peor que una destilería. ¿Me habrían tomado en serio?

Alex no cabía en la piel. Por fin: la información que necesitaba para hacer encajar todas las piezas.

—¿Y qué más da que te crean o no? ¿No es mejor darles la información y que decidan ellos?

—En mi contrato hay una cláusula que pone que no puedo beber ni tomar drogas, además de un montón de cosas más. ¿Ves cuál es el problema? Si les digo a las autoridades lo que he visto, no sé si me creerán o no, y encima es posible que arruine mi carrera. No necesito el dinero, pero sí un propósito en la vida. Todos necesitamos un propósito, responsabilidad y compromiso. Ahora ya lo sabes. ¿Qué piensas hacer?

Alex no sabía qué decir. El cerebro le iba a cien por hora, tratando de asimilar las novedades.

—¿Puedes darme algún detalle de la persona a la que viste? ¿Estatura, color de piel, algo?

Oliver negó con la cabeza.

—Había muy poca luz y estaba demasiado lejos para distinguir los detalles. Llevaba una chaqueta oscura con capucha.

Tengo la impresión de que no era muy alto, de constitución delgada, más bien bajito, pero tampoco puedo jurarlo. Estaba bastante borracho.

—Tengo curiosidad. ¿Cómo sabías que Jane tenía escondida una llave debajo de la maceta?

Oliver se sonrojó.

—Cuando trabajo, o cuando lo intento, paso aquí muchas horas sentado, y he visto al manitas de Jane cogerla varias veces. No es que se esfuerce mucho por disimular lo que hace. Cualquiera que tuviera al alcance de la vista el porche de Jane se daría cuenta.

Alex asintió. Tenía sentido. No se sabía cuánta gente conocía el escondite de la llave.

—Tienes razón. A veces se me olvida lo pequeño que es este pueblo. Aprecio mucho tu sinceridad y haré todo lo posible porque tu nombre no salga a la luz, pero ya sabes que la *sheriff* y sus ayudantes deben estar al corriente de lo que viste.

Oliver asintió en silencio.

—Por desgracia, no creo que haya muchas posibilidades de mantenerte al margen. Ahora que te has sincerado conmigo, quizá sea un nuevo comienzo para ti. Seguro que Jane te concertó la cita de Alcohólicos Anónimos con la intención de ayudarte, pero veo que esa decisión la tienes que tomar tú. No soy nadie para darte consejos, pero el hecho de que hayas tropezado no significa que no puedas volver a levantarte y andar.

Hablaron unos minutos más antes de que Alex se despidiera para regresar a la tienda. La confesión del escritor le había producido una fuerte impresión. Sabía que gran parte de lo que le había dicho era

información privada; había confiado en ella para relatarle un secreto de su pasado además de la información más reciente. Pero, por más que quisiera poder conservar el secreto de todo ello, no podía hacerlo. Duncan debía saber lo que Oliver había visto. Aunque no hubiera reconocido al individuo que estuvo en casa de Jane, eso lo cambiaba todo.

Cuando llegó a la tienda, unas cuantas personas solicitaron su ayuda, así que casi era la hora de cerrar cuando tuvo la oportunidad de hablar con Hanna. Le explicó lo que Oliver había visto la otra noche.

—Es posible que no logre identificar al allanador, pero significa que Jane estaba viva después de las diez.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

—¿Sabes lo que significa eso? —Alex se paseaba de un lado a otro por delante del mostrador—. El asesino de Jane podría ser cualquiera. La vieron con vida casi a las once. Si Oliver vio al asesino entrar en la casa a las doce menos cuarto, todo el mundo es sospechoso.

Hizo una pausa y miró con expresión concentrada el escritorio situado detrás del mostrador.

—¿Qué miras? —preguntó Hanna mientras observaba a su hermana con curiosidad.

—Creo que acabo de deducir lo que le pasa a la flor de Pascua de Jane. —Alex señaló la pobre planta de encima del escritorio—. Ese tipo de plantas es muy sensible al frío. ¿Te acuerdas de que el lunes de la semana pasada por la noche estábamos a más de treinta bajo cero? Si dejaron la puerta abierta cuatro horas durante una noche tan fría, es lógico que esté así de mal. ¿Qué sentido tiene?

Se miraron la una a la otra.

—¡La hora de la muerte! —exclamaron a la vez.

Alex agarró a Hanna del brazo.

—Al bajar la temperatura de la casa de golpe, el asesino intentaba disimular la del cadáver. El forense debió de suponer que el cuerpo se había enfriado a la temperatura que hubiera en la casa cuando llegó la policía. Pero, al bajar la temperatura ambiente, debió de enfriarse más deprisa. Apuesto a que fue por eso por lo que

volvieron a cerrar la puerta y, sin duda, dejaron el termostato a la temperatura habitual para que pareciera que la muerte se había producido antes del momento real, y eso le proporcionó una coartada al asesino.

—Louise y Zach no tenían ninguna coartada —observó Hanna—. Los dos dijeron que estaban en casa solos.

—Es cierto, pero Zach había discutido con Jane y a Louise le caía mal y no sabemos nada de su pasado. No creo que debamos descartarlos de entrada.

—¿Y si resulta que Oliver te ha contado esa historia para despistarte, por si sospechabas de él? Tampoco él tiene ninguna coartada, porque estaba en casa alrededor de las diez.

—Oliver tendría una buena coartada si no me hubiera contado lo que vio. El departamento del *sheriff* lo creyó y se centraron en Zach. No tiene ningún sentido que esté mintiendo. Podría haberse limitado a mantener la boca cerrada.

—Me parece lógico. ¿Cómo haremos el descarte de los demás sospechosos?

Alex suspiró y levantó la vista al techo.

—Necesitamos averiguar quién tiene una coartada para la muerte de Netta. Si los dos asesinatos están relacionados, quizá podamos suprimir a alguien de la lista. Siguiendo con ese razonamiento, Zach queda eliminado como sospechoso porque no pudo matarla. Louise me dijo que estaba en casa sola el sábado por la noche, de modo que no tiene ninguna coartada.

Imagino que habrá que volver a interrogar a la gente. Y también nos queda decidir si le contamos o no a Duncan lo que vio Oliver.

—¡Alex! Duncan debe saberlo. No tenemos elección.

En el teléfono de Alex empezó a sonar la canción *It's The Most Wonderful Time of the Year*.

—Espera un momento. Me está llamando Everett.

Contestó a la llamada y permaneció a la escucha. A continuación le dio las gracias y colgó.

—El equipo de limpieza especializado ha ido hoy a casa de Jane,

o sea que ya está todo limpio. ¿Quieres venir conmigo esta noche para ver algunos de los episodios de *true crime* que grabó Jane?

—Claro.

—Quizá ahí encontremos la respuesta a todo esto. De momento, vamos a pensar qué le diremos a Duncan mañana. No creo que el hecho de esperar unas horas repercuta mucho en la investigación. Quizá crean que la información no es de fiar porque Oliver estaba borracho, o quizá lo consideren la confirmación de que Zach fue varias veces a la casa para robar cosas.

—De acuerdo. Pero llamaremos a Duncan mañana a primera hora.

Cuando las dos hermanas entraron en su casa, las acogió un aroma de asado, patatas, zanahorias y guisantes que había estado aguardando en el fuego todo el día. Alex no era amante de ponerse a cocinar después del trabajo. Tampoco le encantaba precisamente tener que hacerlo antes, pero a veces la necesidad se imponía. La olla de cocción lenta resultaba de gran ayuda para asegurarse un plato en la mesa a la hora de cenar.

—¿Echas de menos nuestra casa de antes?

Hanna miró a Alex con expresión de curiosidad.

—A veces, sobre todo los guisos de mamá. Ojalá no viviéramos tan lejos, porque estaría muy bien visitarlos más a menudo. Pero si viviera demasiado cerca, mamá me pondría de los nervios. ¿Y tú?

Hanna estaba asintiendo.

—Los echo mucho de menos a todos, pero necesitaba empezar de cero. Después del divorcio, hice lo correcto mudándome aquí. No es que tenga ganas de que sigas encontrando cadáveres por ahí, pero esta última semana ha sido muy emocionante. Me alegro de que estemos aquí juntas.

—¿No te tienta volver a casa y trabajar con mamá?

Alex no conseguía quitarse de la cabeza que quizá Hanna lamentaba aquel traslado impulsivo.

—En absoluto. Quiero mucho a mamá, pero trabajar con ella todos estos años ha sido para morirse. No lo digo en sentido literal, claro; ya me entiendes. Es muy controladora. Siempre que se me ocurría una idea nueva, me decía que cuando tuviera mi propio negocio haría las cosas a mi manera, pero que allí mandaba ella. Jamás podría volver.

Pero Alex no sabía si su hermana hablaba de veras o solo lo decía para que no se preocupara. Y eso era precisamente lo que iba a seguir haciendo.

Cuando terminaron de cenar y recogerlo todo, se dispusieron a salir hacia casa de Jane.

—Yo conduciré —dijo Alex—. Voy a coger algo para picar mientras estamos allí. Será mejor que nos pongamos cómodas.

—Watson también viene. Lleva sola todo el día.

La perrita salió trotando hacia la puerta en cuanto oyó que Hanna cogía la correa y se sentó con aire obediente para esperar a que la asegurara.

Cuando Alex hubo aparcado en el camino de entrada de la casa, se volvió hacia su hermana.

—¿Por qué no te adelantas para abrir la puerta y entrar con Watson? Yo iré enseguida. Ah, y quizá salude a Stella. La he visto mirando por la ventana cuando hemos llegado.

Alex rodeó el coche y sacó su cuaderno y un bolígrafo del bolso del asiento trasero. Cuando se incorporó para salir del vehículo, topó con algo sólido a su espalda y dejó escapar un grito.

—Lo siento, cariño. No quería asustarte. —Yvonne iba muy abrigada con un gorro y una bufanda además de unas cálidas botas de invierno—. He salido a dar un paseo y he visto las luces de casa de Jane encendidas, y me preguntaba qué estaba pasando.

Alex no quería que nadie se enterara de que había heredado la casa de Jane. ¿Qué podía decirle?

—Everett me ha pedido que compruebe unas cosas. Era el abogado de Jane y se ocupa de su patrimonio. ¿Suele salir a pasear por la noche? ¿No le preocupa resbalarse por la lesión del pie?

Era increíble con qué facilidad era capaz de volver a contar mentiras.

—Salgo casi cada día. Llevo estas botas. —Yvonne señaló sus pies con el bastón—. Son muy feas pero muy prácticas. De momento, voy muy despacio por culpa de la lesión, pero puedo dar un pequeño paseo hasta el final de la manzana y volver.

Alex miró por encima del hombro hacia la casa de Gary y lo vio mirándolas por la ventana de la fachada principal. Cuando se dio cuenta de que Alex también lo miraba, rápidamente se echó atrás para esconderse detrás de las cortinas.

—Me alegro mucho. Pero será mejor que entre en la casa. Hanna me está esperando para ayudarme. Que tenga una buena noche.

Alex sonrió y salió corriendo hacia la casa tras dejar a Yvonne plantada en el camino, observándola.

—¿Cómo es que has tardado tanto? —le preguntó su hermana cuando entró.

—Yvonne me ha dado un susto tremendo. Estaba detrás de mí mientras sacaba unas cosas del coche. Quería saber qué estábamos haciendo aquí y le he dicho que íbamos a hacer unas comprobaciones para Everett.

—¿Le has mentido?

Hanna puso cara de estar escandalizada y Alex hizo una mueca.

—No, no le he mentido. Podemos echar un vistazo y hacer una lista de lo que va a ir a subasta. Gary nos estaba mirando por la ventana. Parece muy interesado en todo lo que pasa en esta casa. ¿Por qué hace tanto frío aquí dentro?

Alex se frotó los brazos.

—La empresa de limpieza debió de apagar la calefacción al salir. Yo la he encendido, o sea que pronto se estará mejor. Mientras tanto, vamos a ver los episodios.

Hanna y Alex se sentaron en el sofá, y esta observó que el paragüero que antes pertenecía al recibidor estaba ahora en la sala, junto al televisor. Tendría que volver a trasladarlo a su sitio.

—Empezaremos con los más antiguos y los iremos viendo en

orden hasta los más recientes.

Cogió el mando a distancia y seleccionó el primer episodio. Antes de empezar con el segundo, Alex fue a buscar un cuenco para Watson de modo que las tres pudieran beber un poco de agua.

La empresa de limpieza había hecho un trabajo excelente; no se observaba ni una mancha en toda la casa. Aun así, enjuagó bien el cuenco antes de llenarlo y, mientras lo hacía, miró más allá del patio, hacia casa de Oliver. Podía distinguir su silueta, sentado en una de sus sillas, orientado hacia casa de Jane. ¿La estaría viendo él también?

El segundo episodio, igual que el primero, no le aportó nada más allá de ayudarla a tomar conciencia de cuán a menudo la gente cometía asesinatos horribles y se iba de rositas.

—Sigue viendo episodios. Voy arriba a buscar el diario de Jane. Enseguida vuelvo.

Miró detrás de los libros de la estantería de Jane y debajo y detrás de su escritorio, pero tampoco encontró nada. Intentó retirar los zócalos y buscó debajo de la silla del despacho. Por fin, tras rendirse, decidió que la próxima vez llevaría consigo la carta para fijarse en las palabras precisas, a ver si eso ayudaba.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Era veintidós de diciembre. ¡Cómo volaba el tiempo! Ese día Alex se levantó más temprano de lo habitual con la intención de que le cundiera. Pronto sería Nochebuena y aún no tenía ni idea de quién había matado a Jane.

Tras vaciar el lavavajillas y poner una lavadora, se dedicó un rato a limpiar y ordenar la casa. Tiró a la basura los *scones* que le había dejado el elfo de Navidad porque a esas alturas estaban más duros que una piedra. Mientras esperaba a que acabara la lavadora, preparó rápidamente una tanda de *scones* para poder hornearlos en Murder and Mayhem. Cogió la mantequilla y la mermelada con que la había obsequiado el elfo y las guardó en su bolsa. Estarían riquísimas con los *scones* recién hechos.

Se detuvo un momento en la pastelería. Necesitaba llevarle algo a Duncan a modo de disculpa por haberse guardado para sí la información de Oliver desde la noche anterior. Decidió que era justo que ella asumiera toda la responsabilidad por no habérselo contado en el momento.

—Hola, Sam. ¿Qué me recomiendas como regalo de disculpa? —preguntó, y casi se le cayó la baba mientras miraba los bollos de la vitrina.

—Si es algo serio, te recomiendo las galletas rellenas de ponche de huevo al jengibre o las galletas de chocolate caliente con malvavisco. Si eso no te ayuda, nada lo hará.

—Me llevo media docena de cada, pero ¿me las podrías preparar en paquetes de cuatro? Y también quiero un chocolate caliente a la menta con nata montada.

—¡Oh! Veo que la cosa es seria. ¿Quieres contármelo?

—En otro momento, quizá. Ahora no tengo mucho tiempo. —Alex bajó la voz—. Y es mejor que no diga nada en público.

Sam le guiñó el ojo.

—¡Ya lo pillo! Acaba pronto tus recados porque dicen que esta noche o mañana se pondrá a nevar, y a lo mejor tenemos ventisca.

Alex también había oído la previsión del tiempo, pero esperaba que la nieve se retrasara por lo menos hasta Nochevieja. Cuando Hanna llegó al trabajo, le propuso llamar a Duncan de inmediato; esperaba que pudiera perdonarlas. Más tarde irían a ver a Gary y a llevarle unas galletas con la intención de conseguir que hablara. Su pasado seguía siendo un completo misterio y, puesto que volvía a estar en la lista de sospechosos, Alex quería saber más cosas de él.

Hanna se mordió el labio.

—Espero que Duncan no se cabree mucho.

—Yo también. No quiero que piense que estamos interfiriendo en la investigación. —Alex cogió su mochila de detrás del mostrador—. Sigo sin tener ni idea de dónde están las joyas y el diario de Jane. Tengo que volver a leer la carta para ver si entiendo exactamente lo que pone.

Alex la sacó de la bolsa y leyó la parte pertinente: «Las encontrarás en mi escondite especial, junto con mi diario». El único sitio especial que Alex conocía era la silla de la habitación de los crímenes, donde Jane disfrutaba leyendo y resolviendo misterios.

Al oír que llamaban a la puerta, a Alex se le encogió el estómago, y se levantó despacio para ir a abrir. Llevó a Duncan a la cocina y le señaló un taburete para que se sentara. A continuación le ofreció uno de los *scones* recién hechos y la mermelada que había llevado de casa.

—¡Qué buena pinta! Pero solo tengo un minuto. —Cogió un *scone* sin la mermelada—. Mmm… Aún está caliente. Iba a llamar a

Hanna más tarde. Las únicas huellas del picahielos que encontramos son de Zach. Por desgracia, en el utensilio no hay restos de sangre. He pensado que querríais saberlo. Bueno, ¿y qué noticias hay? Me habéis dicho que teníais información sobre el asesinato de Jane.

Duncan paseó la mirada entre Hanna y Alex.

—No te enfades con Hanna. Ella era partidaria de llamarte anoche, pero yo ni siquiera tengo claro que te tomes en serio lo que vamos a decirte.

El ayudante de la *sheriff asintió* y dio otro mordisco a su *scone*.

—Resulta que ayer estuve hablando con Oliver y me comentó que le pareció ver algo la noche del asesinato. Dice que era tarde y estaba cansado, pero está seguro de que vio a alguien, que supuso que era Jane, dando vueltas por la casa hasta las once, y a esa hora apagaron las luces.

Sin mencionar lo de la borrachera, Alex le explicó lo que el escritor había visto.

—Hanna y yo somos de la opinión que Jane aún estaba viva después de las once. Luego el asesino entró en la casa antes de medianoche y dejó abierta la puerta de la cocina hasta primera hora de la mañana para que pareciese que la hora de la muerte era anterior a la real, y así proporcionarse una coartada.

Duncan se cubrió la cara con las manos.

—¿Por qué Oliver no nos contó todo eso cuando estuvimos interrogando a todos los vecinos?

—Creo que tenía miedo de que no le creyerais. Era tarde y estaba oscuro…

Evitó mirarlo a los ojos.

—¿Por qué tengo la sensación de que no me estás contando toda la verdad? —Duncan entornó los ojos y miró a Alex y a Hanna de forma alternativa—. Si sabéis algo más, tenéis que decírmelo. Esto es muy serio.

Alex contrajo un poco la expresión.

—Oliver había estado bebiendo y se imaginó que pondríais en duda la veracidad de lo que vio. Tiene prohibido consumir alcohol,

hay una cláusula en el contrato de su editorial, y no quería arriesgarse a que eso saliera a la luz cuando posiblemente no ibais a creerle de todos modos.

El ayudante de la *sheriff* se llevó las manos a la cabeza y cerró los ojos.

—Alex, no puedes guardarte esa clase de información.

—Me enteré ayer por la tarde, no me la he estado guardando. Es que no he tenido la oportunidad de contártelo hasta ahora.

Duncan la miró sin creérselo del todo.

—Esto pondrá contento al forense. Lo pasó muy mal intentando justificar la hora de la muerte. Dice que había varias cosas que no le cuadraban de la temperatura corporal y la digestión. Si alguien dejó la puerta abierta durante cuatro horas en una noche tan fría, y dando por sentado que también bajó el termostato, sin duda mandó al garete cualquier intento de determinar la hora de la muerte. ¿No os había advertido que no interfirierais en la investigación? Eso va por las dos. —Miró a Alex y luego a Hanna—. Ahora mismo vais a parar y desistir de cualquier actividad que implique interrogar a un presunto sospechoso, por muy remota que sea la posibilidad, ¿está claro?

Las dos hermanas asintieron y procuraron mostrarse arrepentidas.

—Voy a llamar a la *sheriff* Summers, y supongo que hoy volveremos a interrogar a Oliver.

—¿Con esto Zach quedará limpio? —quiso saber Hanna.

—No necesariamente. No sabemos si la persona a quien Oliver vio es Zach. Quizá intentó descolocarnos dejando la puerta abierta. Tenía una coartada hasta pasadas las nueve; tal vez pensó que así ahuyentaría las sospechas. No os olvidéis de que tenía una receta para el mismo tipo de sedante usado en los bombones que dejaron en la puerta de Jane.

—¿Y cabe la posibilidad de que haya otro asesino? Varias personas tenían motivos para matar a Jane —observó Alex—. He buscado información sobre la eszopiclona y es un medicamento muy

recetado. Justo la semana pasada lo vi en casa de alguien.

—Hemos estado investigando y, por lo que respecta al departamento del *sheriff*, no se han encontrado pruebas que relacionen a nadie más con el asesinato de Jane; solo a Zach y a ti. —Duncan miró a Alex—. De hecho, Penelope me telefoneó ayer y me dijo que te había oído decir que, si estuvieras dispuesta a matar a alguien, harías que pareciese un accidente, así que, cuando descubrió lo de la muerte de Netta, pensó que debíamos saberlo. —Le sonrió—. ¿Qué le has hecho? Está decidida a cargarte con uno de los cadáveres.

—Es una larga historia. Espero que eso no signifique que también soy sospechosa de la muerte de Netta, ¿verdad?

—No. El dictamen sobre la causa de la muerte no ha cambiado. La mujer falleció a causa de lesiones que coinciden con la caída por la escalera. Pero, con esa nueva información sobre Jane, quizá consiga antes los resultados toxicológicos. No creo que seas culpable, pero ¿dónde estuviste entre las cinco y las siete de la tarde del sábado?

Alex se puso tensa.

—Has dicho que no crees que sea culpable.

—En estos momentos, la muerte de Netta se considera un accidente. Solo son unas preguntas rutinarias, y también voy a interrogar a otros.

—Vale, eso puedo entenderlo. Estuve aquí con Hanna hasta las cinco y media, y luego fui directamente a casa de Jane. Gary Jenkins puede dar fe de que estuve allí hasta las seis. De vuelta a casa, pasé por casa de Netta, pero no había luz, así que ni siquiera paré. Un poco después, estuve con tu tío.

Duncan terminó de escribir en su cuaderno.

—Espero que sepas que no creo que tengas nada que ver con esas muertes, pero tengo que hacer mi trabajo.

—Lo entiendo.

—En cualquier caso, Zach tuvo la oportunidad y los medios, y encontramos objetos de Jane en su apartamento, de manera que es

y seguirá siendo nuestro principal sospechoso de su asesinato. Hablaremos con Oliver, pero no cuentes con que eso exonere a Zach. Solo por curiosidad, has mencionado otros móviles: ¿a qué te refieres?

Alex le habló de la rabia de Joe por el interés de Jane en su pasado familiar.

—Me parece que eso es exagerar un poco. Si en Harriston meter las narices en la vida de los demás fuera un motivo para cargarse a alguien, la mitad estaríamos muertos.

Ella no insistió. Antes se sentía un poco culpable por haberse guardado parte de la información derivada de sus averiguaciones con Hanna, pero vio que no tenía importancia porque Duncan no le hacía mucho caso de todos modos.

Le dio las galletas que había comprado por la mañana.

—Siento mucho no haberte contado antes lo de Oliver —dijo mientras mantenía los dedos cruzados.

—Hablo en serio. Se acabaron las pesquisas de detective aficionada. Se acabó el interrogar a sospechosos. Y espero que estas galletas no sean para sobornarme, sino un gesto amable entre amigos.

Después de acompañar a Duncan a la puerta y observar cómo se marchaba, Alex se quedó allí plantada con los ánimos por los suelos.

—Estupendo. O sea que si se determina que la muerte de Netta no fue un accidente, me considerarán sospechosa por culpa de Penelope.

Hanna colocó el cartel de la tienda en la posición de Abierto.

—Yo no recuerdo haberte oído decir que intentarías que un asesinato pareciese un accidente.

—Sí que lo dije. Fue aquí, en la tienda. Había unos cuantos clientes hojeando libros, y cuando alguien se marchó, me pareció que era Penelope. Debía de estar en la sala de al lado, escuchando nuestra conversación.

—Bueno, da igual. No tuviste la oportunidad. Al final será una suerte que Gary intentara colarse en casa de Jane ese día.

—¿Por qué no vamos a verlo en cuanto Maggie llegue? Podemos llevarle las galletas y volver a interrogarlo.

—¿No nos ha dicho Duncan que nada de interrogatorios?

—No; ha dicho que se acabó el interrogar a sospechosos, y ha dejado bien claro que eso solo nos incluye a Zach y a mí.

O sea que, como Gary no es ni siquiera un posible sospechoso, podemos hablar con él.

—¿No estás manipulando lo que ha dicho?

Alex encogió un hombro y arqueó las cejas a modo de respuesta. Después de muchos años de ser una banquera honrada e intachable, ahí estaba, desacatando la ley como una delincuente juvenil.

Cuando llegaron a Harriston Blooms, Gary estaba solo y las invitó a pasar mientras seguía regando las plantas. Alex le tendió la cajita de galletas.

—Queremos que sepas que estamos muy contentas con la flor de Pascua. Le están saliendo algunos brotes. Por desgracia, la de Jane sigue perdiendo hojas y está bastante mustia, pero hemos llegado a la conclusión de que fue porque estuvo expuesta al frío durante varias horas. ¿Crees que tenemos que ponerle fertilizante?

Gary dejó el rociador y concentró toda su atención en ellas.

—Gracias por los dulces; de verdad que no hacían falta. ¿Por qué no os sentáis? —Señaló una mesa de jardín con sillas a juego que estaba a la venta y depositó encima las galletas—. Sobre eso de la flor de Pascua, yo no le pondría fertilizante, no. Si sufrió un golpe de frío, ya está bastante maltrecha, y hacerla crecer a toda costa solo servirá para maltratarla más. Podad las partes más dañadas; por lo demás, regadla con moderación y ya está. Un exceso de agua también la perjudicaría. Es posible que, poco a poco, salga adelante.

—Pues eso haremos —convino Alex—. ¿Te has enterado de lo de Netta? No puedo creer que hayáis perdido a dos miembros de la Asociación de Horticultores en menos de una semana.

—La media de edad debe de ser de setenta años como mínimo, o sea que no es tan raro.

—¿Tú el sábado por la noche estuviste en casa o participaste en los actos de Navidad? —preguntó Alex.

—Estuve aquí. He estado preparando los plantones para después de las fiestas. Algunas variedades tardan su tiempo en arraigar, por eso empiezo en cuanto se acercan estas fechas. Eudora e Yvonne tienen variedades interesantes en sus invernaderos y me propusieron que probara algún cultivo nuevo. —Señaló un banco de trabajo con tierra y algunas jardineras—. Estaba probando con el solano furioso, también conocido como *atropa belladonna* o simplemente belladona. Es especialmente tóxico para los niños porque sus bayas se confunden con las de la grosella negra o el arándano y tienen un sabor dulce. —Abrió la caja de galletas y las probó—. Están deliciosas —dijo, y les hizo un gesto a las hermanas para que cogieran una.

—No, gracias. Ya nos hemos comido unas cuantas en la tienda esta mañana. —Alex sonrió—. Si no me ando con cuidado, voy a empezar a echar barriga.

Gary se puso a reír y se dio unas palmadas en el vientre.

—No está tan mal; cualquier cosa menos hacer ejercicio. Ya sé que va bien, pero yo no consigo cogerle el gusto. No soy como Joe.

Alex y Hanna miraron a Gary con expresión inquisitiva.

—Joe, el constructor. Lo vi el sábado corriendo cerca del vivero. No imagino cómo alguien tiene ganas de salir a correr con todo oscuro y en una noche tan fría. Eso sí que es tener voluntad.

—¿En serio? Sé que le gusta salir a correr, pero ¿a qué hora lo viste? —preguntó Alex.

Gary se frotó la barbilla.

—Debían de ser poco más de las cinco y media. Ya era de noche. Yo estaba revisándolo todo por fuera antes de cerrar, y por eso lo vi.

Alex y Hanna intercambiaron una mirada elocuente.

—Le he estado hablando a Hanna de que, hace diez años, cambiaste de profesión. Yo antes era banquera, pero, después de dedicarme durante veinte años a algo que nunca terminó de gustarme y con tanto estrés, me alegré mucho de abrir la librería.

—¿A qué te dedicabas tú antes de abrir Harriston Blooms? También tenías un trabajo estresante, ¿verdad? —Hanna se sirvió de todos sus encantos, con su cara bonita y su mirada inocente; y a fe que iba bien servida. La mayoría de los hombres eran capaces de agachar la cabeza y darle lo que quería sin el menor esfuerzo por su parte.

Gary se levantó y miró el reloj.

—Me temo que mi trabajo anterior no era muy interesante. Casi siempre estaba en la oficina, pero, según con quien trabajas, también eso puede resultar estresante. Bueno, tengo que seguir regando las plantas; no quiero que se me mueran. —Soltó una risotada falsa—. Gracias otra vez por las galletas.

No esperó a que se marcharan para coger el rociador y ponerse de nuevo a regar plantas. Alex miró a Hanna y se encogió de hombros. Se levantaron y salieron del vivero. Daba la impresión de que cualquier intento de indagar en el pasado de Gary quedaba zanjado de inmediato con una rotunda negativa.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Camino del coche tras el deplorable intento de conseguir más información de Gary, Alex se dirigió a su hermana:

—Es bastante obvio que no quiere hablar de su pasado. ¿Por qué será tan hermético? Cuando lleguemos a la tienda, tenemos que comprobar si encontramos información sobre él en internet. Todo lo anterior a su vida en Harriston es un tremendo interrogante, y lo está escondiendo a propósito. ¿Quieres que pasemos por la librería para ver cómo está Maggie y luego vayamos a visitar a Yvonne? Me ha pedido que hablemos otra vez, y puedo preguntarle por la coartada de Gary.

—Claro. Aprovecharé para mirar el correo electrónico.

—También puedes dejarme a mí en casa de Yvonne y llevarte el coche. Yo volveré andando. La verdad es que necesito hacer un poco de ejercicio. —Alex ocupó el asiento del acompañante y entregó las llaves a Hanna—. Creo que tendré que empezar a ir al gimnasio o comer menos dulces. Seguro que me he engordado más de dos kilos desde finales de verano.

—Podrías salir a correr con Joe. —Su hermana le dio un codazo con aire juguetón—. Y aprovechar para interrogarlo al mismo tiempo.

Alex la atravesó con la mirada.

De nuevo en la puerta de Yvonne, se preguntó cómo sería el jardín de la anciana. Desde la calle, la mayor parte quedaba oculta gracias a árboles y setos plantados estratégicamente, y el garaje impedía verlo desde la entrada. La próxima vez que fuera a casa de Jane, tendría que pararse a observarlo desde el porche, que seguro que le ofrecía una buena perspectiva.

Yvonne, muy elegante con su conjunto de estar por casa de terciopelo verde oscuro, salió a abrir.

—Hola. Espero que no le importe que me haya pasado por aquí sin avisar —dijo Alex—. ¿Tiene tiempo para que charlemos un rato?

—Claro. Pasa, por favor. No sabes cuánto me alegro de tener una visita. Estaba poniendo a secar algunas plantas aromáticas de las que cultivo en el invernadero. —Yvonne avanzó despacio con ayuda del bastón—. ¿Pudiste hacer lo que querías en casa de Jane ayer?

—No, por desgracia. Tendré que volver otro día.

—¿Qué te ha pedido el abogado?

—Nada importante. Estoy seleccionando cosas para venderlas en una subasta. La mayoría de las pertenencias de Jane irán allí y el dinero se repartirá entre varias organizaciones. Supongo que se habrá enterado de lo de Netta.

—Pobrecilla. Se cayó por la escalera y está muerta. Qué horror, la verdad; qué horror.

—¿La vio el sábado? Me han dicho que quería que le ayudara a elegir las flores para el funeral de Jane.

Alex ocupó una de las sillas frente a la mesa de la cocina donde Yvonne había estado trabajando. La anciana se sentó con cuidado y dejó el bastón apoyado en la pared.

—No. A las cinco vino Tanya a peinarme. No sé a qué hora volvió Netta a casa, pero Tanya se marchó a las siete, y a esa hora ya era tarde para ir de visita. La llamé, pero no me contestó al teléfono. También quería hablar con ella sobre la sustitución de Jane como presidenta de la Asociación de Horticultores. Yo tenía la esperanza

de que me nombraran a mí, claro, y supongo que ahora es un hecho. Me han contado que fuiste tú quien la encontró. Parece que últimamente te ha dado por ahí.

Alex decidió que era hora de cambiar de tema.

—¿Sabe si Jane tenía problemas con Joe? ¿O si la había amenazado?

Yvonne guardó silencio unos instantes.

—De Joe no sé nada, pero sí sé que Gary le tenía bastante ojeriza. Ella quería que el consejo municipal aprobara una ordenanza, y el cambio habría implicado modificaciones importantes en el vivero. Él habría tenido que invertir mucho dinero, y por eso estaba muy enfadado. Es uno de los temas que estuvimos debatiendo después de la reunión de la asociación la semana pasada. Gary se puso hecho un basilisco.

—¿La gente lo sabía? Yo me acabo de enterar.

—Bueno… La información sobre el cambio de la ordenanza era pública, desde luego; las reuniones del consejo municipal están abiertas a cualquiera que quiera asistir. Lo que imagino que no mucha gente sabía era lo disgustado que estaba Gary. Tuvo que comerse su enfado con patatas porque Jane era muy popular, y tú ya sabes cómo funcionan esas cosas en el pueblo.

Sí que lo sabía. Las desavenencias se convertían en información de dominio público casi al instante, y era inevitable la división de la población en dos bandos.

—¿Sabe si Gary se fue directamente a casa después de la reunión de aquella noche?

—Salimos a la vez y me siguió hasta mi casa con su coche. Luego lo vi enfilar el camino de entrada a la suya.

Alex pensó que tendría que volver a hablar con Gary y Joe. No cabía duda de que Jane había provocado unos cuantos sentimientos de acritud hacia su persona antes de dejar este mundo.

Tras dirigirse con paso rápido hacia la tienda, se puso directamente a trabajar y ayudó a envolver los paquetes mientras Maggie cobraba las compras a los clientes. Más tarde, cuando casi

no quedaba nadie, les contó emocionada a sus dos compañeras lo que Yvonne le había confesado.

—A ver si lo he entendido bien —empezó a decir Hanna—: según Gary, Joe discutió con Jane la mañana antes de su muerte. Y resulta que, ese mismo día, ¿Gary le dijo a Yvonne que estaba que echaba chispas por un posible cambio de una ordenanza municipal? O sea que los dos estaban enfadados con Jane y ninguno tiene una coartada para ninguno de los dos casos.

Alex hizo el gesto de poner una marca de verificación en el aire con el dedo.

—¿Has encontrado algo sobre Gary en internet?

—Nada. Es como un fantasma.

Hanna sacudió la cabeza.

—Supongo que el nombre de Gary Jenkins es bastante común. Si no tenemos ni idea de su lugar de origen… ¿Por qué no miras en el catastro? Intenta buscar el vivero y su casa, a ver si aparece como propietario.

Al cabo de unos minutos, Hanna levantó la vista del ordenador.

—El vivero pertenece a Harriston Blooms LLC y el propietario de la casa es Gary Jenkins. Punto final.

—Yo creía que las personas que querían desaparecer se mudaban a Alaska —terció Maggie.

—Acabo de leer un artículo que asegura que hay decenas de miles de delincuentes que no son procesados porque cruzan la frontera de otro estado y nadie está dispuesto a invertir el tiempo y el esfuerzo que supone extraditarlos para llevarlos a juicio.

Mientras hablaba, Alex empezó a ordenar la tienda.

—Guau. No es muy alentador. O sea que más nos vale averiguar quién mató a Jane y a Netta antes de que el asesino decida salir de la ciudad y escaparse.

Hanna cogió el último bombón de cortesía de la bandeja y se lo llevó a la boca.

—Cuidado con lo que dices, Hanna. Acuérdate de que no podemos interferir en la investigación.

Alex dijo eso mientras agitaba un dedo enfrente de su hermana. Esperaba que Maggie no se fuera de la lengua con Duncan en relación con sus constantes esfuerzos por encontrar al asesino de Jane.

—Voy a correos —anunció Maggie, y cogió un paquete que quería enviar mientras Alex le sostenía la puerta abierta.

Menos de un minuto después, sonó la campanilla de la tienda y entró Drew.

—He venido a buscar a Maggie. He pensado llevarla a cenar a Swanson.

—Eres un encanto —dijo Alex—. Ha ido a correos para enviar un paquete, pero no tardará en volver.

Hanna le dirigió una sonrisa a Drew y avanzó por el pasillo.

—Tengo que poner orden en la cocina. —Regresó casi al instante con una bandeja de los *scones* que Alex había horneado por la mañana, acompañados de mantequilla y mermelada—. ¿Por qué no te comes uno, a ver si te da ánimos?

—Ah, bueno, ¿tú crees? ¿Tienen gluten? Seguramente no debería, pero ¡qué buena pinta! Bueno, un trocito para probar.

Drew partió un generoso pedazo de un *scone*, lo untó con mantequilla y mermelada y se lo llevó a la boca. Al cabo de pocos minutos, Maggie estuvo de vuelta y se marcharon juntos a Swanson. Alex siguió ordenando la tienda. Cogió los libros del mostrador que había que devolver a su sitio. El primero correspondía a la estantería de los autores cuyo apellido empezaba por B y, al colocarlo en el hueco, se dio una palmada en la frente.

—¡Hanna! ¡Ya lo tengo!

Su hermana salió corriendo de la cocina.

—¿Qué es lo que tienes? ¿Ya sabes quién mató a Jane?

—No, pero casi. Creo que ya sé dónde está su diario. Me ha venido a la cabeza al recordar una referencia en su carta sobre lo mucho que le gustaba la jardinería. También le gustaba mucho la serie de novelas de Agatha Raisin, de M. C. Beaton, y una de ellas se titula *La jardinera asesinada*. Cuando estuve mirando en su

biblioteca vi que tenía una edición en letra grande de ese libro. Seguro que dentro hay escondida una pista.

Siguieron trajinando con el fin de dejar la tienda a punto para el día siguiente.

—¿Crees que puedes conseguir que Duncan te explique cómo les ha ido con Oliver? —le preguntó Alex a Hanna cuando ya casi habían acabado de ordenarlo todo.

—Estoy convencida de que sí. Hablaré con él después de mi clase de yoga. Seguramente llegaré tarde, o sea que mañana intentaré estar aquí a primera hora para que podamos poner al día el tablón de pistas con todo lo que sabemos.

Alex sabía el sacrificio que eso representaba para Hanna, ya que no era una persona madrugadora y le gustaba levantarse lo más tarde posible.

—Por cierto, cuando hablé con Oliver, se puso triste porque no estabas conmigo.

—¿De verdad? —preguntó Hanna con aire complacido—. Ay, casi se me olvida decírtelo: Eudora tiene cartas para Jane. Everett me ha pedido si puedes recogerlas tú y avisarle si hay algo que merezca que le eche un vistazo. En ese caso, se pasará por la tienda.

—Mañana iré. —Alex empezó a apagar las luces—. Vámonos a casa.

Hanna sacó a pasear a Watson mientras Alex examinaba la cocina en busca de inspiración ya que no tenía nada planeado para la cena. En ese momento, llamaron a la puerta trasera y se sobresaltó. Era Tom, cargado con un montón de cosas.

—Espero que no te lo tomes mal. He traído todos los ingredientes para una lasaña con la intención de que te encargues de cocinarla y, mientras, me pongas al día de vuestra investigación. Me parece que el plano teórico quedó atrás hace días —dijo sonriendo.

—Qué amable. Gracias. Estaba mirando en la nevera qué podía inventarme para cenar. Hanna ha salido a pasear a la perra y no tardará. Y, para dejar las cosas claras, no estamos investigando

nada. Duncan nos ha advertido que nos mantengamos al margen, así que solo nos estamos dedicando a visitar a los vecinos, llevarles galletas y tener charlas amigables con ellos.

Rápidamente, Alex dispuso los ingredientes para la lasaña y la metió en el horno. Preparó una ensalada verde con lo que había encontrado y a continuación se sentaron en la sala de estar mientras esperaban a que la lasaña terminara de cocerse.

—Me tranquiliza saber que te estás tomando en serio la advertencia de Duncan.

La ironía en el tono de Tom no pasaba desapercibida, pero parecía de veras impaciente por conocer lo ocurrido ese día. Alex empezó por relatarle la extraordinaria noticia de que Oliver había visto al asesino de Jane y que eso cambiaba la hora de la muerte.

—Has estado muy ocupada, ¿eh? ¿Se te ha ocurrido pensar que si el asesino de Jane descubre que estás investigando el caso podría ir a por ti? Si mataron a Netta porque se acordó de algo, es posible que el asesino se esté poniendo nervioso.

Su voz traslucía una evidente preocupación.

—Quizá, pero me gustaría saber cómo es posible que descubriera que Netta se había acordado de algo. —Alex hizo una pausa y al fin sacudió ligeramente la cabeza—. No me pasará nada. Hay muy pocas personas que sepan lo que estoy haciendo. Además, tengo que encontrar ese episodio de *true crime*; con eso quedará todo resuelto. ¿Y tú? ¿Qué has hecho hoy?

Tom ignoró el intento de Alex por cambiar de tema.

—Seguramente todo el pueblo sabe lo que te traes entre manos. Y si el asesino no lo sabe aún, es porque se ha fugado o bien no se entera de nada. He ido a la prisión de Swanson a ver a Zach.

—¿Cómo lo has visto? —preguntó Alex, con las cejas muy juntas.

—No demasiado bien. Está deprimido y jura que no le hizo ningún daño a Jane; y yo le creo. Todas las pruebas contra él son circunstanciales. Las monedas fueron un regalo a cambio del trabajo que hizo en verano en casa de Jane y por el que no cobró nada. Ella sabía que no aceptaría el dinero, de manera que le dio las monedas

como regalo de Navidad. Zach dice que estaban envueltas, pero, como es muy curioso, las destapó nada más llegar a casa. Si hubiera guardado el papel y la tarjeta, habría podido demostrar que fue un regalo. Han establecido una fianza, pero parece que le dé igual salir de la cárcel o no salir.

—Tengo que resolver esto y sacarlo de ahí. ¿Dónde está su novia? ¿Ha intentado ponerse en contacto con él?

—No, no ha vuelto a saber nada de ella desde la noche que le contó lo de su historial delictivo.

—Alguien tiene que explicarle lo que está pasando. Me pregunto dónde se habrá metido.

Sonó el temporizador y Alex fue a comprobar cómo estaba la lasaña. En el momento en que emplataba la ensalada, llegó Hanna con Watson.

—Hola, Tom. Me alegro de verte.

Hanna dedicó una de sus mejores sonrisas al pastor mientras se quitaba los guantes. A continuación, miró a Alex de reojo y arqueó las cejas.

—Tom nos ha traído la cena. ¿A que es un encanto? —dijo Alex, y también arqueó las cejas a la vez que atravesaba con la mirada a su hermana gemela, quien volvió a la carga con uno de esos gestos de «te lo advertí» antes de disponerse a servir la cena de Watson.

Alex estuvo a punto de sacarle la lengua. Según su parecer, el hecho de que Tom se hubiera presentado allí para cenar no demostraba nada más allá de su curiosidad por la investigación.

—Cuando terminemos, volveré a casa de Jane —anunció Alex mientras disfrutaban de la lasaña—. Tengo que encontrar el diario. Es posible que contenga información que nos ayude.

—Yo también voy —contestaron Hanna y Tom al unísono.

Alex frunció el ceño. No necesitaba ninguna niñera. Sin embargo, antes de que le diera tiempo de protestar y decir que iría sola, sonó el móvil de Tom y las hermanas vieron como la angustia le demudaba el rostro mientras hablaba con quien hubiese al otro lado de la línea.

—¿Quieres que vaya? —Hizo una pausa mientras hablaba su interlocutor—. Estaré ahí enseguida.

Alex y Hanna lo miraron con una mezcla de curiosidad y desasosiego.

—Era Maggie. Drew se encuentra mal. Ha empezado a dolerle el estómago a la hora de cenar y enseguida se ha puesto peor. Dice que al principio creía que estaba exagerando; ya sabéis cómo es. Se lo ha llevado a casa, pero está muy preocupada.

—¿Qué síntomas tiene? —quiso saber Alex.

—Maggie dice que tiene la boca seca y le han entrado náuseas y diarrea. Primero se ha puesto muy rojo y ahora parece que tenga alucinaciones. Cree que podría haber cogido una especie de virus gastrointestinal.

Un pensamiento horrible cruzó la mente de Alex.

—No quiero sembrar el pánico, pero esos síntomas corresponden a una intoxicación por belladona. Debería comprobar si tiene las pupilas dilatadas.

Mientras hablaba, iba buscando otros posibles síntomas con ayuda del móvil. Hanna se volvió a mirarla.

—¿Dónde puede haberse intoxicado con belladona?

—Justo antes de que Maggie volviera de correos, ha dado un mordisco de un *scone* con mermelada. Es el regalo que nos dejaron el otro día en la puerta; era para nosotras. ¿Y si fue el asesino?

—Será mejor que vaya a casa de Maggie. Tenemos que avisar al centro de control toxicológico. —Tom se dirigió a la puerta—. Siento dejaros así, chicas. Luego os llamaré para contaros cómo va todo.

Hanna ya se estaba levantando y corría hacia el armario.

—Voy corriendo a la tienda a por la mermelada y llamaré a Duncan.

—¿Quieres que te acompañe? —preguntó Alex.

—No. Tú ve a casa de Jane y encuentra el diario. Quizá nos dé una pista sobre quién hay detrás de todo esto.

CAPÍTULO VEINTISIETE

La casa de Jane estaba a oscuras, en marcado contraste con las otras viviendas, decoradas para las fiestas con adornos en el jardín y lucecitas. Era una noche gélida y en el aire pesaba la humedad condensada. Pronto nevaría, aunque de momento no hubiese descargado. Alex se estaba quedando helada allí de pie, en el camino de acceso a la casa, observando la solitaria construcción que hasta hacía tan poco era un hogar cálido y acogedor. Pero ya estaba bien de tanto sentimentalismo; tenía un trabajo que desempeñar. Y esperaba que Drew se recuperara. Aunque solo había ingerido una cantidad muy pequeña, con algunos venenos eso era más que suficiente.

Irguió la espalda y se dirigió con paso firme a la escalera de la entrada, abrió la puerta principal y encendió la luz del recibidor. Por pura cautela, cerró la puerta con llave desde dentro y comprobó que la entrada de la parte trasera también estuviera cerrada. Recorrió la planta baja, encendiendo todas las luces a su paso, y puso en marcha la calefacción.

Subió a la primera planta y se sentó en la silla de Jane. Nada más volver la cabeza, descubrió a simple vista el libro que andaba buscando. Observó el escritorio y vio varios objetos que juraría que antes estaban guardados en un cajón. Pensó en la noche anterior; seguro que todo eso no estaba allí. Ella únicamente había buscado debajo y detrás de la mesa, pero no había abierto los cajones. ¿O sí?

No le parecía que se estuviera volviendo mochales. Sin duda nada de todo eso estaba el día anterior sobre el escritorio. Pero allí no había entrado nadie más excepto quizá Everett, y no creía que él se dedicara a revolver las cosas de Jane. Al día siguiente tendría que preguntarle acerca de eso. La copia de la llave se encontraba bien guardada en su mochila, así que era imposible que hubiera entrado alguien en la casa.

Alex abrió la carta que Jane le había escrito y volvió a leerla. «Las encontrarás en mi escondite especial, junto con mi diario. […] Solo recuerda esto: yo estoy criando malvas pero tú no. Y ya sabes lo mucho que me gusta la jardinería». ¡Cómo no se le había ocurrido antes! Jane tenía un increíble sentido del humor.

Sacó el libro de la estantería. La edición en letra grande de la novela pesaba mucho más de lo que había esperado. Abrió el libro y observó que la parte interior estaba recortada y dentro había un diario junto con una cajita plana de terciopelo. Dentro de la caja encontró varios anillos de diamantes, esmeraldas y rubíes en sus correspondientes estuches. También había una gruesa gargantilla de oro y una pulsera a juego, además de tres broches antiguos de oro. Uno formaba la figura de un ocho; otro, con forma de corona, tenía una perla incrustada; el tercero era una flor con rubíes. Encontró, además, una cadena larga de la que colgaba una medalla, todo de oro. Alex recordaba haber visto a Jane llevar algunas de esas joyas de vez en cuando.

Aunque se sentía tentada de ponerse a leer el diario enseguida, decidió ver primero algunos programas de *true crime*. Hanna sabía dónde encontrarla y tenía su teléfono si alguien la necesitaba. Pasaría los programas a cámara rápida, solo para hacerse una idea del contenido y de si merecía la pena prestarle atención.

Esa nueva estrategia le permitió ver rápidamente dos episodios, entre los que, sin duda, no estaba el que andaba buscando. Pasó dos episodios más sin pena ni gloria, y entonces oyó un ruido en el porche de la entrada. Se deslizó hasta allí, abrió la puerta de golpe y la cruzó corriendo. Alex no estaba segura de quién se sorprendió

más: Gary dio un salto que lo levantó un palmo del suelo antes de volverse a mirarla. Se encontraba a poca distancia de ella y era obvio que había estado espiándola por la ventana.

—¿En qué puedo ayudarte?

Alex consiguió que su cara solo expresara desconcierto, por suerte para Gary.

—¡Me has dado un susto de muerte! Hay previsión de fuertes nevadas a partir de mañana por la tarde. He visto tu coche y solo quería comprobar si estabas dentro. Iba a ofrecerme para retirar la nieve de la acera y del camino de entrada, pero un poco más y me da un infarto. —Se llevó la mano al pecho.

—Lo siento. Pensaba que era Hanna tratando de darme un susto. A veces hace esas cosas. Te agradezco mucho tu ofrecimiento de retirar la nieve, pero solo si no va a provocarte un ataque al corazón.

—Si he sobrevivido al susto que acabas de darme, cuatro paladas no me harán nada. Hasta luego.

Dijo todo eso entre dientes y se apresuró a pasar frente a Alex y bajar la escalera mientras evitaba mirarla a los ojos. Ella volvió dentro, satisfecha. Eso le enseñaría a no espiar a la gente por la ventana. Vio que se estaba haciendo tarde y quería saber qué había pasado con Drew y la mermelada. Miró el reloj y se preguntó por qué nadie se había puesto en contacto con ella.

Estaba dedicando mucho tiempo a intentar encontrar el programa que había visto Jane sin saber siquiera si le serviría de algo. Alex solo llevaba tres años viviendo en Harriston; era bastante probable que no reconociera de memoria al individuo que su amiga había identificado. Odiaba tener que admitirlo, pero ¿cabía la posibilidad de que Jane, tras varias acusaciones fallidas, hubiera vuelto a confundirse? Era innegable que alguien la había asesinado, pero ¿tenía eso algo que ver con el programa de *true crime*? Quizá fuese una mera coincidencia. Lo cierto era que no faltaban personas que le fueran hostiles. Y una cosa que Alex había aprendido tras ver todos esos episodios era que la gente mataba por razones aparentemente banales.

Recorrió la casa apagando todas las luces mientras se preguntaba si de veras Gary había acudido allí para ofrecerse a retirar la nieve o si se trataba de una excusa. Él era una de las personas que se había enfadado con Jane antes de que la mataran. Pero ¿esas pequeñas rencillas habrían bastado para provocar su asesinato? ¿Y Netta? ¿Había sido su muerte un accidente, tal como afirmaba Duncan, o había implicaciones más siniestras? Se habían producido demasiadas coincidencias para que se contentara con aceptar la teoría de la *sheriff* y, sobre todo, no podía aceptar que siguieran considerándola sospechosa.

Cuando llegó a casa, Hanna estaba al teléfono con Duncan. En cuanto colgó, hablaron las dos a la vez.

—¿Qué ha pasado? —repitió Alex.

—Duncan ya estaba volviendo a casa cuando lo he llamado de camino a la tienda. Ha avisado a una ambulancia, han ingresado a Drew en el hospital y lo están tratando. He recogido la mermelada, pero Duncan se la ha llevado al hospital para que la analicen y determinen si contiene belladona. Me acaba de llamar. Parece que Drew se pondrá bien, aunque le espera una noche de perros. Dicen que volverá a la normalidad dentro de unos días. Maggie se quedará a dormir en el hospital y Tom ya se ha marchado a su casa. Me siento fatal. Si no le hubiera ofrecido los *scones* a Drew…

—Nos los habríamos acabado comiendo tú o yo, o quizá Maggie. Y seguramente no habríamos probado solo un bocadito, con lo cual las consecuencias habrían sido bastante peores. Esta mañana yo misma le he ofrecido a Duncan un *scone* con mermelada, pero, por suerte, se lo ha comido solo; si no, ahora estaría en el hospital.

—Si no hubieras reconocido los síntomas, Drew podría haber acabado mucho peor.

—Ha sido gracias al póster que tenemos en la tienda. Hoy he estado leyendo sobre la belladona porque Gary ha dicho que la utiliza en el vivero. Si no, no habría reconocido los síntomas tan deprisa.

Alex fue a la cocina y puso a hervir una tetera con manzanilla.

—Voy a dejar salir a Watson y luego pienso darme un buen baño —anunció Hanna abriendo la puerta que daba al patio trasero.

—Yo me quedaré aquí abajo. Voy a empezar a leer el diario de Jane. Cuando he estado en su casa, he aprovechado para ver rápidamente unos cuantos episodios más, pero no he encontrado nada que se parezca ni de lejos a lo que ella trató de describir.

Al momento, Alex dejó entrar a la perrita en casa y le dio unas palmadas en el lomo antes de que esta siguiera a Hanna a la planta de arriba. Se llevó la infusión y el diario hasta una silla junto a la que había una lámpara, se sentó y empezó a leer la última entrada. Se sintió muy triste al descubrir los últimos pensamientos de Jane. Aquella entrada la había escrito la misma noche en que murió, y en ella relataba los hechos que Alex ya conocía: el regalo de las flores de Pascua y la rabia de Joe al enterarse de que Jane seguía tratando de averiguar su pasado. La anciana había escrito con vehemencia sobre su noche en la reunión de Los Sabuesos y cómo consideraba a Alex una hija. Notó que se le empañaban los ojos y dio un sorbo de infusión. Jane también mencionaba brevemente el enfado de Zach a causa de la presión para que le revelara sus antecedentes a Jennifer. Al parecer, esa noche ella misma había telefoneado a la chica para pedirle que no se precipitara en su decisión con respecto a Zach; le sugirió que se tomara un tiempo para sopesar la relación antes de dar la cosa por zanjada. Sin duda, eso probaba que Jane seguía viva mucho después de las diez de aquella noche.

Alex se sobresaltó al oír su móvil y trató torpemente de contestar a la llamada.

—Siento llamarte tan tarde, pero te he prometido que os pondría al corriente de cómo le va a Drew —dijo Tom con tono de disculpa.

—Gracias. Espero que se ponga bien.

—No ha mejorado mucho por ahora, pero dicen que se recuperará del todo. Seguramente tu presencia de ánimo es lo que lo ha salvado. Maggie dice que mañana por la mañana no podrá ir a la tienda, pero por la tarde sí, si Drew se encuentra mejor.

—Ah, no hace falta. Es mejor que se quede con Drew o trate de

dormir.

—Le han puesto una cama en la misma habitación, o sea que podrá descansar un poco esta noche. Me parece que, cuando Drew empiece a encontrarse mejor, a Maggie le va a hacer falta separarse de él durante un tiempo. A media mañana iré al hospital para que ella pueda marcharse a casa si quiere.

Hablaron unos minutos más y luego Alex retomó la lectura del diario de Jane. Por desgracia, las entradas del domingo anterior a su muerte versaban casi todas acerca de sus conversaciones en la iglesia y no arrojaban ninguna luz sobre la identidad del asesino. Pasaba mucho rato de la hora en que solía acostarse y empezó a cabecear, así que decidió cerrar el diario. Tendría que continuar al día siguiente.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

El mundo seguía a oscuras cuando Alex se despertó, con las sábanas revueltas y la respiración agitada. Había soñado que Hanna se marchaba de Harriston y ella intentaba elaborar bombones. Se le habían quemado todos y estaba rodeada de chocolate carbonizado. El significado del sueño era obvio, pero no era el momento de preocuparse por eso. Cogió el diario de Jane de la mesilla de noche y hojeó las entradas sin leerlas enteras. Le llamó la atención la palabra «monedas» y se detuvo para leer la correspondiente entrada de un par de semanas atrás, donde Jane relataba su intención de regalarle a Zach las monedas. Era exactamente como él lo había descrito. Cuando el verano anterior se negó en redondo a aceptar dinero por su trabajo, Jane decidió regalarle la colección numismática de su padre. Tenía cierto valor y Zach podía venderla o no, pero, como ella no tenía herederos directos, no sentía por la colección un apego especial.

Había otra entrada sobre ese mismo día; Jane expresaba su alegría ante la aceptación del regalo por parte de él y tras hacerle prometer que no le correspondería con otro regalo. Eso era la prueba de que Zach no había robado las monedas de casa de Jane. Alex se sentía eufórica. Con eso, sin duda, bastaría para sacarlo de la cárcel.

Ese día tendría que hacer entrega del diario a Duncan, pero antes quería leer todo lo que le diera tiempo. Aparecía una breve

referencia a la persona que reconoció en el programa de *true crime*. Por desgracia, no mencionaba quién era. Pero al menos ahora Alex sabía cuál era la fecha y eso le permitiría afinar en la búsqueda del episodio que debía ver.

Jane también había escrito sobre la reacción de Gary cuando le contó la propuesta de modificar la ordenanza que afectaba a su negocio. Explicaba que había permanecido inmóvil, con la cara cada vez más roja, mientras mascullaba en voz baja que una mujer de su edad debería dedicarse a hacer punto en lugar de interferir en los asuntos de los demás. Alex se dijo que debería leer el texto con más detalle para averiguar qué otras fantásticas ocurrencias escondía.

Tras completar su ritual de cada mañana, fue abajo y guardó el diario y todo cuanto necesitaba en su mochila. Dejó una nota en la encimera para recordarle a Hanna que tenían que preparar la ensalada alemana de patata para Nochebuena. El plato, elaborado con patatas, huevos, pepinillos, cebollas, mayonesa y su ingrediente secreto, el jugo de los pepinillos, siempre estaba más sabroso si se dejaba reposar durante un día.

Cuando se estaba abrochando el abrigo, oyó que llamaban tímidamente a la puerta. No estaba acostumbrada a recibir visitas a las seis de la mañana y, tras el susto de la noche anterior en casa de Jane, se sentía un poco alterada. Cogió un cascanueces de madera de la mesa del recibidor y lo sostuvo en el aire como si fuera un garrote. El cristal de la puerta era traslúcido por cuestiones de intimidad, de modo que preguntó quién era.

—Soy Oliver. Siento presentarme aquí tan temprano, pero he visto la luz encendida.

Alex exhaló un suspiro y abrió la puerta.

—Pasa. ¿Qué haces levantado tan temprano y paseándote por delante de mi casa? —Oliver miró el cascanueces que Alex seguía aferrando y ella hizo un gesto despreciativo con la mano—. Estaba limpiando el polvo.

—He salido a dar mi paseo matutino. La *sheriff* y uno de sus ayudantes estuvieron hablando conmigo anoche y les conté todo lo

que vi la noche del asesinato de Jane. La *sheriff* me preguntó a bocajarro si había estado bebiendo. Dijo que el ayudante que vino a interrogarme la mañana después del asesinato de Jane había dejado anotado que presentaba síntomas de resaca. Les conté la verdad; no me pareció buena idea mentirles.

—Tienes mucha razón. ¿Te explicaron algo?

—Solo que podrían llamarme a testificar si llegara a celebrarse un juicio. —Oliver tenía una expresión apesadumbrada—. De no ser así, es poco probable que nadie llegue a enterarse de lo de mi borrachera. Pero igualmente pienso confesárselo todo a mi editor. Estoy cansado de guardar secretos. Además, hay una cosa que no te conté. Cuando la persona a la que vi se marchó de la casa, se dirigió al patio trasero de Gary. Luego no sé a dónde fue; estaba demasiado oscuro. La *sheriff* dice que han encontrado huellas, pero que hay demasiadas marcas de botas entre la casa de Jane, la de Gary y la de Yvonne. Dicen que parece que alguien hubiera organizado una fiesta infantil en los tres patios. Además, es difícil determinar de cuándo son las huellas.

Alex se tomó un momento para asimilar la información.

—Así que has salido a dar tu paseo matutino. ¿Y no te parece un poco temprano?

—Eso es gracias a ti. —Oliver sonrió de oreja a oreja—. Cuando te marchaste el otro día, me deshice de los restos de vodka y decidí seguir mis propios consejos. Me estoy dedicando a caminar y meditar mucho. Siempre que me entran ganas de beber, salgo a pasear, hago pesas o practico yoga. Parece que me ayuda. Y el lunes volví a la reunión de Alcohólicos Anónimos. Si aquella noche no hubiera bebido, podría haber ido a casa de Jane para ver qué ocurría y a lo mejor habría impedido que la asesinaran.

—O, lo más probable, habrías estado durmiendo y no habrías visto nada de nada. No creo que sea buena idea pasar demasiado tiempo dándole vueltas a la cabeza sobre lo que podría haber pasado o no. Es mejor centrarse en el presente y sacarle el máximo partido. Está bien aprender de los errores para el futuro, pero no te

quedes anclado en el pasado.

—Quizá utilice esa cita en mi próximo libro, que ya he empezado, por cierto. —Oliver sonrió con timidez—. Voy a intentar escribirlo yo mismo, como te dije, pero no me agobiaré si al final necesito que me echen un cable. A ver qué tal me va.

Alex salió de casa junto con Oliver y agarró su mochila al pasar. Le preguntó al escritor si quería que lo acompañara en coche hasta su casa, pero él rechazó el ofrecimiento porque quería pasar más tiempo al aire libre. Ella se alegró de que, al parecer, estuviera poniendo orden en su vida. Personalmente, jamás había tenido que luchar contra una adicción, a menos que el chocolate contara como tal. Sus padres habían inculcado a sus hijas que no debían empezar nada que quisieran abandonar en el futuro y Alex se había tomado ese consejo muy a pecho, pero sí que había visto a algunos amigos tener que enfrentarse a adicciones y sabía cuán destructivas podían llegar a resultar.

En la tienda, se preparó una taza de infusión y se sentó en el banco junto a la ventana para seguir leyendo el diario. Al cabo de unos segundos, estaba inmersa en los pensamientos y las reflexiones de Jane. Había escrito sobre la obsesión de Yvonne por que la nombraran presidenta de la Asociación de Horticultores, cargo para el que se había propuesto varias veces. En una entrada anterior, mencionaba que Gary se había puesto como una furia cuando sacó el tema de su vida antes de trasladarse a Harriston. Jane había tratado de averiguar cosas por su cuenta, pero se había topado con el mismo callejón sin salida que Alex.

Leyó una entrada del mes de diciembre del año anterior. Allí encontró una breve mención de la foto que querían tomar de Gary con las flores de Pascua y su rotunda negativa a que se publicaran imágenes de él. Jane había escrito que incluso la amenazó con emprender acciones legales si aparecían su nombre o la fotografía en el artículo.

El sonido de la puerta al abrirse hizo que Alex comprobara la hora. Estaba tan enfrascada en el mundo de Jane que había perdido

por completo la noción del tiempo. Aún faltaban cuarenta y cinco minutos para abrir la tienda y le sorprendió gratamente ver llegar a Hanna con *muffins* de la pastelería, seguida de Watson.

—Louise ha ido al trabajo esta mañana, pero la tienda estaba a rebosar. He tenido que esperar más de diez minutos para comprar esto. ¿Has sacado algo en limpio del diario de Jane?

Hanna llevó los *muffins* a la cocina y se dispuso a preparar más manzanilla. Alex la siguió y dejó a Watson en la sala de actos: a la perrita no le estaba permitido entrar en la cocina. Cuando hubieron untado la mantequilla y tuvieron las humeantes tazas frente a ellas sobre la mesa, Hanna empezó a contárselo todo.

—Duncan me ha llamado hace un rato y me ha despertado. Por eso he llegado tan temprano. Me ha dicho que el forense ha situado la hora de la muerte de Jane entre las once y media de la noche y la una de la madrugada, aunque la información de Oliver acota más el margen de tiempo. Después de hablar con él, fueron a ver a Zach a la cárcel, y él sostiene que no llegó a casa de Jane hasta unos minutos antes de que tú lo vieras marcharse. Duncan cree que es probable que lo suelten, porque no tienen pruebas suficientes para acusarlo de asesinato, y el indicio de robo no es suficiente para tenerlo en prisión preventiva.

—Creo que tengo la prueba que necesita para que retiren la acusación de robo —dijo Alex, y le tendió el diario de Jane—. Mira en el ocho de diciembre.

Tras pasar unas cuantas páginas, Hanna leyó la entrada correspondiente a esa fecha.

—Es la prueba de que no robó las monedas, pero seguro que siguen considerándolo sospechoso de asesinato. Según Duncan, la *sheriff* Summers está decidida a imputarle algún delito.

—Creo que tiene un problema con el miedo a equivocarse. Eso significa que tenemos que dar con el auténtico asesino antes de que empiece a obsesionarse conmigo otra vez.

Alex le contó a su hermana lo de la visita de Oliver a primera hora y también lo que le ocurrió con Gary la noche anterior.

—Juraría que dio un respingo que lo levantó más de un palmo del suelo cuando crucé la puerta corriendo.

Hanna se echó a reír.

—Ojalá hubiera estado allí para verlo. ¿Qué crees que estaba haciendo en realidad?

—No tengo ni idea —respondió Alex, encogiéndose de hombros —. Cada vez que me dejo caer por allí, aparece él. Tal cual.

Su hermana se plantó delante del tablón de pistas.

—Nos quedan solo tres sospechosos: Joe, Louise y Gary —declaró en el momento en que le sonaba el teléfono—. Es Duncan —anunció mirando la pantalla. Arqueó las cejas y contestó a la llamada. Estuvo unos minutos escuchando—. Gracias —dijo, y colgó.

—Han analizado la mermelada y los resultados son claros: las bayas que contiene son una combinación de belladona, frambuesas y arándanos. Drew tiene mucha suerte de que en el hospital hayan sabido cómo actuar gracias a ti. Todo un *scone* untado con esa mermelada seguramente bastaría para matar a una persona. Ha insistido para que se ocupen del análisis toxicológico de la autopsia de Netta de inmediato y va a preguntar en su barrio si algún vecino la vio en casa después de que Trixie la acompañara. También dice que va a volver a fijarse en todas las personas cercanas a Jane.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Alex estuvo encantada de que por fin Duncan hubiese decidido explorar otras teorías, pero no pensaba renunciar a sus esfuerzos. Tenía la sensación de que estaban muy cerca de la respuesta.

—¿Puedes ocuparte de todo esto un rato? —le preguntó a Hanna a la vez que descolgaba el abrigo—. Quiero hacerle una visita a Louise.

El local de Cookies'n Crumbs no estaba especialmente concurrido. Solo tuvo que aguardar un minuto para que Sam le preparara un chocolate caliente.

—¿Te importa si le pido a Louise que venga un momento conmigo? Necesito hablar con ella.

La mujer la miró extrañada, pero no le preguntó nada.

—Claro. Le diré que te lleve el chocolate y podéis instalaros en la esquina. Hay una mesa libre.

Alex se sentó y miró alrededor. La pastelería estaba llena de vecinos del pueblo, muchos de los cuales eran jubilados y solían acudir allí para pasar el tiempo. En otra mesa había una pareja de mujeres más jóvenes, enfrascadas en su conversación. ¿Alguna de aquellas personas seguía hablando del asesinato o bien la emoción de la Navidad y las presiones del día a día habían eclipsado el momento de la tragedia?

Cuando Louise se acercó con la taza de chocolate, Alex le señaló

la silla del otro lado de la mesa.

—¿Puedes sentarte, por favor? Me gustaría preguntarte una cosa. Ya se lo he consultado a Sam y me ha dicho que le parece bien que te tomes un descanso para que hablemos.

Louise se sentó y miró a Alex con recelo.

—Pues adelante. Habla.

—No sé si lo sabes, pero estoy intentando averiguar quién mató a Jane y a Netta.

—¿Pero Netta no se había caído por la escalera?

—Sí, pero eso no significa que no la empujaran. Respeto tu deseo de privacidad, de verdad, pero creo que la persona responsable de los asesinatos de Jane y Netta se ha instalado en Harriston en los últimos diez años, y tú eres una de las pocas personas que encaja en ese supuesto.

Louise se puso tensa y dejó caer la mandíbula.

—¿Crees que las he matado yo?

—Para serte del todo sincera, no. Pero, por desgracia, no tienes coartada y no he podido averiguar nada de tu pasado, así que igual dejaste una ristra de cadáveres allá de donde vienes, Jane lo descubrió y tú la mataste. Le gritaste y le dijiste que no aireara las cosas.

Louise palideció, pero mantuvo los labios apretados y guardó silencio, hasta que una de las comisuras de su boca se curvó hacia arriba.

—Pobrecita, eres más tonta que un zapato. —Sacudió la cabeza —. ¿Por qué no te metes en tus asuntos?!

Alex bajó la voz.

—Porque estoy segura de que a Jane la mataron después de que averiguara algo sobre alguien. Quizá no debería haber husmeado tanto, pero era una buena persona y no merecía morir. Pienso indagar y seguir indagando hasta que descubra cuál es el motivo por el que la asesinaron.

Louise, sentada en la punta de la silla con los hombros rígidos, soltó una especie de gruñido, como si se estuviera atragantando.

—Será mejor que no le cuentes esto a nadie si sabes lo que te conviene. Lo único que hay en mi pasado es un exmarido más rastrero que una serpiente. Cuando gané un poco de dinero en la lotería, cogí mis cosas y me marché de casa, pero sabía que vendría a por mí si alguna vez se enteraba de que tenía cuatro centavos ahorrados. Ni siquiera les he podido decir a mis hijos dónde vivo porque los machacaría hasta que se lo contaran. Jane encontró a uno de ellos por internet y le envió un mensaje. Quería decirles dónde vivo para que pudieran venir a verme, pero no tenía ni idea de que estaba destapando la caja de Pandora. Ya voy a verlos yo de vez en cuando, a ellos y a mis nietos. Nadie más tiene por qué meterse. —Louise se puso de pie—. Será mejor que vuelva al trabajo. Acuérdate de lo que te he dicho y no se lo cuentes a nadie.

Alex se quedó allí sentada, incapaz de moverse. No era esa la historia que esperaba, desde luego. Cogió la taza de chocolate intacta y se dirigió a la puerta tras agitar la mano para despedirse de Sam y de Louise. Esta última se limitó a atravesarla con la mirada.

Hanna andaba corriendo de un lado a otro, organizando un expositor, cuando Alex regresó a la tienda. Había unos cuantos clientes dando vueltas.

—Acabo de mirar el correo electrónico. Ayer nos llegó un mensaje de la coordinadora de actividades de la residencia de ancianos de Swanson para avisarnos de que esta mañana un grupo vendría de compras a Harriston. Quería asegurarse de que lo supiéramos porque son veinte como mínimo.

—Vamos a preparar un expositor con los misterios *cozy* de *quilts* y labores de punto. Y los de Navidad. Sospecho que muchas de esas mujeres aún disfrutan con esos temas.

Alex sacó unos cuantos libros de una estantería.

—Vale. También he encontrado algunos de bordados. Y odio el estereotipo, pero quizá nos vendrían bien los de gatos.

—*Miauravilloso*.

Hanna soltó un gruñido.

—Dejaré unas cuantas velas y mermeladas en los expositores.

Me las imagino comprando esas cosas junto con los libros.

Alex empezó a repartir objetos por las estanterías y Hanna se volvió a mirarla.

—¿Qué te ha dicho Louise?

Haciendo una pausa, Alex miró a Hanna y sacudió la cabeza.

—No sé si te lo vas a creer.

Mientras seguían trabajando, le contó a su hermana lo ocurrido en la pastelería.

—¿Tú la crees?

—Me parece que sí. Cuando estuve en su casa, vi fotos de quienes probablemente son sus hijos y sus nietos. Aunque quizá será mejor no tacharla de la lista de sospechosos.

—Tenemos que encontrar la manera de reducir esa lista.

Entraron varios clientes que acapararon su atención y luego hubo una afluencia continua que les impidió hablar del asesinato ni de ninguna otra cosa. Hanna sacó bombones de cortesía para los clientes, que incluían una de las especialidades navideñas. El de pastel de frutas con flúor contenía puré de arándano rojo y cereza con un toque de ron, recubierto de *ganache* de chocolate y una capa de chocolate con leche. Se vendieron unos cuantos después de que los clientes los degustaran.

Cuando la tienda estuvo casi vacía, Hanna quiso volver a ver el diario de Jane.

—¿Cuánto llevas?

—No llega a la mitad. He leído bastante en diagonal y me he saltado muchas cosas. Voy a empezar a copiarlo ahora mismo, y más tarde tendré que sacar tiempo para leerlo con más detenimiento. Espero que haya más pistas sobre quién la mató.

Entraron dos clientes procedentes de otra sala y se dirigieron al mostrador con sus compras. Yvonne sostenía un libro en alto.

—Me gustó la novela de misterio *cozy* y quiero leer otra.

—Me alegra oír eso. Son mis favoritas.

—¿Sigues ocupada con lo de la casa de Jane o lo has dejado para después de las fiestas?

—Seguramente esta noche iré otra vez y espero terminar pronto. Feliz Navidad.

Yvonne cogió su libro y se marchó. Hanna le cobró su compra a otro cliente mientras Alex salía de la tienda y cruzaba la calle a toda prisa; acababa de recordar que en correos había cartas para Jane. Justo delante entró Joe, y ella esperó pacientemente a que comprobara su apartado postal.

—¿Puedo molestarte un momento?

—Claro. ¿Qué pasa? —preguntó Joe mientras recogía su paquete.

—He estado hablando con una persona, y me ha dicho que te vieron corriendo cerca de Harriston Blooms el sábado por la tarde, sobre las cinco y media.

—Sí, me suena. Muchas tardes salgo a correr después del trabajo. ¿Por qué?

Se volvió para concentrar toda su atención en Alex a la vez que se cruzaba de brazos y entornaba los ojos.

—Es la hora a la que murió una vecina que vivía justo enfrente. Se cayó por la escalera. Me preguntaba si viste algo… raro.

Joe relajó la postura.

—He oído lo de esa otra vecina, sí. Qué curioso que todas las viejas se mueran de repente. Raro no sé, pero al pasar vi a alguien cruzando el jardín de detrás de su casa.

—¿Podrías describir a esa persona? ¿Era alta? ¿Hombre o mujer?

—Qué va. Estaba muy oscuro, y yo estaba corriendo y tenía que mirar por dónde iba.

—¿Te vio alguien más por el camino?

—Puede. En este pueblo nunca se sabe quién hay mirando por la ventana. ¿Algo más?

Tras despedirse, Alex comprobó su buzón y se acercó al mostrador. Mientras esperaba a que Eudora se despegara del teléfono, empezó a pensar en lo que Joe le había dicho. Quizá la persona a la que vio no tuviera nada que ver con la muerte de Netta. ¿Era posible que la muerte de Jane no guardara ninguna relación con el programa de *true crime* y lo de Netta hubiera sido

solo un accidente?

Por fin, Eudora colgó y le hizo señas para que se acercara al mostrador.

—Feliz Navidad.

—Feliz Navidad a ti también. Mañana ya es Nochebuena; increíble, ¿no? El tiempo vuela.

—Pues sí. Tanto tiempo esperando el día y, de repente, ya está aquí.

—Hanna me ha dicho que pasara a buscar el correo de Jane.

—Sí, ahora te lo doy. Tendrás que firmar el acuse de recibo.

Al cabo de un momento, Eudora le tendió una pequeña pila de cartas y un sujetapapeles y le señaló dónde tenía que firmar.

—Mis informantes me han dicho que han soltado a Zach. Ya era hora. Me alegro de que pueda pasar la Navidad en casa. Y creo que su novia también ha vuelto.

—¿Novia o exnovia?

—Por lo que yo sé, podría haber reconciliación.

Alex se alegró tanto de recibir una buena noticia para variar que volvió a la tienda dando saltitos por el camino. Vio el autobús de la residencia de ancianos aparcado en la puerta, y una colección de mujeres de todas clases —delgadas, fornidas, altas y bajas— se apearon con cuidado y entraron en la tienda. Alex dejó las cartas detrás del mostrador en el momento en que varias ancianas se acercaban a donde estaban ella y su hermana.

La clienta de Alex era una mujer menuda de pelo gris con reflejos lilas que llevaba unas pequeñas gafas de leer colgadas del cuello por una cadena y que se presentó con el nombre de Thelma.

—Veo que tenéis los expositores llenos de esas historias de misterio *cozy* que no se cree nadie —dijo con una voz sorprendentemente potente—. Quizá sea lo que buscan mis amigas, pero yo quiero algo más fuerte. Me da igual si hay sexo y palabrotas. Búscame un *thriller* que sea bueno y que dé mucho miedo, algo que me haga sentirme viva durante todas las fiestas.

Alex se quedó algo descolocada, pero sonrió.

—Creo que tengo algunos libros que le gustarán.

Llevó a la señora hacia las estanterías de la sala del este y allí le señaló algunos *thrillers* que gozaban de gran popularidad. La dejó allí, feliz, examinando con detalle un éxito de ventas.

Hanna estaba repartiendo más bombones de cortesía para las clientas. Sin duda, las ancianas se decantaban por los de ciruela al cianuro, pan de jengibre a la gelsemina y delicias de rosa a la ricina. Al parecer, la dentadura postiza no favorecía las variedades que contenían frutos secos. Algunas se llevaron una caja después de catar un par de variedades.

Una parte de las clientas se había arremolinado en torno a los expositores con las novelas de misterio que Hanna y Alex habían dispuesto por la mañana, y unas cuantas también llevaban en las manos tarros de mermelada. Cuando salieron de la tienda, Alex las observó marcharse y se preguntó si esa sería ella algún día: sin nadie ni nada con quien pasar las Navidades, salvo un montón de novelas de misterio y una caja de bombones. Quizá incluso llevaría el pelo lila. Pero seguro que, al menos, no tendría ningún gato.

Alex y Hanna recolocaron el género en los anaqueles medio vacíos y repusieron aquello que las ancianas de la residencia se habían llevado. Cuando terminaron, Hanna se ofreció para ir a comprar la comida al colmado. Mientras tanto, Alex se sentó y revisó el correo.

Tras terminar de leer su correspondencia y tirar todo lo que no valía, comprobó la de Jane. Había varias tarjetas de Navidad, y decidió que respondería a esas personas y les explicaría que Jane había muerto. También encontró el habitual montón de facturas y correo basura. Tiró este a la papelera y agrupó las facturas para llevárselas a Everett. También encontró una revista sobre novelas de misterio que decidió dejar en la tienda, además de un sobre grande de color marrón con una dirección de devolución que remitía al secretario del condado de Spokane en Washington.

CAPÍTULO TREINTA

Con ayuda de un abrecartas, Alex abrió el sobre del secretario del condado de Spokane. Dentro había dos hojas de papel y un comprobante de pago. La primera hoja era una carta breve para indicar que se adjuntaba una copia del documento de cambio de nombre legal solicitado además de la factura correspondiente a las tasas. Alex miró la segunda hoja, donde se explicaba que Joe Cameron era antes Jeremy Camalleri. O sea que Jane no se había rendido, claro, sino que había continuado indagando sobre la procedencia de Joe y su verdadera identidad.

De inmediato fue hasta el ordenador e introdujo en el buscador los datos Jeremy Camalleri de Spokane, Washington. En cuestión de segundos, obtuvo múltiples entradas con ese nombre. Varias correspondían a artículos de periódicos en su versión electrónica. Seleccionó uno y, emocionada, empezó a leerlo.

En esencia, el artículo, fechado doce años atrás, explicaba que Joe había sido demandado por el propietario de una casa mal construida que tenía goteras y problemas de humedad, lo cual había provocado la aparición de moho en zonas extensas. La hija de la pareja tenía asma y había sufrido varias crisis durante los meses posteriores a su traslado a la casa, la última de las cuales le provocó la muerte.

Por desgracia, el jurado no se mostró favorable a la postura de los propietarios, que afirmaban que Jeremy era culpable de la

muerte de su hija. Jeremy ganó el pleito, pero fue una victoria amarga ya que, poco después, su mujer lo dejó y se llevó consigo a los dos hijos de la pareja. Ella se llamaba Laura Camalleri. Alex comprobó las demás entradas, pero todas explicaban básicamente lo mismo. Vio una foto de Jeremy y Laura en uno de los artículos: sin duda, él y Joe eran la misma persona.

Efectuó una búsqueda rápida en las redes sociales y encontró a Laura Camalleri de Spokane, cuya foto se correspondía con las del artículo anterior. En un impulso, Alex le envió un mensaje privado para explicarle por qué quería hablar con ella en persona. Tras meditarlo unos segundos, seleccionó la opción Enviar. «Lo peor que puede pasar es que no me conteste».

Al cabo de un minuto llegó Hanna.

—Mira esto.

Alex le mostró los documentos sobre el cambio de nombre y el artículo de internet.

—Le he mandado un mensaje a su exmujer pidiéndole el número de teléfono para poder llamarla.

—¡No habrás sido capaz!

Alex asintió.

—Quiero saber si detrás de esta historia hay algo más que lo que cuentan los periódicos. Si aquí reside su gran secreto, es normal que no quisiera que Jane metiera las narices en su pasado.

Mientras miraban la pantalla, apareció una notificación de mensaje nuevo. Laura había respondido con su número de teléfono y Alex la llamó de inmediato. Tras concluir las presentaciones iniciales, le explicó lo del asesinato de Jane y por qué estaban intentando descubrir lo sucedido.

—¿Sabe por qué Joe, o sea, Jeremy, cambió de nombre y se vino a vivir aquí? —preguntó—. Es muy hermético en relación con su pasado.

Laura se echó a reír.

—Está bien saberlo. Lo hizo, sobre todo, porque yo se lo pedí. Bueno, lo del cambio de nombre no; lo del traslado. Le dije que no

quería verlo cerca y que estaba dispuesta a renunciar a cualquier derecho sobre su negocio en el acuerdo de divorcio si él se comprometía a marcharse lejos y dejarnos tranquilos a los niños y a mí.

—¿Fue por la demanda?

—En parte, sí. Jeremy no era un socio muy limpio. Le gustaba incluir cláusulas en letra pequeña que, básicamente, dejaban al propietario con una mano delante y otra detrás. Él siempre buscaba el camino rápido. No hacía cosas claramente ilegales, pero se movía en la frontera de lo prohibido. Al final me cansé de las amenazas y las miradas de odio de la gente, que me consideraba parte implicada. Cuando murió aquella chica, fue la gota que colmó el vaso. Se lo puse muy fácil para que aceptara la ruptura. Le permito que hable con los niños y que se los lleve de vacaciones un par de veces al año. Sé que puede sonar muy despiadado, pero me he vuelto a casar y mis hijos tienen un padrastro que se porta muy bien con ellos. No les beneficia en nada tanto escándalo.

—¿Cree que él sería capaz de recurrir a la violencia con tal de mantener su pasado en secreto?

—No me lo imagino haciendo una cosa así. Jeremy tiene genio, pero nunca ha sido violento con nadie. Ni siquiera era partidario de pegarles a los niños. ¿Qué día mataron a su amiga?

—Alrededor de la medianoche del lunes catorce.

Laura guardó silencio unos instantes.

—Según mi calendario, Jeremy estuvo hablando con nuestros hijos esa noche, más o menos desde las diez hasta las once y media de nuestro huso horario, o sea, entre las once y las doce y media del suyo. Me acuerdo de que me enfadé porque era muy tarde, pero fue porque habíamos hecho planes de última hora para marcharnos al día siguiente hasta después de Navidad, y Jeremy me dijo que había tenido una reunión hasta esa hora. Al final tuvimos que anular el viaje porque mi marido tuvo una urgencia en el trabajo. Es cirujano y hay cosas que no puede demorar. No sé si todo esto le ayuda en algo.

—Sí que me ayuda. Le agradezco mucho que me haya permitido llamarla. Y siento haberle hecho tantas preguntas personales.

—No pasa nada, pero ahora tengo que dejarla. Hemos cambiado la fecha del viaje y nos vamos mañana, así que tengo un montón de cosas que hacer. A ver si hay suerte y esta vez sí que podemos marcharnos.

Cuando colgaron, Hanna y Alex se miraron en silencio.

—¿Hay alguna posibilidad de que Joe fuera a casa de Jane después de medianoche, cuando terminó la llamada, y la matara? —quiso saber Hanna.

—No si creemos que el tipo a quien vio Oliver y el asesino son la misma persona. Es imposible que dos personas entraran en casa de Jane. Y otra cosa: ¿Joe sabía dónde estaba la copia de la llave? —Alex tamborileó con los dedos en la barbilla—. No era difícil mirar debajo de la maceta y dar con ella, pero no creo que fuesen dos personas distintas. Me parece que tendremos que tachar a Joe de la lista de sospechosos.

—¡Aleluya! Entonces, solo queda Gary, y quizá Louise, porque a los demás ya los has descartado.

—Seguro que Gary esconde algo. No dejó ni que le hiciéramos una foto el año pasado, ¿te acuerdas? Si tiene alguna orden de busca y captura por asesinato, supongo que intentará pasar desapercibido sea como sea. Todo encaja. También sabía dónde estaba la llave. Jane había puesto en peligro su negocio por lo de la modificación de la ordenanza que ella propuso. Yvonne dijo que se había puesto «hecho un basilisco», y eso fue la noche del asesinato de Jane.

—Quizá ni siquiera sabía que Jane sospechaba que lo buscaban por asesinato, ¿no? Tal vez se enfadó tanto con ella por lo de la ordenanza que la mató. Jane dijo que la personalidad es un factor clave. Si Gary había matado en el pasado, ¿por qué no iba a volver a hacerlo? —aventuró Hanna.

—Seguro que sí que sabía lo de las sospechas de Jane. Netta se lo contó en la reunión de la Asociación de Horticultores.

En ese momento entraron un niño y una niña, y Hanna los saludó. Él tenía unos doce años y ella, nueve o diez. Estaban que no cabían en la piel porque habían salido a comprar solos.

—Queremos un regalo para nuestra madre. Papá nos ha dado dinero y nos ha pedido que le compremos un libro para Navidad. ¿Nos ayudáis a encontrar uno de la lista?

La niña entregó un papel arrugado a Hanna. Alex les sonrió sin prestarles demasiada atención mientras pensaba que Gary tenía todas las pruebas en su contra. Seguro que escondía algo, pero, a decir verdad, a ella le caía bien. Claro que muchos asesinos en serie caían bien. Miró la pobre flor de Pascua de Jane y se acordó de la conversación con Netta. Desde la mañana posterior al asesinato de Jane, había algo que la tenía inquieta. La mujer quería saberlo todo sobre su apuñalamiento. Pero, esa mañana, las únicas personas que sabían que a Jane la habían apuñalado eran Duncan, sus compañeros de la comisaría, Hanna, Alex y el propio asesino. ¿Cómo lo había averiguado Netta? Era obvio que no era la culpable del homicidio, o sea que solo se lo pudo haber revelado el asesino. «Quizá era eso lo que quería explicarme». Aquella mañana, Alex le dijo a Netta que le habían pedido que no diera detalles sobre el crimen. Netta debió de imaginarse que quien le dijo que a Jane la habían apuñalado tenía información que no debía tener.

Mientras Hanna ayudaba a sus jóvenes clientes, Maggie entró en la tienda e interrumpió los pensamientos de Alex, que la saludó con un abrazo.

—¿Cómo está Drew?

—Va mejorando. Ha pasado la primera noche y los síntomas ya no son tan graves. Ha estado contándoles a los médicos todo lo mal que lo ha pasado, así que me parece que pronto será otra vez el de siempre. Creen que podrá volver a casa mañana. Yo pensaba que le darían el alta hoy, pero él insiste en que quiere que le hagan más análisis.

—Menos mal. Estábamos muy preocupadas. No tengo palabras para decirte lo mucho que siento haberle ofrecido la mermelada.

Maggie contestó con un resoplido.

—No es culpa vuestra. Fue cosa del asesino. ¿Habéis avanzado con la lista de sospechosos? Duncan nos dijo que han soltado a Zach.

Alex llevó a Maggie a la cocina y le explicó lo que había descubierto hasta ese momento.

—Necesito una copia del diario de Jane para poder dárselo a Duncan.

—¿Y por qué no me dejas eso a mí y tú te dedicas a encontrar al asesino?

Alex miró el tablón de pistas. Jane había dicho que la clave era la personalidad del asesino. ¿Tenía Gary esa clase de personalidad? Se mostraba muy reservado con respecto a su pasado y zanjaba al instante cualquier intento de removerlo. También se enfadó por la idea de Jane de modificar la ordenanza municipal y no tenía ninguna coartada en ninguno de los dos casos. Era posible que, la mañana que ella descubrió el cadáver de Jane, Gary hubiese estado hablando con Netta mientras la mayoría de los vecinos se agolpaban en la calle, y podría habérsele escapado lo del apuñalamiento. También era cierto que aparecía como por arte de magia cada vez que ella se acercaba a casa de Jane. Si conociera el contenido del episodio de *true crime* al que se refería su amiga, quizá podría establecer la conexión igual que ella. ¿Sería Gary la persona que había en la oficina de correos el viernes en que Netta reveló las sospechas de Jane?

CAPITULO TREINTA Y UNO

Alex estaba leyendo las páginas del diario de Jane que Maggie había copiado cuando sonó el teléfono. Le hizo una seña a Maggie para que se alejara y descolgó.

—Alex, soy Yvonne. ¿Quieres venir a tomar el té a mi casa esta tarde? Como mañana es Nochebuena, me encantará poder celebrarlo con alguien. Voy a preparar un té inglés como Dios manda. Es una especie de tradición. Solía invitar a Netta, pero, claro, eso ahora ya no es posible.

Lo último que a Alex le apetecía era ir a casa de Yvonne. Necesitaba concentrarse en la lectura del diario, pero la mujer parecía muy triste y sola. Uf. Se dio unos golpecitos con el puño en la cabeza, pero no vio la forma de negarse.

—Me encantaría —contestó a la vez que sacudía la cabeza.

—Fantástico. Te espero a las cuatro en punto.

Alex fue a hablar con su hermana.

—Hanna, ¿te importa si salgo un rato a las cuatro? Yvonne me ha invitado a tomar el té y me ha parecido que se siente muy sola, así que no he sido capaz de decirle que no.

—Vete tranquila y pásalo bien. Mientras tanto, nosotras resolveremos esto.

—¿Puedes llamar a Duncan y decirle lo del diario de Jane? Creo que Maggie casi ha terminado de copiarlo.

Cuando faltaban cinco minutos para las cuatro, y a pesar de sus

reservas, Alex cogió el coche para ir a casa de Yvonne. Cuando se apeó, miró al cielo y vio que estaba cubierto por franjas gris oscuro. Pronto empezaría a nevar, aunque esperaba que no lo hiciera hasta al cabo de unas horas. ¿Por qué la habría invitado Yvonne a su casa? ¿No tenía amigas de su edad? Al pensar en su arrogancia y sus aires de superioridad, imaginó que era muy posible que la mujer no tuviera ninguna amistad cercana.

En el salón de apariencia formal, la mesita auxiliar estaba cubierta por un bello mantel blanco de damasco. Alex se sintió impresionada. Saltaba a la vista que la mujer había puesto mucho empeño en preparar la celebración. Yvonne había dispuesto unos platos blancos exquisitos con el borde adornado por bayas y acebo, además de una cinta rojo escarlata que lo recorría de extremo a extremo, y en el centro de cada plato había una bella corona verde con más bayas rojas entrelazadas.

También tenía dos teteras blancas decoradas con el mismo motivo y las tazas y los platitos a juego. En medio de la mesa había una magnífica bandeja de tres pisos. El de abajo contenía unos sándwiches diminutos cortados a la perfección; el de en medio, *scones* recién hechos, y el de arriba, un surtido de pastelitos y bollos. Sobre la mesa había, además, mermelada y crema cuajada.

—Siéntate, por favor —la invitó Yvonne señalando el sofá.

Alex se colocó sobre el regazo una servilleta blanca rematada con un bordado de color escarlata.

—Qué bonito y qué navideño. ¿Hace mucho tiempo que tienes estos platos?

—Los heredé de mi madre. Era inglesa, así que por las tardes solíamos tomar el té, pero solo usábamos esta vajilla durante las Navidades. Hace meses que espero este momento. ¿Prefieres un Earl Grey o un té a la menta?

—Té a la menta, por favor.

—Ay, cariño, me he olvidado el azúcar en la cocina —dijo Yvonne mientras le servía el té a Alex.

—No pasa nada, ya voy yo.

Alex se levantó de un salto y se dispuso a ir a la cocina.

—Puedo ir yo —gritó Yvonne a su espalda.

Sobre la encimera de la cocina, había un azucarero del mismo juego de té. Alex lo cogió mientras daba un vistazo alrededor y admiraba la belleza de la cocina y la sala de estar. Sin duda, allí reinaba un perfecto orden. Yvonne mantenía la casa impecable y muy organizada.

Cuando se sentó de nuevo, la mujer le señaló los distintos tipos de sándwiches. Los había rellenos de ensaladilla de huevo, de salmón ahumado, de pepino con berros y de ensalada de pollo con arándano rojo. Todos parecían deliciosos, pero Alex no tenía demasiada hambre después de todo lo ocurrido. Cogió uno de salmón ahumado y otro de ensalada de pollo. Su anfitriona se sirvió uno de cada variedad en el plato y le insistió a Alex para que probara los sándwiches de pepino y de ensaladilla de huevo. Ella dudó, ya que Yvonne parecía deseosa de que los probara todos. La anciana le recordaba un poco a su propia madre, que cuando te sentaba a su mesa insistía para que comieras hasta que estabas a punto de explotar. Era un milagro que toda su familia materna no fuese obesa.

Una vez que estuvieron servidas y con las tazas llenas, Yvonne se relajó.

—¿Qué planes tienes para los próximos días?

—Bueno, la tienda estará abierta hasta mañana y Hanna y yo hemos invitado a cenar a Tom Kennedy. El día de Navidad, aún no sé lo que haremos. Queremos ir a ver a Maggie y a Drew, pero ayer él se puso enfermo y lo ingresaron en el hospital, así que no sé si podrán tener visitas. ¿Y tú? ¿Qué harás?

—Me pasaré las fiestas leyendo y escuchando villancicos. No tengo parientes cercanos, así que el día de Navidad es bastante tranquilo, muy parecido a un día normal. Pero, por favor, no pongas esa cara tan triste; yo estoy bien así.

Yvonne dio un bocadito de un sándwich de ensalada de pollo.

—Supongo que a todo el mundo le gustaría estar con la familia

en Navidad.

—No tengo hermanos y tanto mi padre como mi madre eran también hijos únicos. No puede decirse que tenga familia. A mis padres los echo de menos, pero, en general, prefiero estar sola. Cuando mi marido murió, tuve una gran sensación de alivio, aunque también lo echo de menos, claro. Pero se me hacía una montaña tener que estar pendiente de los caprichos y los deseos de otra persona. Ahora hago lo que me apetece y me siento bastante a gusto, quizá más incluso que cuando estaba casada.

La anciana cogió un *scone* y animó a Alex a hacer lo propio.

—La mermelada la he hecho yo. Es de grosella negra.

A Alex no le apetecía nada probar la mermelada después de lo que le había pasado a Drew, pero igualmente cogió un *scone* por pura cortesía y untó la mitad con un poco de mermelada. También se sirvió un *petit four* y le dio un bocadito.

—Están deliciosos. ¿Los has hecho tú?

—Todo es casero, excepto el Earl Grey, claro. Mira, ni siquiera has probado el té y seguramente se te habrá enfriado.

Yvonne se empeñó en prepararle más té caliente. Mientras estaba en la cocina, Alex envolvió rápidamente en una servilleta de papel un par de sándwiches y un *scone* y se los guardó en el bolso. La mujer había sido muy amable y no deseaba ofenderla, pero, a pesar de que todo tenía una pinta increíble, estaba demasiado preocupada para disfrutar del momento, porque no dejaba de pensar en que estaba perdiendo un tiempo precioso en lugar de aprovecharlo para demostrar que Gary era el asesino.

Cuando Yvonne regresó a la mesa, se alegró de que Alex hubiera comido un poco más.

—Sírvete más, por favor.

Alex mordió con cuidado un trocito de pastel de frutas y casi se le saltaron las lágrimas. Tenía un fuerte sabor a ron, tanto que solo de olerlo daría positivo en una prueba de alcoholemia.

—Es una receta de mi madre. El secreto es dejar macerar las frutas en ron de calidad superior. Recuerdo que una vez, cuando ya

era un poco mayor, empecé a comerme los trocitos de fruta que estaban macerando en el ron y no tardé mucho en ponerme piripi. Creía que mi madre se enfadaría conmigo, pero le entró la risa. Mis padres siempre fueron muy buenos conmigo y me daban todo lo que quería.

La mujer suspiró. Alex se levantó y fue hacia una mesita auxiliar sobre la que reposaba una fotografía enmarcada en plata de dos adultos y una niña mayor, al lado de la que había visto antes.

—¿Esta eres tú con tus padres?

Yvonne sonrió con expresión ausente.

—Sí, en esa foto tenía solo ocho años. Nos tomamos un año sabático y me llevaron a Suiza.

—Qué felices se os ve. ¿Cuál era tu apellido de soltera?

Yvonne hizo un movimiento extraño con la taza y derramó un poco de té en el platito.

—Ay, qué torpe soy. Voy a buscar un trapo para limpiarlo.

Mientras la mujer iba de nuevo a la cocina, Alex sintió curiosidad por ver si la fotografía tenía la fecha señalada detrás y la sacó rápidamente del marco. En ella leyó Papá, Mamá y Vi, julio de 1952. Cuando Yvonne volvió, Alex estaba dejando la fotografía enmarcada sobre la mesita.

—Lo siento pero tengo que irme. Maggie ha ido a la tienda para ayudarnos, pero seguro que querrá marcharse temprano y volver al hospital, así que tendré que ayudar a Hanna a cerrar. Gracias por la invitación. Ha sido un gran placer.

Alex cogió su bolso y se levantó del sofá.

—Claro, claro. Gracias por venir aunque te avisara con tan poco tiempo. Y siento lo del señor Fletcher; espero que se ponga bien. Aprovecho para desearte una feliz Navidad, ya que no es probable que nos veamos antes.

—Feliz Navidad para ti también.

Fuera, el ambiente estaba cargado de la amenaza de precipitación que habían anunciado. Alex notó el escozor del frío en las mejillas, y cuando levantó la vista al cielo, empezaron a caerle

copos de nieve en la cara. Estaba oscureciendo y tuvo que encender los faros del coche. Cuando entró en la tienda, oyó que Hanna estaba al teléfono.

—Ya ha vuelto. Te dejo.

Alex entró en la sala principal y encontró a su hermana sentada detrás del mostrador. Watson estaba dormida en el suelo, sobre su cama del extremo del mostrador, y abrió un ojo. Hanna levantó la vista del teléfono.

—¿Cómo ha ido? —le preguntó, y ella arqueó las cejas y miró a su alrededor en la tienda—. No hay nadie —la tranquilizó su hermana—. La última media hora ha sido muy tranquila. Hace unos minutos, le he dicho a Maggie que podía irse.

Alex se quitó el abrigo y lo dejó en el respaldo de una silla, detrás del mostrador.

—Ha sido curioso. Pero deja que saque esto del bolso.

Sacó con cuidado la servilleta de papel que contenía los sándwiches y el *scone* con mermelada.

—No lo habrás traído para mí, ¿verdad? —preguntó Hanna, mirándola con expresión horrorizada.

Ella se echó a reír.

—No, están un poco chafados. Pero Yvonne se ha empeñado en que lo probara todo. Es igual que mamá. En un momento dado, se ha ido a la cocina y me he metido esto en el bolso para que creyera que me lo había comido. Todo tenía una pinta deliciosa, pero yo no tenía tanta hambre y no he querido ofenderla. Ha tenido una vida muy complicada.

Le contó a su hermana lo ocurrido hacia el final de su visita y que había mirado la fecha de la fotografía de Yvonne con sus padres.

—¿Y en la foto ponía Vi, no Yvonne?

Alex asintió.

—¿Qué crees que significa?

—No estoy segura. Quizá sea un apodo o a lo mejor tiene un nombre compuesto. No es tan raro que alguien use de mayor un nombre distinto al de su infancia. A mí nadie me llama Alexandra

salvo mamá.

—Es verdad. Duncan usa su segundo nombre. Sus padres le pusieron el de uno de los hermanos de Drew que murió de niño, Percy, y cuando tenía siete u ocho años le pidió a su familia que dejaran de llamarlo así después de atizar a un compañero del colegio por burlarse de él por eso.

—¿Puedo pincharle un poco con eso? —Alex esbozó una sonrisilla burlona.

—Yo de ti no lo haría. Todavía está bastante sensible con el tema y quizá empiece a ponerme multas por exceso de velocidad si se entera de que te lo he contado.

Hanna tenía tendencia a pisar el acelerador, y seguramente le quitarían el carnet de conducir si Duncan le ponía una multa cada vez que la paraba.

—Me parece un buen motivo —dijo Alex, sonriendo.

—Ha pasado por aquí poco después de que te fueras y le he dado el diario. Le he señalado las páginas en las que Jane explica que le regaló las monedas a Zach, y cree que lo más probable es que retiren todos los cargos, aunque la *sheriff* Summers no va a ponerse precisamente contenta.

—Muy bien. Espero que eso le borre la cara de chula que tiene. Vamos a cerrar. Quiero cenar deprisa para ir a casa de Jane. Estoy decidida a terminar de ver los episodios de *true crime* esta noche.

—¿Te dará tiempo?

—Voy a intentarlo, y buscaré los de la noche que Jane nombra en su diario. Si los paso rápido, es posible que lo consiga, aunque tenga que quedarme despierta hasta altas horas. Aunque, la verdad, no sé si nos servirá de mucho. Es posible que estuviera confundida, igual que las otras veces.

Alex cerró con llave la puerta de la tienda.

—Creo que antes voy a pasar a hablar un momento con Gary.

Hanna la miró preocupada.

—¿Te parece buena idea? Es muy posible que sea un asesino. Un asesino en serie, de hecho.

—Me aseguraré de que la gente sepa dónde estoy. Te tengo en mis contactos, y si veo que estoy en peligro, con solo tocar un par de teclas me comunicaré contigo. Si ves que no te respondo, avisa a Duncan para que venga a buscarme.

—Tengo un mal presentimiento. ¿Por qué no vamos las dos juntas? Iba a ayudar a Maggie con los preparativos de Navidad y luego quería ir a casa a hacer la ensalada de patata.

—Qué tontería. No me pasará nada; no es la primera vez que voy a hablar con él. Quiero preguntarle sobre lo de la ordenanza municipal para ver si se pone hecho una furia o no. —Alex se dio una palmada en la frente—. Casi se me olvida decírtelo. Creo que ya sé lo que Netta intentó contarme. —Le explicó la conclusión a la que había llegado después de acordarse de las palabras de Netta el día que encontró el cadáver de su amiga—. Es posible que fuese Gary quien le dijo que a Jane la habían apuñalado; él mismo me confesó que se encontraba entre los vecinos reunidos en la calle aquella mañana.

—Tiene sentido. Pero ahora aún tengo más claro que no puedes ir sola. —Hanna chascó los dedos—. Se me ha ocurrido una idea. ¿Por qué no te llevas a Watson? Sé que no es muy valiente, pero sí que intimida bastante a quien no la conoce.

Alex miró a la perrita, que se había plantado entre las dos hermanas y las miraba con devoción.

—Sí, hasta que se pone a gimotear, sale corriendo y se esconde. Pero vale, me la llevo.

Mientras iba conduciendo de camino a casa, empezó a nevar ligeramente, como si fueran lagrimillas heladas de todos los ángeles del cielo. Una vez allí, encendió las luces de Navidad y subió a ponerse ropa más cómoda. Con los vaqueros y el jersey se sintió mucho mejor, y buscó en el congelador dos recipientes individuales de la lasaña de la otra noche. Cogió dos rebanadas de pan francés, las untó con mantequilla y ajo y las envolvió con papel de aluminio. Luego lo colocó todo dentro de una cesta.

Aprovechó que la perrita estaba en el patio para llenarle los

cuencos con agua fresca y comida. Entonces se acordó de que Hanna había colgado el teléfono a toda prisa cuando ella regresó a la tienda después de tomar el té con Yvonne. ¿Con quién estaría hablando? ¿Y por qué colgó antes de que entrara en la sala? Quizá estaba planeando volver a Michigan y no quería preocuparla antes de las fiestas.

Llamó a Watson para que volviera a entrar en casa y la dejó comiendo mientras ella salía por la puerta de atrás.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Cuando Tom abrió la puerta corredera, Alex le entregó la cesta con los recipientes de comida.

—Te he traído un regalito.

Él, sorprendido, cogió la cesta y se hizo a un lado.

—Quien trae comida siempre es bienvenido. Bueno, no todo el mundo.

Alex se quitó las botas y el abrigo y pensó en lo agradable que sería cuando empezara a hacer más calor y no tuvieran que llevar todas esas prendas tan pesadas.

—Tendrás que ocuparte tú de la verdura y el postre. Solo he traído el plato principal y unas cuantas galletas.

—No me entusiasma la verdura, pero tengo unos palitos de zanahoria en la nevera y crujiente de manzana, cortesía de la señora Matthews. Estoy pensando seriamente en proponerle matrimonio a esa mujer. Creo que podría soportar las quejas sobre su retahíla de dolencias a cambio de lo que cocina. El crujiente de manzana me costó una discusión sobre los juanetes; los de ella, no los míos.

—Yo no tengo juanetes, pero de pequeña sí que tenía una verruga, aunque la verdad es que no me apetece nada hablar contigo de esas cosas. Quizá mejor te cuento mi conversación con Louise.

Tom introdujo los recipientes con la lasaña en el microondas.

—Seguro que será más interesante que todo lo que me han

contado hoy.

Mientras disfrutaban de la cena, Alex le explicó lo de la visita a la pastelería.

—Basta con decir que Louise no dejó un rastro de cadáveres a su paso, solo a un marido inútil.

Tom se alegró de la noticia.

—Nunca pensé que fuera una asesina en serie.

—Joe tampoco lo parece. —Alex le contó entonces su descubrimiento sobre el verdadero nombre de Joe y su coartada para la noche en que murió Jane—. Estoy dando por hecho que lo de Netta no fue un accidente y que su muerte está relacionada con la de Jane, o sea que si un sospechoso tiene una coartada para uno de los dos casos, eso lo exonera del otro. De todas formas, estoy dispuesta a reconocer que es posible, aunque no probable, que lo de Netta sí que fuera un accidente. Con suerte, algo encontraré en el diario de Jane que me oriente hacia la dirección correcta.

—¿Dónde está Hanna esta noche? —preguntó Tom—. Espero que la hayas dejado en casa y que se las arregle sola.

—Ha ido a casa de Maggie para ayudarla con los preparativos de Navidad. Hanna y yo nos sentimos fatal porque Drew se puso mal por culpa de la mermelada. La noche en que tú y yo volvíamos de casa de Jane, de hecho, vi al asesino. Ojalá me hubiera fijado mejor. Claro que en la lista de sospechosos solo queda Gary. Tuvo que ser él; todo encaja. Me contó que estaba preparando los plantones de solano furioso para después de las fiestas, ¿sabes?, y supongo que para él debe de ser muy fácil tener acceso a las bayas de esa planta. Fue muy perverso dejándonos esa mermelada; cualquiera podría habérsela comido.

—Pero si Gary estaba preparando los plantones, quiere decir que aún no tiene bayas. Las plantas tardan un tiempo en dar fruto; eso lo sé incluso yo.

—Sí, pero ¿y si tiene una planta ya crecida? Sabes que tiene un vivero, y también podría guardar las bayas en el congelador. Quién sabe qué vida llevó en el pasado.

Mientras Alex retiraba los platos de la mesa, alguien llamó al timbre. Miró a Tom.

—Estoy segura de que Penelope no me ha visto llegar.

Alex permaneció en la cocina hasta que oyó la voz de Hanna.

—Maggie me ha pedido que te traiga esta bandeja. No sabía si ya habrías cenado. Hemos estado haciendo tartas de manzana y lo hemos dejado todo listo para el relleno. Hola, Alex. No sabía que estabas aquí.

Hanna arqueó una ceja cuando Alex apareció en el recibidor.

—Como iba a cenar sola, he pensado que a Tom le apetecería tener compañía. Le he contado que solo nos queda un sospechoso en la lista. De hecho, ya hemos acabado y voy a ir a casa de Jane. ¿Quieres venir?

—Nosotras aún no hemos terminado con los preparativos. —Hanna se volvió hacia Tom—. Maggie ha pensado que quizá quieras pasar a ver a Drew, ya que nosotras estamos ocupadas. Duncan también tiene previsto pasarse por el hospital si tiene tiempo.

—No hay problema, pero ¿te parece buena idea que Alex vaya sola a casa de Jane? Aún hay un asesino suelto.

—Conozco a mi hermana, y hará lo que le dé la gana.

—Hola. Tu hermana está aquí delante. Soy adulta y no pienso consentir que me tengan controlada como a una niña pequeña a la que no pueden dejar sola.

—¿Ves? Te lo he dicho. —Hanna miró a Tom con cara de exasperación.

—Por ahí anda un asesino que no tiene miramientos a la hora de cargarse a la gente —dijo Alex—. Aunque me pase la noche en vela, pienso averiguar quién mató a Jane y a Netta. Llevo el móvil encima, así que no os preocupéis por mí.

Arreciaba la nieve cuando Alex hizo entrar en el coche a Watson, que obedeció muy emocionada. El camino estaba cubierto por una capa de más de dos centímetros. Tras salir de casa de Tom, se había acercado un momento a casa y había recogido a la perrita, y esta se había puesto a jugar y dar vueltas en la nieve como un cachorro.

Creía que le esperaba una noche agradable y tranquila tumbada en el sofá, sobre los pies de Alex.

Cuando aparcó en el camino de entrada de Jane, decidió afrontar las cosas de una vez por todas y hablar con Gary para ver si podía sonsacarle un poco más de información. Con la correa de Watson bien sujeta en la mano, llamó al timbre de su puerta mientras pensaba que tal vez se encontraba frente a la guarida de un asesino. Por lo menos Hanna y Tom sabían dónde estaba. Si le ocurría algo, pasaría un tiempo antes de que alguien se enterara de que algo iba mal, pero eso no le impidió seguir adelante con sus planes para esa noche.

—Cuento contigo para que me protejas, Watson —dijo Alex ante la mirada inquisitiva de un ser que no abultaba más que un niño de veinte kilos.

Gary se apresuró a abrir la puerta y pareció contrariado al ver a Alex allí plantada. Las miró a ella y a la perrita de forma alternativa.

—¿En qué puedo ayudarte?

—Me gustaría hablar contigo unos minutos. ¿Puedo pasar? Esta es la señorita Watson, aunque nosotras la llamamos Watson a secas. Se porta muy bien.

Al parecer, Gary se había despojado de su habitual fachada alegre. Se hizo a un lado y le indicó que podía entrar.

—No esperaba visitas, así que disculpa el desorden.

Alex observó la casa de aspecto acogedor. No estaba desordenada, solo que Gary estaba en pleno proceso de replantación sobre la encimera de la cocina, donde había un par de plantas, guantes, un saco de tierra de jardinería, una bonita maceta de cerámica en azul y blanco y una pequeña pala. Gary la guio hasta la sala de estar contigua a la cocina. Tras ocupar una silla, Alex miró la mesita auxiliar y vio un ejemplar de un libro sobre plantas venenosas del autor Michael Brown, titulado *Death in the Garden: Poisonous Plants & Their Use throughout History*.

Gary se agachó para acariciar a Watson.

—No sabía que teníais un perro. —Watson se tumbó de espaldas

para que pudiera acariciarle el vientre—. Parece muy sociable.

Se acabó el intento de intimidar a nadie con su mascota. Y si Gary le ofrecía un dulce, seguramente incluso le ayudaría a enterrar el cadáver de Alex en el jardín. De pronto, se cuestionó si había sido buena idea acudir allí sola.

—Hanna y yo la recogimos en una protectora de animales hace un par de años. Cuando le he dicho a mi hermana que iba a venir a verte, me ha pedido que te dijera que la flor de Pascua está preciosa. —«Ya está; ahora ya sabe que alguien conoce mi paradero»—. Gracias otra vez por ofrecerte a despejar el camino de entrada de Jane. Parece que tendremos nieve para días.

—Según la previsión, estará nevando hoy y parte de mañana por la mañana. Dicen que se formará una capa de entre doce y veinticinco centímetros. Pero no te preocupes, mañana el vivero estará cerrado, así que me irá bien tener algo que hacer.

Gary se levantó y fue a la cocina, con Watson siguiéndolo de muy cerca.

—Pues parece que tienes mucho trabajo —le espetó Alex, señalando las plantas de encima del mostrador.

—Estaba replantando un lirio de la paz para Yvonne. El verano pasado los vio y le gustaron mucho, así que he pensado regalarle uno por Navidad. Me temo que no se me da muy bien hornear galletas y esas cosas. —Gary soltó una risita de autocrítica—. ¿Te preparo un poco de café? ¿Crees que Watson querrá una galleta?

«Lo tienes claro si te crees que voy a aceptar algo de comer o de beber».

—No, gracias, no me apetece. Pero igual sí que Watson quiere una galleta pequeña, aunque tiene que ser sin chocolate. —«No se atreverá a envenenarme a la perra, ¿verdad?»—. En realidad, he venido porque quería preguntarte por la modificación de la ordenanza municipal que propuso Jane. Me han contado que te enfadaste mucho, y me preguntaba si van a seguir adelante con los planes ahora que ella ya no está.

Gary apretó la mandíbula como si quisiera ocultar su impaciencia.

—No tengo claro si el ayuntamiento piensa seguir adelante o no. Fue Jane la que lo planteó, y, como ahora ella no puede defender la causa, yo pienso votar en contra. Dudo que alguien más tenga interés en modificar esa ordenanza.

—¿Te importa explicarme exactamente de qué va?

—En pocas palabras, Jane opinaba que el cobertizo donde guardo los pesticidas y los fertilizantes es poco seguro, porque tiene una puerta y una cerradura muy sencillas y cualquiera podría entrar. Dijo que si algún día se colaba un niño, podría ser muy peligroso. Propuso que construyera una estructura más estable que se pudiera proteger mejor, y en parte tenía razón, pero un niño tendría que poner mucho empeño para colarse en el cobertizo.

—O sea que te enfadaste porque se inmiscuyó en tus cosas, ¿no?

—Sí. Para mí supone un gasto muy importante, y los riesgos son muy pocos en comparación. Es posible que me pasara un poco de la raya con ella, y ahora me arrepiento.

—Parece que tienes experiencia en leyes. ¿A qué te dedicabas antes de trasladarte aquí?

—Tú nunca te rindes, ¿verdad? —Tenía los ojos como esquirlas de hielo—. Prefiero no hablar de mi vida anterior. Tuve mis motivos para dejarla atrás y, francamente, no es asunto tuyo.

La respuesta de Gary fue tajante, y al momento fue hacia la puerta con Watson a la zaga. Alex empezaba a notar a marchas forzadas que se le agotaban los recursos para que los vecinos del pueblo le dieran la bienvenida a sus casas.

—Ese libro de ahí parece interesante —dijo, señalando un ejemplar de encima de la mesita de centro.

—Me lo ha prestado Yvonne, y lo que llevo leído hasta el momento me parece muy interesante. —Gary puso mala cara; era obvio que tenía ganas de que se marchara de allí—. Por la mañana retiraré sin falta la nieve de la puerta de Jane. Parece que cada vez cae con más fuerza.

De camino hacia la salida, Alex volvió a echar un vistazo a la encimera de la cocina. Si no se equivocaba, en un lado, medio oculta

por el saco de tierra de jardinería, había una *atropa belladonna*. La reconoció por los dibujos del póster de sustancias venenosas de la tienda. Cuando se volvió hacia la puerta, Gary la estaba observando, y probablemente la había visto mirando la planta.

En el exterior, los grandes copos de nieve caían a gran velocidad y dificultaban su visión de la calle salvo por los borrosos puntitos de luz de colores. Si el viento arreciaba, aquello acabaría convirtiéndose en una ventisca en toda regla.

Watson se había mostrado reacia a separarse de Gary, y aún le costó más entrar en la casa a oscuras de Jane. Alex cerró la puerta con llave tras de sí. Estampó los pies en el felpudo de la entrada y trató de quitarse de encima el grueso de nieve acumulado en su pelo mientras Watson se sacudía a su manera. Se detuvo para poner en marcha la calefacción y fue a la cocina para poner a hervir la tetera. Sacó un cuenco del armario y lo llenó de agua para Watson. En la sala de estar, encendió el televisor. Cuando se dirigía de nuevo a la cocina, sonó su móvil, y lo miró con gesto huraño: Hanna quería comprobar cómo estaba.

—Hola. Voy a conectar el altavoz. Estoy preparándome una infusión. —Alex depositó el teléfono sobre la encimera—. ¿Has visto cuánta nieve? Mañana por la mañana estaremos incomunicados.

—Pues sí. Acabo de llegar de casa de Maggie. Hemos terminado, y me ha dicho que iba a llamar a Tom para decirle que se marche a su casa. Te llamo porque quería asegurarme de que estás bien. ¿Qué tal Watson?

—Lo está escuchando todo, así que no te vayas de la lengua y digas lo que le has comprado para Navidad. —Alex sonrió a la perrita y esta agachó la cabeza como si hubiera entendido lo que estaban diciendo—. Escucha, tengo noticias. He ido a ver a Gary, y no ha sido muy amable conmigo. —En un momento, Alex puso a Hanna al corriente de la conversación que había mantenido con él—. ¿Por qué es tan reacio a hablar de su pasado si no es el asesino? Y es evidente que le interesan mucho las plantas venenosas. Tenía un solano furioso en la encimera de la cocina, y no le ha gustado

mucho que yo lo viera. ¿Cómo podemos demostrar que es el culpable?

—Y lo más interesante: ¿cómo te mantenemos a salvo? El comportamiento de Gary es muy sospechoso, y es el único que queda en la lista. Además, ha llamado Duncan. Tienen los resultados del análisis toxicológico de Netta. Se comió un bombón que contenía dedalera en polvo antes de caerse por la escalera, y el que encontraron en su cocina contenía la misma mezcla que ella tenía en el estómago. Aunque no se hubiera caído, es muy probable que hubiese muerto. Alguien la asesinó.

Alex se sirvió la infusión.

—Fantástico. O sea que ahora también soy sospechosa de la muerte de Netta. No te preocupes por mí; estaré bien. Tengo a Watson conmigo. —Le dio unas palmadas a la perrita—. He cerrado las puertas con llave y ya no hay ninguna copia por ahí. Voy a ver todos esos episodios de *true crime* y es mejor que una de las dos se quede en casa.

Cuando Hanna quiso llevarle la contraria, Alex la interrumpió:

—Estaré bien. Puedo llamarte con solo apretar cuatro teclas del teléfono. No te preocupes, no me pasará nada malo.

Alex colgó y entonces se le ocurrió una idea. Marcó el número de Tom, pero le saltó el contestador; posiblemente estaba conduciendo. Cuando sonó el tono del buzón de voz, grabó un mensaje. A continuación dejó el teléfono a un lado y se preparó la infusión. En la sala de estar, cogió una manta que estaba doblada en un extremo del sofá y se cubrió con ella las piernas. Watson se acurrucó dentro y se quedó dormida al instante. Alex tenía varias cosas que le daban vueltas por la cabeza.

Miró el reloj y se dijo que era hora de ver los programas. Puso un episodio correspondiente al día que Jane reconoció que había un asesino viviendo en el pueblo. Mientras iba viendo los programas, fijándose más al principio para ver si valía la pena prestarle atención o podía acelerar la reproducción, sacó la copia del diario de Jane y empezó a leer.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

El sábado, cinco de diciembre, nueve días antes de su muerte, Jane había escrito lo siguiente:

> Es obvio que Gary sigue enfadado conmigo. Le he llevado una barra de pan recién hecho con mantequilla de hierbas aromáticas de la que yo preparo, en son de paz, pero apenas ha abierto la puerta y ha usado unos modales muy bruscos.

El miércoles, nueve de diciembre, Jane escribió una entrada breve:

> Le he contado a Netta mis sospechas de que en Harriston vive un asesino de uno de los programas de *true crime* que he visto, pero ella se ha echado a reír y me ha dicho que estaba siendo ridícula. Quería que le dijera de quién se trata, pero, después de que se riera de mí, le he dicho que no pensaba revelarle mis sospechas. Conociendo a Netta, seguro que se lo contaría a todo el mundo. Y luego, si estoy en lo cierto, el asesino tendría que hacer algo y yo me enteraría. Tendré que estar ojo avizor. El lunes, en la reunión del club de lectura, se lo contaré a Alex.

Jane había jugado a un juego muy peligroso con intención de tentar a un asesino para que se dejara ver. «Ay, Jane. Ojalá hubieras confiado en mí antes».

Esa misma semana, el viernes, once de diciembre, aparecía la siguiente anotación:

> Yvonne me ha invitado a tomar el té con ella esta tarde, pero le he dicho que no, de manera que me ha traído un tarro de la infusión que ha preparado. Siempre alardea de su habilidad con las plantas y las hierbas aromáticas. Si la oigo una vez más hablando de lo mucho que su santa madre le enseñó sobre las plantas del jardín y la arboleda de su casa… Debió de darle mucha rabia que me eligieran presidenta de la Asociación de Horticultores. Seguro que fue ella quien cortó todas mis flores el verano en que me votaron para el cargo, aunque no puedo demostrarlo.

La última entrada del diario de Jane correspondía al lunes, catorce de diciembre, y decía así:

> Sé que estoy en lo cierto; todo encaja. Mañana Alex me lo confirmará cuando vea el episodio del programa.

Mientras Watson roncaba, Alex empezó a dar vueltas a las ideas de su mente. Quien hubiese matado a Jane tenía que saber dónde escondía la copia de la llave, y Gary, sin duda, lo sabía. Había intentado colarse en casa de Jane en una ocasión como mínimo, y también lo descubrió espiando por la ventana. Además, tenía una planta de belladona en la encimera de la cocina. ¿Habría hecho él la mermelada? Alex recordó haberlo visto con un picahielos en el vivero. ¿Sería el arma del crimen?

Sabían que el asesino se había instalado en Harriston en algún momento de los últimos diez años, más o menos. Yvonne le había

dado a entender que llevaba mucho tiempo viviendo allí, pero después de oírla hablando con la dependienta de la tienda Black Currant se preguntó cuál era la verdad.

Alex reflexionó sobre sus visitas a casa de la anciana y la sensación que tuvo la última vez de que algo no encajaba. Repasó mentalmente lo que había visto en cada habitación y le pareció curioso que no hubiera fotos de su marido en ninguna parte. Todas eran de ella y de sus padres. Yvonne tenía un vínculo particularmente estrecho con su madre. Jane daba a entender que hablaba de ella hasta el hastío; la madre que le había enseñado todo lo que sabía de plantas y hierbas aromáticas.

Gary había dicho que Yvonne cultivaba varias plantas venenosas en su invernadero. Y también hacía mermelada. Ese mismo día había intentado que Alex probara la de grosella negra y se había mostrado muy insistente.

Las cosas empezaron a tomar forma en su mente. El martes que encontró el cadáver de Jane, Yvonne iba a ir a Lavish Locks. Ese mismo día, más tarde, Netta dijo que había estado en Lavish Locks. ¿Y si se habían encontrado allí y fue Yvonne quien le dijo que a Jane la habían apuñalado?

El viernes Alex fue a la peluquería y Tanya le dijo que al día siguiente, en cuanto cerrara el establecimiento, ella y su familia se marcharían a la cabaña de Whitefish. Netta murió ese día. Tanya no pudo atender a Yvonne el sábado por la tarde, lo que significaba que la anciana había mentido.

Si hacía encajar todas las piezas, ¿qué sentido cobraban? ¿Acaso Yvonne era físicamente capaz de matar a Jane y a Netta?

Pero ¿qué había de su personalidad? Tenía que haber sido Yvonne, ¿verdad?

Alex esperaba que Tom la telefoneara con la respuesta a su pregunta. Se volvió hacia el televisor. La recreación del caso mostraba a un actor en el papel de un anciano, Larry Huston, a quien habían diagnosticado un cáncer. Aunque el pronóstico era excelente y el hombre gozaba de buena salud, empeoró muy

rápidamente y, a pesar de los esfuerzos de los médicos, murió al cabo de muy poco tiempo.

Los hijos, ya adultos, del hombre y su anterior esposa tenían sospechas, ya que la segunda mujer era bastante más joven y había una ingente cantidad de dinero en juego.

Se descubrió que a la víctima la habían envenenado con una planta del invernadero de su joven esposa. Por desgracia, la mujer se había fugado ante los primeros indicios de que las cosas podían torcerse. Tras profundizar más en la investigación, se descubrió que se había casado tres veces y los tres matrimonios habían terminado con una muerte súbita del marido, aunque siempre atribuida a causas naturales.

Por fin se consiguió una orden de exhumación de los cadáveres y se les practicó la correspondiente autopsia. Al cabo de muchos meses, se confirmó que los tres maridos habían sido envenenados con diversas plantas mortales. Cada una de aquellas muertes implicaba una ganancia de dinero sustancial para la mujer.

Como no habían logrado dar con ella, los investigadores decidieron hacer un llamamiento a través de un programa de *true crime* con la esperanza de que alguien la reconociera gracias a una fotografía que habían podido conseguir de forma excepcional, ya que siempre se excusaba diciendo que no le gustaba salir en las fotos.

A continuación, la pantalla del televisor mostró una imagen muy desenfocada de la mujer a los cincuenta y nueve años. Ahora debía de tener más de setenta. El programa hizo hincapié en las habituales precauciones de no acercarse a ella porque podía resultar peligrosa y de llamar al número que aparecía en la pantalla o bien al FBI.

Alex buscó su teléfono en la mesita auxiliar, pero entonces se acordó de que lo había dejado en la cocina cuando fue a prepararse la infusión. Ahuyentó a Watson de su lugar de descanso, levantó las piernas del sofá y estaba a punto de ponerse de pie cuando se llevó un susto que hizo que el corazón empezara a latirle a cien por hora.

Abrigada con una parka y unas botas gruesas, Yvonne estaba plantada en medio del comedor y miraba fijamente al televisor. Al

verla allí, Alex se dio cuenta de lo apropiadas que resultaban aquellas advertencias. Aunque la calidad de la fotografía no favorecía la semejanza entre las dos imágenes, Alex no tuvo la más mínima duda de que la mujer del programa y la que había plantada en mitad del comedor eran la misma persona.

—Esa foto no es muy buena. Ni siquiera se ve que soy yo. Fue una de las pocas que me hicieron el día de la boda con Larry. Las destruí casi todas, pero esos malditos hijos suyos tenían esa. Ay, cuánto los odiaba.

Yvonne pronunció todo eso con la misma calma que si estuviera ofreciendo una taza de té. A Alex le pareció oír un ruido en el porche delantero, pero seguramente había sido el viento, que aullaba con más intensidad y, sin duda, acabaría por provocar una ventisca.

—¿Cómo has entrado? Estoy segura de que he cerrado con llave.

—Así es, pero yo también tengo una. —Yvonne sostuvo en alto una llave brillante de color plateado—. Encargué la copia hace una semana y media. Me ha resultado muy útil.

—Esta semana has entrado en la casa. Por eso las cosas del escritorio de Jane estaban cambiadas de sitio; lo noté al día siguiente.

—Sí. Me llevé una sorpresa muy desagradable cuando te vi entrar en la casa el lunes por la tarde. Creía que tendría mucho tiempo para buscar su diario. No sabía que el abogado iba a darte una llave y tenía que encontrar ese diario antes que tú. Lo estuve buscando la noche que maté a Jane, pero no tenía ni idea de dónde lo guardaba. ¿Por eso descubriste que fui yo?

La serena voz de Yvonne estaba llena de odio.

—Para serte sincera, no lo he sabido hasta esta noche. Jane no pone de quién sospechaba en su diario. —De pronto, un arrebato de ira le recorrió las venas—. Cuando me he dado cuenta de que no podías haber estado con Tanya la tarde que murió Netta, he sospechado que eras tú. Esa semana ya habías ido a la peluquería; me he acordado de que tenías una cita cuando pasaste por la librería el día que encontré el cadáver de Jane.

—Tenías que saberlo. El hecho de que sigas viva me dice que habías descubierto que los sándwiches de pepino y la mermelada de esta tarde estaban envenenados. Ahora tendrías que estar muerta. ¿Qué has hecho con ellos? —le espetó Yvonne.

—No sabía que estaban envenenados. Lo que pasa es que no tenía hambre pero no quería que te ofendieras, así que los he envuelto en una servilleta de papel y me los he guardado en el bolso mientras preparabas más té.

—Pues eres una chica con suerte —se burló—. Sabía que estaba corriendo riesgos invitándote a tomar el té con tan poca antelación, pero oí que habías encontrado el diario de Jane y tenía miedo de que apareciera mi nombre, de manera que tenía que actuar con rapidez. Pero está claro que no me he lucido mucho.

—Fuiste tú quien me dejó la cesta con la mermelada y los *scones*. Mermelada envenenada.

Alex apretó los puños, pero Yvonne se quedó inmóvil, con la mano tensa alrededor de la empuñadura de su bastón.

—Sí. Hacías demasiadas preguntas, así que decidí dejarte un regalito. Pero luego vi que la cosa no era rápida y tenía que quitarte de en medio cuanto antes. El departamento del *sheriff* ya había encerrado a Zach y, aunque no hubieran podido demostrar que mató a Jane, habrían seguido considerándolo sospechoso.

Los ojos de Alex emitieron un destello de furia.

—Un hombre inocente se ha envenenado con esa mermelada y ahora está en el hospital por tu culpa.

—Eso son daños colaterales. Si esa entrometida de Jane se hubiera limitado a ocuparse de sus asuntos, no habría ocurrido nada de todo esto. Pero ella siempre tenía que ser la mejor, la que supiera los secretos de todo el mundo. Estuvo viendo esos programas de crímenes con la esperanza de capturar a su asesino de verdad. Podría haberla matado con los bombones que le dejé en la puerta, pero quería tener la satisfacción de verla morir. Ella solita se lo buscó. Y también es culpa suya que ahora tengas que morir tú.

—¿Y Netta? ¿Por qué tuviste que matarla?

—Esa imbécil era peor que Jane. De verdad creía que sería la próxima presidenta de la Asociación de Horticultores. ¿Te imaginas? Es obvio que la persona que más sabe de plantas en este pueblo soy yo. Yo debería haber sido la presidenta durante todo este tiempo. La muy estúpida no podía parar de reír de lo absurdo que le parecía que Jane sospechara de otro vecino del pueblo tras ver un episodio de ese *true crime*. Cuando estuve en Lavish Locks el día que encontraste muerta a Jane, Netta también estaba allí. Lo estuvimos comentando y dije sin querer que la habían apuñalado. Pero los únicos que sabíais eso erais tú y los ayudantes de la *sheriff*. Al cabo de unos días, Netta se dio cuenta de mi error. Me preguntó cómo lo había sabido y me inventé una excusa, y creo que se lo creyó, pero sabía que tenía que evitar que te lo contara a ti. Yo estaba en la librería cuando Maggie te dijo que Netta quería que fueras a verla para explicarte una cosa. Ese sábado, poco después de que llegara a casa, le llevé un par de bombones que me habías regalado tú, solo que cambié el relleno por una mezcla que contenía dedalera. Se quejó de que el sabor era amargo, pero se los comió de todos modos, la muy tonta. El veneno hizo efecto más deprisa de lo que imaginaba, y me costó un horror subirla hasta lo alto de la escalera para poder empujarla. Aunque no la hubiera matado la caída, lo habría hecho el veneno antes de que nadie la encontrara. Es mejor no dejar nunca cabos sueltos.

Yvonne dijo esto mirando fijamente a Alex.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

Yvonne tenía el bastón en la mano y estaba tamborileando en el suelo con él. Alex no se había parado a prestarle atención hasta ese momento. Era una pieza muy atractiva, con una empuñadura de madera oscura que menguaba en grosor coronada por un capuchón de plata martillada.

Yvonne desenroscó el capuchón de la empuñadura y blandió un estilete de aspecto muy peligroso. Era el tipo de cuchillo que, según el forense, había causado las heridas de Jane.

—Por desgracia, tú también eres un cabo suelto.

Alex se puso muy tensa.

—¿Por qué tuviste que matarla? Podrías haber desaparecido y ya está. No habría sido la primera vez.

Yvonne contrajo la expresión y frunció los labios en una mueca de rabia.

—¡Porque la odiaba! Ella tiene la culpa de todo esto. —Agitó el cuchillo de lado a lado en el aire—. Me gustó poder quedarme esto de recuerdo, lo tuve conmigo incluso mientras los ayudantes de la *sheriff* me interrogaban. —Acarició la hoja con suavidad.

—Antes quisiste envenenarla, ¿verdad? En su diario escribió que la invitaste a tomar el té unos días antes del crimen.

Mientras hablaba, Alex intentó dar pasitos imperceptibles rodeando la mesa de centro y avanzar poco a poco hacia la puerta principal. Yvonne señaló a Watson, que dormía tan tranquila en el

sofá.

—No hagas tonterías, cariño. Seguro que no quieres que le pase ninguna desgracia a tu perra.

—Será mejor que tengas cuidado. Es un animal muy fiero —le advirtió Alex en el momento mismo en que Watson decidió despertarse.

La perrita miró a Yvonne, soltó un gemido y enterró la cabeza debajo de la manta sobre la que había estado descansando.

—Muy fiero, sí, ya lo veo. —Yvonne caminó despacio hasta colocarse en medio de la puerta de la sala de estar para impedir que Alex siguiera avanzando—. Sí; si Jane hubiera aceptado la invitación para tomar el té, le habría preparado una de mis especialidades, pero no quiso venir a mi casa. Eso lo habría simplificado mucho todo, pero mi madre me enseñó a improvisar cuando las cosas no salen como una quiere. Sabía dónde guardaba la copia de la llave. Había visto a Zach entrar varias veces mientras trabajaba en el invernadero. Lo único que tenía que hacer era cogerla el sábado por la noche y llevármela a Kalispell para que me hiciesen una copia a primera hora del domingo, y luego devolverla a su sitio el domingo por la noche.

—Pero cometiste un error, y me sorprende que a alguien con tantos conocimientos como tú le pasara por alto una cosa así. La flor de Pascua de Jane estaba justo ahí. —Alex señaló la mesita auxiliar —. Querías tener una coartada, o sea que dejaste la puerta abierta durante varias horas. Así la casa se enfriaría rápido y también el cadáver de Jane, de manera que parecería que había muerto más temprano, mientras tú estabas en la reunión de la Asociación de Horticultores. Pero estas plantas son muy sensibles al frío, y empezaron a caérsele las hojas. Es algo que me tuvo preocupada durante varios días. Y tampoco te diste cuenta de que Oliver, el vecino de atrás de Jane, te vio ir y venir aquella noche. Ya se lo ha contado a la policía, por cierto. Te detendrán de un momento a otro.

Yvonne parecía tensa, a punto de abalanzarse sobre Alex, mientras caminaba de un lado a otro de la sala.

—Gracias a ti y a la metomentodo de tu amiga, voy a tener que volver a desaparecer, y le había cogido cariño a este pueblecito. Aquí he sido feliz; y, francamente, empiezo a ser un poco vieja para cambiar de residencia cada dos por tres.

—¿Por qué encontré la puerta abierta la mañana después de la muerte de Jane?

—Sabía que así parecería que el asesino había entrado y salido varias veces, y tenía la esperanza de que lo consideraran un robo. Todo empezó a encajar a la perfección cuando sospecharon de Zach. Fue pura casualidad que apareciera por allí al día siguiente, no lo tenía planeado en absoluto. Tendrías que haberte quedado al margen.

Mientras la mujer se movía de un lado a otro, Alex iba acercándose de nuevo a la puerta de la sala de estar. Pero Yvonne dejó de caminar.

—No te molestes, no vas a salirte con la tuya esta vez. Soy mucho más fuerte y rápida de lo que aparento, no necesito para nada este bastón. —Apoyó la empuñadura en la pared—. Solo quería que la gente creyera que soy una ancianita débil; nadie sospecha nunca que las personas de mi edad seamos capaces de una cosa así. Bueno, voy a dejarte elegir: o te bebes mi infusión especial, o te apuñalo con este cuchillo. Personalmente, preferiría que te tomaras la infusión; las puñaladas lo dejan todo perdido.

Alex sabía que no conseguiría acercarse más a la puerta. Empezó a buscar con la mirada algo que pudiera usar como arma y dio con el paragüero que la empresa de limpieza había dejado junto al televisor. Por suerte, se había olvidado de devolverlo a su sitio en el recibidor y tenía varios paraguas gruesos al alcance.

—Pues, ya que me das a elegir, creo que prefiero la infusión. ¿Me siento aquí mientras la preparas?

—Qué graciosa eres. Vamos a la cocina y te enseñaré a prepararla.

Yvonne le indicó que caminara delante de ella mientras blandía el estilete. Pero, antes de que pudiera dar un paso, sonó el móvil de

Alex en la cocina. Esta se quedó petrificada.

—Debe de ser Duncan. Lo he llamado antes para explicarle mis sospechas. Si no contesto, se plantará aquí en cuestión de minutos. Más vale que eches a correr; a lo mejor aún consigues escapar.

La mujer rio con sorna.

—¿Por quién me tomas? No me creo que supieras que yo estaba detrás de todo esto. Si no hubiera sido por puro azar, te habría matado alguno de los venenos que te he servido a la hora del té.

Alex ignoró el insulto deliberado y, armándose aún de más valor, volvió a la carga.

—Está claro que llevas mucho tiempo envenenando a la gente. ¿Por qué mataste a tus maridos? ¿Fue por dinero?

Yvonne miró fijamente a Alex, quizá para discernir si estaba retrasando lo inevitable o quería saberlo de verdad. Al final ganó su lado narcisista y le contestó.

—Mi primer marido no me trataba bien. Esperaba que yo me comportara como una especie de esclava: que lo cuidara, cocinara y limpiara. Entonces, un día se atrevió a decirme que pasaba demasiado tiempo ocupándome de las plantas ¡y me tiró unas cuantas a la basura! —Le palpitaba una vena de la sien—. Varios meses después, le preparé una cena especial y él se puso muy enfermo y se murió. Qué triste. —Sus ojos emitieron un destello—. Por suerte, tenía un buen seguro de vida. Volví a casa de mis padres y viví muy contenta. Pero tuve la desgracia de que los dos murieran con una diferencia de tres años. Ni mi segundo marido ni el tercero me hicieron feliz, pero el dinero que me dejaron cuando los ayudé a marcharse de este mundo sí que me ha hecho feliz.

El móvil de Alex había dejado de sonar. Esperaba que quien fuese que la estaba llamando se diera cuenta de que algo no iba bien al ver que no contestaba. Yvonne prosiguió con más brusquedad.

—Para entonces, ya era muy rica, pero seguía necesitando un marido para sentirme completa. A fin de cuentas, mis padres habían sido muy felices juntos, y yo también quería eso para mí. —Suspiró —. Las cosas con Larry iban bastante bien, salvo por esos hijos tan

horribles, claro; pero nos trasladamos de casa y casi no los veíamos. Entonces, un día le diagnosticaron un cáncer —explicó, señalando el televisor de forma difusa—. Aunque el médico dijo que tenía muchas posibilidades de recuperarse, habrían tenido que operarlo y hacerle quimioterapia. Lo habría pasado muy mal, y supe que lo mejor que podía hacer por él era ayudarle a evitarlo.

Alex se esforzó por tratar de distinguir algún sonido exterior que le diera a entender que había alguien cerca. Pero el viento ululaba y arrojaba nieve contra las ventanas, con lo cual resultaba imposible oír nada. Era obvio que Yvonne estaba trastocada, y sería difícil que Alex consiguiera hacerla entrar en razón. Era una mujer egoísta y mezquina que no soportaba que otra persona tuviera lo que ella quería para si. La siguiente vez que habló, lo hizo con tono frívolo.

—Si no hubiera sido por esos hijos suyos tan entrometidos, la policía no me habría prestado atención. Por suerte, sabía que sospechaban de mí y puede desaparecer y venirme aquí. Para entonces ya sabía que estaba destinada a quedarme sola; nunca recuperaría la vida que había tenido con mis padres, pero había conseguido dinero suficiente para vivir con holgura. Me instalé en este pueblo y estaba muy satisfecha hasta que esa fisgona dio al traste con todo. —Ahora hablaba con acritud y aferraba con fuerza el estilete—. Bueno, ya está bien de distracciones. Es hora de tomarse una infusión. ¡Muévete!

Le indicó a Alex que caminara delante de ella por el comedor, pero la chica dio un paso en dirección contraria.

—Creo que he cambiado de opinión. —Saltó hasta tener al alcance el paragüero y cogió un paraguas especialmente largo y robusto que blandió delante de Yvonne como si fuera una espada—. Me parece que al final voy a arriesgarme a que me atravieses con el cuchillo.

Yvonne puso una cara de rabia muy grotesca y se abalanzó sobre Alex, que consiguió evitarla de un salto. La anciana perdió el equilibrio, tropezó y tiró un jarrón antiguo de una mesa auxiliar. No obstante, se recuperó deprisa y volvió a arrojarse sobre Alex, que se

salvó por los pelos de que la alcanzara con la hoja del cuchillo. Siguieron representando una especie de danza en la que Yvonne atacaba a Alex y ella se apartaba. La cuarta vez, no fue lo bastante rápida y el estilete la hirió. Por el brazo empezó a resbalarle un cálido reguero de sangre.

La anciana reaccionó deprisa para clavarle el puñal de nuevo, pero esa vez Alex consiguió interceptar el ataque y le estampó el paraguas en el brazo a Yvonne, y esta se sorprendió tanto que estuvo a punto de soltar el estilete, pero, al cabo de un momento, se abalanzó de nuevo sobre ella como un animal salvaje. Decidida, Alex siguió atizándole con el paraguas. Yvonne, a su vez, daba estocadas y agitaba el arma de aspecto cruel que estuvo a punto de alcanzarla.

Sin previo aviso, Watson saltó del sofá y, con un gruñido ronco, se lanzó contra Yvonne y la tiró al suelo. El estilete cayó fuera de su alcance. Watson se puso encima de ella y siguió gruñendo con aire amenazador mientras Yvonne trataba de recuperar el arma sin éxito.

Un segundo más tarde, se oyó un gran estrépito cuando alguien rompió el cristal de la puerta de entrada, y Gary entró en la sala con una pala en las manos, seguido de cerca por Tom, que agitaba en el aire un cepillo quitanieves.

Yvonne luchó por levantarse, pero Gary le colocó la pala encima mientras Tom le indicaba a Alex que se situara detrás de él. La mujer hizo un último intento desesperado de agarrar el estilete.

—¡Ni se te ocurra tocar ese cuchillo! —exclamó Gary sin aliento —. He avisado a la *sheriff* y llegará en cuestión de minutos. Si te mueves, te aseguro que te estamparé esto en la cabeza.

Alex llamó a Watson y la perrita se apresuró a esconderse detrás de sus piernas, temblando.

Al ver que tenía a Gary cerniéndose sobre ella, Yvonne volvió a tumbarse en el suelo y empezó a lloriquear.

—Me parece que me he roto el brazo. Estaba a punto de tomarme una infusión cuando esta loca y su perra me han atacado.

Gary cambió de posición las manos para aferrar mejor la pala.

—Te he visto colarte por la puerta de atrás y entonces me he

acercado hasta el porche de la entrada y me he quedado observando a través de las cortinas. He visto como atacabas a Alex con el puñal, o sea que guárdate tu perorata para la *sheriff*, vieja. ¿Estás bien, Alex?

Ella se asomó por detrás de la figura protectora de Tom.

—Sí, estoy bien, pero ¿cómo has sabido que tenías que seguir a Yvonne?

—Ya te lo he dicho. Estaba pendiente de Jane y llevo mucho tiempo vigilando a Yvonne, sobre todo después de verla cortarle las flores del jardín cuando la nombraron presidenta de la Asociación de Horticultores. Estaba en la cocina limpiando lo que había ensuciado al cambiar las plantas de maceta y he visto que esa mujer cruzaba el patio de mi casa. Luego la he visto abrir la puerta trasera de casa de Jane y colarse dentro. Ha sido entonces cuando he ido corriendo al porche de la entrada para ver lo que se traía entre manos.

—Me ha parecido oír un ruido en la puerta hace un rato —confesó Alex.

—Cuando la he visto sacar ese cuchillo, he vuelto corriendo a casa para coger la pala y llamar a la comisaría. He llegado justo cuando Tom estaba aparcando delante de mi casa. Le he dicho lo que estaba pasando, nos hemos acercado corriendo a la ventana y hemos visto que te estaba atacando. He intentado abrir la puerta, pero estaba cerrada con llave, así que he tenido que romper el cristal, y entonces Tom ha metido la mano y ha abierto la puerta. Siento haber tardado tanto, pero parece que te has apañado bien.

En la distancia, se oyeron unas sirenas. Tom seguía agitando el cepillo quitanieves como si tuviera ganas de darle unos buenos azotes a Yvonne. Al cabo de un momento, Duncan y varios ayudantes más entraron y detuvieron a la mujer mientras ella seguía acusando a Alex y Watson de haberla atacado.

Alex le pidió a Duncan que viera el episodio de *true crime* donde aparecía Yvonne, también conocida como Kathryn Huston y como Olivia Doss. Por fin llegó la *sheriff* Summers; había retenciones de tráfico por culpa de lo que se había acabado convirtiendo en una

violenta ventisca. Para gran satisfacción de Alex, la *sheriff parecía* bastante decepcionada con la resolución de los dos casos de asesinato y el envenenamiento de Drew.

La casa de Jane volvía a ser el escenario de un crimen, y Alex, Tom y Gary fueron a casa de este para tomarse un chocolate caliente mientras Watson, sentada a los pies de Gary, disfrutaba de un buen filete. Los paramédicos le curaron el brazo a Alex con unos cuantos puntos de sutura adhesivos.

—Gary, tengo que preguntarte una cosa: ¿por qué no quieres que se sepa nada de tu pasado? Hasta ayer por la noche, creía que eras el asesino de Jane.

El hombre apretó los labios y alzó la mirada al techo antes de posarla en Alex y en Tom. Al final, a regañadientes, se dispuso a hablar.

—Por favor, no le contéis esto a nadie. Me trasladé a este pueblo después de jubilarme como abogado penalista. En uno de mis últimos casos representé a un asesino. Durante la defensa, mi cliente me confesó que había cometido otro crimen pero que no lo habían descubierto. Me dijo dónde estaba enterrado el cadáver, pero, para ser sincero, no le creí. Aun así, fui adonde se suponía que estaba el cuerpo y me puse a cavar hasta que lo encontré. Tuve que dejarlo donde estaba y no pude revelar nada porque debía respetar el juramento de confidencialidad de mi cliente. Con el tiempo, se acabó descubriendo el cadáver, y también que yo conocía la historia. Me detuvieron y me inhabilitaron. Yo presenté una querella y la gané. El tribunal consideró que había hecho lo correcto y me permitieron volver a ejercer; era un claro caso de confidencialidad entre abogado y cliente. Por desgracia, la gente no fue tan benévola, y me planteé irme lejos y abrir un nuevo bufete, pero al final decidí retirarme y dedicarme a algo mucho menos estresante. No os molesto más con los detalles de la historia, pero es por eso por lo que no quiero hacer público mi pasado. Espero que respetéis mi voluntad y que esto quede entre nosotros cuatro —concluyó Gary, mirando a Watson.

Alex se disculpó con Gary por lo mal que se lo había hecho pasar y les dio las gracias a los tres por haberle salvado la vida. Los dos hombres se sonrojaron. Watson se había quedado dormida.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

Alex y Hanna no se ponían de acuerdo sobre si la primera debía ir o no a trabajar al día siguiente. Hanna deseaba que su hermana se quedara en casa descansando, pero ella no quería dejarla sola en la tienda en Nochebuena, el último día para hacer las compras antes de Navidad. Al final pactaron una solución: Alex se marcharía a casa una hora antes de lo habitual, a la una.

Había conseguido quedarse dormida nada más meterse en la cama, a pesar de las emociones de la tarde. Se despertó a las siete, cuando le sonó la alarma, y al cabo de tres cuartos de hora estaba en la cocina, dispuesta a prepararse el desayuno. El timbre de la puerta interrumpió su inspección de la nevera.

Tom y Maggie estaban en la puerta con los brazos llenos de recipientes de papel de aluminio. Maggie había preparado un desayuno consistente en huevos revueltos, beicon, salchichas y *creps*. Tom acompañó a Alex hasta un taburete de la isla de la cocina y se quedó mirándola unos instantes.

—Luego quiero hablar contigo a solas —susurró—. Me gustaría preguntarte una cosa.

Alex se habría jugado el beicon a que Tom pensaba pedirle una cita, pero no tuvo tiempo de dejarse llevar por ese pensamiento porque Maggie andaba muy ajetreada de un lado a otro de la cocina preguntándole dónde estaban las cosas.

Hanna y Watson se sumaron al grupo en el momento en que

Tom y Maggie servían el desayuno. Cuando todos tuvieron el plato lleno, Tom les explicó cómo se había visto inmerso en los sucesos de la tarde anterior.

—Alex me llamó anoche mientras conducía de vuelta a casa, pero no me atreví a descolgar el teléfono; la carretera daba miedo. Escuché el mensaje nada más llegar y fui directo a casa de Maggie para preguntarle lo que Alex quería saber: cuándo se había mudado Yvonne a Harriston exactamente. Tras debatirlo un rato, llamamos a Drew, y él nos dijo que hacía unos diez años. Tanto Maggie como yo pensábamos que hacía más tiempo, pero Drew nos contó que le había tocado investigarla para la nueva edición de *Historia de Harriston*. No le pareció que fuese sospechosa porque se había mostrado muy colaboradora a la hora de revelar su pasado para el libro, y nada resultaba especialmente misterioso. Además, estaba convencido de que esa mujer era demasiado mayor para matar a Jane y…

Alex la interrumpió:

—Yvonne le contó a Drew un pasado inventado al cien por cien. La oí hablando con la dependienta de Black Currant sobre su traslado a Harriston, y era la misma historia que me había explicado a mí, con puntos y comas. Sabía que sonaba raro, como recitado de memoria, pero no conseguí encajar las piezas hasta anoche. Después de nuestra conversación sobre mujeres asesinas, ¡no puedo creer que Drew no nos dijera nada!

—Ah, bueno, le va a tocar oír esa frase durante mucho tiempo —aseguró Maggie.

Alex se volvió hacia Tom.

—¿Cómo supiste anoche que tenías que venir a casa de Jane?

—Cuando te llamé para darte la información y no me contestaste al teléfono, llamé a Hanna y le expliqué lo de tu mensaje, y ella dijo que su intuición de hermana gemela le hacía sospechar que estabas en peligro y que algo grave debía de estar sucediendo para que no me respondieras. Volví a subirme a la camioneta y me puse en marcha para llegar lo antes posible. Entonces fue cuando vi a Gary

en el porche; y, bueno, el resto ya lo sabes.

Alex seguía sin poder creer que Watson le hubiera salvado la vida. Esa mañana, se miró el brazo en la ducha y dio las gracias al cielo por tener solo un pequeño corte que le recordaría lo ocurrido.

—Maggie, ¿Drew vuelve a casa hoy? ¿Te han dicho algo?

—Esta mañana he llamado al hospital. Podré recogerlo en cuanto sea seguro conducir hasta Swanson.

La ventisca había cesado, pero aún tardarían un rato en dejar todas las carreteras despejadas. Alex y Hanna decidieron abrir la tienda como de costumbre, aunque no esperaban tener una gran afluencia de clientes.

Después de retirar a paladas la nieve de la acera de delante de la tienda, las dos hermanas se sentaron en el banco de la ventana en saliente para tomarse una infusión y contemplar las vistas de postal.

—Anoche estaba muy preocupada por ti —reconoció Hanna—. Tenía la sensación de que iba a ocurrir algo malo.

—Al final todo ha salido bien. Y quiero que sepas que, si quieres regresar a Frankenmuth y trabajar con mamá, lo entenderé.

Hanna la miró boquiabierta, sin dar crédito.

—¿De qué me estás hablando?

—No soy idiota. He visto tus notas y he oído parte de tus conversaciones. Has estado hablando con mamá y evitándome a mí. Pero no pasa nada; quiero que seas feliz, aunque eso implique perder a mi maestra chocolatera favorita.

—Quizá hayas resuelto dos asesinatos, pero en este caso vas perdidísima. Mamá iba a enviarte un regalo especial, pero no quería que te enteraras por adelantado. Estuvimos hablando de cuál era la mejor manera de hacértelo llegar y al final le aconsejé que lo enviara por mensajería a casa de Maggie.

Alex se sintió de nuevo como una idiota.

—¿Me contarás lo que es?

—No. Tienes que abrirlo esta noche, durante la videollamada con

mamá.

Se oyó tintinear la campanilla de la puerta y Duncan entró en la tienda.

—Hola, chicas. —Tenía ojeras, pero se le veía de buen humor—. Me sorprende encontrarte aquí esta mañana, Alex. Pero eso me ahorra tener que hacer dos viajes. Quería que supierais que Yvonne, u Olivia, sigue sin hablar salvo para pedir un abogado. Lo que sí ha hecho es dejar de intentar culparte a ti de querer atacarla —dijo, mirando a Alex—, porque le hemos explicado que tenemos una orden judicial y que vamos a registrar su casa y su invernadero. Nos hemos puesto en contacto con el FBI y pensamos coordinarnos con ellos en relación con los otros asesinatos de los que es sospechosa.

—Fantástico. Me alegro mucho de que todo esto haya terminado por fin y la asesina de Jane y Netta esté entre rejas. También es estupendo que Zach haya quedado libre de cargos antes de Navidad.

—Os agradezco a las dos todo lo que habéis hecho, pero de ahora en adelante tenéis que dejar las investigaciones para el departamento del *sheriff*, ¿de acuerdo?

Alex y Hanna se miraron con cara sonriente. En ese momento volvió a sonar la campanilla y entró un cliente. Oliver se quedó plantado en la puerta, con aire tímido.

—Estaba pensando si Hanna podría ayudarme a buscar un buen libro para leerlo durante las fiestas.

Hanna le sonrió.

—En un momento estoy contigo.

Alex observó a Duncan, que tenía una expresión peculiar. Se quedó mirando a Hanna unos instantes antes de dar media vuelta y dirigirse a la puerta.

—Feliz Navidad —dijo con voz contenida.

—¡Feliz Navidad! —exclamaron Alex y Hanna al unísono.

Alex miró a su hermana con un brillo travieso en los ojos.

—Es la primera vez que en Harriston se comete un asesinato desde hace más de cien años. ¿Qué probabilidades hay de que veamos otro en toda nuestra vida?

RECETAS

Recetas de bombones de elaboración artesanal

(Sobre todo, ¡nada de veneno!)

PREPARACIÓN

Utensilios:

- Balanza de cocina digital (con unidades métricas)
- Termómetro digital
- Cuencos de plástico o de vidrio
- Raspador de masa
- Espátulas de silicona
- Manga pastelera de plástico desechable
- Moldes de policarbonato (los míos son de Amazon)
- Guantes
- Papel parafinado

REÚNE TODOS LOS UTENSILIOS

La superficie de trabajo debe estar limpia y seca. Cúbrela con papel parafinado. A mí me gusta pesar todos los ingredientes y reservarlos en pequeños cuencos de antemano para preparar el *ganache*.

PREPARA LOS MOLDES Y ATEMPERA EL CHOCOLATE

Asegúrate de que los moldes estén limpios y no contengan ningún residuo. Para ello pásales una servilleta de papel o un trapo suave. Sobre todo, no toques la parte interior de los moldes sin los guantes: dejarías huellas que afearían el resultado final. Asegúrate también de que los moldes estén completamente secos. En serio, el agua es un enemigo mortal en el proceso de elaboración de los bombones; una sola gota puede mandar al traste todos tus esfuerzos.

En el lugar de trabajo debe haber una temperatura ambiente de unos 18 °C, siempre que eso sea posible. Si hace mucho más calor, el chocolate no se endurecerá de manera uniforme. (Esto lo descubrí por ensayo y error la primera vez. Tuve que trasladar los bombones a diferentes estancias de la casa e irlos introduciendo de vez en cuando un rato en la nevera. ¡Qué pesadilla!).

Lo ideal es que no tengas que meter los bombones en la nevera, ya que pueden aparecer problemas por culpa de la humedad. Recuerda: el agua no es tu amiga. O sea que ponte un jersey grueso y baja el termostato o enciende el aire acondicionado, según la época del año.

Usaremos el método de atemperar el chocolate en el microondas. Vierte unos 300 g de pepitas de chocolate Bernard Callebaut (o, si utilizas una tableta, corta la parte que necesitas en trocitos pequeños) dentro de un cuenco de plástico o de vidrio. También puedes usar otro tipo de chocolate de buena calidad, pero para esto no es aconsejable escatimar; la calidad es importante. Para el *ganache* de pera con perfume pérfido, usa en el moldeado chocolate negro con una fluidez de tres gotas. Para el bastón de caramelo a la cicutina, usa en el moldeado chocolate con una fluidez de tres gotas.

Calienta el chocolate en el microondas durante 30 segundos; sácalo y remuévelo. Caliéntalo de nuevo en el microondas durante 20 segundos y remuévelo. Repite los pasos hasta que quede fundido en su mayor parte, pero no del todo. No lo sobrecalientes; es mejor usar el microondas en tandas más breves. El proceso no lleva mucho tiempo. Cuando la mayor parte del chocolate esté fundido, remuévelo sin parar un poco más (unos 2 minutos). El movimiento es esencial durante el proceso de atemperado, igual que el hecho de no fundir todo el chocolate del cuenco dentro del microondas. Si, por error, te ocurre, añade algunas pepitas o trocitos sólidos a la mezcla y remuévela hasta que se fundan con el resto.

Para el chocolate blanco, debes realizar el atemperado a 29 °C y para el chocolate negro, a 31 °C; eso antes del encamisado de los moldes. Utiliza el termómetro para comprobar la temperatura. Si es apropiada, una espátula de metal recubierta de chocolate que se deje reposar sobre la encimera debería

endurecerse en 1 minuto aproximadamente.

Calienta los moldes brevemente con un soplete de cocina o una pistola de calor; yo utilizo una para manualidades de la época en que creaba postales (también te serviría un secador de pelo). Los moldes deben estar entre 2 y 4 grados más fríos que el chocolate.

Vierte el chocolate atemperado en el molde, manteniendo este un poco inclinado encima del cuenco. Usa el raspador de masa para retirar el excedente de la parte superior y los laterales del molde y viértelo de nuevo en el cuenco. Da unos golpecitos en los laterales del molde con el mango del raspador. A continuación, golpea suavemente el molde sobre la encimera. Esto servirá para eliminar las burbujas de aire.

Dale la vuelta al molde encima del cuenco para que el chocolate excedente caiga. Golpea suavemente los laterales del molde. Vuelve a pasar el raspador mientras el molde está boca abajo. Deposítalo boca abajo sobre el papel parafinado durante 5 minutos aproximadamente. Luego, levanta un extremo del molde (sin dejar de mantenerlo boca abajo) y ráspalo de nuevo sobre el papel parafinado. Queremos que los bombones tengan los bordes bien pulidos. Coloca el molde boca arriba sobre la encimera o deposítalo en un lugar fresco, a 18 °C, entre 5 y 10 minutos.

PREPARACIÓN DEL GANACHE

Más adelante encontrarás la receta para preparar dos tipos distintos de *ganache*.

SELLADO DE LOS BOMBONES

Cuando hayas terminado de rellenar los bombones y tras dejar que se asienten, es el momento de sellarlos. Debes tener a mano el chocolate atemperado. Para ello, sigue las instrucciones anteriores, pero no necesitarás tanta cantidad de chocolate. Bastará con que añadas algunas pepitas al excedente del encamisado del molde, pero asegúrate de seguir bien todos los pasos.

Usa el soplete para calentar brevemente las cavidades del molde una vez rellenas. Eso servirá para que el chocolate de sellado se adhiera bien. Vierte el chocolate de sellado sobre las cavidades rellenas. No te excedas, pero asegúrate de que queden bien cubiertas. Pasa el raspador por la superficie del molde.

Da unos golpecitos al molde sobre la encimera y comprueba si hay burbujas de aire. Añade más chocolate y repite el proceso si es necesario. Déjalo reposar a 18 °C durante 2 horas como mínimo.

Asegúrate de que la superficie de trabajo esté completamente limpia y cúbrela con una nueva capa de papel parafinado. Tendrás que volcar el molde con rapidez encima del papel y golpearlo con cuidado para que los bombones se separen. Si algunos se quedan adheridos, traslada el molde a una nueva zona de papel parafinado y repite el proceso, aplicando un golpe seco sobre la encimera, pero no demasiado fuerte para no romper el molde. (Y ten cuidado de no pillarte los dedos entre la encimera y el molde. Sí; a mí me ocurrió).

Ponte guantes para dar la vuelta a los bombones y colocarlos dentro de algún recipiente (yo utilizo latas de galletas).

Guárdalos a temperatura ambiente en un lugar fresco, lejos de la humedad y de la luz. Los bombones de bastón de caramelo a la cicutina se conservan entre 3 y 4 semanas. Los de *ganache* de pera con perfume pérfido deben consumirse como máximo en 1 o 2 semanas.

Puedes ver tutoriales en bernardcallebaut.com para comprobar cómo los expertos elaboran los bombones artesanos.

LIMPIEZA DE LOS MOLDES

No utilices jabón. Lo ideal es que los laves solo una o dos veces al año con agua caliente. Seca bien la parte interior de las cavidades para que no queden restos de agua. Puedes calentar los moldes un poco en el microondas y secarlos con una servilleta de papel o un trapo suave. Recuerda no tocar la parte interior sin guantes. Asegúrate de que los moldes estén limpios y secos antes de volver a utilizarlos.

Ganache de bastón de caramelo a la cicutina

Para 30 o 40 bombones (dependiendo del tamaño)

- 250 g de pepitas de chocolate blanco (fluidez de tres gotas) para el *ganache*
- 125 g de nata espesa o nata para montar (debe tener un 35 % de materia grasa)
- 1 cucharada de sirope de maíz blanco
- 30 g de mantequilla sin sal, a temperatura ambiente
- 3/4 de cucharadita de extracto de menta
- 1 bastón de caramelo de unos 15 cm, bien triturado

Coloca las pepitas de chocolate en un cuenco de vidrio. Asegúrate de que el chocolate sea del tipo indicado, según se especifica en las instrucciones para atemperar el chocolate.

Calienta la nata y el sirope de maíz en una sartén pequeña a temperatura baja o media hasta que esté muy caliente pero no hirviendo. Vierte la mezcla sobre las pepitas de chocolate y utiliza una espátula para asegurarte de que quedan bien cubiertas. Espera un par de minutos. A continuación, empieza a remover desde el centro del cuenco en pequeños círculos y, poco a poco, ve desplazándote hacia afuera en círculos más grandes.

Conserva el *ganache* a una temperatura de entre 34 y 40 °C sin dejar de remover la mezcla para que se funda bien todo el chocolate. (Yo no compruebo la temperatura; si el chocolate se funde en su totalidad, quiere decir que todo va bien). Puedes usar un soplete de cocina o introducir la mezcla en el microondas unos instantes para calentarla un poco si es necesario. No te entretengas. El

resultado debe tener una consistencia parecida a un pudin y una apariencia satinada y uniforme.

Cuando el *ganache* alcance una temperatura de 35 °C, añade la mantequilla y el extracto de menta. Remueve la mezcla con suavidad para incorporar bien todos los ingredientes. Asegúrate de que la mantequilla esté completamente derretida. Caliéntala con el soplete o en el microondas si es necesario. Luego, añade el bastón de caramelo triturado y remueve unos instantes.

Cuando la temperatura del *ganache* sea de 28 °C, introdúcelo en una manga pastelera desechable. Corta la punta para formar una pequeña abertura. No aprietes mucho; la mezcla tiene que salir poco a poco. Rellena todas las cavidades con cuidado y asegúrate de dejar un espacio libre de 1,5 mm en la parte superior del molde y en toda la superficie. (Yo rellené el centro de algunos huecos en exceso y luego no pude añadir suficiente chocolate para que el sellado quedara perfecto). No derrames ni esparzas el relleno por encima de los bordes de las cavidades; luego puede darte problemas a la hora de sellar la cobertura.

Golpea suavemente el molde sobre la encimera para eliminar las burbujas de aire. Agáchate de manera que el molde te quede a la altura de los ojos para comprobar que el *ganache* no sobresalga de ninguna cavidad. Déjalo enfriar a 18 °C durante 2 horas como mínimo.

Ganache de pera con perfume pérfido

Para preparar entre 30 y 40 bombones (según el tamaño)

- 75 g de puré de pera
- 1 cucharada de sirope de maíz blanco
- 75 g de nata espesa o nata para montar
- 1/2 cucharadita de ron o extracto de ron
- 1/2 cucharadita de extracto de almendra
- 1/2 cucharadita de extracto de vainilla
- 1/2 o 1 cucharadita de canela
- 200 g de pepitas de chocolate blanco
- 20 g de mantequilla sin sal a temperatura ambiente

Prepara el puré de pera pelando y cortando en trocitos dos peras muy maduras (mejor pasarse que quedarse corto). Puedes triturarlas (quizá necesites añadir una cucharadita de agua) o chafarlas bien. El puré debe tener la consistencia de una compota de manzana.

Lleva el puré de pera junto con el sirope de maíz al punto de ebullición en un pequeño cazo a fuego medio. Deja que se cueza a fuego lento durante unos minutos mientras lo remueves con frecuencia. Pasa el puré de pera por un colador fino y recógelo en un cuenco. Mientras se calienta el puré, haz lo propio con la nata sin dejar que llegue a hervir y removiéndola de forma constante. Puedes usar el microondas para calentarla en varias veces, removiéndola entre una y otra. Si se forma una capa de grasa en la superficie, retírala.

Junta el puré de pera con la nata. Añade las especias y los extractos. La mezcla

debe estar bastante caliente. Viértelo todo por encima de las pepitas de chocolate, que antes habrás puesto en un cuenco de vidrio, y asegúrate de que queden bien cubiertas. Déjalo reposar 1 o 2 minutos. Remueve la mezcla hasta que el chocolate esté bien fundido. Incorpora la mantequilla y remueve hasta que se derrita. Si el resultado es demasiado líquido, añade unas pepitas más y sigue removiendo. Si se enfría demasiado deprisa, caliéntalo en el microondas en varias veces, de 10 en 10 segundos.

Cuando el *ganache* esté a 28 °C, introdúcelo en una manga pastelera desechable. Corta la punta para formar una pequeña abertura. No aprietes mucho; la mezcla tiene que salir poco a poco. Rellena todas las cavidades con cuidado y asegúrate de dejar un espacio libre de 1,5 mm en la parte superior del molde y en toda la superficie. (Yo rellené el centro de algunos huecos en exceso y luego no pude añadir suficiente chocolate para que el sellado quedara perfecto). No derrames ni esparzas el relleno por encima de los bordes de las cavidades; luego puede darte problemas a la hora de sellar la cobertura.

Golpea suavemente el molde sobre la encimera para eliminar las burbujas de aire. Agáchate de manera que el molde te quede a la altura de los ojos para comprobar que el *ganache* no sobresalga de ninguna cavidad. Déjalo enfriar a 18 °C durante 2 horas como mínimo.

¡Qué disfrutes!

TABLA DE EQUIVALENCIAS

PESO

Mantequilla	100 g.	2/5 taza
Nata para montar	100 g.	2/5 taza
Pepitas de chocolate	100 g.	3/5 taza
Puré de pera	100 g.	1/2 taza

TEMPERATURAS

18 ºC.	64 grados Fahrenheit
28 ºC.	82 grados Fahrenheit
29 ºC.	84 grados Fahrenheit
31 ºC.	87,8 grados Fahrenheit
34 ºC.	93 grados Fahrenheit
35 ºC.	95 grados Fahrenheit
40 ºC.	104 grados Fahrenheit

AGRADECIMIENTOS

Quiero dar gracias al Padre celestial por todas las bendiciones de mi vida. Publicar este libro ha sido, sin duda, una de ellas. Un agradecimiento enorme a todos y cada uno de los miembros de mi familia nuclear y mi familia extensa por su apoyo y su estímulo positivo. En especial, a mi marido, que me ha permitido practicar con él una y otra vez cómo matar a alguien para que quedara bien en la novela. Un abrazo especial para Spencer, Chortney, Taylor y Gloria: ¡sois geniales! A Cheryl; para mí eres mucho más que una amiga, formas parte de mi familia. Muchísimas gracias por ser mi principal lectora beta, mi amiga de toda la vida y mi apoyo en los momentos buenos y en los malos.

A mi agente, Dawn Dowdle; me maravilla tu capacidad de trabajo. Gracias por incluirme en el equipo de BRLA y por ayudarme a convertir este libro en lo que hoy es. Agradezco tu paciencia mientras yo exploraba todas las formas posibles de colocar mal una coma. Al gran equipo de Crooked Lañe Books, gracias por todo vuestro esfuerzo y dedicación para que este libro viera la luz. Y tengo que hacer especial mención de mi editora, Tara Gavin; gracias por creer en mí.

¡Muchas gracias a todos los autores que han sacado tiempo de sus apretadas agendas para leer y reseñar mi novela! Ellie Alexander, me has ofrecido también formar parte de un grupo de letraheridos con el que compartir ratos los martes por la noche. No

tienes ni idea de lo mucho que eso me ha ayudado.

Gracias, Jana, por tomarte tiempo para explicarme cómo elaboras tus deliciosos bombones. ¡Ojalá todos los lectores pudieran degustarlos! A Stephan: te conozco de toda la vida; un agradecimiento especial por tu pericia financiera además de tus réplicas agudas. ¡Mi sentido del humor no sería el mismo sin ti!

Finalmente, gracias a la Oficina del *Sheriff* de Flatehead County por responder a mis preguntas por teléfono en el verano de 2020. Hay cosas que no pueden buscarse en Google. Gracias a los lectores beta que leyeron los primeros tres capítulos antes de que los lanzara al mundo. ¡Y gracias a todas las demás personas que me han apoyado y me han dado ánimos durante los últimos años!





CHRISTINA ROMERIL es autora de cozy mystery. Creció en Kitchener, en la provincia de Ontario (Canadá), y ha devorado montones de libros desde tercero de primaria, cuando la serie de Trixie Belden despertó su amor por este género. Cuando no está leyendo, escribiendo o disfrutando de la naturaleza, le encanta confeccionar y comer dulces de chocolate.